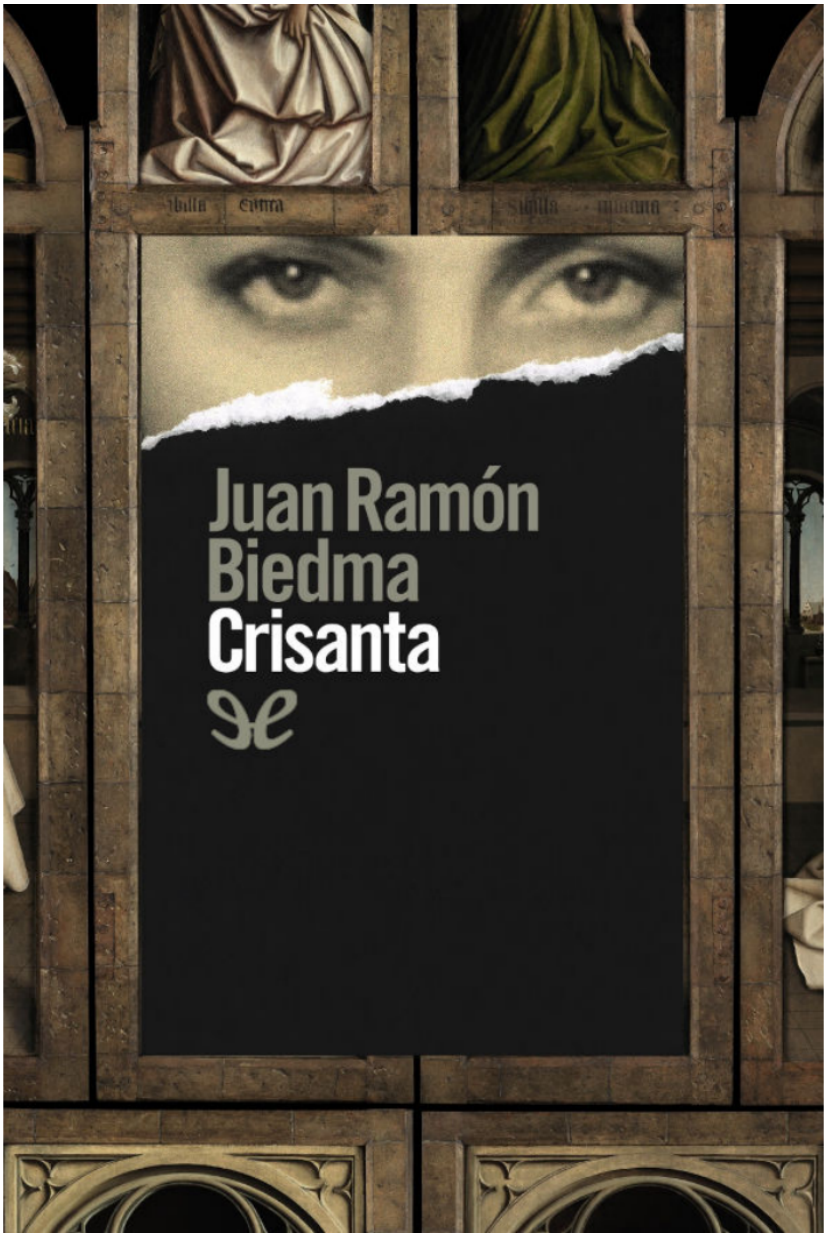
Juan Ramón
Biedma
Crisanta

Una novela de fantasmas durante la Guerra Civil.

Sevilla, octubre de 1936. Crisanta recibe un encargo peligroso. Ha desaparecido, en medio de los pillajes, un tríptico del siglo XVI de Jan Van Eyck. Si lo localiza y lo entrega, la ayudarán a salir del país. Sabe que no hay sitio para ella en la España sepultada por el oscurantismo, y acepta, a pesar de que sus instrumentos de adivinación le hayan desaconsejado participar en aquella empresa. Dicen que el tríptico atrajo el desastre sobre sus profanadores, pero ella no se deja amedrentar por las maldiciones.

Juan Ramón Biedma

Crisanta

ePub r1.0
Titivillus 31.07.2023

Título original: *Crisanta*
Juan Ramón Biedma, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Continuamente Rosaura

Porque por desesperarme,
siendo yo vuestro cautivo,
quisieron siempre aquejarme
vuestras ganas de matarme
y mis pocas de estar vivo.
Y sufro este trago fuerte
donde hay dolores tan fuertes,
por ver si podrá mi suerte
despedir con una muerte
la muerte de tantas muertes.

DIEGO DE SAN PEDRO
(¿1445-1590?),
A una dama de la reina Doña Isabel

1.ª PARTE
La guerra y, en cambio, aquella mujer

19 de octubre de 1936

Aunque la guerra (entendida como batalla, no como exterminio) nunca llegó hasta Sevilla, Crisanta, a veces, confunde búnkeres, capillas, procesiones, tanques, altares, trincheras y noches en vela con un mundo ya cancelado.

Abre los ojos y sigue caminando.

El plasma de la niebla le resulta perceptible a través de la piel. Libera el péndulo, pero el hueso pendiente del hilo de seda no se agita, no la conduce, no la previene. Cuando abre de nuevo los ojos, el buque Cabo Carvoeiro ya es visible en el otro margen del río.

La ventaja de haber aceptado la cita con el Cuarterón a las doce de la madrugada en el muelle de la Paja es que no va a llamar la atención entre las putas, que brindan la única iluminación con sus quinqués de aceite en el trajín desde la orilla hasta sus chozos, donde no solo ponen al día del fornicio atrasado a los marineros que han atracado en el muelle de las Delicias o en la corta de Tablada, sino que a menudo les lavan los petates atestados de ropa sucia por unas cuantas perras gordas.

Crisanta se detiene junto al eucalipto jorobado, el lugar donde siempre la cita el Cuarterón, y vuelve a soltar el péndulo en busca de alguna señal. A lo lejos rompe la niebla en su dirección una figura masculina con un bulto al hombro, pero puede tratarse de alguno de los hombres que se prostituyen para otros en esa zona; las luces del ventorrillo de la Juli también se distinguen, aunque no lo bastante cerca para que alguien acudiera a un grito de auxilio.

La silueta del buque prisión Cabo Carvoeiro, el llamado «barco de la muerte», retiene toda su atención. Desde el levantamiento de los militares en julio, Sevilla se ha convertido en un enorme penal y los recintos penitenciarios, comisarías o cualquier establecimiento donde encarcelar a los represaliados, a pesar de que a menudo su uso era fulminante en una rápida transición hacia la tapia de fusilamiento y la fosa, terminaron tan hacinados que fue necesario

incautar este vapor de dos mil toneladas como lugar accesorio de confinamiento. A esta hora, la zona está prácticamente desierta, pero durante el día es frecuente cruzarse con los familiares de los presos, que miran aterrados…

Efectivamente, a aquel hombre del zurrón colgado en la espalda es al que espera.

Como una ilusionista, Crisanta oculta el péndulo mudo —el cabo de seda invisible que sostiene un hueso del tamaño de una nuez— tras la falda. Su única arma.

—A la paz de Dios, hermana.

—Cuarterón.

—Me llamo Antonio. —Pero lo dice en un tono viscoso; no ha venido a discutir por un mote.

—Pues eso me parece muy bien. —Más callosa y un poco más alta que él—. ¿Has traído el cáliz?

—Tengo una cosa que te va a gustar.

—¿Y el cáliz?

—Todo a su tiempo. —Le resulta muy divertido.

—A ver, Cuarterón, o Antonio, o como tú quieras, me dijiste que tenías un cáliz de plata de dos palmos con incrustaciones de oro y nácar que te habías traído de Mérida.

Y el hombre vuelve a reírse con aquel deje aceitado porque no tiene prisa; busca un poco de cháchara y además pretende alguna otra cosa.

—En Mérida estuve. Con el general Juan Yagüe.

—El carnicero de Badajoz. —En cuanto las pronuncia, se arrepiente Crisanta de sus palabras.

—Así lo llaman los rojos. —Esa asquerosa risa.

—Lo digo porque lo he oído por ahí.

Cualquier día, o mejor una noche como esta, un fulano así puede sacar la pistola o la navaja y acabar para siempre con su carrera de tratante de arte clandestino sin que nadie en el mundo la eche de menos.

—Estuvimos en Extremadura con las fuerzas del general, un paso *alante* o un paso atrás, rebuscando por las iglesias que había quemado la chusma, arramblando con lo poco que quedaba. En Badajoz, no se podía andar por las aceras de tanto muerto. —Esa risa—. Los moros se pasaban por la bayoneta, y a veces por la

churra, a las mujeres y a los niños, a cualquiera, sobre todo si podían afanarle lo más mínimo. Sus legionarios lo adoran. Al general Yagüe, digo.

A unos metros pasa y se los queda mirando una de las mujeronas que consideran suyo aquel terreno. No les dice nada de milagro y el péndulo sigue muerto entre sus dedos.

El Cuarterón no se da por enterado del paso de la puta; la mira a ella, calibrando el efecto de sus palabras; pertenece a uno de los grupos de «andarríos» que la surten del material, fundamentalmente arte religioso, que coloca en el mercado negro del coleccionismo. Un puñado de carroñeros que aprovechan la devastación de la guerra, las iglesias destruidas, los despojos del saqueo de los soldados, los restos de la confiscación del nuevo Gobierno o cualquier oportunidad de pillaje para sacar lo suyo de estos tiempos demenciales. A Crisanta le consta que a veces son ellos mismos los que queman los templos, aprovechando que todos responsabilizarán a los milicianos, pero prefiere no pensar en eso.

—Pero, claro, cuando llegábamos nosotros, no habían dejado ni la cabeza de un alfiler. Los moros. —Y, sin embargo, se introduce los dedos en el cordaje del hombro, donde el macuto parece lastimarle.

—¿Entonces?

—Nos jugamos la vida, tú ya nos conoces. Buscando y rebuscando. No hay más remedio… ¿Has oído lo de la plaza de toros de Badajoz? Juan Yagüe tiene unos huevos así de grandes. Para empezar, ordenó que metieran a todos los prisioneros dentro, bien alumbrados por un montón de focos…

—¿Has traído el cáliz sí o no?

—Mira que eres *desaboría*.

Va a llover. Fijo que va a llover. Las nubes rojas le roban luminosidad a la luna.

—Antonio…

—Esta vez te he traído otra cosa que te va a gustar más. —Un doble guiño—. Porque ¿tú qué edad tienes, Crisanta? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco?

—Me voy. —Retrocede un paso, puede ser que el péndulo esté empezando a cobrar vida entre sus dedos—. No vuelvas a llamarme para hacerme perder el tiempo.

—Espera un momentito, mujer, que te va a gustar. —Se descuelga el macuto y comienza a abrirlo con más guiños.

Aunque por primera vez se asegura de que no haya nadie alrededor.

Sin saber a cuento de qué, Crisanta recuerda que nadie más sabe que está embarazada de tres faltas.

El péndulo, oculto a su espalda, cabecea; teme que se le escape.

—Mira lo que tengo.

El hombre debe introducir todo el brazo en el zurrón para extraer a un niño, aferrándolo por una pierna. No tendrá más de unas semanas. Al principio está tan inmóvil que no parece que esté vivo, aunque poco a poco inicia algún movimiento.

—No me digas que no te gusta. Estás en la edad. Te lo dejo por nada y menos.

Crisanta retrocede un paso y después otro.

Otro más.

No deja de pensar en que la criatura que lleva dentro es lo que más odia en este mundo.

Lo que más detestaban aquellos alemanes que estaban llegando a Sevilla de forma masiva pero discreta, sin que aún se hubiera difundido el tratado de colaboración entre ambas naciones, además del aceite de oliva en los guisos y la falta de salchichas, era una cerveza que ellos consideraban aguada y que ni siquiera aceptaban llamar por ese nombre. En cambio, con las putas no tenían ningún problema.

Juan Serrador, sentado en la barra, de espaldas a todo, levanta la copa para que la camarera le sirva otro coñac Real Tesoro.

El burdel sin nombre de la calle Habana se había convertido en el destino predilecto de los nazis que se habían instalado en el hotel Cristina, a solo unos minutos de distancia. Y si la información que había recibido Serrador era correcta, muy pronto no habría hoteles ni casas de citas suficientes para tanto hijo de puta teutón como se esperaba o habría que convertir la ciudad en un enorme prostíbulo donde acogerlos.

Son más de las doce; no quiere sacar el reloj del chaleco, debe de llevar allí casi una hora, jugando a seguirle la pista en el espejo a una morenita de tetas anchas pero algo caídas para su edad, la

sonrisa clara, despabilada y simpaticona, que tampoco le pierde el compás. Fantasea con que no ha querido perderse últimamente en las habitaciones con ningún cliente confiando en que Juan se decida.

Pero hace ya más tiempo de la cuenta que la gran luna tras la barra no basta para localizarla, así que levanta la copa y se gira en el taburete.

A tiempo de verla materializarse tras una columna, dejándose abrazar por un teniente de la Luftwaffe, un niñato casi descolorido por lo rubio, que la propulsa amartelado y sonriente hacia los reservados.

Cuando pasan a su lado, ella le deja caer una mirada que dice: «Lo lamento, pero esto es lo que hay», o así se lo parece a Serrador, que lleva encima la cantidad suficiente de Real Tesoro para que eso le baste.

—Oye, tú, perdona. —Pero la forma en que agarra por la manga a su acompañante no tiene nada de amable—. ¿Es verdad que eres el nuevo ayudante del cocinero?

El chico no tendrá más de veinticinco años y desde luego no habla español, pero el gesto empleado por Juan Serrador es comprensible en cualquier idioma.

—*Ich verstehe nicht.*

—Que si eres el nuevo pinche.

—*Ich weiß nicht wovon er spricht.* —Se detiene y abre los brazos con una sonrisa bonachona.

—Mira, vas a dejar a la señorita y te vas a llegar a prepararme un chucrut, que todavía no he cenado —le ordena Serrador rebajando el tono mientras mira fijamente a la morenita confiando en que le siga la jugada.

—¿Qué problema hay?

Esta otra voz le ha llegado desde donde menos la esperaba: un coronel de baja estatura, pelo blanco y cara cincelada, muy acostumbrado a ser escuchado hasta por el mismo Führer, que le habla con un castellano esclerótico y desganado.

—¿Qué problema hay? —repite.

Ahora Juan Serrador es consciente, a lo mejor por primera vez, de dónde está, de las luces, los espejos, las mujeres dispuestas a lo que sea por llevarse una peseta para su casa, de los uniformes de los

tipos que han venido a jugarse la vida a un país que consideran salvaje, del turco, que se encarga de mantener el orden en la mancebía y que se acerca a toda prisa.

—Pues sí, coronel, resulta que sí tengo un problema con tu tenientito. —Le golpea ligeramente el hombro con dos palmadas que desde luego que no son amistosas—. Pero es algo entre él y yo, a no ser que sea novio tuyo; entonces la cosa varía.

El oficial no conoce el suficiente español para responder, pero cierra los puños y abre las piernas para afianzarlas sin importarle que eso rebaje su estatura.

La morenita sigue allí, pero su mirada ya no es de simpatía por Serrador, ahora la mirada dice: «Me estás reventando la noche, y demasiado difícil es mi vida para que venga un gracioso como tú a complicármela todavía más».

—Tú. —Metro noventa de turco con navaja en el cinturón—. Ya estás fuera de aquí.

Ahora le ha tocado a Serrador recibir una palmadita en el hombro que lo ha estrellado contra el mostrador.

—Me cago en tu puta madre —responde suavemente mientras levanta un taburete—, ven a echarme tú, que te voy a arrancar la cabeza.

Se ha formado un círculo alrededor; más allá de la iluminación tras la barra, ya no hay chicas ni nazis ni burdel ni nada.

El guarda extrae la navaja.

Serrador, feliz, porque esta es la mejor forma de terminar la noche y todo lo demás, con las tripas desparramadas en un callejón invisible.

Entonces una de las mujeres, la mayor de todas, se acerca al turco, le susurra algo al oído y este apenas tarda un par de segundos en guardar el arma y retroceder un paso.

—Yo no peleo con un hombre de Dios.

El padre Juan Serrador cabecea intentando recordar dónde está la salida; en aquellos sitios, para estas situaciones, siempre debería haber música.

Chacón, Rublos, Diosdada y Fox dejan el automóvil en la calle Cruz Verde y se ponen en marcha sin pronunciar una palabra. Están a unos pocos metros de la casa del Malmuerto, pero han descartado

estacionar en la misma calle Arrayán para no llamar la atención.

Son las dos y cinco, apenas tienen una hora para la invocación. Siempre que puede elegir, Chacón Carter intenta establecer sus contactos con otros planos a las tres de la madrugada, «la hora del tiempo muerto», llamada así por oposición a las tres de la tarde, hora en que fue asesinado Jesucristo. Este es uno de tantos principios que ha ido acuñando a lo largo de toda una vida dedicada al rastreo de lo sobrenatural, sostenidos en un número suficiente de experiencias positivas, pero sin ningún soporte científico que los justifique, fundamentos que a estas alturas lo traen sin cuidado.

Las aceras están vacías, los bancos de humedad que ocultan las bocacalles son el prólogo de una lluvia que va a descargar en cualquier momento; si alguien los ve pasar desde las ventanas, regresa rápidamente a su agujero tratando de no llamar la atención.

Más peligrosos aún que los militares son los piquetes, que, en coches o camiones, pueden detenerse en casa de cualquiera por cualquier causa trayendo consigo una sentencia de recurso imposible. Tres meses después de la sublevación militar, el terror había penetrado hasta la fibra más profunda de la ciudad, paralizando a la inmensa mayoría de sus habitantes.

La morada del Malmuerto, como la conocen los vecinos, está a un paso de la parroquia de Omnium Sanctorum, en el corazón de la calle Feria, una de esas casas palacio tan abundantes en el casco antiguo de Sevilla, cuyo portal no aparenta ni las dimensiones ni el esplendor de su interior. Ni se sabe el tiempo que lleva abandonada. Pasan de largo ante la puerta principal y siguen hasta la calle Amargura en busca de la entrada de servicio.

Fox, el sabueso llamado así en honor de las hermanas creadoras del espiritismo moderno, se adelanta para husmear y escarbar junto a la puerta; nunca lleva correa ni bozal, no es necesario reconvenirlo para que no ladre en las situaciones comprometidas, él tiene su propio nexo con esas otras latitudes a las que pretenden asomarse y es preferible dejarlo libre para que busque sus vías de entrada.

Protegiendo sus gafas oscuras de las primeras gotas bajo una de las cornisas, Diosdada permanece vigilando en la esquina mientras Rublos manipula la cerradura con la palanqueta. Algo más atrás,

Alberto Chacón Carter, el director de la Sociedad Mediúmnica de Sevilla, escucha. En unas pocas semanas se han multiplicado los testimonios de vecinos y testigos ocasionales que sostienen haber visto luminarias en las ventanas del caserón deshabitado y oído gritos desgarrados de un niño en la madrugada, declaraciones que en una Sevilla como la de 1936, en la que todo el mundo trata de pasar sus días sin llamar la atención, eran doblemente sorprendentes. A través del brigada Espinosa, un secretario judicial de la Audiencia Provincial miembro de la Sociedad Mediúmnica, Chacón ha sabido que la guardia civil había inspeccionado repetidamente el palacio sin encontrar ningún indicio material; por tanto, les correspondía a ellos el intento de encontrar el origen de aquellos fenómenos en una dimensión distinta.

Cuando Rublos, un chico nervudo de unos veinticinco años con unos ojos claros muy difícilmente localizables, vuelve a ocultar sus herramientas bajo el abrigo, es el momento de entrar.

El primero, Fox, aprovechando un resquicio entre las piernas de sus dueños.

Después Rublos, que abre camino con la única linterna encendida; sigue Diosdada y cierra la marcha Chacón, atento a todos y a todo, memorizando el terreno, buscando signos. Se trata de una primera avanzadilla de reconocimiento; ni siquiera han traído el aparataje habitual para registrar presencias, solo una güija plegable con la que Diosdada intentará una aproximación a las tres de la madrugada. El tiempo se les echa encima.

Cruzan una primera crujía y enseguida están en un patio gigantesco, inconcebible desde el exterior, con un jardín descuidado en el centro que acoge una especie de viejo escenario teatral, una cochera para carruajes, un amplio apeadero semicubierto y las caballerizas.

Al frente, el caserón es todos los caserones desamparados desahuciados del mundo en todos los tiempos.

Eligen la galería porticada de la derecha para llegar hasta allí a resguardo de la lluvia.

El director, Chacón, no se hace ilusiones sobre su autoridad; en realidad, es Fox quien los dirige; un harrier de cinco años que un cliente del hotel donde tienen su sede adquirió por sus presuntas habilidades como cazador y que terminó repudiando cuando, según

él, descubrió que se trataba de un perro loco; al fundador de la Sociedad Mediúmnica le llamó la atención su historia, lo adoptó y terminó descubriendo en él unas portentosas facultades sensitivas. Esta noche, el animal está nervioso, más absorto en sí mismo que otras veces, directo hacia un objetivo que solo él intuye.

Muy tarde para rectificar su dirección, descubren que el perro ha despreciado la zona de viviendas y se ha adentrado en los lavaderos.

Tarde porque los tres han oído perfectamente el rascar de vidrio en las ventanas.

Uno de los sonidos más claramente identificables de la presencia de seres extradimensionales en las inmediaciones.

Fox se detiene, fosilizado en su paso, no saben si para oír con mayor nitidez aquellos chirridos o para asegurarse de que sus acompañantes los están percibiendo, y Chacón extrae su bloc-linterna, su herramienta de siempre conseguida en el mercado negro de utensilios militares, que le permite tomar apuntes en la oscuridad. Ha llegado el momento de anotarlo todo.

La fricción se está produciendo en un ventanal que da al exterior, a unos pocos metros. Rublos lo alumbra directamente. El cristal está algo sucio, pero es evidente que no hay nadie a ninguno de los dos lados. Nadie corpóreo, nadie como ellos. Pero, si se concentran lo suficiente, creen apreciar que los chirridos responden a un sistema, a un código que no pueden ni imaginar.

A su manera, el perro también registra el sonido, avanza unos metros y vuelve a detenerse. Están en las tripas de la vivienda, un sistema formado por lavaderos, alacenas, patios anexos a las cocinas, letrinas y cualquiera sabe qué otras dependencias que constituyen un verdadero laberinto.

Todos miran a Chacón esperando una decisión. A sus cincuenta y siete años, ha sido profesor de historia, policía de ferrocarriles en el transiberiano, soldado, organizador de expediciones paleontológicas, fotógrafo y, sobre todo, o marcando cualquier otra actividad, explorador de fenómenos extraños de algunas de las asociaciones más prestigiosas de todo el mundo. Está acostumbrado a que los demás esperen que determine el rumbo en las situaciones más insólitas, pero en los últimos tiempos ha delegado todo su mando en Fox.

Sin apagar del todo el frotar de los cristales, un crujido creciente les llega desde el otro extremo de la casa palacio: es el rechinar de un portón al abrirse, tan ridículo como los efectos baratos de una novelucha de misterio, tan ridículo como la vida real. Al momento, pasos, voces.

El perro, a lo suyo, se pierde de vista en el laberinto: algo ha encontrado.

—¡Apagad la linterna! —les susurra Chacón a Rublos y a Diosdada mientras él oculta la suya—, ha entrado alguien; no me extrañaría que fuera la guardia civil. Salid por donde hemos entrado y volved al coche. Yo voy a buscar a Fox.

—¿Lo esperamos fuera? —pregunta Diosdada.

—No, nos vemos en el hotel.

Y no se mueven.

—Deja que me quede contigo —dice Rublos.

—Salid de aquí —concluye.

Espera a que se marchen, la oscuridad ayuda.

También él tiene que irse cuanto antes, pero todavía se oye el resonar de las patas de Fox en el interior.

Por suerte, sus ojos se han acostumbrado lo suficiente a la oscuridad y se mueve con el resplandor rojizo de las nubes que entra por las ventanas. Un almacén da paso a un patio alargado, el patio a las letrinas. El perro sigue unos metros por delante, invisible, seguro en su ruta. Los vecinos llevan meses hablando de unos gritos aterrados, gritos de dolor, de un niño. No es frecuente encontrar manifestaciones infantiles; tampoco ha podido encontrar aún los antecedentes de la casona, le queda mucha investigación pendiente. Pero los pasos se acercan.

Debe encontrar a Fox y largarse. En una Sevilla como aquella, si la guardia civil o cualquier otra fuerza de «seguridad», oficial o no, lo encuentra en estas circunstancias, puede esperar que lo tomen por cualquiera y que reaccionen como les parezca, incluido pegarle dos tiros y dejar que se pudra bajo un montón de escombros.

Por primera vez, el sabueso emite un suave gruñido. Está adiestrado para permanecer silencioso en cualquier circunstancia. Chacón acelera el paso y llega a un nuevo patio; enciende la linterna un segundo para asegurarse de que Fox no está oculto en algún rincón. Llega a tiempo para verlo colarse por una puerta

abierta.

Y resuena otro gruñido.

—¿Ha visto ese reflejo, mi cabo? —dice una voz desde alguna parte de la casa palacio.

Más pasos.

Debe marcharse inmediatamente de allí. Pero no va a dejar a Fox.

Cruza la puerta y vuelve a encender la luz durante una milésima de segundo. Una habitación vacía, sin otra salida, sin ventanas. En el suelo, volcados, una tosca mesa de madera, un refregador roto y un bañito. Los gruñidos desesperados del perro se oyen al alcance de su mano.

A su lado.

Invisible.

Su compañero de tantas correrías está a un paso, pidiendo su ayuda. Pero no lo ve, no puede determinar dónde. Está allí, aunque perdido en algún pliegue del tiempo o el espacio. Lo oye. Está. Pero fuera de su alcance. Está.

Y tiene que dejarlo.

Los vigilantes se perciben muy cerca, tiene el tiempo justo de volver a salir al patio y saltar la tapia.

20 de octubre de 1936

> «Don Adelino Rubén García ha fallecido en Sevilla, el 19 de octubre de 1936, habiendo recibido inmerecidamente los santos sacramentos y la bendición apostólica. Lo despiden sus hermanos en la seguridad de que el mundo será menos inhóspito sin su presencia».

Por primera vez en meses, una sonrisa le tuerce los labios al gobernador depuesto de Sevilla.

Aun el esfuerzo de leer unas pocas líneas, una esquela, le resulta casi insuperable. No deja de sorprenderle que aquella reseña haya superado la censura de Queipo de Llano; en este nuevo tiempo, la mojigatería se ha impuesto en cualquier medio de expresión, y, como dice Jardiel Poncela, todo lo que no es obligatorio está prohibido.

José María Varela Rendueles, desde aquella primera noche pasada en los calabozos del cuartel de la División, tras su apresamiento por los militares sublevados a mediados de julio, había pasado por la prisión provincial, el cine Jáuregui (uno de los recintos civiles habilitados para acoger al desbordante número de presos víctimas de la represión), el teatro de Variedades, otra vez la prisión provincial, de nuevo el Variedades…, en una ronda donde cada salida, cada puerta que se abría a mitad de la noche, podía suponer para los reclusos un viaje con punto final en busca «de la tapia del cementerio, la cuneta de la carretera o el olivar propicio a las ejecuciones».

Por fin, el 17 de octubre, aquellos meses, los peores de su vida, quebraron su salud hasta el punto de que una bocanada interminable de sangre parecía que iba a poner fin en el salón del Variedades a su inacabable recorrido por tanto lugar de reclusión. Algunos testigos internacionales, incluidos miembros destacados de las «cruces de fuego» francesas, intervinieron a su favor, y sus captores, en vez de dejarlo morir como un perro, pidieron una

ambulancia para traerlo al hospital de la Santa Caridad acompañado por tres guardias.

Tampoco olvidaría nunca el traslado en el vehículo sanitario, acompañado por otro detenido también enfermo que se pasó todo el trayecto gritando desesperadamente, convencido de que los llevaban al paredón y no al hospital.

Ahora, ingresado en la sala de San Isidoro, la destinada a los enfermos encarcelados, parece que, por primera vez en mucho tiempo, su destino le abre un paréntesis en el que respirar con algo de calma.

Cuando Alberto Chacón Carter finaliza la narración de los acontecimientos que culminaron la noche anterior en la llamada «casa del Malmuerto» con la desaparición de Fox, el resto de la Sociedad Mediúmnica queda en silencio, con esa expresión de perplejidad que el director de una agrupación científica debería evitar radicalmente con sus exposiciones, pero los ladridos del harrier siguen resonando en su cabeza y aún no sabe cómo logrará erradicarlos de allí.

Aquella tarde, la Sociedad ha asistido al completo a la sesión de análisis: están Diosdada, la secretaria y sensitiva, y Rublos, el joven factótum, que acompañaron a Carter a la casa palacio, pero también los hermanos Antonio y Rafael Galocha, profesores jubilados, y al fondo, muy apartado de todos, el brigada de artillería Miguel Espinosa, secretario de juzgado de la Audiencia Provincial, que apenas habla y parece siempre a punto de marcharse.

También hay dos plazas reservadas en la enorme mesa de caoba para Antolina Nassera y Valentín Delgado Alonso, miembros de pleno derecho a pesar de haber fallecido en 1932 y 1934, respectivamente; una circunstancia como esa no debe suponer un obstáculo insalvable en una asociación dedicada a la exploración de todos los planos de la existencia.

—¿Quieren un té? —Diosdada, siempre atenta a romper la eternidad de aquellos silencios, se levanta sin esperar confirmación y se acerca al infiernillo situado en una esquina; allí son muy británicos en sus costumbres, influencia de los años pasados en Londres por el director.

Le basta a Antonio Galocha con una mirada para que su

hermano menor se levante en ayuda de la mujer en los preparativos; a pesar de que han cumplido los sesenta y cinco y sesenta y ocho años, sigue obedeciendo sus disposiciones como cuando eran unos críos. Ambos permanecen solteros y han vivido juntos toda una vida. Falangistas camisas viejas, mantienen su posición política (tan poco congruente con ese aire bondadoso y despistado) al margen de sus relaciones con el resto de los compañeros.

Están en un salón sin nombre ni identificación alguna de la tercera planta del hotel Arenal, una estancia alargada completamente revestida de estanterías atestadas de ejemplares que muy bien podría conocerse como «la biblioteca», libros que supusieron prácticamente la única aportación personal de Chacón Carter cuando, fallecido su padre, volvió de sus correrías en el extranjero para hacerse cargo del establecimiento. Junto a su despacho, las dos salas constituyen la sede de la Sociedad Mediúmnica en Sevilla y es el lugar donde pasa casi todo el tiempo, desatendiendo el resto de sus obligaciones hosteleras y los requerimientos de administrador y recepcionistas.

—El jueves volveremos —decreta Chacón sin esperar a que sirvan el té, como dicta la ceremonia, para seguir con la reunión—. A la casa del Malmuerto.

Nadie le responde.

—Conviene dejar pasar un par de días para que se calme la situación. —Y vuelve a morder su pipa eternamente apagada.

—El jueves, a las siete, han quedado ustedes con el sacristán de la iglesia de San Marcos —le recuerda Diosdada, y dice «ustedes» porque las mañanas las dedica a ayudar a su hermano en la tienda de estilográficas y no podrá acompañarlos.

—Lo sé. A lo del Malmuerto iremos por la noche solo Rublos y yo. —Este permanece sentado en una nube de humo, no es preciso que dé su conformidad—. Hay algo muy… patente en esa casa. Algo rabioso. Ansioso por manifestarse.

—Insisto en acompañarlos.

—Esta vez no, Diosdada, será una incursión rápida, solo de reconocimiento.

No hay aceptación en la falta de respuesta de la mujer.

No quiere discutir con ella, así que evita sus gafas ahumadas

acercándose al atril tras el que se oculta el brigada Espinosa.

—Miguel, ¿tu amigo del ayuntamiento ha averiguado algo sobre el dueño de la casa?

—Ahora iré a visitarlo, a ver si se ha podido enterar de algo. En estas cosas hay que andarse con pies de plomo.

—Bien, ¿cuento contigo para ir a San Marcos?

—Ya te dije que sí. —Hace como si leyera el papiro con el alfabeto de signos herméticos colocado en el atril—. Sin embargo, a la casa palacio…

—Nunca te pediría que hicieras algo ilegal.

—Yo qué más quisiera que acompañaros.

No despega la mirada de los signos secretos.

Su timidez contrasta con la extrema elegancia de su atuendo, los zapatos bicolores blancos y grises, la raya y el remate en vuelta del pantalón, el cuello duro, la corbata de lunares minúsculos y un sombrero Homburg que conserva en la mano, siempre a su alcance, como si debiera estar preparado para desaparecer en cualquier momento. Jamás ha asistido de uniforme a las sesiones.

—Nosotros también iremos a San Marcos —confirma Antonio Galocha en nombre de los dos hermanos—, es un caso curioso el que cuenta ese sacristán.

—Voces —recuerda el director—, o más bien lamentos, pero no puede asegurarlo. Solo voces. Ninguna otra manifestación.

—¿La archidiócesis no interviene? —Diosdada le entrega su taza.

—El párroco no ha corrido la voz, están muy asustados. —Guarda la pipa en el bolsillo—. Es un caso muy interesante que nos convendría estudiar a fondo, pero me he comprometido a que nuestra labor se limitará a silenciar esas voces. Le debemos un favor, acordaos del percance de la capilla de San Onofre; si no llega a intermediar, habríamos terminado en el calabozo.

—Cualquier día… —El brigada, agorero.

Pero Chacón ya está pensando de nuevo en la casa del Malmuerto. Los gritos de los niños que no llegó a oír. El chirrido en los cristales. Los ladridos de Fox, desaparecido para siempre. Las inexplicables apariciones nocturnas. Hombres y mujeres torturados, suprimidos por tantas causas que son una sola. Sevilla crepitando con tanto muerto.

La tiendecita de Crisanta no tiene nombre ni distinción alguna, solo un escaparate con la cristalera velada por años de suciedad y una estrecha puerta permanentemente cerrada. Los jueves, cuando el viejo mercado de buhonería y quincalla ocupa las aceras de la calle Feria, apenas es posible entrar ni salir del local, pero eso poco importa cuando se dispone de las cualidades fantasmales de su dueña.

Hoy, a media tarde, apenas se ve un alma en los alrededores cuando el Chrysler Airflow con matrícula portuguesa se detiene frente a la puerta de la tienda y su ocupante, una cincuentona de revista, sale del vehículo sin atraer miradas de curiosidad, despide al chófer para que estacione en algún lugar discreto y golpea la puerta en una llamada convenida.

No es su propietaria quien abre, sino un cliente, un anciano de boina hundida que sale con el pecho encogido en un llanto que crece mientras se aleja rápidamente sin despegar la vista de las aceras.

La recién llegada se cuela en el establecimiento y se deja guiar por el resplandor de una luz pobre y amarillenta que la conduce hasta la trastienda, donde, naturalmente, Crisanta espera.

—*Boa tarde*, amor. —La visitante se sienta al otro lado de la pequeña mesa camilla y lanza un suspiro de bienestar sobreactuado—. *Tudo bem?*

—*Estou bem, obrigada, e você?*

—Harta, muy harta, querida. —Saca del bolso una pitillera cargada de cigarrillos americanos y prende uno con un encendedor de oro—. Harta del bicha de mi marido, harta de esta guerra de locos, harta de los locos felices con su baño de sangre dentro y fuera de la guerra, harta de tanto tejemaneje, harta, harta.

—¿«Bicha»?

—Maricón.

—¿Te apetece un café? —pregunta riéndose.

—Lo que tomáis aquí no es café, y ya lo he tomado antes de salir de la embajada. Te lo agradezco igual. Recuérdame que te traiga un poco la próxima vez.

—Lo haré.

—Hazlo, de verdad, y cualquier otra cosa que necesites. Me queda muy poco tiempo en este país de mierda.

—¿Vuelves a Portugal?

—¿A Portugal? No, si podemos evitarlo; nuestro Salazar es casi tan hijo de mala madre como vuestro Franco. Si todo sale como prevemos, Paulo será nombrado agregado cultural en el consulado de México para el año entrante. Intentaré cambiar el Estado Novo por el Nuevo Mundo.

Solo cuando Crisanta se pone en pie, la otra advierte que ha tenido el péndulo en la mano todo el tiempo, bajo la mesa. Lo deja reposar en su estuche de terciopelo y formula una pregunta mientras busca algo entre las estanterías llenas de libros, recortes de prensa, archivadores de madera, frascos con hierbas y pequeñas arcas.

Pero la portuguesa sabe que lo que verdaderamente pretende la dueña de la casa es exhibir sus veinte años menos, sus pechos aún más grandes que en la última visita, su seguridad al moverse por la estancia, porque cada movimiento puede ser parte, o no, de ese juego secreto que solo ellas conocen.

Crisanta pertenece a esa categoría de mujeres feas que vuelven locos a todos los hombres y a la mayoría de las mujeres.

—¿Perdón? No te he escuchado —dice la visitante, divertida.

—Te preguntaba si pensabas dejar tus negocios.

—Desde luego. —Mira la brasa del cigarrillo—. En cuanto resuelva el que he venido a proponerte. En cuanto lo resolvamos.

—Prueba esto. —Crisanta se ha sentado de nuevo para depositar sobre la mesa una bandeja de cristal con seis pastelillos—. Son delicias de melón y canela. Las monjitas de Irún que las preparaban se suicidaron al ser alertadas de que los milicianos iban a asaltar el convento. Murieron sin transmitir los secretos de su repostería, así que nadie más que tú volverá a degustar su arte. Los milicianos no llegaron nunca.

—No debería ni probar los dulces. —Engulle uno y después otro y otro más—. Putas monjas.

—Así que tienes un encargo para mí —suelta cuando considera que la otra ha sido convenientemente azucarada.

Fin del capítulo dedicado a las relaciones sociales.

Una bombilla agónica pende sobre ellas como el ojo enfermo de Dios.

—Un encargo endiablado —dice la portuguesa.

—…

—Que te parecerá una locura.

—…

—Pero que nos sacará de esta miseria para siempre.

—Tú no vives en la miseria.

—Cada uno tiene su propio concepto de miseria.

—Pero el mío es el correcto.

—Razón de más para que consigamos nuestro propósito.

—¿Qué es?

—¿Has oído hablar del asalto a la iglesia de Santo Domingo, en Lepe, Huelva?

—Continúa. —Vuelve a ponerse en pie y, sin titubear, alcanza un archivador repleto de recortes de prensa.

Claro que ha oído hablar. Ese es su trabajo. Crisanta procura estar al tanto de los objetos artísticos que circulan por el mercado negro, producto del pillaje por ambos bandos, en edificios religiosos o no, para actuar como intermediaria con toda clase de peristas cuando algún cliente, como la mujer que tiene enfrente, le hace llegar un encargo.

—El 21 de julio —prosigue la otra— una partida de marxistas irrumpió en el templo y llevó a cabo una enorme cantidad de destrozos.

—«… veintidós retablos con sus altares, setenta y siete imágenes de talla policromada, treinta y cinco murales al óleo, catorce altorrelieves policromados del vía crucis, el órgano, la pila bautismal…» —lee la dueña de la tienda mientras vuelve a sentarse.

—Y un maravilloso tríptico del siglo XVI de Jan van Eyck, reconocido en todo el mundo —la interrumpe la otra.

—Efectivamente, un Van Eyck.

—Solo que, al contrario de lo que figura en tu recorte, el tríptico no fue destruido.

—Sigue. —Crisanta no muestra ningún asombro, sabe que, en ese ámbito, la verdad y la mentira se superponen formando una combinación absurda pocas veces previsible.

—A continuación, te voy a contar una breve historia milagrera de esas que gustan tanto en nuestros países y que seguramente se convertirá en una leyenda dentro de pocos años.

—…

—Al parecer, de la partida de marxistas, como los denomina el párroco, que invadió la iglesia se separaron tres hombres, que arremetieron contra la llamada «virgen Bella» o «de la Bella». Se cuenta que le arrancaron los ojos a la imagen, le robaron sus joyas, la fusilaron, la descuartizaron a hachazos, la arrastraron y la arrojaron al río.

—Muy exhaustivos.

—Pero, hija mía, estamos en España y ni siquiera unos desalmados marxistas pueden soportar semejante afrenta a la Virgen. Cuando el resto de la partida supo del comportamiento de estos tres, emprendieron su persecución con objeto de castigarlos.

—¿Y los cazaron?

—El brazo de la providencia todo lo puede. A nuestros tres profanadores se había unido un cuarto miembro, inseparable del grupo, hermano de uno de ellos, que no los había acompañado a la iglesia por encontrarse enfermo de garrotillos. Un tal Francisco Jairo, quédate con su nombre porque es importante.

—Me quedo.

—Bien. —Enciende otro cigarrillo—. El primero de los profanadores fue alcanzado en Cartaya, donde fue fusilado al pie del altar de la Santísima Trinidad. El mismo que el día antes había disparado contra la virgen de la Bella. —Un par de caladas para dar efecto a sus palabras—. A las cuarenta y ocho horas, en Isla Cristina, recibía un tiro en el vientre el segundo de ellos, que, por cierto, había disparado en el mismo sitio a la virgen. —Otra calada—. Por último, el que le arrancó los ojos a la imagen de la Bella perdió la vista para siempre sin que los médicos hayan podido determinar la causa de su ceguera.

—Es un cuento muy bonito.

—Y eso que no te he contado el final: a los seis días de haber sido profanada, las aguas del río devolvieron a Lepe la talla de la virgen de la Bella.

—Un final feliz.

—Sí, pero volvamos a Francisco Jairo. Gracias a sus garrotillos, se había librado de la maldición, así que terminó siendo el depositario del tríptico de Van Eyck robado en la iglesia de Santo Domingo, que es lo que nos interesa.

—Con solo su nombre, no será fácil de encontrar.

—Todo lo contrario, encontrarlo es facilísimo. Está detenido por un delito de rebelión en la comisaría de la calle Jesús del Gran Poder. Solamente es necesario negociar con él el paradero del tríptico.

—¿Eres consciente de lo que estás pidiendo? En un mundo en el que te pueden fusilar por mirar a los ojos a uno de estos puercos militares, pretendes que llevemos nuestros chanchullos a las mismas tripas de su maquinaria de represión.

—Escúchame, Crisanta. —Se adelanta en su asiento, abandonando el tono desganado de su discurso—. En cuanto se ha difundido lo del Van Eyck, he recibido hasta cuatro ofertas de coleccionistas privados de todo el mundo. Y más que llegarán. Pienso sacarlo a subasta en cuanto lo tengamos. Estamos hablando de millones de pesetas. Y te ofrezco un cincuenta-cincuenta.

La dueña de la tienda se levanta despacio y, ocultándolo con su cuerpo, toma el hilo de seda del péndulo y deja caer el hueso suavemente.

Espera.

Siente los ojos clavados en su nunca.

Se acaricia el vientre, nadie adivinaría su embarazo.

Enseguida, un ligero balanceo le da la respuesta.

Devuelve el péndulo a su estuche y vuelve a sentarse.

—¿Te han gustado los dulces? —pregunta ante la bandeja vacía.

—Estaban ricos.

—¿No te da miedo comer o beber algo en casa de una bruja?

—Son tus poderes de bruja los que quiero para conseguir esas putas tablillas.

—…

—¿Lo harás?

—Pero no solo a cambio de dinero.

La portuguesa abre de nuevo la pitillera, pero vuelve a cerrarla; necesita concentrarse.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta al fin.

—Que me lleves contigo a ese Nuevo Mundo. No hay sitio para mí en la España que va a crear esta gentuza.

Lenta, muy lentamente, construye su sonrisa la invitada.

Crisanta intenta no pensar en que el péndulo le ha desaconsejado que se enrede en aquella empresa.

A casi nadie le extrañan los gritos de aquel muchacho a las cuatro de la madrugada en medio de la calle San Luis, al igual que han aceptado con toda naturalidad que la fábrica de tapones de corcho de su padre llevara dos meses cerrada, con toda la familia desaparecida, y unos sonidos indefinibles surgieran cada noche de un edificio que se había convertido en refugio de cuanto perdido buscara un lodazal bajo techo.

En ese nuevo mundo, solo la locura explica el caos de la rutina.

Pero pasa el tiempo, el chico sigue con las voces, y los vecinos empiezan a salir a la calle.

Los primeros, dos huéspedes y un camarero de la fonda que da puerta con puerta a la fábrica; después, algunos cabezas de familia de los pisos cercanos y, para terminar de configurar el grupo, don Jesús Aguilar, guardia fuera de servicio que sale a la calle con el batín sobre la camiseta y la pistola de reglamento atravesada sobre la panza.

Allí se quedan. La farola está lejos, así que han sacado velas y candiles para alumbrar la función. El espectáculo es llamativo. Mucho más andrajoso y sucio que cuando los suyos lo cuidaban, el hijo del dueño de la fábrica rasca la pared con las uñas y llora desesperado. Allí se quedan. Aunque lo conocen de toda la vida de Dios, él no parece conocer a nadie.

Cuando gira sobre sí mismo y comienza a golpearse rítmicamente la frente contra la esquina, es cosa de intervenir.

No les resulta fácil reducirlo; rondará los veinticinco, es alto y muy doble, y tiene esa determinación irrefrenable que solo se contiene con la jeringuilla y la habitación acolchada.

El guardia reparte órdenes. Deja a un par de voluntarios retorciéndole brazo y pescuezo al chaval y se centra en la puerta abierta de la factoría de tapones de corcho: lo que sea que haya pasado ha sido allí dentro. No es que le haga ninguna gracia penetrar en aquella boca oscura, pero no quiere que los vecinos le pierdan el respeto y algunos ya están esperando como pasmados en la entrada a que tome una decisión; es lo que toca por ser la autoridad.

—Vamos a entrar —determina al mismo tiempo que usa la pistola como una batuta para ordenarles que vayan pasando antes que él.

Los recibe un intenso olor que pronto identifican como hierbabuena, aunque a primera vista no hay una sola planta en el local vacío, ni una de las máquinas ni herramientas de las que usaban allí, ningún mueble, solo camastros fabricados con paja sucia, periódicos viejos y mantas andrajosas en las oscuras salas sin puertas.

Es un enorme recinto empedrado del suelo al techo, separado por columnas y arcadas, que acumula una frialdad sucia y un vacío que roza la piel, como si sus ocupantes habituales se hubieran visto obligados a marcharse con todos sus enseres por una fuerza inexplicable.

Hace semanas que en el barrio oyen conversaciones apagadas, cánticos en voz baja y otros sonidos menos identificables en el edificio abandonado. El mismo Jesús Aguilar ha estado a punto de denunciarlo en comisaría, pero desde julio ni los guardias quieren significarse en asuntos no oficiales si lo pueden evitar.

Al fondo, el leve resplandor de la puerta entreabierta al patio interior. Los que dormían en la fábrica solo pueden haber salido por allí.

Los vecinos se reagrupan tras la pistola.

Don Jesús chasca la lengua y tira.

Tardan su buen rato en recorrer aquel espacio y confirmar que no hay nadie oculto tras las columnas.

Al abrir la puerta que da al patio, alcanzan a ver a un niño de unos diez años acompañado de un gato cobrizo que se pierde al otro lado del cercado. Nada más. El roble pelado en el centro y un bloque de sombras al final.

La noche no es fría ni oscura, perfecta para que te atrapen los fantasmas.

Cruzan el empedrado en dirección a la pequeña puerta de salida a la calle y la encuentran sólidamente cerrada.

Solo cuando se sobreponen a la absurda impresión de encierro, señalan algunos hacia una accesoria rotulada como ALMACÉN en un rincón del otro extremo del patio.

Todos para allá.

La puerta, encajada.

La empujan y se van agolpando en el interior, con un lugar de honor para la pistola del guardia.

Contra la pared de la izquierda, una montonera de tapones de corcho.

Se necesita más luz para verificar el horror sobre una mesa vieja.

Un niño de unos diez años bocabajo (no es necesario ser forense para determinar que lleva muerto varios días), el abecedario grabado en la espalda a punta de navaja, la cara vuelta hacia ellos, la nariz cortada.

Solo el crío que acaban de ver puede explicarles qué es lo que ha pasado, pero no hay más niño que el que está sobre la mesa, no hay gato rojo, solo la escena que están viendo, que no puede ser verdad.

21 de octubre de 1936

El padre Juan Serrador termina de abotonarse la sotana como el que concluye la más pesada de las cargas diarias y se deja caer sobre la cama. No termina de volver a acostumbrarse al peso y al engorro del ropón sagrado después de los años de capellán castrense vestido con el uniforme de la Legión.

Por eso, algunas noches, recupera sus ropas seglares y se pierde en esa otra vida que tan poco tiene que ver con todo aquello, una realidad que, como anteayer con el piloto alemán, ha estado más de una vez a punto de costarle un nuevo escándalo igual al que lo ha traído hasta aquí.

Son las once de la mañana y aún no ha salido de la habitación, casi una celda, que le han asignado en el hospital de la Santa Caridad, un aposento acorde con este nuevo cargo, «capellán adjunto», que, dentro del complejo entramado de poder en la institución, resulta una figura desdibujada, casi ficticia, perfecta para hacerlo desaparecer en las zonas más grises de la archidiócesis.

Alguien golpea la puerta tres veces suavemente.

Y es raro.

Allí no tiene que ver con nadie más que con los enfermos a los que visita, y ni siquiera a ellos les presta más atención que la indispensable.

Al abrir la puerta se encuentra con el doctor Díaz Vargas, la bata blanca abierta sobre la barriga y el puro apagado; tendrá bastantes más de setenta años, hace mucho que debería haberse jubilado y no parece cuadrar muy bien con el resto del personal; quizás sea eso lo que tienen en común.

—Llevo un par de días sin verlo y he pensado en pasarme por aquí a ver si se encuentra bien.

—Ayer estaba destemplado. —Está seguro de que el médico ha percibido alguna vez su aliento a coñac, pero no cree que lo comente con nadie—. Hoy ya me encuentro mejor. Le agradezco la

visita.

—¿Le apetece echar un cigarro en el patio de los Rosales?

—Desde luego.

Su habitación está situada, seguro que casualmente, muy cerca de las humildes alcobas que Miguel de Mañara, el principal impulsor del hospital, ocupó desde 1677. Están conectadas por dos tramos de escaleras que llevan al vestíbulo. Las ordenó construir el propio Mañara con la intención de rezar en el santísimo reservado de la sacristía, pero a Serrador le resultan muy útiles para sus correrías nocturnas.

Aunque médico y cura no se sienten incómodos en la compañía del otro, tienen tanto miramiento en seleccionar tema de conversación que la mayoría del tiempo lo pasan en silencio. Por cualquiera sabe las razones, alguna falta de cada uno, evitan hablar de religión, y lo mismo ocurre con la guerra, la política o la estructura de poder del hospital. Intuyen que probablemente estarían de acuerdo en su incorrección y prefieren no comprometerse mutuamente.

Ya en la planta baja, pasan frente a la estatua de Mañara cargando con el mendigo y ambos asienten divertidos aprovechando que nadie los ve.

—¿Se ha enterado de la última aparición del fantasma de don Miguel? —pregunta el médico sin apenas mover los labios bajo su bigote blanco.

—No, aquí nadie me cuenta nada. —No es una queja—. ¿Ha vuelto a desaparecer algún voluntario?

—Antes de anoche, uno de los celadores.

—¿Y alguien vio al espíritu de Miguel de Mañara?

—No exactamente, pero algunas monjitas juran que oyeron sonidos tirando a lúgubres.

—No damos abasto…

Una de las leyendas internas de la institución cuenta que, de cuando en cuando, coincidiendo con alguna manifestación espectral de su antiguo hermano mayor, desaparece un miembro de la Hermandad de la Santa Caridad. No eran extraños aquellos relatos en una institución que se remontaba a 1456 y cuyo fin primero consistía en acompañar al patíbulo a los penados y dar sepultura a los suicidas, a los cuerpos recuperados del río o a los que carecían

de familia que los enterrase.

—También podría ser, y solo lo digo por decir —susurra Díaz Vargas—, que el celador se haya cansado de cambiarle la bacinilla a los enfermos y se haya quitado de en medio.

—La caridad no retribuida es lo que tiene; en cambio, cuando el enfermo tiene posibilidad de darle alguna propina al cuidador, las probabilidades de que desaparezca de su lado menguan mucho.

Han llegado al patio de los Naranjos, atraviesan el arco de la antigua atarazana y se detienen entre los macizos de flores; el suelo sigue mojado de la última lluvia y una humedad de siglos les hace echar de menos los abrigos.

—¿Hace un puro? —El médico guarda el que traía, ya muy manoseado, y extrae una caja de madera a la que quita ceremoniosamente el precinto.

—Se lo agradezco, porque ese es de los buenos, pero prefiero la picadura. —Empieza a buscar bolsa, librillo y mechero en los bolsillos.

—Hoy cumplo ochenta años —informa tímidamente el otro.

—¡Joder, felicidades! —El sacerdote se asegura de que nadie lo ha oído; al otro lado del patio, en la entrada, hay un grupo apenas visible, pero están lo bastante lejos—. ¡Venga ese puro!

Encienden los cigarros, caminan y fuman en silencio.

Pasan junto a la numeración desvaída del reloj de sol en una de las paredes y el cristal de una de las ventanas le devuelve al padre Juan Serrador el reflejo de sus ojos encendidos, el descreimiento de los labios y la contenida energía de sus treinta y tantos años, que le hacen verse más bien como un legionario disfrazado de cura que como un delegado del Señor.

El grupo de la entrada ha salido por fin al patio y queda frente a ellos.

Se trata de tres oficiales con el uniforme nazi, el director del hospital y otro par de próceres muy sonrientes.

El militar de más edad y mayor graduación se vuelve y señala al sacerdote.

—¿Conoce usted al coronel Von Richthofen? —le pregunta el doctor Díaz Vargas, quizás preocupado—. Acaba de señalarlo.

—¿Von Richthofen?

—Efectivamente. Es primo del Barón Rojo, el famoso as de la

aviación.

—¿Sabe qué hace aquí?

—Tengo entendido que será el jefe del Estado Mayor de las fuerzas alemanas que están llegando en apoyo de los nacionales.

Desde el otro lado del patio, Juan Serrador sostiene la mirada del militar, el mismo con el que estuvo a punto de llegar a las manos dos días antes en el burdel sin nombre de la calle Habana.

Como todo el mundo, empezando por él mismo, lo llama el Cucaracha; no es necesario darle muchas vueltas al motivo del sobrenombre. Es mucho más significativo que lleve el pelo ostensiblemente teñido de rubio; son los peores tiempos para llamar la atención, así que debe de contar con sólidos asideros para que se atreva a semejantes desenvolturas.

—Cucaracha.

—Crisanta.

Aunque es miércoles, el hombre ha sacado a la puerta de su bujío algunos de los cuadros que vende en el mercadillo del Jueves por si cae algún carajote, nada del otro mundo, unos cuantos lienzos baratos sin enmarcar con escenas inglesas de caza, retratos de mujeres vestidas de flamenca y aburridísimos bodegones.

Es la hora de la comida y la calle Feria está casi vacía, pero la mujer disimula ojeando las pinturas mientras el Cucaracha le busca el perfil de las tetas desde su banquillo.

—¿Has mirado lo de Francisco Jairo? —pregunta ella sin darse la vuelta. Solo le facilitó el nombre y el lugar de reclusión, no le dijo que podía ser el depositario de un tríptico de Van Eyck, y aun así ya le había dicho demasiado.

—Lo he mirado.

—¿Y?

—Malo.

—Ya —dice volviéndose hacia él.

—No, ya, no. Peor. Efectivamente, está en la comisaría de la calle Jesús del Gran Poder, como me decías, pero se chamulla que a punto de pasar al patio número tres.

Con la sola mención del patio bastaba. Los dos sabían perfectamente que quien entraba allí por la mañana debía ser fusilado aquella noche. Cada día, a las dos o las tres de la

madrugada, los camiones se detenían ante la puerta para recoger a los condenados, algunos en tan mal estado tras los interrogatorios que debían ser arrastrados hasta los vehículos.

—¿Sabes algo de él? —Entrecierra los ojos.

—Nada y menos. Es un candelario que andaba por Huelva hasta hace poco. —Sonríe; está en su terreno, el de la información clandestina que se pone a la venta por cuatro cuartos o por un favor equivalente, permutado sobre la marcha o fiado a un futuro igual de precario para todos—. Pero lo que haya hecho, que yo no lo sé, ya te he dicho que no es lo peor. Lo peor es que su expediente lo lleva personalmente el capitán Mayordomo.

Manuel Díaz Mayordomo, delegado militar gubernativo para Andalucía y Extremadura, elegido por el general Queipo de Llano, el virrey de Sevilla, como su hombre de confianza en el Cuerpo de Investigación y Vigilancia, era la máxima expresión de su labor represiva; un capitán de la Legión borracho, sádico e implacable que en los pocos meses que llevaba en su cargo había torturado y asesinado a miles de sevillanos.

Crisanta no pronuncia una palabra, busca donde sentarse, pero el único banquillo lo ocupa el Cucaracha, así que apoya la espalda en una farola; necesita un momento para pensar en todo aquello antes de seguir.

Pero no hay tregua.

—Para más inri —dice el hombre, que no se esfuerza en disimular el regocijo que le produce la información—, ayer por la mañana encontraron muerta a la madre de Mayordomo, así que no creo que esté muy contento; no quisiera yo encontrarme en el pellejo de Jairo ni de ninguna de las criaturas del patio número tres.

—…

—¿Tiene o no tiene mandanga la cosa?

Ella no responde; aparta con un dedo, como si estuviera impregnado de excrementos, un lienzo en el que unos aristócratas dementes persiguen a un zorro mientras intenta pensar.

—Sí, ya sé que el cuadro es una basura, pero es lo que hay. —Es imposible hacerlo callar, como no se puede determinar su origen por la mezcla de lenguajes con la que juega—. Son los tiempos. Yo los he pasado de todos los colores en este país, siempre comiendo del mundo del arte. ¿Tú sabes que durante la República nombraron

conservador general del Tesoro Artístico Nacional nada menos que a don Ramón María del Valle-Inclán? La noche y el día con lo que tenemos ahora. —El tono, como todo en él, es difícil de interpretar: puede tratarse tanto de un arranque de nostalgia de la época previa a la sublevación como de un anzuelo para que su interlocutora muestre sus simpatías ideológicas—. Tras la proclamación republicana, se incautó mucho edificio que pertenecía o usaban los Borbones; todas las entidades civiles y eclesiásticas estaban obligadas a enviar al delegado provincial correspondiente una relación de sus bienes artísticos muebles e inmuebles, las autoridades no vacilaban en requisar…

—Cucaracha —lo corta.

—Dime.

—Si la madre de Mayordomo murió ayer, hoy estarán con el velatorio.

—Supongo que sí.

—¿Tú sabes dónde vivía la fallecida?

Las lentes negras y redondas de Diosdada siguen acaparando más de la cuenta la atención de Chacón Carter, sobre todo cuando hablan en privado. No es atracción. No es rechazo. Pero debería pasarlas por alto y no puede.

Se encuentran en el pasillo que conduce a la biblioteca del hotel Arenal, ella recién llegada.

—Contigo quería yo hablar —dice Chacón intentando apartar la mirada de las gafas.

—Pues usted dirá.

No lleva ni dos meses en la Sociedad Mediúmnica y ya se ha convertido en un elemento indispensable. Llegó solicitando trabajo, era viuda de guerra, cualquier trabajo. Tenía experiencia en secretariado y poseía sólidos conocimientos sobre esoterismo que había adquirido compartiendo estudios con su padre y su marido hasta que ambos murieron, además de, según ella misma reconocía, «unas discretas facultades como sensitiva sin desarrollar del todo».

La Sociedad era una agrupación muy pequeña que apenas generaba trabajo administrativo, pero Alberto Chacón Carter, más por curiosidad que por otra cosa, le propuso asignarle un pequeño salario por combinar sus tareas como documentalista, investigadora

y secretaria, eso sí, a media jornada. Ella aceptó encantada, porque desde que había enviudado compartía con su hermano la vivienda que este poseía sobre su tienda de estilográficas y ese arreglo le permitiría ayudarle.

Y esta última era la razón que había llevado a Chacón Carter a interceptarla en el pasillo: con el tiempo había averiguado que la ayuda que proporcionaba a su hermano no era más que limpiar local y casa, labores de servicio muy alejadas de su cualificación; la mujer era muy competente, era el momento de liberarla de su papel de Cenicienta.

—Vamos a comprar una máquina de escribir, no para el hotel, sino exclusivamente para la Sociedad. —Había empezado por el final. Se sentía un estúpido.

—Me parece… bien. Pero ya le dije que no conozco la técnica. Tendría que hacer un cursillo.

—Perdona, pero no me estoy explicando. —Segundo intento—. Como sabes mejor que nadie, cada día debemos hacer frente a mayor actividad, y es de esperar que, a pesar de estos tiempos de opresión, la cosa vaya a más. De manera que lo que quería proponerte —dice, seguro de que va a aceptar; le está haciendo un gran favor, así que no entiende sus propios titubeos— es que trabajes con nosotros a tiempo completo. Así no tendrías que…

—Lo siento mucho, pero me resulta imposible. Mi hermano me necesita en casa y en la tienda por las mañanas.

El director calla, se da unos segundos para asimilar la respuesta; no puede creer aquella falta de entusiasmo ante tan generosa proposición.

—¿No habría alguna manera de compaginar ambas actividades? —insiste bajando la voz.

—No, no la habría. —Todos los músculos en su sitio.

—Lo entiendo, naturalmente. —Se obliga a reemprender su camino—. Solo quería explorar esa posibilidad. No pasa nada. No te preocupes.

—No lo haré.

Crisanta llega al velatorio de la calle Jesús del Gran Poder, número ciento dos, más allá de las diez de la noche, cuando ha calculado que todos estarán tan cansados, o tan hartos, que no pondrán

reparos a un rostro poco familiar.

Lo que no esperaba era encontrarse con un legionario y un soldado árabe sentados en la acera, cada uno a un lado de la entrada del domicilio, con los fusiles cruzados en el regazo. Ya había oído que Díaz Mayordomo se encontraba permanentemente protegido por un grupo heterodoxo de escoltas, que no se fiaba ni de los miembros de su propia brigadilla. Afortunadamente, para ellos es solo una vecindona más, y apenas la miran cuando cruza la puerta entreabierta: una breve inspección a aquella mujer tan alta de pelo rubio ceniza con las tetas grandes y a otra cosa.

El salón está en penumbra, pero lleno de gente que habla animadamente con un vaso de café con leche o una copa de anís en la mano, resignados a pasar juntos el mínimo de tiempo exigido en estas ceremonias.

No hay difunta de cuerpo presente, al menos en aquella pieza.

Tampoco ve al capitán por ningún sitio, y no se atreve a adentrarse en la casa, pero se repite que no puede desaprovechar aquella ocasión para tratar con él la cuestión de Francisco Jairo, única vía para conseguir el tríptico de Van Eyck.

Aunque tampoco puede sustraerse de recordar las numerosas historias que cuentan sobre el delegado militar gubernativo.

Desde muy temprano, muy cerca de allí, las aceras se llenan cada día de largas colas formadas por los desesperados familiares de los detenidos en la comisaría del Gran Poder con la intención de interesarse por su suerte. Díaz Mayordomo nunca recibe a nadie; es más, muy raramente llega a su despacho antes de las cinco o las seis de la tarde, con la resaca de la noche anterior o ya de nuevo borracho, dispuesto a despachar en menos de una hora los expedientes de las personas que serán fusiladas esa noche, nunca menos de sesenta o setenta. Después se marcha con su camarilla habitual a los bares que frecuenta, La Sacristía o Las Siete Puertas, para enredarse en juergas que a veces, como ofrenda de espectáculo final, concluyen al amanecer en los puntos de fusilamiento rodeado de putas y amigotes.

Crisanta acepta una magdalena que le ofrece una mujer mayor y se une en silencio a un grupo que escucha los chascarrillos que cuchichea un gordo imbécil.

En realidad, no deja de pensar en que no es verdad que

Mayordomo no reciba a nadie; se dice que algunas esposas o novias o hermanas de condenados les han salvado la vida tras una visita al capitán, al parecer siempre hambriento de mujeres. Pero Crisanta no sabe a través de qué vía llegan hasta él, no conoce a nadie de su entorno, todo depende de esta noche.

Un hombre de mediana edad, la camisa condecorada de lamparones, aparece por el pasillo desde el interior de la casa y se queda allí, preguntándose quién es y dónde está; la borrachera no le permite dar un paso más.

—Ese es Miguelito, el hermano —susurra una anciana.

Crisanta no responde, pero entiende que es el hermano de Díaz Mayordomo.

—El hermano chico. —Señala con la barbilla al individuo calvo de bigote canoso y desordenado con una enorme tripa que desborda el cinturón.

—…

—Es teniente de intendencia.

—¿Y cómo es que no está en el frente?

Esta vez es la abuela quien guarda silencio, pero coloca los dedos en uve representando un enchufe.

Excepto contados personajes de uniforme o muy trajeados, la inmensa mayoría de la asistencia está formada por vecinos o familiares, gente sencilla que cumple con la obligatoriedad del rito, reforzada por la influencia del dueño de la casa.

Su hermano emite una tos seca, se acerca a un rincón, apoya las manos contra la pared y rompe a vomitar con un rugido, como si quisiera desprenderse hasta de su última víscera.

—Es normal —reseña la viejecilla—. Está descompuesto con el disgusto.

Aprovechando el espectáculo, Crisanta se desliza por el mismo pasillo por el que apareció el tipo; al fondo ve una puerta iluminada de la que proceden unos murmullos metálicos.

Es otra estancia casi tan grande como la anterior, pero más despejada.

Olvidada en un rincón, la muerta sobre una mesa.

Al fondo, con cara de matones a pesar del uniforme del cuerpo de seguridad de dos de ellos, tres escoltas juegan a las cartas sobre un aparador. El tercero, un tipo vestido de civil con camisa azul

mahón y gafas amarillas, se abre la chaqueta para liberar el revólver que lleva en el cinturón en cuanto la ve entrar.

El tresillo está ocupado por Díaz Mayordomo y cuatro invitados: un militar, un guardia civil y dos civiles con el nudo de la corbata descolgado.

La piel amoratada y la esclerótica enrojecida por muchas horas de alcohol.

Los cinco están prendados del verdadero protagonista de la sala: un aparato de radio Telefunken 641, colocado en una mesilla central donde comparte espacio con una botella de anís, otra de coñac y cinco copas, que emite una de las soflamas del general Queipo de Llano.

—¿Capitán? —pregunta Crisanta plantándose ante él.

Los cinco la examinan exhaustivamente hasta determinar que dispone de toda la carne que les apetece en los lugares que prefieren, así que sus acompañantes miran con regocijo a Manuel Díaz Mayordomo y este se pone dificultosamente en pie. Como se aprecia en las fotos del
ABC
, intenta compensar su rechonchez y su baja estatura viviendo de puntillas con la cabeza inclinada hacia atrás unos grados más de la cuenta.

—Tú me dirás. —Lengua abotargada, sonrisa de seductor de verdulería.

—Ante todo, quiero decirle que lo acompaño en su sentimiento —dice midiendo mucho cada palabra—. Ya sé que está pasando muy mal momento.

—Ahora que has llegado, estoy algo más aliviadillo. —Mira de reojo a los amigos y el guardia civil suelta una carcajada.

—Si es tan amable, me gustaría hablar un momento en privado con usted, sobre un tema personal.

—Yo, contigo, paso en privado el tiempo que tú quieras donde tú quieras, y más todavía.

Agarra la copa de anís y se aproxima a la fallecida seguido de Crisanta; no va a ir a ningún sitio donde no pueda exhibirse ante sus compañeros.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta a media voz.

—Le repito que lamento mucho molestarlo aquí, pero necesito

hablar con usted. Si pudiera concederme una cita en comisaría, me marcho inmediatamente.

—¿Y de qué quieres hablar?

—Verá. —Sabe que no es momento de abordar el tema—. ¿Conoce usted a Francisco Jairo? Está detenido en Jesús del Gran Poder.

—Claro que no. Solo faltaría que me los supiera a todos de memoria.

—Es un poco complicado de contar. Si pudiera concederme…

—¿Me estás diciendo —dice entrecerrando los ojos— que te has colado en el entierro de mi vieja para hablarme de un preso de mierda?

—Mire, ya le digo que el asunto…

—Tienes un coño que te lo pisas. —Ya ha desaparecido el aire divertido, y tampoco se ocupa de sus acompañantes.

—No crea que es la suerte de Francisco Jairo lo que me interesa.

—Hay que ser hija de puta. —No la escucha; parece a punto de apoyar la copa sobre el vientre del cadáver y lanzarle un puñetazo a la mujer que le sube casi una cabeza.

—Lo que le estoy planteando es un negocio en el que tenemos mucho dinero que ganar.

La noche se detiene.

Palabras mágicas.

Queipo, incansable en el aparato de radio.

Rublos ha esperado a que todos duerman en el hotel Arenal para encerrarse en su habitación y abrir la carta que ha recibido en mano esa misma tarde.

El cuarto, en la buhardilla, es una sencillísima pieza de las que antes ocupaba el servicio, pero él no necesita más; desde que Alberto Chacón Carter lo adoptó a los quince años, siempre lo ha acompañado sin preocuparse de la ciudad en la que residan, el alojamiento, el salario que dispone para él ni las tareas que deba desempeñar. Sus obsesiones se desarrollan en otros planos, hacia otra dirección.

Muy despacio, para no dañar el contenido, rasga el sobre procedente de la concatedral de Mérida y extrae una hoja de papel y una fotografía. La carta, firmada por fray Vicente Monroy, la

primera persona que lo cuidó siendo un niño ruso sin edad recién llegado a España que solamente pronunciaba la palabra «rublos», era apenas una cariñosa esquela con cuatro líneas tranquilizadoras.

La fotografía era casi exactamente igual que la que le entregó años atrás, cuando se despidieron; como aquella vez, su amigo estaba enmarcado por el arcosolio (un hueco en arco usado para enterramientos en catacumbas, muy similar al frontal de una chimenea de salón) del Cristo de las Injurias, situado en la nave del Evangelio. La única diferencia es que en la antigua foto vestía el hábito franciscano y ahora, más viejo pero igual de sonriente, viste de seglar. En esta extraña guerra, según el bando, los religiosos disfrutan de los privilegios más reservados o corren un severo riesgo, y fray Vicente, por sus implicaciones, pertenecía al segundo grupo, así que Rublos había aprovechado que unos conocidos de Chacón Carter pasarían por Mérida para pedirles que lo visitaran.

Vuelve a mirar la foto y percibe un vacío en los oídos, todo se detiene. La aproxima a la bombilla. Hay otra diferencia además de la indumentaria del fraile.

Abre la mesilla de noche, extrae una caja de hojalata y busca entre sus escasísimas posesiones hasta encontrar el otro retrato de fray Vicente.

Prácticamente idéntico, a excepción del hábito.

Pero no.

Hay algo más. Algo menos.

En la fotografía de hace años, a ambos lados del hombre, en las columnas del arcosolio se distinguen perfectamente los relieves de dos salamandras talladas en la piedra.

Ahora, en la nueva imagen, las salamandras han desaparecido.

O se han escapado.

22 de octubre de 1936

No hace mucho que ha finalizado el interminable verano sevillano para dar paso sin transiciones a una nueva estación aborrascada de fríos y humedades que se advierten como en ningún sitio dentro de la iglesia de San Marcos, aunque allí el adverbio «dentro» tiene un significado diferente.

En plena calle de San Luis, dicha iglesia fue una de las incendiadas el 18 de julio, cuando la furia del pueblo ante la sublevación militar se tradujo, irracionalidad contra irracionalidad, en cargas de violencia salvajemente reprimidas.

Del templo solo quedan los muros, los arcos, la fachada y la piedra quemada.

Del alzamiento quedó, sobre todo, el aplastante silencio.

Ninguno de los cinco hombres reunidos al amanecer en lo que fue la nave central y hoy es un solar renegrido por las llamas bajo el cielo que no termina de clarear pronuncia una palabra sobre aquellos días; vienen con el sueño metido en el cuerpo y sin un mal café; lo que deben hacer ha de realizarse antes de que comience el tránsito de la mañana.

El sacristán, un cincuentón muy alto y delgado con hábito morado y cíngulo bajo el traje negro, mira impaciente a Chacón Carter, que no deja de consultar su reloj.

—El brigada no viene —aventura Rafael Galocha.

—No habrá podido, el hombre —sentencia su hermano mayor.

A pesar de su aire tranquilo y bonachón, hoy se los ve más inquietos de lo habitual; por su edad y su formación, no suelen participar en trabajos de campo, a no ser que se trate de asuntos tan poco conflictivos como el actual; lo suyo es la documentación y el estudio. Se han pasado la vida enseñando Historia Medieval en la Universidad de Deusto, hasta que esta fue clausurada durante la República y regresaron a su Sevilla natal, donde, ya jubilados, se han dedicado de lleno a su vieja pasión por la ciencia sobrenatural.

—No, no viene —conviene Chacón con la pipa apagada en la boca—. Y necesitamos para esta noche la información sobre el dueño de la casa.

—Entonces ¿empezamos? —El sacristán, a lo suyo.

—Emiliano, aún estamos a tiempo de parar esto hasta realizar una evaluación paranormal del lugar; le prometo que será rápida y discreta —repone el director de la Sociedad Mediúmnica en su registro más persuasivo—. Y si el resultado es negativo o usted…

—No me va a convencer. —No parece fácil hacerlo—. Tenemos que acabar con esta pesadilla, y mucho más ahora si queremos que se reconstruya la iglesia.

—Pero los fenómenos son anteriores al incendio, ¿no? —dice Antonio Galocha.

—Efectivamente, venimos oyendo las voces desde hace unos dos años, pero esto lo ha precipitado todo. Imagínense que se corre la voz de que, en estas ruinas, que ya dan miedo con solo verlas, encima hay fantasmas.

A excepción de Rublos, que ronda entre los arcos calcinados muy embebido en su mundo, los otros tres miembros de la Sociedad Mediúmnica siguen alrededor del sacristán, agotando la última posibilidad de convencerlo.

—Me dijo usted que podría hacer algo para acabar con esas voces —reprocha a Chacón.

—Le dije que podríamos intentarlo, y lo haremos si usted quiere.

—¿Son solo voces o también melodías, cantos, coros litúrgicos…? —pregunta el menor de los Galocha con un cuaderno en la mano.

—No, nada de música.

—Nada de parafonolalias —interpreta innecesariamente a su hermano y al director—, solo mimofonías.

—Ya les digo que hace por lo menos dos años que el coadjutor, yo y al final el mismo párroco venimos oyendo… eso —dice el sacristán, desencajado—. ¿Ustedes saben lo que es encontrarse en cualquier momento del día o de la noche con esos lamentos o llantos o suspiros, que no sé muy bien qué es lo que son, alrededor de uno? Y lo más malo no es que estén; lo más malo es que se iban acercando más y más y más a ti. Y tú sabías que estabas solo. Y las voces, más cerca, hasta que las tenías casi encima.

Ya está amaneciendo, y el juego de sombras entre los escombros resulta más inquietante que la oscuridad.

Sombras que ocultan el rostro del sacristán, pero no su aflicción.

—Muy bien, Emiliano, cálmese —dice Chacón Carter—. Le prometí que haríamos cuanto estuviera en nuestra mano. —Luego le dice a Rublos—: ¿Te importaría buscar unas astillas que no se hayan consumido del todo o cualquier cosa que arda? —Y otra vez se dirige al sacristán—: Verá, no me pregunte por la base científica, porque yo mismo la desconozco; como digo siempre, nuestra ciencia está en sus albores, pero he comprobado personalmente en más de una ocasión que el humo de las semillas de hipérico ahuyenta las manifestaciones astrales y elimina los ruidos de lo que se conoce como «casas encantadas».

—¿Hipérico?

—*Hypericum perforatum*. Su nombre procede de Hiperión, dios del sol. Según la leyenda, varias gotas de sangre de san Juan Bautista hicieron germinar esta planta; de ahí que, si aplastamos sus pétalos, surja un líquido rojo. —Chupa la pipa apagada mientras sopesa el efecto de su explicación—. Por eso es fundamental recolectarla en la Noche de San Juan para que tenga el efecto que necesitamos. Yo siempre conservo cierta provisión para casos como este. —Recurre a la pipa—. Comprendo su extrañeza, pero comprenda usted que nuestras fuentes de conocimiento son muy distintas.

Quedan en silencio, a la espera de que Chacón, que mira alrededor buscando al chico, dé comienzo a la operación.

—¿Rublos?

Como no responde ni aparece, se dirige hacia la zona donde lo vio por última vez. Cruza dos arcadas y lo descubre por fin, de cuclillas en un rincón, rodeado de los restos del mobiliario litúrgico que se destruyó en el incendio.

—¿Te pasa algo? —Hay luz suficiente para apreciar la palidez del joven.

—¿Has visto esas dos salamandras? —dice en un hilo de voz.

—No, no he visto nada.

Dos salamandras exactamente iguales que las que desaparecieron del relieve de piedra de la concatedral de Mérida, donde se fotografió su amigo.

La patrona de la pensión precede al padre Serrador por la escalera mientras recita la normativa completa de la casa y algunas ordenanzas nuevas que se está inventando para la ocasión; al principio se felicitó por su buena suerte; siempre suponía una salvaguarda contar con un cura entre sus huéspedes, pero inmediatamente comenzó a desconfiar de aquel hombre insultantemente reservado, que ni siquiera se molestaba en inventar respuestas a su interrogatorio.

Cuando llegan ante la puerta de su habitación, el sacerdote le arrebata las llaves de la mano y, sorteándola sin dirigirle una mirada, entra y cierra tras de sí.

Mientras se sienta en el borde de la cama (no hay otro sitio donde hacerlo en aquel cuchitril), vuelve a preguntarse si ha hecho bien en alquilar el cuarto, pero, por muy expuesto que esté en aquella Sevilla de delatores, necesita un sitio fuera de sus habitaciones en el hospital de la Santa Caridad donde cambiar la sotana por ropa con la que llevar a cabo sus planes.

En el Tercio, cuando los militares vestían de paisano, se decía que iban «de gerundio». No podía quitarse aquellos tiempos de la cabeza.

La calle Jimios es lo bastante discreta, y se encuentra a muy pocos minutos del hospital. Se pone en pie y se asoma al único ventanuco. Una callejuela. Conoce una viejísima leyenda que aún circula sobre ella, cuando se la conocía como «calle del Ahorco» o algo parecido, nombre que tenía su porqué. En uno de los portales ejercía su oficio un maestro herrero que asesinó a su aprendiz sin que el crimen fuera apercibido por la justicia. Años después, aprehendido por otro delito, iba camino al patíbulo por esta misma calle, pero llovía tanto que la comitiva hubo de refugiarse en el portal del reo; como no amainaba, decidieron ahorcarlo allí mismo, y el herrero, al ver en aquel cambio de ubicación una torería de la providencia, confesó el homicidio del aprendiz.

El padre Juan Serrador sonríe recordando a aquellos funcionarios del siglo XV que ejecutaban a un condenado en cualquier sitio para que no les cayeran cuatro gotas, pensando en lo poco que han cambiado las costumbres de la ciudad.

Chacón Carter, empecinado en la puntualidad, como con el resto de

la infinidad de principios que rigen su vida, llega a las dos menos cinco de la tarde a la plaza de San Francisco y se planta frente a la sede de la Audiencia Provincial, pero lejos, difuminado entre las docenas de curiosos (más sombreros de paja que boinas o gorras) que observan la entrada del edificio donde se celebran los consejos de guerra sumarísimos por el procedimiento de urgencia que condenan a cientos de personas.

El brigada Espinosa, secretario de juzgado en aquel gigantesco laberinto burocrático, había faltado aquella mañana a su cita en la iglesia de San Marcos, y Chacón necesita los datos que le iba a proporcionar sobre la casa del Malmuerto, a la que piensa regresar esa misma noche. Además, no terminaba de fiarse del carácter inestable del militar, ya muy tocado en los últimos tiempos.

Frente a la puerta de la Audiencia, hay aparcado un camión rodeado de soldados, descubierto, de tamaño medio, con multitud de proclamas escritas con tiza en los laterales, mucho VIVA ESPAÑA, mucho VIVA EL FASCIO y algún VIVA MI NARANJERO, aunque, curiosamente, ninguno de los militares lleva las armas al descubierto, tan seguros están de que no van a recibir resistencia por parte del pueblo.

A las dos en punto comienzan a salir los militares del cuerpo jurídico, entre ellos algunos abogados civiles ultraconservadores habilitados como fiscales para hacer frente a la enormidad de causas pendientes, abogados que se habían hecho famosos por la gran cantidad de condenas de muerte que solicitaban.

Enseguida sale Espinosa de uniforme; es el único que camina solo, el de las botas más relucientes, que destacan aún más sus andares algo afeminados. Nadie se despide de él hasta el día siguiente, todos lo ignoran.

Al momento aparece un grupo de presos que comienza a subir a la batea del camión, la cabeza gacha. Eran tantas las causas que, para abreviarlas, se prescindía de testigos o pruebas y se les daba a los consejos de guerra carácter colectivo, haciendo comparecer ante el tribunal a diez o quince sumariados cada vez, todos acusados de rebeldes o sediciosos, todos abocados a un mismo fin.

Alberto Chacón Carter sale al encuentro de Espinosa e, ignorando el azoramiento que le ha producido su presencia, le ajusta el paso como si se reunieran allí cada día.

—¿Estás bien, Miguel?

—Estoy bien —contesta mirando alrededor, por si alguien los está marcando—, ¿pasa algo?

—Perdona que haya venido a verte aquí, pero nos ha preocupado que no aparecieras esta mañana.

—Me desperté con calentura, no podía dar un paso. —A veces se descuida y pierde por completo el aire viril que procura mantener—. Creí que no podría venir al juzgado. Pero después me tomé una manzanilla y me fue entrando el cuerpo en caja.

El brigada no se atreve a reprocharle abiertamente que haya ido a buscarlo a la Audiencia Provincial, pero camina incómodo, intentando mantener alguna distancia, hablando sin volver la cabeza. En estos tiempos cualquier amistad poco ortodoxa puede terminar en un disgusto.

—¿Hablaste anoche con tu amigo del ayuntamiento? —pregunta Chacón Carter.

—No se presentó.

—Vaya, hombre —dice contrariado—, me habría venido muy bien cualquier información sobre la casa del Malmuerto. Esta noche entraremos de nuevo, por eso las prisas.

—Ya.

—¿Crees que podrás convencer a tu amigo para que averigüe algo?

—Volveré a hablar con él —repone encogiéndose de hombros.

Ya están en la calle Tetuán. Al igual que en Sierpes, su melliza, siguen respirando todos los cafés, los comercios, las tertulias a pie de portal, los paseantes de siglos. Allí la guerra no es nada.

—Volver allí es una locura.

—Perdí a Fox, Miguel, casi delante de mis ojos; yo estaba a unos pocos metros. No me lo quito de la cabeza.

—¿Podría haber un pasadizo o algún escondrijo en esa habitación? —A pesar de su timidez y sus miedos, Espinosa analiza cada caso con una inteligencia y un pragmatismo muy superiores a los del resto de los miembros de la Sociedad Mediúmnica, y de ahí la predilección que su director siente por él.

—Yo juraría que no, pero tenía a los civiles casi encima y no pude examinarla a fondo. Por eso quiero volver.

—Si la guardia civil llegó tan rápidamente, es que tienen el

caserón vigilado por alguna razón. Por lo menos deja pasar un tiempo.

—…

—Tenemos otras investigaciones en marcha menos arriesgadas. —Ese «tenemos» ha sonado demasiado alto; mira alrededor, por si alguien lo ha oído, y se aleja un poco más.

—…

Chacón Carter finge distraerse con el anuncio en cerámica de los automóviles Studebaker en la fachada del bar El Sport para no responder y después se detiene ante el escaparate de una joyería un par de números más allá; curiosea los relojes de bolsillo con la cabeza en lo suyo.

No duda de la sensatez de los consejos de su amigo, pero ni por un momento se plantea considerarlos.

Cuando aparta la mirada de la cristalera, el brigada Espinosa se ha marchado.

Crisanta ha dedicado la mañana a buscar información entre sus contactos sobre Díaz Mayordomo; ahora sabía mucho más acerca de sus costumbres, de algunas de las historias más escalofriantes que circulaban por la ciudad, hasta el nombre de algunas de sus queridas había averiguado.

Son las cuatro en punto de la tarde, tal y como él le había ordenado en el velatorio de su madre, cuando llega a la puerta de la comisaría del Gran Poder y entra en el zaguán de mármol, pensando en que más le valdría no haber indagado tanto.

Se queda en la entrada sin saber a quién dirigirse.

Además del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, allí convivían las llamadas «milicias cívicas» y la brigadilla de ejecuciones, formada por voluntarios falangistas que fusilaban a los integrantes de la lista que el capitán redactaba cada día, además de visitantes, militares, espías, policías de paisano…, una barahúnda que le hace considerar una vez más si aún está a tiempo de retirarse de aquel juego.

A su espalda, alguien la toma del brazo.

Ya es tarde.

Cuando se da la vuelta, se encuentra a un palmo del individuo de lentes amarillas que escoltaba a Díaz Mayordomo la noche

anterior; ni siquiera a aquella distancia consigue distinguirle los ojos.

La gente que se encarga de lo que él se encarga no necesita hablar; atenazándole el brazo, echa a andar a través del vestíbulo de la antigua residencia de los jesuitas.

—¿Dónde vamos? —pregunta Crisanta sin resistirse.

—Al cuarto del piano —contesta él con una especie de sonrisa.

Ojalá que no se hubiera pasado la mañana buscando información, así no sabría que de esa manera denominan allí a la sala de tortura.

No tardan en llegar a la que fuera el aula de fisiología cuando el edificio se dedicaba a labores académicas. Dentro esperan el moro que montaba guardia en la puerta del velatorio, uno de los guardias de seguridad y un militar que, por su juventud, coincide con la descripción de el Soldadito, uno de los escoltas más salvajes de Mayordomo.

En el antiguo entarimado del profesor han colocado un esqueleto vestido de mujer con un gorro de soldado y un puro en la boca. Al lado, un piano y un enorme cencerro, destinados a que no se oigan los gritos producidos por los interrogatorios. Las paredes siguen decoradas por antiguos trabajos de los alumnos y por vitrinas donde se ha sustituido el material docente por varas de acebuche y vergajos.

El ruido de una cisterna al descargarse sirve para anunciar al capitán Díaz Mayordomo, que entra abrochándose la bragueta desde una puerta lateral.

Viene con los ojos muy irritados, pero por su forma de andar parece sereno, lo cual lo convierte en un tipo aún más peligroso.

—¿Te has cambiado de bragas?

Y al oír las carcajadas, ella se pregunta si los cuatro hombres que se han sentado en el suelo, al otro extremo de la clase, están allí para garantizar su seguridad o con el fin de constituir el público que necesita para autoafirmarse.

Camina despacio hacia ella, achaparrado y retaco, en mangas de camisa con tres botones abiertos, al estilo de sus años en el Tercio.

Crisanta sigue detrás de la única mesa de la estancia, consciente de la escasa defensa que puede proporcionarle.

—¿Podemos hablar a solas? —le pregunta al oficial cuando está

lo bastante cerca.

—Ya estamos solos.

—Es un tema delicado.

—¿Tú sabes lo que es la baraka? —dice dejándose caer en una de las dos sillas cercanas a la mesa.

—No.

—Tú qué vas a saber. —Saca un cigarro ya liado del bolsillo—. La baraka es lo que los moros —explica, señalando hacia atrás— dicen que tienes cuando te acompaña una suerte divina que te protege de todo mal. Te metas en el fregado en el que te metas, si tienes baraka, no puede pasarte nada. El Generalísimo, por ejemplo, la tiene; se ha jugado la vida cien veces y ahí sigue; en 1916 le pegaron un tiro en la barriga del que decían los médicos que no habría quien se salvara, y él, a los cuatro días, estaba en pie. En el Rif se dice que solo una bala de oro puede quebrar la baraka.

—…

—La gente se cree que la baraka se tiene o no se tiene. —Fuma con ganas—. Pero eso es mentira. La baraka se puede comprar. —Otra calada—. Tú has venido a comprarme la baraka para uno de los hijos de puta que están ahí fuera, ¿verdad?

—Escuche. —Toma una de las sillas y se sienta a su lado—. Soy marchante de obras de arte, nada ilegal; pongo en contacto a propietarios con coleccionistas y me llevo un tanto. A veces, se lo confieso, caen en mis manos objetos de procedencia religiosa. Son los tiempos; yo procuro que vayan a parar a personas que los traten dignamente.

—Sí, tú eres la virgencita del Sagrado Corazón. —Tira la colilla al suelo y la aplasta—. Sigue.

—El caso es que ha llegado a mis oídos que uno de los detenidos conoce el paradero de un valioso tríptico por el que podríamos conseguir una cantidad muy importante.

—«Conoce el paradero» —la remeda—. Eres muy fina tú. Y muy ligera. —Desplaza la silla para quedar a su lado—. A mí me lo cuentas, pero bien; *suai-suai*, que dicen los morunos. Si me la vas a meter, que sea poquito a poquito. —Le apoya la mano en el muslo, a medio camino entre la ingle y la rodilla.

Crisanta teme que la comisaría entera oiga el sonido de sus tripas; intenta no pensar en eso ni en nada.

—Verá, todo esto viene del asalto por una partida de marxistas de la iglesia de Santo Domingo, en Lepe, Huelva, no sé si está usted al tanto. —Hablarle de usted es su última trinchera, intenta mantener la calma.

—Claro que no, tú sigue. —Ahora la mano ya no está a medio camino de la ingle.

—Tres miembros de esta partida, después de realizar toda clase de barbaridades, robaron del templo un tríptico de Jan van Eyck que aparece en todos los manuales de Historia del Arte. La particularidad de todo esto es que fueron sus propios compañeros los que los cazaron como a conejos por haber atentado contra la Virgen. —No quiere mirar hacia abajo, no quiere pensar en aquella mano que busca por encima de la falda—. Por suerte para nosotros, había un cuarto miembro que no los acompañó ese día por estar enfermo. Ese hombre es el detenido. Francisco Jairo. Y todo hace suponer que es él quien tiene el tríptico o sabe dónde está.

—Vale. —Se aproxima mucho, como si de pronto quisiera que todo aquello quedara entre los dos.

—…

—Bien.

—…

La mano ya no está entre sus piernas; curiosamente, en contra de lo que esperaba, no huele mal ni el punto vulnerable de su mirada a aquella distancia le desagrada.

—¿Y se puede saber qué me impide hartar de hostias a ese cabrón, sacarle dónde está el tríptico y quedarme yo con todo el parné?

—Le aseguro que este tipo de obras no son fáciles de vender; hay que tener contactos muy específicos a nivel internacional. Yo misma voy a porcentaje de una tratante que lo sacará a subasta. Venderlo aquí es muy peligroso, la Iglesia estará moviendo todos sus hilos para recuperarlo.

—Así que me tienes cogido por los huevos. —Ahora la mano ha vuelto para despejar la tela de la combinación debajo de la falda. Se acabó el *suai-suai*. Ahora los dedos son una garra que lucha por colarse entre las bragas, que se enredan entre el vello púbico, que se clavan errando la entrada.

—Mire…

—No, mira tú cómo me tienes, hija de puta. —Con la otra mano la obliga a comprobar que está triunfalmente empalmado—. Y dime, ¿cómo me vas a pagar?

—Estoy dispuesta a compartir la mitad de mi porcentaje con usted. —El dinero, la última esperanza de frenarlo.

—Nanay, yo cobro a tocateja.

—…

—Te dije que la baraka se puede comprar. —Ahora sí, ahora ya no hay más que la mirada de alimaña en aquellos ojos, que se acercan hasta que no puede distinguirlos cuando le muerde el labio inferior—. La puedes comprar, pero no solo con parné. —Le habla dentro de la boca, robándole el aliento.

Después se pone en pie y, mientras le besa el cuello, le rompe los botones de la blusa y se la quita al mismo tiempo que la chaqueta; le baja las tirantas de la combinación y del sostén, le manosea las tetas, más que con deseo, con la intención de demostrarse que no son un espejismo.

La pone también en pie de un tirón y, cogiéndola por las caderas, la sube encima de la mesa, toda una proeza teniendo en cuenta que es diez o quince centímetros más alta que él. La empuja para dejarla bocarriba y seguir desnudándola.

Ella no sabe cuánto ha tardado en hacerlo. Mucho o poco, da igual.

Al otro extremo del aula, invertidos desde su posición, ve a los cuatro escoltas que observan, excitados; el Soldadito, de reojo; el moro se ha sacado la polla y se masturba sin prisas como si le hiciera los coros a su jefe.

Que en ese momento se ha subido encima de ella, le chupa las axilas, le mastica el cabello, le escupe en los ojos.

Por primera vez se alegra de estar esperando un hijo, no tiene que preocuparse de que la deje embarazada aquel animal.

Chacón Carter camina despacio por el caserón del Malmuerto, la linterna semioculta en la gabardina, siguiendo la misma ruta que en su anterior incursión, atento a cualquier sonido. Lo sigue Rublos, que carga con la enorme maleta del magnetófono de alambre que piensan dejar allí para intentar recoger alguna psicofonía.

No se oye nada, ni chirridos en los cristales, ni gritos de niño ni

ladridos; la noche está en paz.

Son las tres menos diez, muy cerca de la «hora del tiempo muerto», cuando llegan al lavadero donde desapareció Fox.

Todo sigue igual. En el suelo, exactamente en el mismo sitio, siguen el refregador roto, la mesa volcada y la palangana. Nada más.

—Es posible que se haya producido una «brecha» —susurra el director—, que la mesa, el refregador y el bañito hayan subido hasta el techo por la falta de gravidez y después hayan caído al suelo.

—No podemos saberlo, pueden llevar años tirados ahí.

No se molesta en responder porque no puede razonarlo, pero intuye que su explicación es la correcta.

—Si pudiéramos hablar con alguien que conociera la casa…

—Lo primero es ver si Fox pudo colarse por una trampilla oculta o algo así.

—No se ve nada.

—Deja ahí el magnetófono y ayúdame a buscar —le ordena—, tú en esa mitad del cuarto y yo en esta.

Ambos se dan la espalda y, siguiendo el foco de sus linternas, comienzan a explorar la pared palmo a palmo, golpeando con los nudillos, deteniéndose en cualquier desconchón. Cuando terminen, se ocuparán del suelo. Buscan cualquier agujero por el que haya podido desaparecer el perro, por improbable que sea. Chacón lo vio entrar por la única puerta, no hay ventanas, la única explicación…

—¡Alto a la guardia civil!

En la puerta, dos figuras apuntándoles con los fusiles, el rostro en sombra, los tricornios brillando con la humedad de la madrugada.

23 de octubre de 1936

Juan Serrador camina despacio por Triana, amedrentado ante una decisión que le ha costado semanas de pelearse contra sí mismo, a punto de darse la vuelta en cada esquina.

De alguna manera, cuando se ha despojado de la sotana en la pensión de la calle Jimios, también se ha desprendido de toda la impedimenta de Dios, pero le queda el *cafard*, el tormento fijo, negro y triste que se apodera de algunos legionarios y se queda con él para siempre; de ese no confía en poder liberarse.

Sin saber cómo, se encuentra ante la fachada del corral San Joaquín, en la calle San Jorge, número siete. Demasiado pronto.

Leandra le comentó una vez que había nacido allí, y no lo había olvidado, como no había olvidado casi nada de lo que habían hablado en aquellas tardes paseando por la playa situada en las afueras de Dar Riffien, el acuartelamiento de la Segunda Legión, la bandera de depósito, donde pasó los mejores años de su vida.

No está seguro de que haya regresado, pero no se le ocurre otro sitio al que haya podido ir tras la muerte de su marido. Lo peor es que, por lo que tenía entendido, en aquella casa de vecinos vivían más de ochenta familias, algunas de ellas en un tabuco que apenas se podía llamar habitación, y no sabía cómo localizarla. Recordaba también que había dicho que su padre se llamaba Prudencio; madre no tenía. Tocaba preguntar.

Traspasa el portal y vuelve a quedarse plantado en el enorme patio, los niños jugando, la ropa tendida aprovechando cualquier sitio donde pudieras tensar un cordel, el olor a achicoria, el miedo desde las terrazas, las puertas entornadas, la hora muerta de la siesta, las ventanas.

Un enfermo del hospital de la Santa Caridad le había hablado largamente de la toma de Triana por las tropas fascistas. El 20 de julio, los vecinos, con escasas armas y menos municiones, habían logrado rechazar la ocupación del barrio. Al amanecer del día

siguiente, tres columnas desde tres entradas distintas lo habían conquistado a cañonazos, ametrallando las viviendas, arrojando granadas a patios como este, obligando a salir con los brazos en alto a mujeres y niños, a borrar las pintadas de las paredes so pena de muerte inmediata, fusilando contra las paredes a cualquier sospechoso de haber participado en la resistencia. Había que esquivar los cuerpos ensangrentados para poder caminar por las calles.

No puede quedarse allí ni un minuto más sin despertar las peores conjeturas.

—Perdone —le dice a la primera mujer que se le cruza—, estoy buscando al señor Prudencio, ¿podría decirme dónde vive?

—¿Al Prudencio? —Aquella vecina tiene mando en plaza—. ¿Y para qué lo quiere?

—Vengo del Registro. —Así, como dicho con mayúsculas; la primera instancia oficial que se le ha ocurrido.

—Ah, bueno —responde convencida por la alusión administrativa o por el traje gris de tres piezas, la gorra irlandesa del mismo paño y la corbata de seda buena que Serrador ha cambiado por la sotana—. ¿Usted ve el excusado, al final del todo? —dice señalando el extremo de la última planta.

—Lo veo.

—Pues la habitacioncita que hay al lado. No tiene pérdida. —Va cogiendo confianza—. Pero si quiere lo llevo.

—No, me lo ha explicado muy bien. Lo encontraré.

—Pues no lo encontrará porque no está.

—Vaya.

—Estará en el mercado.

—¿Trabaja allí?

—Está ya muy mayor para trabajar, y además anda malo. Pero revolotea por los puestos, recogiendo lo poco que sobra o pidiendo en la entrada.

—¿Vive solo?

—¡Qué va! Ahora vive con su hija y la niña chica, que se han venido cuando se ha quedado viuda.

—¿Estará allí?

—Siempre están allí. Me dan una pena… Aquí todos somos pobres, pero ellos… —Retira la mirada—. Ya sabe usted, «lo que no

se va en lágrimas se va en suspiros».

—Subiré a verla.

—Leandrita.

—Gracias.

Juan se pone en marcha antes de que la mujer se empeñe en acompañarlo, pero, sobre todo, antes de terminar de perder el poco valor acumulado durante estos días y darse la vuelta.

Camina lejos de las paredes y sus puertas entreabiertas, aprovechando que no hay mujeres en los lavaderos. Antes de la escalera, encuentra a una abuela de negro removiendo un guiso maloliente en una de las cocinas comunes al aire libre, apenas un metro cuadrado abarrotado de cachivaches. No se miran.

Sube los tramos de escaleras sin pensar y aminora el paso para recorrer una larguísima galería. Húmeda y oscura. Sorprendentemente desierta. Las puertas de las habitaciones cada vez más próximas revelan las escasas dimensiones de los habitáculos; las paredes descuidadas, la miseria creciente en aquella zona.

La más lejana y peor es la que busca.

Un último recuerdo a las tardes juntos en el cuartel de Dar Riffien, los paseos por el poblado, aquella noche que pasaron en Ceuta, antes de llamar a la puerta con los nudillos.

La mujer tarda en abrir, como si hubiera recorrido cinco palacios de Versalles hasta llegar a la entrada.

Pero lo que hay detrás de Leandra es apenas una alacena ocupada casi por completo por una cuna y dos camastros en el suelo.

—No esperaba a nadie. —No se disculpa, solo informa.

—No tenía manera de avisarte.

—Claro, todavía no nos han puesto el teléfono.

Está más delgada, tiene los ojos más oscuros o más redondos o más vacíos.

No se muestra exactamente enfadada ni sarcástica. La gente exhibe la ira o emplea el sarcasmo cuando aún espera algo.

—Solo quería decirte que estoy aquí, en Sevilla. —Se señala a sí mismo, estúpido—. Después de… aquello, cuando me expulsaron del Tercio, estuve un tiempo en Madrid.

—… —Ni lo mira ni lo deja de mirar.

—Ahora me han nombrado capellán adjunto del hospital de la Santa Caridad. —Se encoge de hombros—. Una cosa algo rara. A ver cuánto duro.

Ella sigue sin responder ni invitarlo a entrar.

La niña se remueve en la cuna, pero eso tampoco le importa.

—Quería decirte que estoy en Sevilla. —Ya apenas queda nada de la entereza inicial—. Por si necesitas lo que sea.

—…

—También quería darte esto. —Lo último y lo único que podía hacer es sacar aquel sobre con dinero del bolsillo interior—. Sé que las cosas no os van…

Aún sigue hablando con el sobre en la mano cuando Leandra cierra suavemente la puerta.

Un restallido metálico (que en su duermevela alcanza la magnitud de una explosión) rompe el primer descanso de Alberto Chacón Carter desde que él y Rublos fueron ingresados de madrugada en la prisión provincial de Sevilla, aunque permanece tendido en el suelo sin mover un músculo, tapado con su abrigo, los ojos ocultos.

En contra de lo que suponían, los guardias civiles que los habían detenido en la casa del Malmuerto los habían conducido directamente a la cárcel de Ranilla, sin pasar por una comisaría o un juzgado donde sostener alguna clase de defensa.

Llegaron todavía de noche y unos funcionarios mudos e impenetrables se hicieron cargo de su custodia, un trámite mil veces repetido que cumplimentaron en un santiamén, el tiempo de despojarles de sus pertenencias (el costoso magnetófono se había perdido en alguna parte del proceso), cachearlos y empujarlos a través de la nave celular hasta la escalera, la galería, el rastrillo y, por fin, la celda.

Lo más extraño dentro de aquel universo incomprensible es que no habían sido fichados, nadie les había preguntado su nombre, no constaba registro alguno de sus datos.

Tampoco les habían proporcionado alimentos, a pesar de que el rancho había sido repartido por las celdas próximas.

Nadie se había dirigido a ellos.

No existían.

—¿Estás despierto? —En consonancia con aquella falta de

reconocimiento de su presencia, Rublos le habla en voz muy baja.

—Sí, solo ha sido una cabezada. —Se sienta, la espalda contra la pared—. ¿Estás bien?

—Bien, bien. —Mira de reojo hacia el oscuro rincón donde antes ha creído ver las siluetas de las salamandras que escaparon del relieve de piedra de la concatedral de Mérida.

—Mira, no creo que tengamos que preocuparnos, lo único que hemos hecho es entrar en una casa abandonada. —El tono no es tan animoso como sus palabras—. Tenemos fuera a Diosdada; ya sabes que es muy despierta, seguro que está moviendo Roma con Santiago para que alguien nos saque, algún contacto, quien sea.

—…

—Vamos a salir de aquí.

—…

Lo más difícil no ha sido superar el asqueroso episodio de ayer con el capitán Díaz Mayordomo —Crisanta ha pasado por experiencias peores (peores)—; más costoso es tener que regresar hoy a la comisaría del Gran Poder para celebrar la entrevista por la que ha pagado tan alto precio.

Otra vez la esperaba en la puerta el falangista con gafas de lentes amarillas; si antes la contemplaba como se mira a los cubos de basura, después de lo que había visto que le hacía su jefe procuraba mantenerse lejos de ella, como si también apestara igual que los cubos de basura.

La llevó al patio número tres y la dejó un momento tras los ventanales. Tal y como había oído, aquel patio que se llenaba durante el día y se vaciaba de madrugada con los condenados al pelotón y a la tapia estaba abarrotado de hombres silenciosos que, vigilados a punta de fusil, contaban sus últimas horas en silenciosos llantos, a golpe de rezos, con expresiones extraviadas.

El de las gafas amarillas pasa entre ellos como si no existieran hasta llegar a un joven que permanece algo apartado de los demás, tranquilo, con la chaqueta directamente sobre el cuerpo, sin camiseta ni camisa; lo levanta de un brazo y se lo trae sin decirle una palabra. Ya fuera del patio, pasa rápido junto a Crisanta, llevando al chico casi en volandas. Ella se va detrás, hasta que un largo pasillo los deja frente a una puerta rotulada como ARCHIVO

en una cuartilla escrita a mano.

Dos toques y adentro.

En la sala cubierta de estanterías con archivadores de madera y legajos amontonados, tres sillas, y en una de ellas, Mayordomo, hoy de traje, pero con botas altas y relucientes encima de los pantalones.

—¿Cómo está el tema ahí fuera? —pregunta.

—De bigote, mi capitán —responde el falangista mientras deja caer al reo en una de las sillas.

—Vale, sal.

—Pero es que no tiene puestos los grilletes…

—Que te vayas.

Díaz Mayordomo mira con largueza al recién llegado; Crisanta ocupa la tercera silla sin que la invite a hacerlo y él se levanta.

—Así que tú eres Francisco Jairo. —Las piernas bien asentadas, el paquete genital a la altura de la cara del chico, que no levanta la vista del suelo.

—Sí, señor.

—Tú eres el que se meó en la iglesia de Lepe.

—Yo no fui aquel día. Andaba malusquillo.

—¿Malusquillo?

—Sí.

—Mírame a la cara cuando te hablo.

Obedece.

—Mira, yo me cago en la puta de tu madre. —Paladea cada sílaba.

Vuelve a bajar la mirada.

—¡Que me mires, hijoputa! —Se agacha para asegurarse de que le llega cada palabra—. Si tú supieras, si tú lo supieras…, las ganas que tengo de coger esta silla —dice levantando por el respaldo la que ha quedado libre al incorporarse— y meterte la pata por un ojo y sacártela por detrás como hice con uno…

La deja caer.

La piel, y sobre todo los ojos, súbitamente congestionados.

Intenta respirar acompasadamente para controlar el ataque hipertensivo.

Pero no lo consigue.

Examina detenidamente el calzado del detenido, unas alpargatas

casi desintegradas por el paso de los años, y después sus propias botas militares.

Sin pronunciar una palabra, salta y deja caer todo su peso en un taconazo sobre el dedo gordo del pie izquierdo del chico, que lanza un grito con la cara contraída por el dolor y termina dejándose caer al suelo mordiéndose los labios.

Crisanta no mueve un músculo. Otra vez se dice que nunca debió meterse en aquello. Pero no mueve un músculo.

El capitán deja pasar unos segundos y, más tranquilo, enciende un cigarro y se le acerca como si nada hubiera ocurrido, como si acabara de llegar.

—¿Y tú cómo estás?

—A lo mejor esto —dice señalando al joven, que sigue en el suelo— no habría sido necesario.

—Cuidadito. —Le roza una teta con la mano del cigarro—. Cuidadito con enmendarme la plana delante de nadie. —Se ríe, ha recuperado el buen humor—. Tú de chica, con todo lo buena que estás, seguro que eras una *machopingo*.

—¿Una qué?

—¿No sabes lo que es una *machopingo*? —A carcajadas—. Pues son las niñas que juegan a juegos de niños porque los de niñas les parecen una tontería, un poco marimandonas, una *mijita* marimachos.

—Yo nunca he sido una niña.

—¿Ves? Lo que te decía. —Se vuelve hacia el herido—. ¿Y este? No tienen cuento… Todos iguales. —Le toca el costado con la punta de la bota—. ¡Tú! Que te levantes.

Jairo vuelve a sentarse con dificultad.

Una mancha de sangre está creciendo en la alpargata, a la altura de los dedos.

—Escúchame, Francisco. —Esta vez Crisanta intenta hacerse cargo del interrogatorio—. Todo esto puede ser una oportunidad para ti.

—Me ha reventado el dedo —dice entre lágrimas; mucho más joven que al entrar en la habitación.

—¡Mira que sois enclenques! —dice el militar, con otra risa.

—Escúchame —interviene Crisanta—. Concéntrate en lo que te voy a decir: sabemos perfectamente que tienes escondido el tríptico

que robasteis en la iglesia de Lepe.

El detenido inicia un gesto de protesta y Mayordomo vuelve a intervenir.

—Espera, espera. —Toque en el hombro—. Espera. Piénsate muy bien lo que vas a responder. Porque si no tienes el tríptico ese yo te devuelvo al patio número tres y te fusilan esta noche, a mí me suda la polla. —El tono es razonable—. Pero si nos dices que sabes dónde está y nos engañas porque cuando llegamos no está, entonces soy yo el que te pega un tiro en la cabeza, ¿sabes por qué?

—…

—Responde.

—…

—¡Porque a mí todo me suda la polla, que eres tonto! —Un cosqui en la cabeza—. Si te lo dije antes…

Francisco Jairo se toma unos segundos y cuando responde lo hace con una extraña mezcla de sensatez y agitación.

—Si les digo dónde están las tablas, es cuando me matan seguro.

Va a replicar Díaz Mayordomo, pero se interpone la mujer.

—Te comprendo, Francisco. —La mano en su brazo—. De verdad que te comprendo. Hacemos otra cosa: nos vamos nosotros tres, solo nosotros, a donde tú nos digas, donde lo tengas guardado. Tú nos das la pintura, nosotros nos vamos y tú te quedas allí, ¿te parece bien?

—…

—Recuerda lo que te dije. Esta es tu oportunidad de salvarte.

Otra pausa, y, despacio, asiente.

El capitán se planta ante ella con media sonrisa, él mismo sorprendido de haberla dejado negociar en su nombre. Los dos conscientes, además, de que nunca se desplaza a ningún sitio sin sus guardaespaldas.

—Hoy no puedo —acepta, al fin—. Mañana.

—Bien.

—Nosotros tres y un chófer. —Amplía la sonrisa—. No voy a conducir yo, como un cabrón.

24 de octubre de 1936

El padre Serrador, sentado junto a la cama de un enfermo en una de las salas del hospital de la Santa Caridad, escucha la confesión como suele: la cara de nada, el rosario transformado en un puño americano y la mente en otra parte.

Únicamente cuando una de las monjas malencaradas se detiene ante él guardando la distancia de seguridad se da cuenta de que el convaleciente lleva un rato en silencio.

—¿Sí? —A la monja.

—El director, padre. Que vaya a su despacho.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Se pone en pie susurrando un velocísimo e ininteligible «Egoteabsolvoapeccatistuisinnominepatrisetfiliietspiritussancti» sin mirar al enfermo, pero este intenta alcanzarle el faldón de la sotana.

—¿Y mi penitencia?

—No hay penitencia —dice como si le negara una recompensa que no se ha ganado.

Deja atrás a la monja y se interna en los corredores, camino del despacho del director, planteándose qué hará allí un sábado y preguntando por él; nada bueno.

Como a otros de la Hermandad de la Santa Caridad, no termina de catalogar al director, porque además no se toma la molestia de pensar en ello.

La puerta está entreabierta; la trampa, lista.

—Entre, padre, entre —dice revolviendo papeles— y hágame el favor de cerrar.

Es un tipo de unos cuarenta con gafas de alambre, entradas, bolsas en los ojos, sonrisa fácil…, la guarnición facial correcta para el cargo.

El único que conoce la razón por la que lo expulsaron de la Legión y lo trasladaron allí.

—Siéntese.

—Gracias.

—Padre Serrador, usted sabe que lo hemos acogido con los brazos abiertos.

—Llevan ustedes recogiendo desahuciados desde el siglo XV, tienen una gran experiencia.

El otro resopla y no responde, vuelve a sus papeles; cuando habla de nuevo, la sonrisa ya no está.

—Hace unos días estuvo aquí el coronel Von Richthofen, ya sabe, el primo…

—… del Barón Rojo, ya lo sé.

—Pues también sabrá la influencia que los alemanes tienen en este país, de ellos depende en buena parte que les ganemos la guerra a la horda de anticlericales. —Sigue manoseando los folios que tiene delante mientras elige y descarta palabras—. El coronel está haciendo una ronda por los hospitales de Sevilla, a ver si cumplen las condiciones para atender a sus hombres; entre usted y yo, se espera que lleguen muchos en los próximos días. Miles.

—Cuantos más, mejor —dice, torciendo el gesto.

—El caso es que lo vio a usted en el patio. —Espera el efecto de la revelación—. Y al final vino a hablar conmigo en un aparte.

—¿Y qué le dijo?

—Me contó el incidente de hace unas noches en ese… establecimiento.

—¿Y bien?

—¿Y bien?

—… —El cura le sostiene la mirada con la facilidad de los que creen que tienen poco que perder.

—Usted ya no es el páter de una bandera del Tercio, ahora es un capellán de un centro religioso con siglos de tradición.

—¿Qué quería el primo del Barón Rojo?

—Quería que prescindiera inmediatamente de usted. —A estas alturas, sabe que no va a impresionar al sacerdote, así que no hay más pausas de efecto—. Yo le dije que eso no dependía de mí, sino de la archidiócesis.

—…

—Pero no sé por cuánto tiempo podré cubrirlo.

—Lo entiendo.

—Juan, si ese alemán se entera de lo que hizo usted en Ceuta…

Dos colchonetas, el reparto regular del rancho y una hora de patio, en la que Alberto Chacón y Rublos han podido departir libremente con otros «huéspedes», les han instalado por fin en la normalidad de la prisión provincial, en la normalidad del terror, en la normalidad del condenado consciente de que un sonido de pasos en la galería a cualquier hora del día o de la noche puede significar la saca de su celda para conducirlo al pie de la tapia del cementerio.

—No puedo dejar de pensar en la desaparición de Fox —dice Chacón Carter, bocarriba sobre el jergón—. En tantos años de estudio de toda clase de anomalías, nunca he tenido constancia de ninguna ni remotamente similar… Bueno, similar sí. Similar sí. —Se vuelve hacia Rublos—. ¿Te he hablado de Eusapia Paladino?

—No.

—¿Has leído algo sobre ella?

—Me suena.

Primera hora de la tarde, no tienen reloj, no pueden precisar más, no tienen nada que hacer; faltan doscientos siglos o nada para que finalice el día.

—Eusapia Paladino fue una de las más respetadas médiums, de las primeras en someterse a estudios serios. En 1918 —yo no llevaba más de tres años en la Society for Psychical Research—, fuimos a Nápoles a visitarla. Ya te digo que yo llevaba poco tiempo en la Sociedad, los otros tres miembros de la expedición eran muy mayores, supongo que me eligieron por mi juventud, para encargarme de las tareas más pesadas. —Sonríe—. Eusapia vivía un mal momento, tenía sesenta y tantos, pero representaba muchos más; de hecho, murió ese mismo año. Unos meses antes había sido descubierta públicamente trucando algunas apariciones y eso había terminado de arruinar su salud. No obstante, algunos miembros de la Sociedad la habían visto en sus buenos tiempos y confiaban en que pudiéramos observar su antiguo don. —Cambia de postura para quedar frente a Rublos—. Nos recibió en un piso muy modesto, en el centro de Nápoles. Estaba sola. Hay que reconocer que nos dejó registrar a fondo la vivienda para verificar que no había preparado parafernalia alguna. Para celebrar la sesión, elegimos una habitación sin ventanas ni apenas muebles, con solo una puerta, que

nos permitió precintar y atrancar por dentro con una silla. La única condición que impuso fue la absoluta oscuridad. Así que nos unimos los cinco alrededor de una mesa, pero sin el habitual cordón de manos entrelazadas, que ella descartó, y apagamos el candil que había en el centro. —Esta vez la pausa es deliberada—. De esa manera estuvimos aproximadamente media hora, todos en silencio, sin ningún resultado. Ella no invocaba a nadie ni a nada, como si esperara. Hasta que llegó un momento en que pareció desistir y, con un suspiro, prendió una cerilla y encendió el quinqué. Nos costó una décima de segundo comprobar que sir Alexander Emsley había desaparecido. Los compañeros que estaban a su izquierda y a su derecha no habían advertido nada. La puerta seguía cerrada. Eusapia miró aterrorizada el hueco que debería ocupar nuestro amigo y, volviendo la vista hacia el candil, como si lo hubiera encendido antes de tiempo, lo apagó de un soplido. Los demás, desconcertados, no te digo yo que no tuviéramos también algo de miedo, encendimos inmediatamente varias cerillas. Pero ahora sir Alexander sí estaba. Había vuelto y no recordaba nada de su desaparición. Nada. De hecho, cuando regresamos a Londres, recurrió a un hipnotizador para intentar…

—¿Te crees que esta gente no sabe que nací en Rusia? —Es evidente que Rublos estaba en otro sitio—. ¿O que tú has tenido tratos con el ministerio? ¿Te crees que no saben que somos buscadores de fantasmas?

—Somos mucho más que eso, somos una agrupación científica…

—¿No escuchaste a esos hombres en el patio esta mañana? —De pie—. Por mucho menos se saca aquí a la gente de madrugada y ya no vuelve más.

Aquí yacen los huesos y cenizas del peor
hombre que ha habido en el mundo.
Rueguen a Dios por él.

Al quinto día de ingreso en el hospital de la Santa Caridad, José María Varela Rendueles, gobernador destituido de la ciudad, ya muy recuperado de su hematemesis, comienza a convencerse de que no ha ido a parar a aquel lugar para finalizar allí sus días.

Un lecho blando y las deferencias de la superiora, sor Mercedes,

a la que años atrás había protegido con la guardia de asalto cuando los enfermeros pretendieron expulsar del hospital a la comunidad religiosa sin disponer de personal sanitario para reemplazarla, habían logrado no solo devolverle algunas de sus fuerzas, sino también procurarle una tranquilidad que casi había olvidado.

Al pabellón San Isidoro, la sala colectiva donde lo habían emplazado, se accedía por un portón que daba al patio, permanentemente custodiado por un centinela de las milicias cívicas; al otro lado, una pared que daba a la calle con un par de ventanas por las que penetraban himnos alemanes, italianos, de la Legión y de Falange, como para recordarles a los presos internados que la pesadilla continuaba en el exterior.

Además del personal sanitario, solamente recibían la visita de dos sacerdotes, que no podían ser más distintos. Uno de ellos, un hombre joven y fuerte con un paso desconcertantemente marcial, se quedaba en la puerta de la sala, abstraído y mudo, a la espera de que alguien requiriera sus servicios; si no era así, desaparecía sin que nadie se percatara de ello. El otro, un anciano, buen conocedor de su oficio, tenía un comentario, un consejo, un ofrecimiento o una cordial reprimenda para cada enfermo.

Él fue quien le habló al exgobernador por primera vez de Miguel de Mañara, al que este no conocía más que muy superficialmente, y el que, otro día, le trajo un libro donde profundizar en las andanzas de aquel que hizo inscribir en su tumba que allí yacía «el peor hombre que ha habido en el mundo».

A las ocho, ya ha cerrado la noche. Se está levantando el fresco húmedo del centro de la ciudad. Los transeúntes empiezan a desaparecer de las calles en aquella extraña Sevilla donde la retaguardia se vive como una condición que todos intentan olvidar, ocultarse a sí mismos.

Crisanta hunde las manos en los bolsillos de su chaquetón negro, más que por el frío, para vencer la tentación de intentar averiguar una última vez con el péndulo qué es lo que le va a deparar aquella noche.

Lleva ya unos minutos en la puerta de la comisaría del Gran Poder, a la hora y el sitio fijados por el capitán Díaz Mayordomo. Al borde de la acera, uno de sus guardaespaldas vestido de paisano la

mira descaradamente desde un Ford negro de dos puertas, esperando, como ella, la aparición del jefe.

A pesar de su suavidad, la irrupción de la melodía entonada por la flauta de caña de un afilador le dispara los latidos en el cuello, en el pecho y en los oídos.

El hombre, un tipo de rostro invisible bajo su sombrero de ala ancha, ha dispuesto el potro de madera con el esmeril montado en la rueda muy cerca de la puerta de la comisaría, pero tan sigilosamente que no ha reparado en él hasta oír la musiquilla.

Poco a poco, se va haciendo a la escala ascendente y descendente que se repite una y otra vez. Los vecinos no terminan de bajar para que les afile sus cuchillos, navajas o tijeras. Él insiste. Crisanta tiene otras preocupaciones.

No sabe cómo va a terminar todo aquello; duda de que Francisco Jairo los conduzca, como ha prometido, hasta la ubicación del tríptico de Van Eyck, y aún más de que Mayordomo no le meta un tiro en las tripas, sea cual sea el resultado de aquella salida.

Ahora aparece, desde el fondo del edificio, con su paso achulado, vestido también de civil.

—El general. —No es necesario aclarar que se trata de Queipo de Llano—. Que me ha llamado a última hora. Qué cabrón.

—No se preocupe —dice sorprendida de que haya tenido la consideración de disculparse por el retraso.

Parece contento. Se agacha para saludar a su chófer, que lo saluda llevándose la mano a la cinta de la boina, y enciende un cigarrillo que guardaba ya liado en el bolsillo superior de la chaqueta. Respira hondo, de puntillas, para compensar la altura de la mujer y del mundo entero.

—¿Y este hijo de la gran puta que hace aquí a esta hora? —Señalando al afilador—. ¿Qué se cree, que vamos a sacar las bayonetas para que nos las repase?

—Todo el mundo tiene derecho a buscarse la vida.

—A ver si le voy a decir a los guardias que se lo lleven por delante. —Se ríe, imaginando posibilidades—. Hablando de guardias, he dado órdenes de que me saquen a Jairo y no sé a qué coño estarán esperando.

Nadie se acerca al amolador, que continúa con su envolvente tonada. Poco a poco se están acostumbrando a que les proporcione

el fondo musical al comienzo de la película de aquella noche.

—He mandado que hagan pesquisas sobre ti —anuncia de pronto el capitán sin perder el buen humor—, menuda pájara estás hecha.

—Yo no he tenido que hacer ninguna sobre ti o sobre usted —replicándole el tono—. Todavía no he decidido si quiero tutearte.

—Haz lo que te dé la gana —contesta riéndose—. Así que eras profesora de Historia de la Música nada menos que en el conservatorio superior de aquí, de Sevilla.

—No recuerdo nada de eso.

—Claro que lo recuerdas. Profesora…, ya te dije que me parecías un poco *machopingo*. Menuda la armaste.

—…

—Ya sé que no pudieron demostrarlo —sigue diciendo, muy divertido—, por eso no terminaste en la cárcel, como deberías, pero la dirección tenía muy claro que estabas implicada en el robo de la única arpa que Stradivarius, el de los violines, construyó en toda su vida. —Ahora se muere de risa—. Parece que la trajeron en depósito al conservatorio y no se te ocurrió otra cosa que chorarla, ¡qué hija de puta!

—Rumores —dice impasible.

—De eso nada, y no es lo único que me han dicho de ti. —De pronto mira hacia el interior de la comisaría—. Mira, ahí viene por fin el chinchorro ese.

En el portal aparece Francisco Jairo flanqueado por dos guardias.

—¡Ya era hora, hostias! —les amonesta.

—Es que el prisionero estaba dando de cuerpo, mi capitán.

—Dando de cuerpo… Venga, quitadle los grilletes y dejádmelo aquí.

El afilador, apoyado en el caballete de madera con la gran rueda central, sigue concentrado en su chiflo, manteniendo las mismas cadencias, indiferente a su nulo poder de convocatoria.

No ha sido necesaria ni una señal para que el chófer abandone el automóvil y se acerque para hacerse cargo del detenido.

—¿Te vas a portar bien? —le pregunta Díaz Mayordomo golpeándole el hombro con la mano abierta.

—Sí, señor.

—Así me gusta. —Y a su chófer le dice—: Mételo detrás.

—¿Lo empaqueto?

—No, ya voy yo a su lado.

El capitán no se mueve, quiere decirle algo más a Crisanta, pero prefiere que el conductor se aleje.

—¿Es verdad que eres medio bruja? —pregunta en voz baja.

—…

Sin prisas, el escolta ha dejado a Jairo junto a la puerta del copiloto y está rodeando el coche para quitar el seguro desde dentro.

Es ahora cuando perciben algo extraño.

En algún momento, la música de la flauta de caña ha dejado de sonar.

El armazón de madera con el esmeril y el macuto del afilador siguen allí, pero su dueño ha desaparecido.

Díaz Mayordomo mira el artefacto con los ojos entrecerrados. Después se vuelve. Aferra a Crisanta del chaquetón y de un tirón la arrastra hacia el interior de la comisaría.

Apenas han entrado cuando la explosión lo llena todo. Es todo.

El capitán la arroja al suelo y se lanza sobre ella para protegerla con su cuerpo.

La lluvia de cascotes no importa.

Cerrar los ojos no les libra del impacto que se sigue reproduciendo en el interior de su cabeza.

Serrador apenas ha mordisqueado el caballito (dos rebanadas de pan frito rodeando una loncha de jamón también pasada ligeramente por la sartén) que reposa olvidado en la barra, más allá de la copa de coñac que, varias veces repuesta, constituye su verdadera cena.

Viste de traje, ni se acuerda de la sotana, como no se acuerda del nombre de la tasca donde está, la más oscura y asquerosa que ha encontrado.

No hay más parroquianos, solo el dueño, que hunde la cabeza en el

ABC

, y un joven limpiabotas que ni se ha molestado en ofrecerle sus servicios.

Sabe que el coñac, y menos el de garrafa que le están dando, no le va a quitar a Leandra de donde quiera que la lleve metida, pero tampoco está seguro de querer que desaparezca de allí.

Llegan tres militares, los tres con las boinas rojas de los requetés, estrellas de capitán bordadas en una de ellas. Acarrean la cháchara de las otras tabernas que han recorrido aquella noche.

Les da la espalda y señala la copa para que el dueño vuelva a llenarla.

—¡Eh, tú, ponnos tres cañutos! —grita uno de los soldados, que se ha sentado junto a sus compañeros en una de las tres únicas mesas.

El camarero deja la botella de coñac que estaba a punto de coger y, priorizando el pedido de los recién llegados, la cambia por una de aguardiente y tres copitas para acercarse correteando a servirles.

Juan Serrador conoce bien a los requetés, su odio ciego hacia cualquiera que defienda un valor distinto a los suyos, su sentimiento de casta, su crueldad durante y después del combate, pero no quiere problemas aquella noche, puede resistir unos minutos con la copa vacía.

También el limpiabotas se les acerca a una señal del capitán, que apoya una de sus botas sobre el banquillo y le indica el suelo para que se arrodille ante él. Serrador está seguro de que, más que el brillo del calzado, le interesa tener a un chico postrado frente a sus piernas abiertas, pero vuelve a repetirse que no es asunto suyo.

Como el día anterior, sin saber por qué, vuelve a Serrador la idea del *cafard*, esa pena negra que tan bien identificada tienen en el Tercio, la cucaracha, una sombra que se va apoderando del pensamiento de los infelices, primero convirtiéndolos en hombres tristes y solitarios, después empujándolos al delirio o al disparate. Ha conocido casos de veteranos que mataban a palos a un recluta y no sabían explicar qué les había llevado a hacerlo. Un sargento francés le dijo *le cafard*

J'ai

y al día siguiente apareció con un tiro en la boca. A nadie le extrañó.

Por fin el dueño le rellena la copa.

Dos de los requetés se ríen de las milicias mineras a las que han masacrado en Huelva.

El capitán, con las manos en los bolsillos, mira intensamente al limpiabotas, sus movimientos rítmicos, a un par de palmos de su bragueta.

Juan Serrador vuelve a su copa.

No es asunto suyo.

Nada lo es.

25 de octubre de 1936

Los arranca del sueño el chasquido que no iba a sonar nunca.

Chacón Carter y Rublos, despiertos o a punto, se sientan sobresaltados en sus camastros y se miran sin hacer caso a la puerta de la celda que acaba de abrirse; al menos todavía siguen juntos.

Pero enseguida se ponen en pie, antes de que los dos guardias que los miran en silencio, somnolientos e inexpresivos, se vean obligados a ordenárselo.

Al fin ha llegado el momento.

En la galería, comprueban que aún no ha amanecido.

Recorren en sentido inverso el camino que les pareció tan largo el día de su detención; en contra de lo que imaginaban, no forman parte de un grupo de ajusticiados, únicamente ellos y su escolta, pero tampoco están seguros de cuál es la costumbre; es la primera vez que los fusilan.

No hay espacio para el humor ni para nada, solo el vacío; ni siquiera notan el relente cuando salen a la explanada donde está aparcada la furgoneta; llevan el cuello abierto, intentando sobreponerse al sofoco que les acelera la respiración.

Los guardias que los custodian no exhiben ningún arma ni los han amenazado con esposarlos en ningún momento, ni siquiera los miran, solo abren el vehículo y uno de ellos pasa al asiento del conductor mientras el otro les indica la parte de atrás; son operarios aburridos realizando su trabajo sin ningún interés.

Aunque tampoco a ellos se les ocurre protestar ni rebelarse.

No son aquellos dos guardias los que los llevan al paredón, ni siquiera el pesado instrumental de aquel Gobierno golpista ni la fuerza imparable de un ejército perfectamente preparado; no van a resistirse, porque tienen la convicción de que es la tramoya del mundo entero la que ha caído sobre ellos y es imposible hacer nada por evitarlo, así que suben a la furgoneta y se dejan llevar.

La parte trasera del vehículo ha sido modificada, cegando las

ventanillas con planchas metálicas y eliminando los asientos para poder trasladar a un mayor número de detenidos. Así que viajan sentados en el suelo. Intentan atisbar el camino a través del parabrisas delantero, pero desde su altura apenas ven la parte superior de los edificios. Además, aún no ha clareado.

Es lo mismo, saben perfectamente adónde van.

—En fin, si alguien posee indicios de que existe una… prolongación de esta existencia, somos nosotros. —Chacón intenta desesperadamente no parecer desesperado—. Al fin y al cabo, hemos dedicado la vida…

—Alberto —lo interrumpe.

—Dime.

—¿Tú has visto estos últimos días, cerca de mí, o no tan cerca, a dos salamandras?

—¿Salamandras? No —contesta desconcertado—. ¿Qué clase de salamandras?

—Es igual. —Vuelve a cerrarse.

Aquellos detalles no deberían importarles en un momento así, pero la furgoneta carece casi por completo de suspensión y, al estar sentados en el suelo, cada bache es un mazazo.

Chacón Carter no deja de pensar en las palabras de Rublos.

—Se nos acaba el tiempo. —Le cuesta un gran esfuerzo pronunciar cada palabra—. Tenemos tú y yo tantas conversaciones pendientes…

El chico levanta las manos, niega con la cabeza y culea sobre la alfombrilla para alejarse todo lo posible.

En el exterior se percibe el primer gris de la amanecida. Parece que están en el centro de la ciudad, pero eso no puede ser.

Alberto Chacón Carter piensa en que lleva varios días con la misma ropa, que está sucia y arrugada, que huele mal, que le gustaría afrontar aquel momento de otro…

El vehículo se detiene.

Los guardias, que no han pronunciado una palabra, abren el portón trasero y ante ellos aparece la inconfundible fachada del palacio de la condesa de Pruna, en la calle Cuna.

—Pero esto no es… el cementerio. —Chacón, muy confundido.

—¿El cementerio? A ver, jefe, ¿usted sabe qué día es hoy? —dice uno de los guardias.

—¿Hoy? Veinticinco de octubre, creo.

—No, qué día de la semana.

—Pues debe de ser domingo.

—Exactamente, y los domingos y fiestas de guardar, por acuerdo del cardenal Ilundain con la autoridad militar, no se fusila a nadie.

—Eso lo saben todos los presos —corrobora el otro guardia, como si hablara con retrasados.

En ese momento se entreabre una de las puertas del palacio y aparece un fraile cubierto con una capucha.

Los guardias vuelven a subir a la furgoneta, la ponen en marcha y se alejan.

El fraile los invita a entrar con un gesto.

Los golpes despiertan al padre Serrador con su propio puño clavado en la mejilla; debió de caer así, inconsciente, en aquella cama que no termina de reconocer. Y hasta ahora.

Retira la cara dolorida y el dolor de cabeza es mucho peor.

Está muerto de frío.

Tarda en descubrir que cayó dormido en camisa, sin cubrirse con la ropa de la cama. Tarda aún más en saber que se encuentra en su habitación del hospital de la Santa Caridad. Que venía tan borracho que ni se le ocurrió pasar por la pensión de la calle Jimios para recuperar la sotana.

Siguen los golpes en la puerta.

Poco a poco cae en la cuenta de que es domingo. El reloj de la mesita de noche marca las siete y cuarto. Todo está en silencio. No alcanza a imaginar para qué lo buscan a esa hora.

Al fin logra llegar a la puerta.

El visitante es un cura de veintitantos, con sotana y elegante abrigo negro, perfectamente afeitado, la sonrisa cortés y despejada.

—Buenos días. ¿El padre Serrador?

—Sí.

—Me envía el superior de la Casa Profesa. Tiene usted que acompañarme.

—¿Para qué? —Hace tiempo que no escucha una entonación jesuítica tan formal.

—No lo sé, solo me ha informado de que es urgente —dice educado pero firme.

—Verá, tengo un problema, no tengo las sotanas disponibles. —Se siente un poco ridículo disculpándose ante aquel cura joven y atildado.

—Es igual, póngase cualquier cosa y vámonos. Ya le digo que nos están esperando.

—¿Dónde?

—En el palacio de la condesa de Pruna.

Cuando abre los ojos y comprueba que ha amanecido, Crisanta experimenta el enorme alivio de no tener que seguir intentando conciliar el sueño.

Se incorpora con la colcha hasta el cuello, extrae el péndulo de debajo de la almohada y lo sostiene hasta cerciorarse de que tampoco esta vez habrá respuesta.

Continúa con la cadera, el hombro y la cabeza doloridos por el empujón de Díaz Mayordomo (empujón que seguramente le salvó la vida; no quiere rememorar la forma en que la cubrió con su cuerpo para preservarla de la lluvia de cascotes), pero ya no tiene la sensación de que su cabeza es el compartimiento estanco que la ha privado de casi toda audición durante estas horas.

El artefacto explosivo convirtió en chatarra el pesado automóvil del capitán y acabó con la vida de su chófer.

De Francisco Jairo no saben nada. Probablemente, por la posición en la que se encontraba, el coche le sirvió de defensa y escapó con heridas leves. Nadie lo había visto.

Tampoco habían conseguido los hombres del capitán que les dieran en el barrio referencias del afilador, el autor del atentado. Ninguno de los vecinos que lo había visto lo conocía, pero todos coincidieron en que no era el amolador que les afilaba habitualmente tijeras y cuchillos, que, además, siempre aparecía por la mañana.

En el rato que estuvo en la comisaría hasta que la trajeron a su casa, todos los guardias y los representantes de los distintos cuerpos de seguridad que pululaban por allí coincidían en que habían sido las guerrillas rojas de resistencia las responsables de la explosión, pero el capitán Díaz Mayordomo los miraba sin pronunciarse.

Crisanta vuelve a levantar el péndulo por el hilo de seda y se concentra en el fragmento de hueso.

Aquel asunto se vuelve cada vez más peligroso; Sevilla es el peor sitio posible para investigar sobre un miliciano huido, pero encontrar el tríptico es su única posibilidad de escapar de aquel país de pesadilla.

Al poco rato de que lo dejaran solo en aquella sala del palacio de la condesa de Pruna, una sirvienta le trajo una jícara de chocolate hirviente acompañada de una montaña de picatostes cubiertos de azúcar. Serrador pensó que allí daban por hecho que todos los curas, con o sin sotana, se alimentaban exclusivamente de aquella porquería y ni siquiera los probó.

Era una salita con una sola puerta que lo aislaba de cualquier sonido, un tresillo incómodo a juego con dos sillas del mismo tapizado, una mesa de centro con cubierta de mármol y, junto a una de las paredes, una mesilla auxiliar con herrajes metálicos. Una dependencia de la que quizás la dueña ni siquiera guardara memoria, posiblemente dispuesta en su momento para alejar a visitas indignas de las zonas nobles de la casa.

Allí parecían haberlo olvidado.

Cuando pasaron las horas, tuvo que recurrir al chocolate ya casi sólido y al pan azucarado para combatir el hambre.

Ahora eran ya las cinco y cuarto, estaba empezando a oscurecer y nadie había vuelto a aparecer por la habitación.

Solo salió una vez para buscar un cuarto de baño, que por suerte encontró enseguida, sin tener que preguntar a nadie. Las estancias estaban desiertas. Cuando terminó, volvió a la salita.

Era un jesuita que había recibido una orden directa de su superior, ni se le ocurriría marcharse de allí, solo le quedaba enfrentarse a los restos de la resaca y a sus peores cavilaciones.

Cuando su mundo se vino abajo en la base de Dar Riffien, se encerró en su habitación con una botella de coñac, seguro de que un pelotón de fusilamiento compuesto por sus propios compañeros lo pasaría por las armas en cualquier momento. Pero fue transcurriendo el tiempo y no sucedió nada. La Compañía de Jesús movió sus largas antenas de insecto invisible para rescatarlo. A nadie, ni al Ejército ni a la Iglesia, le interesaba aquella clase de escándalo.

Es posible que hoy quisiera cobrarse la deuda.

A las cinco y media, las sombras han cubierto la enorme biblioteca donde Alberto Chacón Carter y Rublos llevan todo el día esperando.

La criada disfrazada de criada que les trajo el desayuno no les dijo nada, no sabía nada, no ha vuelto desde entonces.

En este tiempo, se han aprendido de memoria los artesonados, la lámpara, la moqueta, la chimenea y el retrato que presidía la pared principal sobre una vitrina con lo que podían ser objetos personales del retratado.

Nadie los retenía allí, necesitaban bañarse y cambiarse de ropa, tranquilizar a los compañeros de la Sociedad Mediúmnica, que estarían desesperados, regresar al hotel aunque fuera por un rato para convencerse de que se habían librado de la cárcel, pero no se atrevían a moverse.

Al abrirse la puerta, Rublos duerme en el sillón y Chacón hojea un ejemplar de *La Regenta* (novela prohibida en aquella «nueva». España) dedicado por el propio Clarín a un antepasado de la dueña de la casa.

La luz de la lámpara los deslumbra y contribuye al sobresalto tras las horas de silencio.

En la entrada se recortan un sacerdote canoso de mediana edad con un portafolios flanqueado por un árabe con porte autoritario (al que Chacón reconoce, de haberlo visto en los periódicos, como el jalifa o máxima autoridad del protectorado de Marruecos) y una anciana envuelta en una toquilla que solo un imbécil confundiría con personal de servicio de la casa; los dos últimos parecían haber entrado exclusivamente para evaluarlos, y cuando terminan de hacerlo a su gusto, se retiran tras asegurar la mujer que enviaría a un tal padre Serrador.

El de la sotana, sin dirigirles palabra o mirada, se acerca a una mesa y comienza a extraer diversa documentación de su maletín y a ordenarla sin llegar a tomar asiento.

Un par de minutos después aparece Juan Serrador y la doncella que lo acompaña vuelve a cerrar la puerta detrás de él.

—Bien, al fin estamos todos. —El sacerdote sigue ocupado con su papeleo—. Espero que nos disculpen por la larga espera, pero ha sido un día largo, muy largo. —Se distrae un momento—. A pesar de ser domingo, hemos tenido que hacer multitud de trámites, movilizar influencias, realizar contactos…, algunos de ellos

verdaderamente extemporáneos. El asunto que nos ocupa debe tratarse con la máxima delicadeza, nos jugamos todos mucho en él.

—…

Los otros se han acercado a la mesa y están los cuatro alrededor, de pie, sin mirarse; el jesuita se cuida de que no puedan leer los documentos antes de volver a tomar la palabra.

—Y ustedes se preguntan cuál es ese asunto. —Ahora los mira—. Pues bien, lo que nos mueve y nos moverá a todos tiene nombre y apellidos: estoy hablando de don José María Varela Rendueles, el que hasta hace tres meses era nuestro gobernador civil; uno de los hombres más justos que han regido el destino de esta ciudad.

—Desde hace unos días está ingresado en el hospital de la Santa Caridad —interviene Serrador—, aunque sigue custodiado.

—Efectivamente —dice el religioso, que no parece tener intención de presentarse—. Lo están tratando de una grave dolencia, pero en cualquier momento pueden devolverlo a la cárcel de Ranilla o, peor aún, someterlo a un juicio sumarísimo. O sacarlo de la celda sin juicio cualquier madrugada camino al paredón.

—…

—Bien, precisamente para evitar eso los he convocado.

—No entiendo nada —interviene Rublos.

—El hermano Juan Serrador es capellán adjunto del hospital. —Hasta ahora no ha decidido que ha llegado el momento de algunas presentaciones superficiales—. De ahí que posea esa información. Los señores Alberto Chacón Carter y…

—Rublos —se identifica él mismo, molesto porque antes no le respondió.

—Rublos. Pertenecen a la Sociedad Mediúmnica Sevillana. Confío en que entre los tres puedan ayudarnos a sacar adelante con éxito nuestra empresa.

—¿«Nuestra empresa»? —repite Chacón Carter—. Mire, lo he escuchado hasta ahora como reconocimiento a su posible asistencia en nuestra liberación de un encierro absurdo por llevar a cabo un estudio científico, pero no estoy dispuesto a participar en ese «asunto» que no tiene nada que ver con nosotros.

—Me temo que no tienen otra opción que colaborar en todo esto —repone sereno y lejano, como si estuviera pensando en temas más trascendentales mientras les informa—. La suerte de los tres

depende de ello.

—¿Nos está extorsionando? —Otra vez Carter. Rublos, con los puños apretados.

—Les estoy informando, amigo mío. Yo me ocupo exclusivamente de la planificación, del método y de la provisión. Pero conozco bien el caso de cada uno y está muy claro que la única vía para librarse del destino que se cierne sobre ustedes es corresponder con este, digamos, favor.

Serrador acerca una silla y se deja caer en ella con las piernas extendidas; es su manera de comunicar que está dispuesto a aceptar cualquier imposición porque hoy por hoy casi todo le trae sin cuidado, pero prefiere no comparecer ante un consejo de guerra.

Ha sido una interrupción de unos segundos, casi nada, pero ha permitido a Chacón y a Rublos recordar las horas pasadas en la celda esperando lo peor.

No hay más opciones.

Todo en orden.

—Señores, como les había comenzado a referir, vamos a aprovechar el tratamiento del exgobernador Varela Rendueles en el hospital para liberarlo. —Vuelve a repasar sus folios—. Por supuesto, será una operación en absoluto cruenta para la que contamos con diversa cooperación. Por lo pronto, la sociedad que usted dirige —dice, pero le cuesta pronunciar «Mediúmnica» sin menosprecio en el tono— comenzará a partir de mañana mismo una serie de observaciones en el hospital de la Santa Caridad con la excusa de unas hipotéticas desapariciones de personal que se han producido en el recinto.

—Hace tiempo que me han llegado esos rumores —dice Chacón, ahora interesado—. Solicité permiso al director para un trabajo de campo, pero ni siquiera me contestó.

—Bien, pues esos permisos están concedidos. Eso sí, bajo la supervisión del capellán aquí presente. —Más papeleo—. El siguiente paso, una vez que sean ustedes habituales del hospital, no tendrá lugar hasta que reclutemos a alguno de los guardias que vigilan a Varela para que se «haga el distraído» mientras nos lo llevamos. Nos encargaremos nosotros. Ya estamos sondeando a algunos de los que hacen turno allí.

—…

—Es importante que la operación se lleve a cabo lo antes posible, el exgobernador está mejorando y lo pueden devolver a prisión en cualquier momento.

—…

—¿Todo claro hasta aquí?

—No —dice Serrador.

—¿Y a dónde pretende que lo traslademos? —pregunta Chacón.

—Bien, como les decía, este asunto es una especie de castillo de naipes que debemos construir con el mayor cuidado. —El cura anónimo está a punto de permitirse una sonrisa—. El objetivo final será sacarlo del país, en un barco con un destino aún por determinar. Pero ese viaje puede tardar algún tiempo en organizarse, así que, mientras tanto, hemos alquilado la casa palacio de la calle Arrayán, donde los detuvieron a ustedes…

—La casa del Malmuerto —lo corrige Rublos.

—Allí lo ocultarán hasta que sea posible sacarlo de España. Es un caserón de grandes dimensiones, no faltarán sitios para mantener a don José María a salvo de cualquier mirada hasta el momento de su marcha definitiva.

—¿A quién pertenece la casa? —pregunta Chacón.

—Era propiedad de don Librado Cartagena y Pavón, hombre de gran fortuna y prestigio, ya fallecido. Pero me temo que una de las condiciones impuestas por el heredero o herederos es que mantengamos una total discreción sobre la identidad de sus propietarios actuales. No me pregunten por qué, porque no lo sé. Hemos estado negociando todo el día con ellos. El caso es que, gracias a la condesa, tenemos la finca en alquiler, extremo que hemos comunicado a las autoridades para que no sean ustedes molestados. Es más, los hemos informado de que su sociedad prepara una monografía sobre la vivienda, para que a nadie sorprendan sus entradas y salidas. Como suponíamos, no les ha extrañado, después del episodio que tuvo lugar hace unos días. Y esa es, desde luego, la razón por la que la hemos elegido.

—¿Cuánto tiempo durará todo este… montaje? ¿Qué pasará si nos descubren las autoridades? ¿Nos protegerán ustedes? Y por cierto, ¿quiénes son «ustedes»? ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Y por qué? ¿Es usted consciente de que nos está pidiendo que nos juguemos la vida en algo que ni nos va ni nos viene? —pregunta

Alberto Chacón Carter.

El jesuita espera en silencio a que el otro se desahogue.

Sonríe triste al responder.

—Ya le dije que mi papel en todo esto es puramente logístico, solo puedo proporcionarle los detalles del día a día. —Se refugia de nuevo en su maletín—. Por lo pronto, tengo aquí las llaves de la casa para que tomen posesión lo antes posible y la vayan preparando. También les haré entrega de una suma de dinero que…

Crisanta había decidido de modo completamente irrefutable quedarse en casa hasta el día siguiente para recuperarse de la explosión, así que ahí estaba, en la calle, arrebujada en su chaquetón y todavía maltrecha, una sombra a la sombra de la muralla de la Macarena intentando que se la trague la noche.

Hace años que no aparece por la calle Andueza, el corazón del llamado «Moscú sevillano», una vieja tira de casas de una o dos plantas y corrales paralela a la muralla, donde se concentraban los sindicalistas y agitadores sociales más activos de la zona.

Allí tuvo un medio novio antes de cumplir los dieciocho, a escondidas de Alberto Chacón Carter; un crío como ella, Nurio, que la trajo unas cuantas veces a ver a su madre, que siempre la recibió con gran disgusto.

Cuando se acerca a la casa, oye el chocar de un tenedor batiendo un huevo contra un plato. Para empeorar las cosas, ha llegado a la hora de la cena.

Quizás por eso tardan un buen rato en abrir.

—Buenas noches, señora —saluda a la mujer, que sigue exactamente igual que cuando la vio la última vez, a excepción de la profundidad de las arrugas—. ¿Se acuerda de mí?

—Me acuerdo —dice, aunque ha tardado en enfocarla.

—¿Está Nurio?

—No, no está.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Mi hijo ya no vive aquí.

—Tengo que hablar con él de algo importante, ¿podría darme la dirección?

—Yo no sé dónde vive.

Ahora sí se entienden.

No necesita Crisanta más explicaciones para saber que aquella mujer, acostumbrada a cubrir primero a su marido y después a su hijo, luchadores de la
CNT
desde siempre, no se fía de ella ni de nadie.

—Vengo a avisarle de algo, la cosa no va con él, pero le conviene saberla —improvisa.

Así se comunica la gente en la Sevilla del terror.

La dueña de la casa vuelve a mirarla, pero no le parece una confidente.

—Es verdad que no sé dónde vive —dice aún dubitativa—, no me lo quiere decir para que no me presente en su casa y me ponga en peligro, pero sé que trabaja en el garaje de la avenida Miraflores.

—Se lo agradezco. —No termina de irse.

—¿Lo buscan?

—No, no es eso, pero le interesa estar al tanto.

—Desde el golpe de los militares, han venido dos veces a por él y las dos veces se escapó por la otra puerta, la que da a la muralla —explica, más colérica que apenada—. No vinieron los guardias, porque no lo pueden acusar en un juzgado, sino las milicias fascistas, que esos no necesitan pruebas ni jueces. La primera vez me partieron una costilla. Al final se ha tenido que ir para que no nos maten a los dos.

—Es un tiempo de locos.

—Digo.

—Ha hablado usted hoy conmigo más que todas las veces que estuve de visita en su casa. —No ha podido contenerse.

—Eras una niña muy rara, no pegabas con mi Nurio, que siempre ha sido un chaval muy entrante —dice algo avergonzada.

—Y era una huérfana recogida por un señor mayor, un poco ligera de cascos y con fama de andar con feriantes y de otras cosas peores —repone tristemente—. Pero no era más que una niña en busca de un poco de cariño. Y ustedes, una familia de anarquistas que demostraron tener tantos prejuicios como los burgueses a los que combatían.

Nada más.

—¿Ha oído hablar de las hermanas Fox? —pregunta Alberto Chacón

Carter.

—No —contesta Serrador.

Ninguno de los tres se mira mientras entran y salen sin rumbo de calles que seguramente no existen a la luz del día.

Tienen sed del fresco de la noche tras tantas horas de cárcel y de palacio.

—Con ellas se inicia el espiritismo moderno, tal y como lo conocemos hoy. —Carter finge que necesita suspender la conversación de vez en cuando para hacer memoria, pero no es verdad—. La familia Fox llega a Hydesville, un pueblo de Nueva York, a mediados del siglo XIX, y muy poco después sus dos hijas pequeñas, Maggie y Kate, comenzaron a oír una serie de inexplicables golpes secos, golpes con los que las niñas parecían comunicarse. Un día, Maggie, de ocho años, gritó: «Eh, tú, patas de cabra, haz lo mismo que yo», y todos oyeron que aquellos golpes obedecían las indicaciones de la mocosa. A partir de ese momento, y durante cuarenta años, las hermanas se sometieron a toda clase de experimentos públicos y exhibiciones que las convirtieron en las primeras médiums que trascendían el entorno científico para transformarse en personajes realmente populares. —Otro intervalo de los suyos—. Su fama crecía y crecía, hasta que en 1888 realizaron unas declaraciones a la prensa asegurando que todo había sido una farsa y que aquellos legendarios golpes secos los producían ellas mismas, chasqueando los dedos de los pies. Aquello supuso el final de su prestigio, las acusaciones de fraude, el desprecio de todos, el alcoholismo y la muerte de ambas en menos de cinco años. —Una última pausa—. Sin embargo, años más tarde, unos obreros encontraron un esqueleto enterrado bajo la casa de Hydesville que respondía a la descripción manifestada por el fantasma que se comunicaba con las niñas. Y ninguno de los muchos estudiosos que analizaron sus habilidades a lo largo de toda su vida encontró signo alguno de manipulación. Y las propias hermanas confesaron antes de morir que sus declaraciones de simulación las habían realizado por la presión de grupos cristianos.

Toca pasear un rato para digerir la historia.

Que no es lo que más les pesa.

Están hambrientos, exhaustos y muy abrumados por la misión que acaban de imponerles en el palacio de la condesa. Necesitan

más calles y más noche antes de regresar a sus casas.

—Con toda esta historia de las Fox solo pretendía explicarle el porqué del nombre de nuestro perro, el que desapareció en el caserón del Malmuerto —dice Chacón—. Perdone la digresión.

—No le haga caso —interviene Rublos, que, inusitadamente, ha hecho buenas migas con el cura—, se pasa la vida contando historias con cualquier pretexto.

—Eso es verdad —reconoce el director de la Sociedad Mediúmnica, como si acabara de reparar en ello.

—¿Y atribuye usted la evaporación de su perro al auxilio de un fantasma? —pregunta el padre Serrador.

—No. Lo único que descarto es cualquier clase de motivo de los llamados «naturales». —Ahora la interrupción es claramente deliberada—. ¿Puedo preguntarle si el espiritismo es contrario a su… sistema de valores?

—¿Al mío? —Como si le sorprendiera disponer de tal cosa.

—Sí. En su calidad de sacerdote.

—Yo soy un profesional. No mezclo la religión con las creencias.

—… —Los otros dos no le buscan la mirada.

—Simplemente aplico los procedimientos e intento seguir mi camino —sentencia.

Continúan dando vueltas.

26 de octubre de 1936

Para Crisanta, desde hace unos días, más que nunca, un golpe en la puerta de la tienda, que también es su casa, supone la posible notificación de la peor de las sentencias.

Es demasiado temprano, hace mucho frío y aún le duele el cuerpo a causa de la explosión, pero se abotona su único abrigo sobre el camisón y, armada con el péndulo, que oculta a su espalda, abre la cerradura.

—Buenos días —dice Alberto Chacón Carter, con el cuello de la gabardina levantado y sosteniendo el sombrero contra la ventisca—, ¿te despierto?

—No podía dormir.

—Yo tampoco.

Tarda en invitarlo a entrar a pesar del viento que se cuela en la casa.

Lleva no sabe cuántos años sin verlo.

Ha perdido la costumbre de su voz, de su presencia, que llena lo que otros no alcanzan, de dejarse llevar por sus órdenes en forma de súplicas.

A los pocos segundos, él ya no necesita su permiso; la sortea y cierra la puerta como si hubiera venido para cuidarla.

—¿Tienes té? —pregunta despojándose de los guantes de piel—. Estoy helado.

—Creo que queda un poco.

—¿Quieres que prepare para los dos?

—Bueno.

Lo sigue hasta la trastienda, a la sala de estar con una pequeña hornilla de cisco en un lateral, y se sienta a la mesa mientras él rebusca en los armarios y prepara todo lo necesario para hervir el agua.

Se maneja bien a pesar de los años transcurridos sin aparecer por allí; al fin y al cabo, la tienda y todo lo que hay en ella es de su

propiedad.

Crisanta mira hacia otro lado, arrebujada en su abrigo, la cabeza gacha. En este momento vuelve a tener once años y acaba de recalar en Sevilla con la familia de feriantes que exhibe públicamente sus facultades a cambio de una entrada y que en privado la explota de otras maneras que no soporta recordar. Chacón se interesó primero por su extraña habilidad y más tarde, cuando supo que era huérfana y lo que estaban haciendo con ella, se enfrentó a aquella gentuza con el revólver que conservaba de su época de policía de ferrocarril, se la llevó a vivir con él y la trató como a una hija. Pero no lo era.

El té está listo.

Chacón se sienta junto a ella con dos tazas desiguales.

Tampoco se ha despojado de la gabardina, solo ha dejado el sombrero sobre la mesa, siempre tan caballero, tan británico, tan distante.

—Tienes esto helado.

—Me gusta así.

—¿Y ese corte? —dice señalándole la frente.

—No es nada.

—¿Va todo bien?

—Todo bien.

—Ya sabes que si necesitas algo…

—Ya.

La infusión les sirve para no tener que hablar durante unos minutos.

—Yo sí necesito algo. —Por fin la razón que lo ha traído.

—No, Alberto. Te dije que aquello se había acabado.

—¿Llegaste a conocer a Fox?

—¿Tu perro?

—Sí.

—Lo vi una vez, un momento, un día que nos encontramos.

—Lo recuerdo. —Sorbo—. Pues ha desaparecido. Ha desaparecido en el interior de una casa, muy cerca de aquí. La casa palacio de la calle Arrayán.

—La casa del Malmuerto.

—Esa.

—¿Desaparecido? ¿Cómo?

—Se ha desvanecido.

—¿Y crees que ha pasado… a otro plano?

—Estoy seguro de ello.

Se quedan en silencio; por suerte disponen de sus bebidas y de los viejos códigos que los libran de hablar más de la cuenta.

—¿Y qué quieres de mí?

—Tengo poco tiempo, Crisanta. El caserón es inmenso, está lleno de rincones y yo tengo muy poco tiempo. Os necesito a ti y tu péndulo para que me orientes.

—Te dije que no quería volver a hacerlo. —No son solo los recuerdos; ahora también parece que habla como una niña de once años.

—La última vez. Esta noche.

Órdenes en forma de súplicas.

Después de despedir con una vaga reverencia de agradecimiento a las dos monjas que la han conducido hasta la entrada de la sala, la condesa de Pruna ha caminado, grave o asqueada, entre el resto de los atónitos enfermos hasta alcanzar la cama del exgobernador José María Varela Rendueles, para terminar acercando ella misma un taburete en el que sentarse a su lado.

—Amigo.

—Condesa. —Intenta incorporarse—. No tenía que haber venido.

—Todo lo contrario, era obligatorio que viniera. Intenté visitarlo en la cárcel, pero no me dejaron.

—No puede hacerse una idea de cómo se lo agradezco.

—Calle. —Despeja con la mano: los cumplidos son de mal gusto—. No tiene usted tan mal aspecto como me dijeron.

—De esta me escapo. —Y precisa—: De la enfermedad. —No es la única amenaza que pesa sobre él.

A pesar de que es su bando el que ha resultado triunfador en Sevilla y la situación debería serle más que propicia, parece más afligida y desmejorada desde que la vio por última vez, apenas un mes antes de la sublevación.

En realidad, solo se han encontrado en dos ocasiones.

La primera vez que la aristócrata le pidió audiencia fue para expresarle las quejas por los desmanes que estaban teniendo lugar

en su palacio. Le contó que había contratado a unos obreros afiliados a la
CNT
para realizar unas reformas, pero que el sindicato, con objeto de aumentar la facturación, había ordenado que se llevaran a cabo una serie de obras adicionales en contra del criterio de su propietaria. El gobernador le dijo que no era la primera vez que se encontraba con una situación como esta y que tomaría cartas en el asunto para que se volviera a las instrucciones originales; por supuesto, tanto los jornales como el material empleado irían a cargo de la formación sindical. La de Pruna se despidió educada pero manifiestamente escéptica.

Al mes siguiente estaba allí de nuevo con el único fin de mostrarle su agradecimiento. Todo se había resuelto en el palacio como prometió el gobernador. Reconoció que lo último que esperaba era que un gobernador de izquierdas hiciera justicia entre los suyos ante un problema concerniente a la alta nobleza sevillana, así que a partir de aquel momento lo consideraría ya para siempre «su gobernador».

Unos meses después, el país había cambiado diametralmente; Rendueles había pasado por varios centros penitenciarios y estaba pendiente de un juicio en el que tenía muchas posibilidades de ser condenado a muerte.

Ambos han permanecido un rato en silencio. Basta con la presencia de la anciana para demostrarle que no lo va a abandonar ahora que ha caído en desgracia.

—He venido a verlo para traer noticias. Las primeras, malas.

—…

—Tengo albergado en mi casa al jalifa de Marruecos, que me está muy agradecido por diversos motivos. Así que pensé en enviarlo a visitar a Queipo de Llano, que le está fuertemente obligado, para que lo pusiera a usted en libertad. Nada —afirma con un gesto de desprecio—. El general dice que tiene las manos atadas.

—Ha hecho usted cuanto ha podido y yo…

—Calle —lo silencia de nuevo—. No he hecho nada todavía. Pero lo voy a hacer.

—…

—He metido en esto a los jesuitas, que le deben a mi familia una más gorda todavía. Lo sacaremos de esta, de una manera u otra.

—Bien, esto es todo —concluye el director.

El resto de los componentes de la Sociedad Mediúmnica reunidos en el salón del hotel Arenal digiere en silencio la información que acaban de recibir: las andanzas de Rublos y de su director durante estos días, el plan trazado por aquel jesuita (que a sus ojos se ha convertido en un ser sinuoso y siniestro) y el nuevo reconocimiento previsto para esa noche en la casa del Malmuerto.

Chacón Carter ha hecho lo posible para que el asunto de la liberación del exgobernador quede en una anécdota sin importancia y prevalezca lo sobrenatural en el orden del día.

—Me temo que nosotros no vamos a poder ir, y bien que lo sentimos —dice el mayor de los Galocha—. Rafael agarró un buen constipado en la iglesia de San Marcos y nos vamos a acercar ahora al médico.

—¡Qué coraje! —Su hermano tose para reforzar la coartada.

—¿Estás seguro de que las autoridades están al tanto? —pregunta el brigada Espinosa.

—Totalmente; por la cuenta que les trae, es lo primero que han solventado —contesta Chacón Carter.

—En ese caso, cuenta conmigo para la excursión. —Un tembleque en la voz del brigada.

—Bravo —repone Rublos, de pie junto a las estanterías, y aplaude mordaz una sola vez.

—Excelente, Miguel, nos vendrán muy bien tus conocimientos sobre fenomenología. —Chacón parece recordar algo, pero puede ser parte de su puesta en escena—. Una cosa más. Nos acompañará Crisanta; la mayoría de vosotros la conocéis o habéis oído hablar de ella y sabéis de sobra que posee unas capacidades portentosas.

—¿Ella sabe que va a venir? —Otra vez Rublos, que tiene la tarde revuelta.

—Amigos —dice el director, sin responderle—, tenemos a nuestra disposición por no sabemos cuánto tiempo el que puede ser uno de los más poderosos puntos de comunicación entre planos que yo haya conocido. Esta noche debemos emplear todos nuestros recursos humanos y técnicos. Crisanta nos será tremendamente útil

para orientarnos en ese laberinto.

—Entonces, supongo que no hará falta que yo vaya —argumenta Diosdada.

Todos la miran. Sorprendidos.

Ella siempre está allí para respaldar al fundador de la Sociedad, para secundar cualquier propuesta, para ocuparse de todos los detalles. Lleva unos días removiendo cielo, tierra e infierno para averiguar el paradero de Chacón y de Rublos; y ahora que han regresado, nadie esperaba una reacción como esta.

—No sé por qué dices eso, Diosdada. Ya he dicho que debemos emplearnos al máximo. Todos tenemos una función perfectamente marcada en estas operaciones. —Pero en ningún momento le dice que sea indispensable.

Es posible que la mujer dude un momento antes de ponerse en pie y responder.

—Lo siento mucho, pero mi hermano me necesita en la tienda. —Recoge bolso y abrigo—. Ahora tengo que marcharme.

Los ojos, más ocultos que nunca tras las gafas; el paso, rápido.

El director ya tiene la cabeza en otro tema.

Cuando se detiene ante las habitaciones del padre Serrador y la monja que lo ha guiado lo deja solo, Alberto Chacón Carter repara en que, con los preparativos de la visita a la casa del Malmuerto, no ha descansado un momento a lo largo del día. Respira hondo y llama a la puerta. Sigue igual de excitado. Lo verdaderamente importante aún está por llegar.

—¡Hombre! —dice el cura, sin más comentario, cuando abre.

—¿Le molesto?

—No, qué va. Entre, no tengo nada que hacer por las tardes. —Se aparta—. En realidad, no tengo casi nada que hacer en todo el día. Siéntese.

Señala la única butaca de la habitación y él lo hace en la cama.

—Lamento no tener nada que ofrecerle. Mi madre quería que yo fuera cura de pueblo. Si le hubiera hecho caso, ahora tendría un cargamento de licores caseros que me habrían regalado mis feligreses. Pero, ya ve, ni tengo feligreses ni nada para beber.

—No se preocupe. —Un gesto y media sonrisa—. Usted me perdonará, pero no sé cómo llamarlo. Ya le dije que no soy creyente

y se me hace difícil lo de «padre».

—Con Juan ya me vale, no hay problema.

—Bien, Juan, pues vengo a hacerle una invitación.

—Los curas siempre estamos dispuestos a que nos inviten.

—¿Querría acompañarnos esta noche a la famosa casa del Malmuerto? Me propongo llevar a cabo una exploración intensiva antes de que nos veamos obligados a esconder allí al exgobernador.

—¿Una sesión?

—Si vamos a trabajar juntos una temporada, a convivir incluso, en un lugar como ese, cuanto antes se convenza usted de que hay otras formas de vida, con sus propias líneas para manifestarse, mejor.

Que una mujer entre sola en el garaje de la avenida Miraflores es, en aquella nueva vieja Sevilla, una extravagancia que predice lo peor de quien la protagoniza.

Está oscureciendo, el último cielo a la vista anuncia lluvia, la gente empieza a desaparecer de las calles y Crisanta ha esperado a última hora para buscar a aquel novio de la niñez, el único contacto fiable que conserva (por remoto que sea) con la resistencia antifascista.

Atraviesa el breve túnel de la entrada y vuelve a aparecer en un patio al aire libre que se bifurca en varias calles formadas por aparcamientos de ladrillo visto cerrados por persianas metálicas; en el centro, el surtidor de gasolina, el primero que se inauguró en la ciudad, como reza el mosaico del portal.

El dependiente, sentado en un escalón a pie del depósito, baja lentamente el libro que sostenía mientras las pisadas de la mujer resuenan en los adoquines al acercarse.

—Buenas tardes, vengo buscando a Nurio —lo saluda.

—No sé de quién me habla.

—Soy una antigua amiga suya. —Intenta vencer su desconfianza—. Su madre me ha dicho que trabaja aquí.

—Pues se habrá equivocado.

—Claro, se habrá confundido con alguna de las otras quinientas mil gasolineras que hay en Sevilla.

—Yo qué sé. —Le cuesta mantenerle la mirada.

Ella replica quedándose allí, firme, en silencio; una vieja técnica

aprendida de Chacón Carter.

A esta distancia puede leer la cubierta del libro, *Estampas de aldea*, de Pablo de Andrés Cobos, un sencillo libro de relatos escrito por un maestro segoviano muy usado en las escuelas para describir la vida en los pueblos a principios de siglo.

El hombre oculta el ejemplar en el bolsillo del impermeable.

Aquel título, como tantos otros, lo había prohibido el Gobierno militar, y poseerlo podía costarte desde una multa hasta un «paseo» a medianoche. Queipo de Llano emitió un bando, el veinticinco, condenando a los infractores. Y los falangistas habían recorrido las librerías y las bibliotecas públicas o privadas de Sevilla requisando y destruyendo cualquier obra sospechosa de constituir un «disolvente» de los valores patrióticos.

—¿Crisanta?

De la esquina más oscura aparece Nurio, que le hace señas para que se acerque, al mismo tiempo que un automóvil entra por el pasaje de la entrada y su compañero se levanta para atenderlo.

—Hola —lo saluda intentando no dirigir la vista al pelo canoso ni al color enfermizo de su piel.

—Ven.

La precede por uno de los callejones flanqueados por plazas de estacionamiento hasta llegar al final del recinto, donde han convertido el reducido espacio del último cubículo en una especie de almacén que también hace las veces de oficina. La invita a sentarse en una de las dos sillas que hay junto a una mesa repleta de facturas, rodeada de bidones viejos, tubos rotos y herramientas grasientas.

A estas alturas ya está convencida de que la esperaba. Su madre no está tan incomunicada con él como le aseguró.

—¿Te gusta mi casa? De noche tiro al suelo una colchoneta que guardo ahí detrás y tan a gusto.

—¿Esto es seguro?

—Los compañeros son de CNT. Ellos se ocupan del surtidor, del aire en las gomas y demás. Yo me quedo aquí al fondo, poco visible.

—Me contó tu madre que eres un personaje muy querido para el *fascio*.

—Yo también he procurado estar al tanto de tu vida.

Se miran.

—No nos vayamos a poner sentimentales.

Se callan.

—Supe que terminaste los estudios y que dabas clases en el conservatorio, que te habías convertido en una mujer respetable. —Nurio es incapaz de callar por mucho tiempo—. Y después…

—Y después todo lo contrario.

—¿Sigues dedicándote al estraperlo?

—Me busco la vida —contesta algo mosqueada—. Algunos de tus compañeros son buenos clientes. A alguien tendréis que venderle lo que saqueáis en las iglesias.

—El movimiento libertario condena sin reservas esa clase de conductas —repone encendido—. Si hay ladrones que tratan de lucrarse con lo que por ser del pueblo no puede ser de nadie, la organización es la primera interesada en purificarse de esos elementos contrarrevolucionarios. Si me dices nombres, yo mismo me encargaré de que se haga justicia con ellos.

—No he venido para eso, Nurio. Ni tampoco para discutir contigo.

—Entonces ¿para qué? —Cuando ya es tarde, se arrepiente de las ramificaciones de la pregunta.

—Para pedirte ayuda. —Le cuesta; aquel hombre ya es un extraño para ella—. ¿Te has enterado de la bomba que ha estallado en la puerta de la comisaría del Gran Poder?

—Claro.

—Necesito saber su procedencia.

—Te puedo decir desde ya que el movimiento anarcosindicalista no ha tenido nada que ver con eso.

—¿Podrías averiguar quién ha sido?

—¿En qué estás metida, Crisanta?

—Es importante para mí.

Más silencio.

Más noche inútil.

—No me lo dirías aunque lo supieras, ¿verdad?

—No.

—Pues no te molesto más. —Se pone en pie y él hace lo mismo—. Cuídate mucho.

—Estoy deseando irme al frente, a combatir de verdad, hombro con hombro con los compañeros. Pero supongo que por ahora soy

más necesario en la retaguardia.

—Nurio… —Es su despedida.

—Me he alegrado de haberte visto, de ver en lo que nos hemos convertido.

—En dos pelagatos.

—Ya.

La madrugada empieza a achubascarse.

Ante el portón, esta vez con llaves y sin ocultamientos, Chacón Carter cubre con su paraguas al padre Serrador y el brigada Espinosa hace lo propio con Rublos. Les pesa el utillaje, que no pueden dejar en el suelo. Esperan.

La casa del Malmuerto no tiene prisa.

Muy pronto agotan los temas de conversación, están inquietos, no existe un protocolo social establecido para abordar un caserón maldito.

Cuando va a cumplirse la media hora de retraso y se están planteando la posibilidad de entrar sin ella, aparece Crisanta.

Sin paraguas, la frente alta enmarcada por el cabello chorreando, un zurrón de cuero que mantiene lejos del cuerpo.

—Me alegro mucho de que hayas podido acompañarnos —dice Chacón, diplomático.

La mujer asiente sin mirar y se abraza brevemente a Rublos, que se ha adelantado a recibirla.

—Caballeros, permítanme presentarles a Crisanta… —comienza el director.

—¿Entramos? —lo corta ella.

Pues entran.

Serrador y el brigada Espinosa demoran el paso, impresionados con las enormes dimensiones de la casa palacio, imposibles de adivinar desde el exterior. El interminable patio, las galerías porticadas, las caballerizas o la destartalada arquitectura de la vivienda, marcados por una asfixiante decadencia que va más allá del desportillado, del matojo, de la flor muerta, la loseta mellada y la maceta rota.

Y algo más.

Los cinco caminan por las crujías, en paralelo a la cólera de la lluvia en el jardín, guiados por la linterna de Chacón Carter.

No solo se enfrentan a la oscuridad.

Es esa sensación de que alguien nos mira, que no es que nos siga, sino que su misión es acompañarnos; a lo peor es alguno de los seres grises que viajan en nuestro mismo vagón, el ruido de pisadas al doblar la esquina, la inextricable amenaza que percibimos en los mingitorios subterráneos de las tabernas.

Cuando llegan a los lavaderos, el director de la Sociedad Mediúmnica se vuelve para explicarse por fin.

—Ya os he contado a todos cómo desapareció Fox. —A él mismo le parece absurdo cuando lo pone en palabras—. La idea es comenzar por el lugar donde ocurrió. Y a partir de ahí, Crisanta intentará conducirnos hasta el centro telúrico de las fuerzas que actúan en esta casa. Si es que hay tal cosa.

—¿Y una vez que encontremos ese centro? —pregunta tímidamente Espinosa—. Necesitamos un sensitivo para contactar, y sin Diosdada…

—No nos precipitemos —interviene el director, atento al camino—. No olvides que traemos las cámaras y el magnetófono. Por ahora, dejemos actuar a Crisanta.

—Ya la veréis —dice Rublos, con una risa—. En vuestra vida os habéis encontrado con nada igual.

—Es aquí.

El cuartucho donde desapareció Fox sigue exactamente igual que cuando los detuvieron, aunque el magnetófono que llevaron la última vez ha desaparecido, desde luego: los guardias civiles no han desperdiciado la oportunidad de sacarse unas perras con un dispositivo tan costoso. Por suerte, contaban con un segundo magnetófono de alambre en la sede, que ahora dejan en un rincón junto a la cámara fotográfica Leica III y la aparatosa cámara ectoplásmica inventada por el doctor Ross.

—El refregador, la mesa y la palangana ¿siempre han estado en la misma posición? —pregunta el brigada, comenzando a usar su cinta métrica.

—Exactamente en esa posición, Miguel —responde el director, satisfecho de que haya llegado a la misma conclusión que él—. Hace pensar en que se ha producido una brecha, ¿verdad?

—Digamos que es compatible.

El padre Serrador se ha quedado bajo el quicio de la puerta, no

quiere contaminar el lugar con el humo del cigarrillo que acaba de encender, pero los mira como si estuvieran ejecutando un desmañado número circense.

—¿Me deja liar uno? —pregunta Crisanta, que tampoco parece soportar la cháchara de los otros.

—Claro. —Juan le pasa petaca, librillo y mechero.

—No pensé que fuera usted esta clase de cura.

—Me están lavando la sotana, dicen que para Navidad ya estará lista.

—¿Y el crucifijo?

—Creo que llevo uno en algún bolsillo.

Asiente, sonríe y le devuelve los avíos de fumar antes de seguir hablando.

—¿Se aburre? —pregunta señalando a los miembros de la Sociedad.

—Esperaba más espectáculo.

—Crisanta, ya hemos terminado de dimensionar la habitación. Cuando quieras… —la requiere Chacón.

—Atento a lo que viene. —La mujer le guiña un ojo al sacerdote, arroja lejos el cigarro encendido y comienza su intervención.

Se acerca al rincón donde lo había dejado y extrae del zurrón un frasco de cristal sellado con una tapadera de goma. Contiene una materia amarronada y sanguinolenta que enseguida identifican todos como una tajada de carne podrida.

Se sitúa en el centro de la sala, deposita el recipiente en el suelo y con algún esfuerzo retira la tapa.

Un intenso olor a putrefacción invade la habitación.

Crisanta, casi encima, prestidigitadora, hace aparecer su péndulo y este comienza a oscilar inmediatamente, violento.

El olor desaparece y el hilo con el hueso en el extremo sube hasta la horizontalidad apuntando hacia la puerta.

Crisanta sale. La siguen todos.

El olor a podredumbre los espera fuera.

El péndulo oscila, pero más delicadamente que en el interior.

El hedor desaparece.

Pero ella sabe dónde buscarlo.

Camina segura, casi parece que estuviera oyendo el péndulo. La siguen los cuatro. Vuelven a salir al patio, deben abandonar la

protección de los soportales y atajar bajo la lluvia por una esquina del jardín que los lleva directamente a la puerta principal de la casa. Frente a ella se detiene, no necesita pedirle a Chacón que les abra, pero este tarda unos segundos en encontrar la llave correcta.

Dentro, Crisanta, el paso cadencioso pero firme, sobrepasa un amplio vestíbulo decorado por retratos de mujeres, cruza un enorme salón con más retratos, deja atrás la escalera y se interna en lo más profundo de la casa.

Al pasar por el salón, Serrador ha encontrado un candil de aceite que enciende sin detenerse.

La capa de polvo y suciedad que cubre paredes, suelos y mobiliario habla de un desorden controlado, ocasionado más por la ausencia y el tiempo que por la desidia del propietario.

Todos guardan silencio. Detrás de la mujer, recorren pasillos, entran y salen de habitaciones de distintos tamaños. A veces debe asomarse, probar con el péndulo, pero es cuestión de alcance, nunca duda.

En todas las paredes encuentran aquellos retratos, bustos femeninos, rostros distintos con una tristeza común, sin firma, obras del mismo autor.

Rublos ha encontrado un candelabro con las velas terciadas y la iluminación es ya bastante aceptable. Al margen de los cuadros, no encuentran ni un solo objeto personal a su paso, ni un adorno, nada, pero no es momento de detenerse a sacar conclusiones.

El siguiente corredor los lleva hasta una puerta cerrada, deben de estar al final de la finca. Ninguna de las llaves que les dieron abre aquella cerradura.

—Es aquí —susurra Crisanta.

El director lo autoriza con un gesto y Rublos saca un largo destornillador de la bolsa de herramientas que lleva colgada al hombro. Basta con hacer una ligera palanca para forzarla.

La pestilencia a carne descompuesta aguarda.

Una habitación que debe de ocupar gran parte del ala trasera de la propiedad, pero mínimamente amueblada, solo una mesa redonda sobre una alfombrilla gastada, cuatro sillas alrededor y un antiguo buró con tapa corrediza en un rincón. Nada más.

El único lugar de la casa sin ningún retrato de mujer.

Poco a poco el mal olor se va desvaneciendo.

—Está vacío —informa Espinosa tras revisar el escritorio.

—No, no es aquí exactamente —se contradice la dueña del péndulo, que se mantiene vertical pero tenso, vibrante.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Chacón Carter.

—Es aquí y no es aquí.

—…

Recorre la estancia con la mirada, pero no hay más puertas ni ventanas. Las paredes desnudas. El techo. El suelo.

El suelo.

—Ayudadme a quitar la mesa. —Ella ya está retirando las sillas.

Debajo de la alfombra hay una trampilla. No se han tomado muchas molestias en ocultarla, como si quisieran tenerla siempre practicable para bajar en cualquier momento.

Una escalera de madera sujeta a los bordes.

Chacón Carter enciende la linterna y, abriéndose paso entre todos, desciende los peldaños. Lo sigue el padre Serrador, que no esperaba que la curiosidad terminara retorciéndole el brazo, con el candil.

Después, el resto.

Enmudecidos por la sensación de vértigo que les produce estar en el mismo sitio unos metros por debajo.

El dueño de la casa había reproducido en el sótano la habitación del piso superior. Con toda exactitud. La misma mesa sobre una alfombrilla, las mismas cuatro sillas, el mismo secreter. Idéntico color de pintura en techo y paredes, ni siquiera el enlosado se podía diferenciar.

Siguen sin encontrar evidencias de la persona o personas que usaban aquella réplica de la otra sala; por un momento piensan que es un decorado cuya única función es hacerles perder la razón.

Pero esta vez el brigada se vuelve victorioso con un libro de notas que ha encontrado en el interior de la escribanía. Las cubiertas, negras, por supuesto; como es lluviosa aquella noche y serán horribles los aullidos que esperan oír en cualquier momento.

—Es un memorándum. —Espinosa comparte el cuaderno con Chacón, que casi se le ha echado encima para leer sobre su hombro—. Un recuento de experiencias.

Crisanta se ha sentado en una de las sillas y no aparta los ojos del hueso que pende del hilo de seda. Niega levemente con la

cabeza, quizás sea un temblor. Empalidece. Ausente.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el padre Serrador.

—¿Cri? —Rublos se arrodilla a su lado.

—Tampoco es aquí.

—¿Cómo?

—¡Dios!

Todos se vuelven hacia el director de la Sociedad Mediúmnica, que termina arrancando el libro de notas de manos del militar.

Ninguno de ellos le había oído nunca aquella invocación.

Pasa unas cuantas hojas más que lee en diagonal y termina arrojándolo encima de la mesa.

—Era un turbador —afirma, buscado la aquiescencia de Espinosa—. El propietario de la casa era un maldito turbador.

—¿Los turbadores no son una leyenda? —dice Rublos.

—Nada de eso —contesta el brigada.

—¿Puede explicarme alguien de qué están hablando? —pregunta Serrador.

—Un turbador —explica Alberto Chacón Carter— es un médium capaz de utilizar cualquier método, cualquiera, hasta los más atroces, para forzar la comunicación con los espíritus. Son la peor clase de sensitivos, la peor clase de persona.

—Sigo sin entenderlo —dice el sacerdote—. ¿A qué clase de métodos se refiere?

—El más habitual es someter a alguna clase de privación o tortura a los seres queridos de los difuntos, preferiblemente cuando el fallecimiento todavía es reciente, con la intención de hacerlos manifestarse.

—He leído algo sobre ellos, pero no creí que existieran en la vida real —repone Rublos.

—A lo largo de mi vida, he conocido a dos grupos de turbadores, uno en Francia y otro en Portugal —añade Chacón.

—Un compañero me contó su experiencia con un turbador que residía en Rabat —dice Espinosa—. Terminaron pasándolo por las armas.

—Tampoco es aquí —susurra Crisanta.

Todos callan. La rodean.

—Crisanta… —dice el director, severo.

Ella lo mira, mira el péndulo, que aún sostiene, y derriba la silla

que tiene enfrente de una patada.

Cuando se pone en pie, todos saben lo que deben hacer.

Retiran la mesa, el resto de las sillas y, debajo de la estera, otra trampilla. Una nueva escalera.

Bajan.

El mismo decorado: las sillas, la mesa y el buró. La locura multiplicada por tres. Falta la alfombra; en su lugar hay un gran charco de sangre.

El mismo decorado, aunque ilimitadamente peor.

Los cinco se mantienen de manera prudencial lejos de la mesa.

Sobre ella, el cadáver de un niño de unos diez o doce años, desnudo, bocabajo. En la espalda le han grabado un alfabeto completo y las palabras SÍ Y NO.

Allí se quedan.

El olor a carne podrida se extingue, como si su única función hubiera consistido en guiarlos hasta allí, y lo sustituye un empalagoso aroma a hierbabuena que no puede estar penetrando por ningún sitio.

No es fácil romper el bloqueo. Comportarse como gente de ciencia frente a las heridas abiertas en la piel del crío.

El padre Juan Serrador parece recordar un antiguo atavismo y pronuncia entre dientes una plegaria, que paradójicamente sirve para devolverlos a la realidad.

Espinosa, tan apocado en el trato cotidiano, sigue sorprendiéndoles con una desconocida presencia de ánimo.

—Hará varios meses que lo han asesinado. —Se aproxima—. Ninguna de estas heridas le ha costado la vida, habrá que darle la vuelta.

Habrá que hacerlo, pero ninguno llega a tocarlo.

—¿De qué hijo de puta es esta casa? —suelta Crisanta; el péndulo ha desaparecido de sus manos.

—El jesuita no se aclaró —dice Rublos, desde las sombras a las que se ha retirado—. Lo único que nos dijo es que pertenece a los herederos de un tal Librado Cartagena y Pavón.

—Pero de una forma u otra vamos a averiguarlo —afirma Chacón Carter.

—¿Me ayuda? —El brigada se dirige al sacerdote, imaginando que es el más bregado con la muerte—. Quiero moverlo lo menos

posible.

Entre los dos le dan la vuelta a medias para que todos puedan observar las salvajes contusiones, la punción a la altura del esternón y la nariz que no está, que le han cortado con un instrumento poco afilado, dejando una herida que todavía parece palpitar.

—Una «nariz egipcia» —dictamina Espinosa antes de volver a colocarlo suavemente en la posición original—. Le han hecho una nariz egipcia.

—¿Qué quieres decir con «nariz egipcia»? —pregunta Chacón Carter, confuso por la situación y por empezar a recorrer un terreno que desconoce.

—Es una práctica procedente de algunas de las bandas de matones de París, de las que actúan por la famosa Rue de Lappe. Se realiza con un trozo de vidrio roto con tal de que la operación dure todo lo posible, para prolongar el sufrimiento de la víctima. —El rostro contraído, pero la voz segura—. Originalmente se usaba para vengarse de bandas rivales. Pero la güija grabada en la espalda deja muy claro que estamos ante un turbador.

—Nunca había oído hablar de esa nariz egipcia —dice Chacón.

—Yo tampoco —secunda Espinosa, volviéndose hacia él—. Hasta hace dos semanas, cuando apareció un niño más o menos de la misma edad al que le habían hecho lo mismo.

Otro momento de silencio asombrado.

—Fue en la calle San Luis —prosigue—, pero apenas sé nada más, el caso no lo lleva mi juzgado; lo que me han comentado los compañeros. Habrá que ver si tenía el alfabeto en la espalda.

—En este momento, lo que me preocupa es lo que nos dirán los guardias cuando sepan lo que hemos encontrado —dice Crisanta.

—No dirán nada —afirma Chacón.

—¿Usted cree? —pregunta el padre Serrador.

—No dirán nada. —Al director le corresponde dirigir—. Porque no vamos a denunciar esta barbaridad. Hacerlo, en el momento político en el que estamos y metidos en lo que estamos metidos, sería un suicidio.

—Lleva toda la razón —conviene el brigada.

—Pero no podemos dejar que ese maldito loco siga suelto —dice Crisanta.

—No podemos. Lo buscaremos nosotros. Nos ha tocado —afirma

Alberto Chacón Carter.

—¿Y el niño? —pregunta Espinosa—. No podemos dejarlo aquí.

—En el jardín hay sitio de sobra para que no lo encuentren nunca. —Se vuelve hacia el sacerdote—. Le daremos cristiana sepultura.

El cura no responde.

Hasta aquel segundo sótano no llega la noche, ni la lluvia, ni la guerra ni la mayoría de las leyes que rigen el mundo allá arriba.

La decisión está tomada.

—¿Alguien ha visto pasar a dos salamandras? —Una voz procedente de la oscuridad, en la que les cuesta reconocer a Rublos.

2.ª PARTE
Tinta invisible de los muertos

27 de octubre de 1936

Ni el ruido de las primeras claridades del día, ni el ruido de los pájaros disecados que adornan las paredes del hotel, ni el ruido de las flores de plástico en el ojo de patio consiguen silenciar las voces que Chacón Carter se ha traído del breve sueño de esta noche.

Sigue deambulando por los pasillos desiertos, muy pendiente de las puertas de las habitaciones: al primer signo de que los huéspedes están despertando, regresará a sus dependencias; no quiere ver a nadie.

«Un tamborilero y un avión de madera».

Aquellas palabras seguían allí, el sueño no había terminado, la voz de niño reclamaba tristemente sus juguetes en la oscuridad. «Un tamborilero y un avión de madera». Muy claro y muy oscuro. Después del atroz descubrimiento de hace solo unas horas en la casa del Malmuerto, todo cobra un especial significado. Un niño torturado y muerto, otro que se cuela en sus sueños.

Conoce los laberínticos corredores del hotel desde siempre, fueron su primer lugar de juegos de niño solitario; nació allí, y, por mucho que intentó alejarse, allí estaba de nuevo.

Pero ahora, en los últimos días, todo había cambiado, no solo para él; empezaba a ser consciente de que el cadáver de aquel chiquillo supondría un vuelco en su vida y en la del padre Serrador, la de Rublos, la del brigada Espinosa, la de Crisanta. Con la ocultación del crimen a las autoridades habían contraído la responsabilidad de averiguar quiénes eran los carniceros que estaban detrás de todo aquello.

El batín comienza a no ser suficiente para mantener a raya el frío del amanecer; en la planta baja, las primeras aguas de los grifos golpean los cubos de las limpiadoras, hay indicios de resurrección tras algunas puertas, es el momento de regresar a su dormitorio.

El capitán Manuel Díaz Mayordomo, delegado militar gubernativo para Andalucía y Extremadura, el verdugo de Queipo de Llano, despierta cuando aún no ha entrado el sol en la habitación del burdel de la plaza de la Mata, donde ha pasado la noche.

No sabe el nombre de la mujer que duerme bocabajo a su lado, no recuerda su cara ni dónde la conoció. No recuerda haberle dirigido la palabra y es casi seguro que no llegó a follar con ella antes de quedarse dormido.

Cada vez sufre con más frecuencia esta clase de episodios.

Hace unos pocos días lo llamó por teléfono el mismísimo general Mola, que pidió hablar con él personalmente para mostrarle su más serio interés en que un conocido suyo fuera eliminado de la lista de condenados a muerte de ese día. El capitán le prometió que era cosa hecha, pero esa tarde, entre las prisas por terminar la sesión de firmas y el aguardiente que llevaba trasegado desde el desayuno, tramitó como una más la sentencia del amigo de Mola y aquel fue fusilado esa misma madrugada. La metedura no le costó el puesto de milagro y por las agarraderas que aún tenía de Despeñaperros para abajo.

Pero aquello no podía seguir así.

La vida le había llevado un recordatorio en forma de explosión a la puerta de su propia comisaría, un atentado que por poco se lo lleva por delante y que estaba seguro de que no procedía de la poca resistencia roja que quedaba en la ciudad; a esos los controlaba perfectamente.

No, aquella intentona procedía de los suyos, y por eso era incomparablemente más peligrosa.

Tenía que espabilar si quería salir de todo aquello, pero el sueño comienza a vencerlo.

La mujer que tiene al lado se vuelve hacia la ventana y el capitán Mayordomo, en su breve adormecimiento, la quiere imaginar Crisanta, que nunca le ha dirigido una sola palabra ni mirada en la que no demuestre el absoluto desprecio que le merece.

Crisanta.

Varela Rendueles, el destituido gobernador de Sevilla, pasa otra página de su único libro, clava la mirada en ningún sitio, aguanta ahí el momento.

Ha salvado la noche con el libro en la mano como el madero de un náufrago y aprovecha los primeros rayos para reemprender la lectura.

El tiempo detenido en el pabellón del hospital de la Caridad, los mimos de las monjas y las visitas de su esposa, que le trae de casa pucheros tapados con servilletas y forzadas sonrisas de ánimo, son algo. Hay veces que son mucho. Pero casi nunca son suficiente para borrar la sensación de cuenta atrás hacia su sentencia de muerte que respira en aquella sala compartida con otros convictos enfermos tan desesperados como él.

Vuelve al libro, aquella ilusoria biografía de Miguel de Mañara, hermano mayor de la Hermandad de la Santa Caridad desde 1663, que le ha levantado más de una sonrisa.

Según el biógrafo, regresaba Mañara de una de sus calaveradas nocturnas, mucho antes de orientarse al camino de la piedad, cuando se tropezó con un cortejo fúnebre arropado por las sombras que llamó su curiosidad de borracho; saludó, seguramente se persignó, solicitó permiso y se acercó al muerto por ver si lo conocía. Y, efectivamente, lo conocía hasta el punto de comprobar que no era sino a él mismo a quien llevaban de cuerpo presente.

Asiente el gobernador con gesto torcido, no le resulta extraña la historia; el día menos pensado pasará en la trasera del camión frente a una cuneta y se verá a sí mismo acribillado, quizás tranquilo.

No hay amaneceres ni despertares más atormentados que otros para el padre Serrador, al que ni se le ha pasado por la cabeza intentar dormir en su habitación del hospital.

Merodea por las cercanías del corral de vecinos donde vive Leandra, se deja llevar por la estúpida figuración de que vela su sueño, se disuelve en las sombras, se repite, por entretenerse, unas palabras de Miguel de Mañara: «Los más de mis malogrados días ofendí a Dios, serví a Babilonia y al demonio, su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios cuyos pecados y maldades no tienen número». Cuantos se relacionan con la Hermandad de la Santa Caridad tienen una extraña influencia de Mañara, pero esta imputación parece escrita a su medida.

En la casa del Malmuerto ha sentido más cerca que nunca ese aliento del otro lodo. Todas las prohibiciones, advertencias y garantías recibidas desde el seminario han resultado inservibles frente a la irrupción de tales fenómenos. La mano de Dios más lejana que nunca.

Dobla una esquina y el sobresalto casi lo deja en el sitio; no es más que un colillero encogido sobre el pincho, que aprovecha las últimas horas de la noche para llenar su saquito con puntas de cigarrillos antes de que el pisoteo de los primeros transeúntes las despachurren por la acera.

Nada más opuesto a una figura de ultratumba.

Intenta reírse.

Cuando Diosdada oye el estruendo de la lluvia de cristales, levanta la cabeza de la almohada con la esperanza de que se haya producido la grieta en esa otra «realidad» que lleva tanto tiempo esperando.

Que Anselmo, su marido, haya desertado del país de los muertos.

Enseguida se convence de que esta vez tampoco se ha abierto entrada alguna.

Los meses que lleva trabajando en la Sociedad Mediúmnica, el acceso a tanta bibliografía desconocida, el estricto sistema de trabajo de Alberto Chacón Carter, las nuevas técnicas de investigación, han establecido una diferencia en su relación con lo sobrenatural, al menos durante unas horas al día. Después se encerraba en esta habitación y volvía a controlarla el caos.

Otro estallido.

Alguien sigue rompiendo los vidrios, seguramente de los escaparates de la tienda. Ella tiene su cuartucho en el desván, la primera planta está constituida por la vivienda de su hermano, que para eso es el dueño de todo el inmueble en plena calle Tetuán, y los bajos están destinados a la papelería especializada en estilográficas que él regenta. Se echa una batilla sobre los hombros, recoge las gafas negras y se dispone a bajar.

A medida que desciende, crecen y se diversifican los ruidos, apagados un momento por gritos que reconoce de su hermano. En vez de detenerse, acelera el paso. No quiere perder la oportunidad

de ver sufrir a aquel hijo de mala madre compartida.

Al llegar a la tienda, se encuentra entre cuatro hombres de camisa azul y pistola en el cinto o en la mano.

Hay otra figura en el suelo, su hermano, los ojos abiertos y la sangre fresca, a todas luces muerto.

Los falangistas la reciben en silencio.

Tres de ellos, con total indiferencia (mientras siguen llenando los sacos con las plumas, las máquinas de escribir y los objetos más valiosos que encuentran en los expositores).

El cuarto, con un culatazo en la cabeza.

Los postigos de la ventana no se abren nunca; cada día, su habitación del hotel Arenal permanece en tinieblas hasta que alguien aporrea su puerta.

Rublos, los ojos muy abiertos, espera bocarriba a que lo requieran, los puños crispados sobre la colcha. No hay prisa, los colores de la pesadilla, los sonidos, las voces lo acompañan. Hoy, es una voz infantil, más nítida que otras veces. «Un tamborilero y un avión de madera». Ya fuera del sueño, las palabras se repiten. La pesadilla pide paso. Rublos sonríe.

Exactamente en el momento en el que gira sobre sí mismo, lo ve. No a través del rabillo del ojo, sino en el rabillo del ojo. La figurilla negruzca de un niño, su expresión de odio. Por mucho que se vuelve, que escudriña, que recorre el cuarto, no encuentra a nadie.

Se detiene a la espera de que desaparezcan las palpitaciones.

No, no hay nadie.

Aunque tampoco está solo.

28 de octubre de 1936

En el recibidor de la comisaría de la calle Jesús del Gran Poder, Crisanta modera su marcha, pero no se detiene, intenta no recrearse en los desperfectos de la explosión, entra; después de lo que le ha costado tomar la decisión, no va a volverse atrás. Lo último que habría querido hacer en su vida es cruzar otra vez aquella puerta o ver de nuevo al capitán Mayordomo, y, sin embargo, allí está.

En cuanto accede al interior, se le acerca el Soldadito, uno de los escoltas del capitán, que une su paso al suyo sin palabras, la cabeza gacha. Tiene la impresión de que todos la miran de forma distinta, que el atentado le ha conferido una pátina de respetabilidad que no podría haber logrado de ninguna otra forma. Cuando llegan al despacho de su jefe, él golpea suavemente la puerta, abre y se marcha.

Mayordomo, que está solo tras su escritorio sin papeles, asiente para que entre y revolotea la mano para que cierre.

Parece despejado, grave, sin su retranca habitual.

Crisanta recorre despacio los setecientos veinte kilómetros que la separan de su mesa.

—Pensé que no volvería a verte. —Así la recibe.

—Tenemos un asunto pendiente.

—Eso es verdad. —La mirada en las tetas.

—¿Sabes ya quién lo hizo? —No le hace falta precisar que se refiere a la bomba que casi les cuesta la vida ante la comisaría.

—Sé ya quién no lo hizo.

—Yo también he estado preguntando. —Allí de pie tiene la sensación de estar ensayando para cuando la interroguen en el tribunal—. No parece que haya sido nada político, al menos por parte de las izquierdas.

—Si es que eres muy lista tú. Te lo digo siempre. Cuando te conocí, pensé que eras una panimanteca. Pero no, eres lista de verdad.

—Pueden haber sido los del otro lado —dice, forzando su suerte.

—Los míos.

—O quizás vinieran a por Jairo.

—O quizás.

—¿Lo has encontrado? A Jairo.

—Todavía no. —Se pone en pie y recuerda tarde que es bastante más alta que él, así que rodea el escritorio y se sienta a pulso en el borde—. Pero lo voy a encontrar fijo.

—A lo mejor entre los dos tenemos más suerte.

—¿Quieres ingresar en la policía?

—A los dos nos conviene aclarar todo esto. Y acuérdate de que hay mucho dinero en juego.

—¿De verdad te crees que es eso lo que me tira? ¿Crees que alguien en mi posición no tiene otras mil formas de conseguir parné?

No quiere responder a eso.

Debe evitar que la conversación derive hacia lo personal.

Tiene que salir de allí lo antes posible.

—Me gustaría que me dijeras dónde vivía Francisco Jairo.

—Como te deberías imaginar, ha sido el primer sitio que hemos peinado.

—Ya, pero a lo mejor yo…

—Claro, porque tú eres mucho más lista que yo, ya te lo he dicho antes.

—…

—¡Qué hija de puta!

—…

—A lo mejor es verdad —dice mirando al suelo—. Seguramente eres más lista que yo.

—…

—Me tienes muy harto.

Crisanta retrocede un paso mientras busca una fórmula con la que cerrar el encuentro, convencida de que no va a lograr nada.

—El mamón ese vivía en la alcantarilla de las Madejas. —Sigue sin mirarla.

—Eso es una huerta de chabolas.

—La suya está, o estaba, porque mi gente la ha reventado, junto al terraplén. —Habla seguido, no quiere explicar, tampoco a sí

mismo, las razones por las que le está proporcionando la información—. Pero hay otra al lado, donde puedes alcahuetear. Pregunta por los Pagachi, que son medio familia suya.

Con un día fue suficiente para alarmarse por la ausencia de Diosdada.

A media mañana, Alberto Chacón Carter se presentó en la tienda de estilográficas de su hermano, una de las más prósperas de la calle Tetuán.

En lo que quedaba de ella.

Los escaparates hechos trizas, las puertas de par en par, el género saqueado de mala manera, el estampado de sangre en el suelo de muchas horas lo pusieron en lo peor, le dieron una noción del desastre y lo dejaron sin una sola idea sobre lo que podría haber ocurrido allí.

Sin que nadie se lo impidiera, subió a la segunda y a la tercera planta, residencia del propietario y de su hermana, según le había comentado ella, sin encontrar un solo vestigio de los responsables de todo aquello ni de por qué se había llegado a algo así. La ropa y los objetos personales seguían en su sitio; los cuerpos, no.

Algunos de los que pasaban cuando salió de la papelería se quedaron mirándolo, curiosos pero no acusadores, y rápidamente siguieron su camino.

El día estaba tonto, la brisilla anunciaba cualquier cosa, era media mañana y todos seguían a lo suyo.

Un cestero, sí; un prójimo canijo y áspero, vestido de trapajos pero con bigotillo de teniente coronel, se paró un momento para mirarlo atravesado y atar cabos con la tienda destrozada que lo enmarcaba; chascó la lengua para proclamar su desagrado por el desbarajuste reinante, se ajustó la pila de canastas que llevaba amarrada a la espalda y siguió su camino.

Era mejor quitarse de en medio.

De los establecimientos de alrededor, Chacón le echó el ojo a dos barberías, una espaciosa y moderna, llena hasta los topes de clientes que esperaban su turno; en la otra, su dueño fumaba mirando la calle a la espera del primero del día hasta que el director de la Sociedad Mediúmnica se plantó ante él.

—¿Puede afeitarme?

—Encantado de la vida.

Un local pequeño y cuidado, con estanterías llenas de productos cosméticos de importación y varios claros en las paredes de donde habían retirado cuadros recientemente.

Chacón Carter dejó el sombrero en la percha, tomó posesión de uno de los sillones y se dejó hacer.

—La navaja ya se la ha pasado usted está mañana —aprecia el dueño del negocio, el ojo experto.

—Tengo una cita de negocios. Nunca se va lo bastante apurado.

—Eso es verdad.

Le deja caer la toalla caliente sobre el rostro. El silencio incómodo hasta que se la retira parece acercarlos.

—Vengo con el cuerpo malo. —A Chacón no se le da muy bien adaptarse al lenguaje de la gente de la calle, pero hace lo que puede—. Me he pasado por la papelería de ahí enfrente para comprar un tintero y fíjese el panorama que me he encontrado.

—Ese es el plan que tenemos —dice sin ocultar su indignación.

—Hace años que compro ahí las estilográficas y los plumines y había hecho alguna amistad con el dueño. ¿Sabe usted qué le ha pasado?

—Muerto.

—¡Vaya!

—Un hombre en la flor de la vida.

—Y tanto. ¿Un atraco?

El barbero enjabona, duda un punto y sigue hablando.

—Se la tenían jurada.

—¿Se sabe quién?

—Claro que se sabe, todo el mundo los vio. —Sigue con la brocha, aunque ya no haga falta—. Hace tiempo que querían darle café.

—…

—C-A-F-E. «Camarada, arriba Falange Española» —aclara innecesariamente el acrónimo usado por la formación política para cumplir sus sentencias.

—¿Por sus ideas?

—Amigo, en esta Sevilla, desde hace tiempo, las ideas son muchas veces lo de menos. Muchos se creían que por estar más sujetos iban a estar más seguros. —Vuelve a chascar la lengua

mientras afila la navaja—. Los ajustes de cuentas se hacen con miras económicas. La papelería era mucha competencia para otras de esta parte y alguien de la escuadra o de la jefatura provincial o de yo qué sé de Falange querría quitarla de en medio.

Ni siquiera ha bajado la voz; Chacón entiende que ha encontrado la fuente de información que necesitaba y también las razones de por qué el establecimiento permanece vacío.

—Creo que el dueño tenía una hermana viuda que vivía con él. ¿Sabe usted algo de ella?

—Ni idea. Cuando fuimos llegando los de la calle, nos encontramos la tienda tal y como está. A los muertos se los llevarían los guardias. Digo yo.

—…

—El estropicio sigue y seguirá ahí, para dar ejemplo de los que ahora mandan. Ninguno nos atrevemos a tocar nada. Seguirá ahí hasta la siega del tocino.

Terminado su relato (ninguno de los dos se atreve a denominarlo «confesión»), Juan Serrador procura evitar la mirada casi ciega del padre Eloíso Fernández Casariche, a la espera de que se pronuncie, si es que se pronuncia.

La enorme biblioteca que le sirve de despacho parece más bien una librería de segunda mano, llena de volúmenes, legajos y manuscritos incrustados en las estanterías o amontonados en el suelo, todos tan viejos como su propietario.

Pero la mirada de Serrador se centra en una gran caja fuerte situada bajo la única ventana.

—¿Sigue usted cambiándole la combinación cada día?

—Lo último que hago antes de acostarme. —La revelación nunca pasaría de ahí.

En un alarde de confianza, cuando Fernández Casariche era su profesor en el noviciado, lo citó en este mismo despacho para invitarlo a merendar y mostrarle algunas curiosidades, entre ellas la caja fuerte que se abría por una combinación alfanumérica para la que su propietario elegía cada veinticuatro horas una abreviatura distinta de los versículos bíblicos.

A ninguno de los dos se les ocultaba que el verdadero fin de aquella merienda fue intentar persuadir al joven Juan para que

dedicara sus próximos años a alguna de las especialidades para las que demostraba una singular agudeza en la universidad, pero su ímpetu, el desorden químico de sus pocos años y la tradición familiar pudieron más que el amor al estudio y terminó de capellán en la Legión, y de allí, en el extravío.

—¿Vienes a pedirme consejo de orden práctico o espiritual?

—Ni una cosa ni la otra, que yo sepa —contesta Serrador—. Pero por algo habré venido. A lo mejor solo a verlo.

—Pues menos mal que lo has hecho, porque si descuidas un poco más la visita, ya no me encuentras.

—No diga eso, tiene usted exactamente el mismo aspecto que cuando me amonestaba por saltarme sus clases.

—Ya, ya.

Eloíso Fernández Casariche siempre, hasta donde los mayores alcanzaban a recordar, había sido un viejo erudito y misterioso que, antes de tomar plaza en Sevilla como profesor de Teología, había pasado la mayor parte de su vida en el Vaticano ejerciendo unas funciones que nunca se hicieron públicas ni por las que nadie se atrevió a preguntarle; entre el alumnado se rumoreaba que había sido consejero privado de varios pontífices en materias reservadas, pero tal extremo nunca se confirmó.

—Hayas venido a lo que hayas venido, me has contado lo que me has contado, y por lo tanto me pones en el brete de decirte lo que te voy a decir.

—Pues menos mal. —El padre Serrador se relaja en el sillón—. Porque ya me veía saliendo de aquí sin escuchar lo que he venido a escuchar.

—Lo que no quiere decir que te sirva de nada, porque tú ya sabes perfectamente lo que te voy a contar. —Juega un poco con la taza de manzanilla que le ha servido el ama que lo atiende, pero no llega a probarla; su invitado hace tiempo que terminó con el café—. Nada del otro jueves, querido Juan. Las advertencias que te imaginas y los cultismos que se esperan de mí. Poca ayuda.

—…

—Eso sí, quiero que sepas que no te hablo solo de lecturas y de oídas. Un condiscípulo mío, Antonio, hace ya centurias de esto, se metió en el mismo cenagal que tú. Los espíritus de los muertos le abrieron sus puertas y él se entregó tan aplicadamente a sus

disquisiciones que concluyó por apartar o controvertir todas sus creencias.

—¿Y qué fue de él?

—Que se murió, joven y amargado, víctima de un paroxismo maniaco.

—Espero no llegar a eso.

—No te pareces en nada a él. —No deja traslucir si para mejor o para peor—. Pero debemos tener cuidado con ir contra naturaleza.

—¿Quiénes «debemos tener cuidado»?

—Los ignacianos, por supuesto. Fíjate que el mismo Eliphas Lévi, después de citar a Proudhon cuando este afirma que Dios es el mal y la propiedad es el robo, dice que quizás la Compañía de Jesús esté fundada en errores contrarios, pero aun así pervive desde hace siglos y seguirá oponiéndose durante mucho tiempo a los partidarios de la anarquía. Si cualquiera de nosotros deja de cumplir esa misión, será él mismo quien busque su castigo.

—¿Quiere decir que, para usted, es lo mismo anarquía que espiritismo?

—Para mí y para cualquiera con dos dedos de frente. Siguiendo con Lévi, que dedicó su vida a estudiar la alta magia, nos recuerda muy claramente que cuando Jesús curaba a los posesos acababa con los prodigios que producían, o que cuando los apóstoles calmaban la exaltación de las pitonisas interrumpían sus adivinaciones.

De pronto, Eloíso Fernández Casariche parece cansarse de su propia voz, como si con llegar hasta aquí hubiera cumplido con su obligación.

Ejecuta un gesto indescifrable con la mano.

Vuelve a jugar con la taza.

Nada.

—Entonces, ¿qué me aconseja? —pregunta Serrador.

—…

—¿Padre?

—Que hagas lo que te salga de los cojones.

Va a ser un visto y no visto.

El capitán Mayordomo salta del coche oficial en la puerta del Aero Club, indica a sus guardaespaldas que lo esperen allí y se pierde tras la puerta del círculo más exclusivo de la ciudad:

maderas nobles, ujieres, viscosas alfombras, lámparas de vidrio labrado, cuadros oscurecidos por el tiempo y la placa de la inauguración por Alfonso XIII tienen para el jefe de policía el mismo valor que la decoración de cualquiera de las pocilgas de putas que frecuenta.

Enseguida llega al saloncito que busca, un apartado de sillones orejeros con una pequeña barra forrada de cuero al fondo.

Uno de los ancianos levanta la vista del

ABC

y lo saluda, untuoso.

—¡Hombre, Manuel!

—Ven —dice señalando la barra.

El coronel se levanta con trabajo y sigue a Díaz Mayordomo; maldita la gracia que le hace que un patán inferior en rango, en años y en clase le hable de tú, pero tienen cuentas pendientes y es lo que hay.

—No queremos nada —le dice el capitán al camarero para mantenerlo lejos, y se vuelve al socio—. ¿Has mirado eso? Tengo prisa.

—¿Has pensado en lo que te dije de hacerte socio? Aquí tienes mano, no tienes más que decírmelo. No hay mejor sitio en Sevilla para ver las cofradías. Pero si estamos casi dentro de la catedral…

—Ya te he dicho que tengo prisa.

—Y si no quieres formalizar lo de socio, da igual; siendo quien eres podemos…

—Me cago en mi puta madre.

—Vale, vale. —La sonrisa resquebrajada—. No puedo estar seguro de que es el que buscas, pero sé quién ha estado haciendo preguntas sobre ti. ¿Conoces al comandante Juan María Baltierra? Lleva una partida en Utrera que…

—Sé quién es.

Las «escuadras negras».

Completamente solo, sin prisas. Chacón ha podido recorrer por fin a sus anchas el caserón del Malmuerto. Los sótanos quedan para otra ocasión; en esta se trataba de extraer algo de la identidad de la persona o personas que vivieron bajo aquellos techos, la vida doméstica del monstruo.

Pero, por más que ha hurgado y husmeado, no ha encontrado enseres de ninguna clase, nada íntimo, ningún olvido; solo los muebles y, por supuesto, los cuadros, casi una veintena de retratos de mujeres sin firma ni referencia alguna, lienzos de treinta por cuarenta debidos a la misma mano.

Ninguno le había dicho nada hasta encontrarse frente a frente, en una salita de la primera planta, con el bellísimo rostro de Gabrielle Ray. No podía ser otra. Debía de correr 1915 o 1916 cuando la vio interpretar el papel de Estelle del musical *Betty*, en el Gaiety Theatre de Londres.

Bajo aquella luz, volvió a examinar cada cuadro. No era ningún experto en artes escénicas, pero terminó encontrando a Sarah Bernhardt y también a Gabrielle Réjane. Era más que razonable concluir que todas aquellas mujeres eran estrellas de la interpretación.

De nuevo junto al retrato de Gabrielle Ray, se ha sentado en la mesa de la sala a la espera de que la actriz, que según tiene entendido ha sido recluida recientemente en una institución mental, le haga alguna confidencia.

Si algo podía ir sacando en claro de todo aquello, era ese aspecto del perfil del dueño de la casa, al parecer un gran aficionado a las damas del teatro. Al teatro en general, si tiene en cuenta el escenario del jardín.

La mesa cojea, debe tener cuidado, sería absurdo romperse un hueso de aquella manera en una casa encantada.

Don Librado Cartagena y Pavón.

Esta tarde había quedado para merendar con el brigada Miguel Espinosa, que se había comprometido a hacer alguna pesquisa sobre el primer dueño de la casa. El buen Miguel. Uno de los hombres más rectos y cabales que había conocido, a pesar de sus miedos y contradicciones, o quizás era su forma de enfrentarse a esos temores y a esa enorme indefinición lo que hacía aún más admirable su proceder.

Fijo en el cuadro, Chacón Carter se recuesta, más y más ablandado, sobre la mesa hasta que esta cede y se salva por un pelo, con un salto patoso, de terminar comiéndose las baldosas del suelo.

Replanteándose la conveniencia de volver a sentarse en ella, la inspecciona, compara la longitud de las patas y descubre que la más

corta está calzada por un papel doblado varias veces sobre sí mismo. Lo toma. Lo despliega. Se trata del recibo del abono de una mensualidad por el alquiler de una habitación a Tadeo Cárdenas Rivero.

El documento estaba fechado el año pasado. La firma del recibí es ilegible, pero seguro que el inquilino podría contarle algo del actual propietario de la casa. El problema era encontrarlo a él, solo constaba su nombre, Tadeo Cárdenas Rivero… Tendría que recurrir una vez más al brigada para localizarlo.

Cada paso implica hundirse en un nuevo problema. No puede evitar pensar en Diosdada; empieza a comprender la dependencia que desarrolló hacia ella, hacia su extrema habilidad para resolver las cuestiones prácticas, en los pocos meses que trabajaron juntos.

La pesadez de la atmósfera y la iluminación cambiante empiezan a afectarle. Le cuesta mantener una idea clara de las proporciones del edificio.

Hay muchas casas allí y él apenas ha cruzado la primera puerta.

Dos clases de dolor martirizan a Diosdada, uno dentro y otro fuera de la cabeza.

Ya se ha despertado varias veces y siempre ha creído que seguía en el suelo cubierto de cristales de la papelería, a unos pasos del cadáver de su hermano; para eso es mejor seguir dormida.

Pero las pesadillas terminan arrojándola también de ese refugio.

El suelo ensangrentado es, supone que en realidad, la sábana acartonada de lo que parece un hospital. Cuenta hasta once camas más y otras tantas mesitas de noche, un santo sobre la doble puerta. Un olor pastoso a sudor, mierda y orina. Las quejas de las otras mujeres, silenciosas o no.

—Almas en pena como tú —resume la anciana de al lado.

—¿Dónde estamos?

—En el hospital de la Cruz Roja de Capuchinos.

—…

—Aquí solo traen a los que no tienen a nadie —aclara.

—Ya.

—Todos estamos igual —la consuela cruelmente.

—¿Sabe usted cuánto tiempo llevo aquí o quién me ha traído?

—Yo os confundo a todas.

Sigue llevando el mismo camisón que vestía en el momento de ser atacada; eso y el vendaje de la cabeza constituyen su única indumentaria. En la mesilla han dejado sus gafas ahumadas; con un esfuerzo, logra alcanzarlas; uno de los cristales está rasgado de uno a otro extremo, pero se sostiene en la montura; le basta con ponérselas para recuperar una parte de su seguridad, no de la cordura.

—¿No viene nadie a atendernos? —pregunta a su compañera—. Enfermeras o algo.

—De higos a brevas, las monjas. Pero son unas camastronas, prefieren estar en las salas de los heridos de guerra, a ver si alguno les dice por ahí te pudras.

Como una marea, a medida que va recobrando la lucidez, le van llegando con intensidad creciente los lamentos del resto de las enfermas.

No sabe cuánto tiempo le queda por estar allí o si saldrá alguna vez de aquel purgatorio. Recuerda las palabras de la maldita vieja: «Aquí solo traen a los que no tienen a nadie». Pero ella tiene a su marido, Anselmo, lo único que le importa, que tarde o temprano se abrirá paso entre los espíritus para llegar hasta ella.

—Yo he averiguado todavía menos que tú —reconoce Miguel Espinosa en voz baja—. Tanto la pobre Diosdada como su hermano parecen haberse volatilizado. Ni un atestado, ni un comentario en la Audiencia, ni en el registro del cementerio, nada.

—Si hacemos caso a ese barbero con el que hablé, es probable que esos animales los hayan enterrado en cualquier descampado y a otra cosa. No serán los primeros ni los últimos.

Ven de lejos que se acerca el camarero y ambos guardan silencio mientras les sirven la merienda: té y yemas para Chacón y chocolate con las famosas lenguas de almendra de la casa para el brigada. Son casi las siete y media de un miércoles y empieza a vaciarse la confitería La Campana, así que han podido elegir una mesa junto a los ventanales bien distanciada de las demás.

—Aquí no parece que haya llegado la guerra —comenta Chacón Carter; no va a seguir hablando ni pensando en Diosdada si puede evitarlo.

—Sevilla es así, con esta doblez para el desastre que tan bien nos

viene cuando necesitamos mentirnos a nosotros mismos.

—Esto no ha hecho más que empezar. Estamos en el prólogo del oscurantismo y la ruina que nos llega.

El militar no responde. Remueve su chocolate y no responde. Aunque está allí, a la vista de todos, y eso ya da una medida del cambio que está experimentando, de su compromiso creciente con la causa de la Sociedad Mediúmnica. Un efecto más de la experiencia en el sótano un par de días antes.

—Como te dije, no es el único niño. —Espinosa no piensa en nada más desde que hizo el descubrimiento a primera hora de la mañana.

—Dime.

—El día 20 se encontró a un crío asesinado en la fábrica de tapones de corcho que hay en la calle San Luis. Con un abecedario grabado en la espalda y la nariz cortada.

—La nariz egipcia.

—Tenía aproximadamente la misma edad que el nuestro. Se desconoce su identidad, aunque uno de los camareros de la fonda de al lado cree que le resulta familiar. —Se encoge de hombros—. No sé, el testimonio es confuso. El camarero es uno de los vecinos que lo encontró.

—¿Cómo es que entraron en la fábrica?

—Creo que está abandonada, pero tampoco lo tengo muy claro… En el sumario se cita al hijo del dueño. —Le cuesta mantener su imperturbabilidad de siempre frente a la negligencia de sus compañeros de profesión—. Está lleno de lagunas, el sumario, digo, y parece redactado por un retrasado mental harto de vino.

—En eso no creo que te equivoques mucho.

—Si conocieras a la mayoría de los funcionarios con los que trabajo, dirías que aún me quedo corto. El caso es que lo del niño sí está claro. Como está claro que no puede ser una casualidad que dos chiquillos hayan sido torturados de la misma forma.

—Hay un turbador en la ciudad, Miguel. —Remueve el té, ya frío—. Es más, con este caos, cualquiera sabe si son estos los dos únicos casos.

—¿Has terminado de examinar la libreta que encontramos en el sótano?

—Nada, ni un solo nombre ni cualquier otra referencia que nos sirvan para identificarlos. Se trata de un recuento de imploraciones, como ya viste, todas iniciadas por la palabra «súplica». Todas reflejadas de forma muy profesional, eso sí, con su día y su hora. La primera es del 14 de agosto.

—No son, o es, unos aficionados, eso desde luego —dice, robando una yema del plato indemne de su amigo—. Tanto por la infraestructura que han montado en la casa como por la forma de actuar.

—¿Has leído a Louis-Antoine Boudot?

—No.

—Un genealogista, profesor de la Sorbona. Escribió algunos artículos sobre la turbación en los años veinte. Es la única documentación seria que ha llegado a mis manos. Lo demás son reportes de algunos turbadores que han sido desenmascarados de una forma u otra.

—Es un tema maldito incluso para los que nos dedicamos a estudiar estos fenómenos.

—Boudot no referencia los orígenes de la turbación, como mucho alude vagamente a la Francia de mediados del XVIII. —Cuando se sumerge en aquel mundo, a Chacón Carter ya no le importa nada más—. Dice que cambian los métodos según los practicantes, pero la esencia siempre es la misma: se trata de una especie de toma de rehenes a los muertos para forzarlos a manifestarse; en ocasiones, simplemente se somete a privaciones a algún familiar directo, y en otras más extremas, se los tortura hasta el límite de su resistencia. Preferiblemente a niños.

—Roland defiende la tesis de que a esa edad la fuerza psíquica es aún lo bastante incontrolable como para favorecer cualquier clase de invocación.

—Y no faltan las experiencias que le dan la razón. —Prueba el té ya helado y vuelve a dejar la taza—. Como no faltan testimonios de que la turbación es asombrosamente eficaz a la hora de propiciar las manifestaciones de los espíritus.

No es niebla lo que percibe a través de la ventana, sino la humareda de una de las primeras castañeras del otoño. Un organillo invisible. La clientela que sale del comercio. El hormigueo alrededor del café París, a solo unos metros, quizás en dirección al bar Flor o

al hotel Venecia en la plaza del Duque, que ahora quieren llamar de Queipo de Llano. Se siente absurdo por estar allí, hablando de semejantes atrocidades en una tarde tan apacible.

—¿Qué vamos a hacer, Alberto? —Y ese «vamos» es el paso adelante que el brigada nunca se había atrevido a dar.

El director lo mira largamente antes de responder.

—Tenemos que entender que esa gentuza está dispuesta a cualquier cosa.

—Desde luego.

—Y que estamos solos en todo esto.

—…

—Lo primero que haremos será visitar esa fonda de la calle San Luis para hablar con el camarero que encontró al niño; tenemos que averiguar qué fue lo que ocurrió en esa fábrica.

—No —contesta, alisándose con dos dedos la raya del pantalón del traje príncipe de Gales.

—¿No?

—Sabes a lo que me expongo al participar en todo esto. —Baja hasta un hilo de voz—. Si en mi posición se descubre que estoy llevando a cabo una investigación por mi cuenta, no tardan dos días en formarme un consejo de guerra.

—¿Entonces?

—Todas las pesquisas las haré yo en solitario. —Consigue tragar un poco de oxígeno, no termina de creer que se esté implicando en un asunto así—. Será mejor que no nos veamos durante un tiempo, buscaré la forma de hacerte llegar la información.

—Me parece bien.

—Te ayudaré en todo lo que pueda, pero debo ser invisible.

—Claramente invisible.

—A ver cómo nos sale todo esto. —Hasta sonríe.

—A ver.

—¿Y tú?

—Conozco a una profetisa a la que frecuenté durante un tiempo. Una pájara que se codea con la peor chusma del mundillo. —Chacón saca del bolsillo la pipa que jamás enciende—. Iré a verla mañana, por si puedo sacarle algo.

—Ten cuidado.

Se está bien allí, los camareros empiezan a mirarlos con

impaciencia, pero es igual, dan ganas de quedarse haciendo planes eternamente y sin mover un dedo para llevarlos a cabo.

—Otro favor —pide Chacón—. Esta mañana he encontrado en la casa un recibo de lo que parece ser un inquilino de una de las habitaciones, un tal Tadeo Cárdenas Rivero…

Corta el relente por los senderillos del parque, la luna no calienta esta noche; el capitán Manuel Díaz Mayordomo se sube las solapas de la chaqueta y hunde las manos en los bolsillos. Más le reconfortan la pistola del nueve largo que lleva en el cinturón y la navaja del calcetín.

El parque de María Luisa es ahora territorio moruno, seguramente uno de los lugares más peligrosos de la ciudad para un paseante solitario; los guardias tienen orden de no entrar.

En un tratamiento ultrajantemente opuesto al recibido por los soldados alemanes e italianos, alojados en algunos de los hoteles más exclusivos, las fuerzas árabes habían sido destinadas a varios edificios abandonados de la plaza de España, en la entraña del parque de María Luisa. Nadie los quería tener cerca. Pero ellos se habían desplegado por toda la arboleda, convirtiéndola en un gigantesco campamento de tiendas y chozas.

A medida que avanza, el capitán ve una sarta interminable de hogueras donde los soldaos preparan la cena y calientan sus teteras. En sus tiempos combatió junto a ellos y frente a ellos, los conoce bien, pero en otras circunstancias jamás habría venido sin su escolta. El atentado del afilador en la comisaría lo ha cambiado todo. Después de varios días reflexionando e indagando con total discreción, ha llegado a la conclusión de que, si quiere sobrevivir al compadrazgo que han armado contra él, debe comenzar por retirar su confianza de cuantos lo rodean. El siguiente paso es detectar la procedencia del fuego amigo.

Vienen dos árabes de frente, dos chilabas con dos turbantes recortados en la oscuridad. Mayordomo desabotona la americana y atrasa una mano hasta sentir el frío de la cacharra en los riñones. No disminuye el paso. Ellos tampoco. Pero al sobrepasar los árboles distingue que llevan los meñiques entrelazados. No es más que un paseo de enamorados. Deja el arma y sigue su camino.

No puede estar seguro de quién quiere acabar con su vida, pero

todas sus sospechas apuntan a las escuadras negras, y por eso está aquí esta noche.

Las escuadras son los grupos de caballistas voluntarios que, bajo el mando de latifundistas, aristócratas, militares retirados e incluso algún torero, como el famoso Algabeño, están realizando un brutal trabajo de exterminio de los últimos núcleos de oposición, sobre todo en las zonas rurales. Son partidas surgidas al amparo del levantamiento, muy encomiadas por el general Queipo de Llano, que están cobrando una creciente influencia en las instituciones. «La policía montada de Sevilla», empiezan a llamarlos.

Se detiene Mayordomo en la glorieta de Más y Prat, pero no ve al soldado con el que está citado. Las áreas más frondosas impiden que le llegue el resplandor de la luna, y lamenta no haber traído una linterna. Nadie a la vista. Hay sectores en los que ni siquiera se atreven a entrar las putas y los chavalotes que, en el último escalafón de su oficio, se venden a los soldados marroquíes.

—Paisa. —Una voz ronca entre las sombras que inmediatamente es un rifeño con uniforme de soldado español.

—Ya me creía que me habías dejado tirado —dice Mayordomo con la mano cerca de la espalda.

—Yo no dejar tirado, *capirulo*.

—Como me digas otra vez *capirulo* te pego dos hostias. —No le importa que legionarios veteranos como él lo llamen *capirulo* en vez de capitán, pero a los moros no les pasa ni una—. Dime, ¿sabes dónde está el cabo tangerino?

—Sí, yo sé. —Y sonríe y no se mueve.

—Pero tengo que darte la contraseña, claro.

—¿La contraseña? —dice *pasmao*.

—El *frus*, ¿no?

—El *frus*, sí.

—Toma. —Le entrega un par de billetes que lleva preparados en el bolsillo de la camisa.

—*Baracalofi*. —Guarda el dinero y desaparece la sonrisa—. Tú venir conmigo, ¿sí?

—Tira.

Y lo hace en dirección a la espesura. Se mueve por allí con absoluta soltura, como si hubieran vuelto a Marruecos, a esa otra guerra que, en el fondo, para ninguno de los dos ha terminado.

No tardan en encontrar un estanque rodeado de ropa tendida. A pesar del frío, varios soldados se bañan desnudos y juegan a salpicarse. La mayoría son campesinos del Rif, reclutados a cambio de cuatro pesetas, una garrafa de aceite y un pan diario; ellos dicen que han venido a combatir al «ejército sin Dios», pero es la promesa del botín de guerra lo que de verdad los empuja al frente.

A partir de ahí, menudean los chozajos, casi todos con su correspondiente fogata, pero el guía se descamina hacia un claro donde se ve una tienda de mayor tamaño y mejor factura que las demás, guardada por dos soldados con gumía en el cinturón.

Mientras el capitán espera a distancia, soportando la mirada de desconfianza de unos y otros, su acompañante cuchichea con los guardianes y después entra en la caseta. No se lo monta mal el cabo tangerino, piensa Mayordomo. Era de suponer. El cabo andaba por España desde los trece años, haciendo de chapero, practicando el trile y fijo que otras actividades aún menos admisibles. No era el primer negocio que hacían juntos, pero en cada ocasión ambos pensaban que sería la última vez que mantendrían componendas de ninguna clase.

Por fin sale el guía; le hace una señal para que entre en la tienda y se marcha sin despedirse.

Dentro, el cabo tangerino lo espera sentado en unos cojines y rodeado de aparatos de radio, relojes, joyas y una gran cantidad de bolsas de tabaco, del que empieza a escasear en la ciudad, apiladas contra las paredes de lona. Es el único árabe de los que lleva vistos esa noche que se cubre la cabeza con un *tarbush*. El cigarro de hachís que cuelga de sus labios también parece formar parte de su indumentaria.

—Capitán —dice con una sonrisa, más de sorna que de bienvenida—, siéntate, por favor. Estás en tu casa.

—Es un alivio tratar con uno de vosotros que no habla ese asqueroso castellano hasaní. Se te notan los años pasados en mi país.

—No lo bastante. Un día fui a verte a la comisaría y no me dejaron entrar.

—Pensarían que eras un *mojamé*, como esos de ahí fuera. Debiste mandarme un telegrama.

—O una paloma mensajera.

—Este parque estaba lleno de palomas. Pero vosotros os las habéis comido todas.

—¿Vienes a echármelo en cara?

—No, vengo a proponerte un trato. A ti y a tu hermano Moulay.

—¿A mi hermano? —Se adelanta y entrecierra los ojos; aquello no se lo esperaba.

—Sigue siendo el ordenanza del excomandante Juan María Baltierra, ¿verdad?

Apaga el cigarro, pero el pestazo a hachís es tan intenso que ya no hace falta encender otro.

—¿Para qué querer tú saber?

—No me vuelvas al hasaní, que hablas mejor que yo. Y no te hagas el tonto. Lo que te voy a proponer nos conviene a todos.

—Lo que nos proponéis siempre es por nuestro bien.

—Lo que yo te propongo es mejor que recibir un pacazo en el frente. Y seguro que es mejor para tu hermano que seguir limpiándole la escupidera a su amo.

—¿Qué quieres de mí?

—De ti nada. Lo tuyo va por cortesía de la casa. Es de tu hermano de quien necesito un favorcillo.

—¿Cuál?

—¿Sigue de machaca con las escuadras o no?

—Él está con el comandante, vaya donde vaya. No se han separado desde la guerra de África.

—Eso está muy bien. Escúchame. —Saca un cigarrillo ya liado del bolsillo y lo enciende sin ofrecer—. Ha llegado a mis oídos que la maricona de Baltierra me está contando los pasos. No sé qué quiere ni por qué, pero algo hay. Y si alguien puede enterarse, es tu hermanito. Ya ves que no os pido nada del otro mundo.

El cabo se pone lentamente en pie hasta rozar con el *tarbush* el techo de la tienda y rebusca entre las bolsas de tabaco; viste un pantalón caqui culero, habitual en los soldados de su raza, y un jersey de lana tejido a mano. Cuando se da la vuelta, trae una botella y dos copas minúsculas. Vuelve a sentarse y sirve una para cada uno.

—Es licor de higos, hecho en mi tierra. —Se moja los labios para saborearlo—. La única botella que me queda.

—Muy dulce.

—¿Te gusta?

—¿Si te digo que no deshaces el trato?

—¿Qué trato?

—El trato, si la información es buena, es que os venís conmigo. Tú y Moulay. Formaréis parte de mi escolta personal. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Poco trabajo y poca paga?

—Eso significa que en Andalucía y en Extremadura no os tose ni Dios. Ni los paisas ni los moros, nadie.

—¿Crees que voy a renunciar a todo esto —dice, señalando el material que los rodea— a cambio de poder chulear a cuatro rateros?

—¿A todo esto? Escúchame, la guerra no va a durar mucho. Queipo dice que en un par de semanas como mucho cae Madrid, y cuando caiga Madrid cae el resto del país. Y con la guerra se te acaban el saqueo y la tiendecita de lujo. Los moros vais a durar aquí menos que una candela de papeles. Así que más vale que os vayáis asegurando el futuro.

El cabo tangerino apura la copa y asiente.

—Como dice mi gente, «tú saber maneras», conoces el oficio. Si no, no te escucharía. —Mueve la cabeza—. Pero yo ya estaba aquí antes de la guerra y seguiré aquí cuando termine. Y mi hermano está muy hecho a la vida en el campo.

—¿Entonces?

—Pesetas.

—¿Pesetas?

—Sí.

—Qué cabrón.

—…

—Pues pesetas.

Cualquier excusa es buena para retrasar el momento de volver a la casa del Malmuerto. Ya lo venía oyendo desde mitad de la calle, pero cuando Crisanta llega al mercado de la calle Feria, descubre que el responsable del recitado es un anciano sentado en el suelo, indiferente a la soledad y a la noche. Viste unos harapos que, no sabe por qué, le recuerdan a los juglares que recorrían estas mismas calles hace cuatrocientos años.

Eso no importa.

Lo que la obliga a detenerse es su riquísima voz: un instrumento tan cargado de emociones, ritmos variantes e intensidades perfectas que parece ejecutado por más de una persona.

> Con fe de quien desconfío
> nunca os pude ser siniestro,
> y con este desvarío
> no quise ser nada mío
> por ser del todo vuestro.
> Y viendo mi padecer,
> el cual de mudanza mude,
> cuando me quise valer
> ni quiso vuestro querer,
> ni pudo lo que yo pude.
>
> Heriste el corazón
> con pena muy desigual,
> y con dañina intención
> diste muerte a la ilusión
> por dar salud a mi mal.
> Cuanto mudó mi afición
> afloró vuestro desagrado,
> y en verme sin beneficio
> hice de mí sacrificio
> en las llamas del pasado.

Crisanta reanuda su camino tan atropellada que está a punto de pisar la boina propia de la juglaría con la que el viejo recoge la voluntad de los viandantes. Se podría haber quedado allí un rato, hablando de paria a paria, pero lleva la cabeza demasiado cargada.

Cando llega a la puerta del caserón del Malmuerto, se arrepiente de no haberse quedado un rato con el coplero, pero sobre todo se arrepiente de haber venido, porque además no sabe para qué lo ha hecho.

No tiene las llaves, solo su péndulo en el bolsillo del chaquetón negro. Lo extrae más para aferrarse a él que para apreciar sus indicaciones.

Hace mucho que se había mantenido lejos de lo sobrenatural, hasta que Chacón la convenció para que viniera a la casa; quizás por eso ha vuelto esa noche: para comprobar, a solas, si allí hay

algo más que las prácticas de un torturador loco.

El péndulo comienza a balancearse.

Nota un arañazo en un pie y salta hacia atrás pensando que se trata del roce de una rata, pero no hay bichos en el suelo y comienza a sentir los arañazos en ambos pies.

Ahora el péndulo gira como un molinete.

La sensación en los pies (ya sabe que es una tontería) es la de que varios niños se los recorren una y otra vez con sus pequeñas uñas.

Ya sabe que es una tontería.

Serrador ha recorrido un buen trecho hasta llegar al bar Mancera, en la puerta de la Carne, para comerse una pavía de merluza como a las que lo invitaba su padrino algunos domingos, cuando ni siquiera alcanzaba la barra; pero cuando el camarero se la sirve junto a un vaso de tinto, aparta el plato y se contenta con la bebida: no puede arriesgarse a que una vez más la realidad haga trizas un buen recuerdo.

Se dispone a pedir un segundo chato de vino (nadie podrá acusarlo de falta de empeño en ejercer su ministerio) cuando oye la primera sirena.

A la que se suman otras desde distintas direcciones.

Coreadas al momento por las campanas de la Giralda.

En una secuencia de fichas de dominó se apagan las farolas, las luces de los edificios circundantes, el interior del bar.

El mundo entero.

—¿Serán los aviones rojos, que vienen a bombardearnos? —se pregunta uno de los dos parroquianos que ocupan la barra además del cura.

—No seas tonto —le responde su compañero—. ¿Aviones? —Ahora duda—. Bueno, yo qué sé.

El dueño del bar sale apresuradamente de la cocina y cierra por dentro los postigos de madera del escaparate; después hace lo propio con la puerta.

—No son aviones —medio explica.

—¿Entonces? —pregunta Juan Serrador con un punto de mosqueo.

—Es un convoy de heridos del frente. Los traen de noche a

Sevilla para que no los vea nadie.

Serrador se acerca a los postigos: ha notado que los paneles ajustan mal y dejan un resquicio por el que asomarse al exterior.

—Tenga usted cuidado, por Dios —le ruega el camarero.

El sacerdote asiente. Se alegra de haber dejado la sotana en la pensión, así se libra de darle una respuesta oficial. Fuera, una cuadrilla de milicianos con la pistola desenfundada espera el paso de la comitiva; un vecino que se disponía a salir de un portal es encañonado hasta que vuelve sobre sus pasos.

Un par de minutos después pasan dos camiones escoltados por vehículos de la guardia civil.

Y ya no están.

Nunca han estado.

Otra muestra de ilusionismo con la marca del nuevo régimen.

29 de octubre de 1936

Conteniendo un bostezo, Manuel Díaz Mayordomo se pregunta de qué le sirve haber sido nombrado delegado militar gubernativo para Andalucía y Extremadura si ha bastado una llamada del alto mando la noche anterior para obligarlo a levantarse desusadamente temprano, con el fin de asistir a las diez y media a la misa por los caídos, el primero de los actos con el que se conmemoraba el tercer aniversario de la fundación de Falange Española.

La ciudad entera está de fiesta, los comercios han cerrado, en algunos balcones del centro hay carteles celebrando el 29 de octubre y hasta se ven automóviles repartiendo el discurso inaugural de José Antonio.

La misa tiene lugar en la plaza de España con la presencia de las principales autoridades, aunque el cardenal, el gobernador y el alcalde han enviado a los segundos de a bordo: no hay que desperdiciar la ocasión para demostrarle al falangista que hay clases y clases.

Después se llevará a cabo el pase de revista por parte del general Queipo de Llano, un desfile hasta el ayuntamiento, una visita a los heridos de guerra, una comida a los afiliados y, ya de noche, un nuevo desfile, esta vez con antorchas portadas por personal civil.

El capitán Mayordomo, situado a la izquierda del altar, busca con la mirada a Juan María Baltierra, el escuadrista que le sigue los pasos, pero le resulta imposible distinguirlo en la multitud. Las arengas del capellán de los flechas, don Santos Familia (sí, ese es su nombre), le castigan los oídos. Ya no está acostumbrado al traje de gala. Lleva varios días sin beber.

Se imagina lo que diría Crisanta si lo viera allí.

Ella, que lo ve y no lo ve.

Y él, que no puede dejar de verla.

De muy alto ha debido de recibir el director del hospital de la Caridad la recomendación de que colabore con Chacón, Rublos y el padre Serrador en su investigación de fenómenos extraños: los ha acompañado personalmente a la entrada de los sótanos, se ha asegurado de que llevaran faroles o linternas y les ha deseado buena suerte con la mayor deferencia; el gesto empachado al marcharse ya es otra cosa.

Durante unos minutos han recorrido varios tramos en bastante buen estado; es el espacio destinado a almacenaje, con puertas aseguradas por candados, solerías más o menos recientes y corredores bien apuntalados por pilares. Pero a partir de una de las arcadas el techo desciende y una pendiente los lleva a un sector sin restaurar, con el suelo de tierra y trozos de pared que dejan ver el enlucido original.

—Hasta aquí hemos llegado —anuncia el sacerdote, dejando el farol en el suelo—, tampoco vamos a llevar el paripé hasta porfiarles el terreno a las ratas.

—¿Está seguro de que la leyenda de los desaparecidos no es más que eso, una leyenda? —pregunta Chacón.

—Yo ya no estoy seguro de nada —contesta sacando los avíos de fumar—, pero está muy claro que los voluntarios que cuidan a los enfermos se cansan pronto, y lo raro sería que no se quitaran de en medio.

—De todas formas, no tenemos más remedio que venir de vez en cuando con la excusa de nuestras investigaciones. Cuando liberemos al exgobernador, deberán estar muy acostumbrados a nuestra presencia.

—Si ya tengo fama de bicho raro, imagínese a partir de ahora: el cura de los fantasmas. —No es una queja, sino una oportunidad para reírse de sí mismo.

—Todo esto es una locura.

Rublos ha estado jugando con su linterna, y como no encontraba nada interesante en las inmediaciones, termina perdiéndose en la oscuridad.

Serrador fuma un rato antes de seguir hablando.

—Sobre todo lo de los niños. —No deja de darle vueltas al asesinato del segundo niño que acaba de contarle el director de la Sociedad Mediúmnica—. Ese brigada amigo suyo, ¿es de confianza?

—De toda confianza. Un hombre algo apocado, pero muy sistemático, serio. No parece español. —Sonríe.

—A ver qué nos va contando. No podemos dejar que esos turbadores, como usted los llama, sigan con sus cabronadas. No me quito de la cabeza la forma en que desfiguraron al chico.

—La nariz egipcia. He estado investigando. En el hampa francesa abundaban los egipcios que implantaron esa vieja costumbre de su país de origen. ¿Nunca se ha preguntado por qué aparecen tantas estatuas con la nariz destrozada? Pues no es ninguna casualidad; los antiguos egipcios se las hacían pedazos para que sus dioses no pudieran recobrar la vida a través de ese conducto. —Un gesto de desagrado, como si necesitara lavarse los dientes—. Es lógico pensar que los turbadores también querrán contener a sus víctimas en el mundo de los muertos.

—Es completamente lógico.

—Esta tarde voy a visitar a una profetisa que está muy en contacto con la peor morralla del oficio: nigromantes, embaucadores…, puede imaginarse. —Pausa—. ¿Quiere acompañarme?

—No tengo nada peor que hacer. Cualquier excusa es buena para quitarme el alzacuello.

Vuelve Rublos, trotando como un chiquillo que quisiera comunicar algún descubrimiento a su padre.

—No sabía que hubiera niños ingresados en el hospital —habla despacio, pero con la mirada distraída.

—¿Niños? —pregunta Chacón.

—Sí, niños llorando.

—En este hospital no hay niños —repone Serrador.

—¿No los oís? —Señala el techo—. ¿Ni ahora?

Ninguno le responde.

Y a él no parece molestarle el silencio.

Chacón deja de morder su pipa apagada y vocaliza con claridad.

—Rublos, tengo que pedirte un favor.

—Dime.

—Necesito que te vayas a lo del Malmuerto y me vigiles la casa y sus alrededores. Si alguien se acerca o intenta entrar, me lo dices. Que no se te vea mucho. Te tomas un par de tapas a la hora de comer y te vas para el hotel cuando sea de noche.

—Bueno.

—¿Tienes dinero?

—Sí. —Allí se queda, oyendo algo que solo a él le llega.

—Venga.

Ahora sí se pone en marcha.

Chacón, preocupado, sigue con la mirada a su ayudante.

Cuando desaparece, tienen la impresión de que han prescindido del único miembro del grupo capaz de ponerse en contacto con las sombras.

El frío es pringoso y pesado, huele mal.

—La verdad es que este sitio da para imaginar cualquier cosa —comenta Serrador.

—Solemos asociar estos lugares a toda clase de presencias extracorpóreas, pero es solo un efecto secundario de la literatura. —Mira fijamente su pipa, buscando las claves para continuar—. En realidad, según todos los estudios, los espíritus prefieren la compañía de los seres humanos en situaciones cotidianas. ¿Ha oído hablar de los pretas?

—Ya sabe que no, me lo pregunta solo para ponerme en evidencia.

—En sánscrito, la palabra *preta* significa «roto», es decir, alguien o algo que ha abandonado este mundo, pero solo a medias. Continúan conservando un insaciable apetito carnal; por eso nos observan, eternamente celosos de nuestros placeres, que ellos de ninguna manera pueden satisfacer; a cambio, desarrollan un gusto repugnante por la sangre, por los excrementos, por el dolor de los seres vivos.

—Preta. —Por mucho que lo intenta, al cura no se le ocurre una broma con la que naturalizar aquel concepto.

—Lo más curioso es que no es en absoluto necesario que estos entes despreciables fueran malas personas cuando estaban vivos. A veces, todo lo contrario.

Al entrar en la fonda San Luis, el brigada Miguel Espinosa dedica un instante a deleitarse ante esa nueva confianza con la que desde hace unos días afronta cada paso; no sabe de dónde procede ni a dónde lo llevará, pero a sus cuarenta y cuatro años es como un regalo inesperado cuyo funcionamiento no termina de entender.

Cruza entre las mesas desocupadas del comedor en dirección a la barra, el sombrero de paja ya en la mano, la cinta marrón entonada con el traje castaño, la corbata rojiza y los zapatos café con leche.

—¿Qué va a ser? —pregunta el camarero.

—Buenas. Vengo de la comisaría. —Apenas le falla la voz—. Tengo que hablar con su compañero, el que descubrió el cadáver en la fábrica de aquí al lado.

—Un momentito, que está en la cocina. —«Comisaría» se ha convertido últimamente en una palabra mágica que abre todas las puertas—. Voy a buscarlo ahora mismo.

—Bien.

Es un establecimiento mediano, con capacidad para ocho o diez mesas, un pequeño mostrador vacío para los asuntos del hospedaje y el arranque de una escalera al fondo que seguramente llevará a las habitaciones. En la pared han enmarcado un bando del gobernador sobre los días del plato único: los lunes no te sirven el postre y los viernes te servirán un solo plato sin poder elegir, pero te cobrarán el menú completo; el dinero ahorrado se destinará a colaborar con el Ejército. El brigada no recuerda haber recibido ningún beneficio, pero a cambio tampoco lo han movilizado al frente (solo pensar en esa idea lo aterroriza). Lo comido por lo servido.

—¿Señor? —El camarero parece un hombre despierto, al final de la treintena.

—Me llamo Hércules *Puarot* —se presenta Espinosa—. Me mandan de la comisaría. ¿Es usted quien encontró al niño?

—Yo y unos vecinos; sí, señor.

—Vamos a sentarnos ahí.

Se da la vuelta y se dirige a la mesa más apartada, cada vez más asombrado de su propia resolución.

El camarero se queda respetuosamente de pie, pero Hércules *Puarot* le señala una de las sillas con un gesto.

—Bien, cuénteme qué pasó en la noche del 20 al 21 de octubre —dice, sacando un cuadernito y un lapicero dorado.

—Pues verá, yo estaba durmiendo tan tranquilo cuando me despertaron los chillidos del hijo del…

—¿Durmiendo? ¿Duerme usted aquí?

—Sí, señor. Mi mujer es la cocinera y somos internos; por la

noche nos encargamos de estar al tanto de los huéspedes y de todo lo que sale.

—Entiendo, continúe.

—El caso es que el hijo del dueño de la fábrica estaba en medio de la calle, chillando esmorecido. Cuando salimos, empezó a darse chocazos contra la pared, que hasta a tres vecinos les costó pararlo.

—Tengo entendido que la fábrica de tapones de corcho estaba inactiva.

—Sí, señor. El dueño era ya muy mayor, y un día, de buenas a primeras, nos la encontramos cerrada. No nos extrañó, porque el hijo era un poco tarambana; lo raro es que hubiera seguido con el negocio. Por la noche oíamos jaleo dentro, pero nos imaginamos que el niñato estaba allí con los amigotes.

—Siga, ¿qué hicieron después de reducirlo?

—Entrar en la fábrica, como nos ordenó don Jesús.

—¿Don Jesús?

—Dos Jesús es guardia, como usted. Tiene que conocerlo. Vive ahí enfrente.

—Siga. —Finge que repasa sus notas.

—Pues nada, que entramos. Aquello estaba vacío, menos unos camastros, como si hubieran dormido allí unos pordioseros. Estuvimos mirando y no había nadie. Hasta que encontramos al pobre Paquito, me cago en mi puta estampa. —Se muerde el labio inferior—. Usted perdone.

—¿Paquito? ¿Conocía usted al niño asesinado?

—Claro que lo conocía, si medio lo criamos aquí.

—No figura nada de eso en el sumario.

—Es que sus compañeros apenas me preguntaron nada.

—Siga, hombre, siga. ¿De qué lo conocía?

—Era hijo de un compañero de aquí de la fonda, una bella persona. Francisco. Fue uno de los primeros en ser llamado a filas. Y uno de los primeros en caer. Su mujer perdió la cabeza y se tiró a las vías del tren. Una tragedia, fíjese, con un niño tan chico, más solo que la una. Aquí lo teníamos medio recogido, iba y venía, las vecinas le lavaban la ropa y le echaban un ojo, pero ninguno podíamos hacernos cargo. Hasta que vino a por él el director del Hospicio Provincial.

—¿Vino a por él, personalmente, el director?

—Pues sí, por lo visto se había enterado del caso y se plantó aquí para recogerlo.

En estos tiempos sobran los huérfanos; no es frecuente tanta atención, y menos por parte del responsable de un hospicio. Espinosa ya sabe cuál será el siguiente sitio donde buscar información.

Empiezan a llegar los comensales del mediodía y el camarero los mira incómodo por no poder cumplir con sus obligaciones.

—¿Algo más que no le hayan preguntado? —*Puarot* cierra el cuaderno—. ¿Tiene usted alguna idea de quién pudo ser el responsable de todo esto?

—¿Cómo vamos a conocer a alguien así? Si lo hubiéramos cogido en aquel momento…

—Ya —dice, poniéndose en pie—. Le agradezco su colaboración.

—Nosotros queríamos mucho a Paquito, ¿sabe? Fíjese que a mi mujer todavía le parece verlo algunas noches, rondando la puerta con ese gato colorado con el que siempre iba.

—¿No ves? Así me gustan a mí las rumís: rubias y jaquetonas —le comenta un gitano a otro comiéndosela con los ojos.

Crisanta sigue con el paso recto y la mirada torva. Ya sabe que no debería haber venido sola a la alcantarilla de las Madejas, como no debería haberse metido en tanto como se está metiendo durante los últimos días; lo sabe de sobra. La alcantarilla es uno de los casi cuarenta asentamientos que forman Villalatas, el suburbio donde Primo de Rivera concentró a más de treinta y cinco mil personas para ocultar lo peor de la miseria sevillana durante la Exposición Universal de 1929. Los fastos pasaron, pero los desharrapados seguían allí, malviviendo en casuchas sin agua, gas ni electricidad, con el cenagal como única pavimentación y el descampado como retrete para todos.

Sabe perfectamente que Francisco Jairo no habrá vuelto a esta chabola en su huida tras el atentado de la comisaría, incluso puede haber salido de Sevilla, pero es el único hilo del que tirar para encontrarlo. Y dar con él, la única posibilidad de hallar el tríptico de Van Eyck.

Es la hora de la comida y tiene que salir antes de que anochezca o arriesgarse a permanecer allí para siempre. En las puertas de las

barracas, las mujeres trajinan, agachadas sobre sus candelas; dan lecciones sobre las cien maneras de cocinar basura condimentada con despojos para producir la misma inmunda humareda.

El capitán Mayordomo no le dio más referencia sobre la vivienda de Jairo que la proximidad a un terraplén, y, aunque Crisanta estaba segura de que con esas referencias nunca la encontraría, allí están: la caseta derribada, una niña saltando a la comba y el bendito terraplén.

Escucha el cántico de la chiquilla, pero lo ha pillado por la mitad; espera atenta a que vuelva a comenzar.

> Uni, doni,
> teni, catoni,
> quine, quineta,
> estaba la reina en su camareta,
> vino el rey, apagó el candil,
> candil, candilón,
> cuéntalas bien que las veinte son.

La escucha de nuevo. Cuenta las palabras.

Veinte.

El más recóndito secreto del conocimiento cabalístico en tu vertedero preferido.

—Hola.

—Hola. —La niña no deja de saltar.

—Vengo buscando a los Pagachi, ¿sabes dónde viven?

—Ahora no estamos.

—¿Y dónde estáis?

—Pues en el molino.

—Ah, bien. —Tendrá unos once o doce años, la piel clara, pero el semblante agitanado—. Yo es que soy amiga de Francisco Jairo, ¿lo conoces?

—Claro, el Curro.

—¿Lo has visto?

—El otro día vinieron los guindillas y le tiraron la choza. —No pierde el ritmo de la cuerda.

—Ya, ya me lo han dicho. Por eso lo busco, por si puedo ayudarlo en algo.

—Él hace ya tiempo que no aparecía por aquí. *Contrimás* ahora, que lo buscan los guardias.

—¿No tienes ni idea de dónde puede estar?

—Ni idea.

—¿A qué hora viene tu familia del molino?

—Por la noche.

—Vaya.

En la entrada de sus chabolas, algunas mujeres han notado su presencia. Las hay incluso que empiezan a acercarse, por ver si se enteran de qué hace rondando a la cría, no vaya a ser que haya venido con malas intenciones.

—¿Tú lo conocías mucho? —pregunta, a punto ya de marcharse.

—Claro.

—Que sois casi familia, me han dicho.

—Siempre se ha portado muy bien con nosotros. —Ahora sí deja de saltar—. Una vez nos llevó a la iglesia para recoger la ropa que dan las señoras de la caridad.

—¿A qué iglesia?

—A la de la plaza del Valedor. Él trabajaba allí.

Bar, tienda de comestibles y restaurante con reservados, el Sacristía es uno de los locales más afamados de la Alameda de Hércules, sobre todo por las deliciosas tapas que prepara Nieto, el cocinero. Allí conocen como en su casa al capitán Mayordomo. No necesita el camarero más que ver la forma en la que se apoya sobre la barra para conocer la mala hostia que trae.

—¿Un chato, don Manuel?

El capitán no dice nada, mira hacia otro lado con un ligero balanceo de cabeza.

Separados pero atentos quedan sus guardaespaldas, José Ponce Fernández, al que llaman «el Soldadito», y Merino, con sus gafas de lentes amarillas. Vienen acompañando al jefe de bar en bar desde que terminó la misa de Falange. Curiosamente, llevaba varios días sin beber, pero hoy se está desquitando.

De uno de los reservados sale un tipo elegante y gallito. Es Rafael Morgado, uno de los rejoneadores más renombrados de Sevilla. Parece muy irritado, porque golpea la barra de zinc con el canto de un duro para ser atendido inmediatamente.

—Oye, tú —le dice de lejos al camarero—, ¿qué es eso que me está diciendo el mozo de que no me queréis servir?

—Usted dispense, don Rafael, pero es que ya hemos cerrado la cocina; Nieto está recogiendo para irse, si es que no se ha ido ya.

—Pues si has cerrado la cocina, la vuelves a abrir; vuestros apaños me importan un carajo.

—Yo qué más quisiera, si tengo que estar aquí hasta la noche —repone muy apurado—. Pero de verdad que no puede ser.

—Mira. —Baja la voz para demostrar que es un hombre razonable—. Tengo una reunión convidada ahí dentro —dice, señalando el reservado— y no voy a consentir que se vayan con hambre. Con unos platitos de albóndigas y de chocos fritos nos conformamos.

—Lo siento en el alma.

—Me cago en la puta de oros. —Tira la moneda al suelo y queda semienterrada en el serrín—. A ver, dile al dueño que baje, que quiero verlo.

—¿Pero te quieres callar ya con la mierda del platito de albóndigas y los mamoneos? —se mete Mayordomo.

El rejoneador se queda estupefacto durante un par de segundos; conoce de sobra al jefe de policía, pero él es Rafael Morgado y no puede consentir que nadie le hable así.

—¿Y a ti qué te importa qué es lo que yo pida o deje de pedir?

—Me importa porque me estás poniendo la cabeza como un bombo.

—La cabeza ya la traías tú así de tanto vino, que no hay más que mirarte.

—Vino es lo que bebemos los hombres. Y vosotros, los de los caballitos, ¿qué es lo que bebéis?

A los gritos sale del reservado parte de la cuadrilla del diestro, que se dispone a apoyarlo en cualquier terreno. También se acercan el Soldadito y Merino, las manos cerca de las pistolas.

—Mira, si te tienes creído que por ser el mandamás de los policías me vas a achantar, vas dado.

—Pero es que a mí no me hace falta la policía para meterte a ti en cintura, torerito.

El torerito le saca una cabeza de altura a Mayordomo y es mucho más doble y musculoso, pero lo más importante es que lo está mirando el restaurante entero; si se deja achicar, no se hablará de otra cosa en mucho tiempo.

—Eso es muy fácil decirlo con una pistola en la cintura y un guardia a cada lado. —La cuadrilla aprueba su chulería con sonrisas y asentimientos—. Habría que verte si estuviéramos tú y yo solos.

—¿Y para qué quiero yo la pistola con un chufla? —La saca para soltarla sobre el mostrador—. Cuando quieras nos vamos a dar una vuelta tú y yo, sin nadie más.

—Deseandito estoy.

—Pues vamos.

—Pues vamos.

—Merino, Joselito —dice a su escolta—, os quedáis aquí dentro pase lo que pase. A no ser que quieran salir estos maricones —añade, señalando a la cuadrilla—. Entonces les dais para el pelo.

Camino de la salida, piensa fugazmente en que al rejoneador se lo relaciona con las escuadras negras y que más le habría convenido mantener las distancias con él. Es solo un momento. Ahora lo trae sin cuidado lo que le conviene y lo que no, va ciego de vino y de furia, lo único que quiere es comerse las tripas del otro y guardar de recuerdo las que le sobren.

Rafael Morgado sale el primero, por la puerta que da a la Alameda, y se dirige hacia la esquina en busca de una callejuela más solitaria donde no los interrumpa nadie.

Pero Mayordomo no está para finuras. En cuanto abandonan el restaurante y por la espalda, introduce su pierna entre las del otro para hacerle perder el equilibrio. Mientras trastabilla, lo agarra por el cuello de la chaqueta y lo estrella contra el naranjo de la entrada. Una vez en el suelo, le patea los huevos y, subiendo, la barriga, las costillas varias veces, le busca la cara, que el otro se cubre, para desfigurársela, y la cabeza para aplastarla. Se pregunta si a Crisanta le gustará el chocolate. Es que últimamente no está en lo que está.

Una monja joven, bigotuda y encorvada no le quita la vista de encima, dispuesta quizás a segarle la garganta con el vuelo de su toca almidonada si no cumple lo que le ha indicado.

Diosdada intenta vestirse con rapidez, pero cada movimiento es un martirio. Hace un rato se presentó el médico con el alta firmada y la orden de dejar libre la cama cuanto antes. Ella le ha intentado explicar que aún se encuentra muy mal, que no tiene adonde ir, que no tiene ni ropa que ponerse. Pero el médico ya no estaba.

Al poco ha llegado esta religiosa para traerle una bata de color desvaído y un grueso jersey por gentileza de las damas de la Cruz Roja. Seguro que también trae la orden de degollarla si se resiste a marcharse.

Ya se lo advirtió ayer la vieja de al lado: «En cuanto puedas menearte, te echan».

Poco a poco se dirige hacia la puerta de la sala.

Va pensando (como siempre siempre) en Anselmo, su marido, para el que no hubo un hospital como este; caído en el frente, perro sin nombre, cuerpo abandonado en el barro, espíritu descaminado.

El corredor es otro mundo: todos los soldados heridos que pueden abandonar la cama están allí, fumando, bromeando con las monjas o entre sí, felices de haber pasado por la guerra y poder contarlo.

Un regular con cara de garrapata levanta un bocadillo como si fuera un trofeo.

Con una botella de coñac apenas oculta en el cabestrillo, un oficial entra en su habitación. La vieja le explicó que los de más alta graduación tienen aposento privado.

Nadie se fija en ella.

Elige un pasillo oscuro y vacío. Y de ahí pasa a otro y descubre que, de noche, aquella zona de la clínica es un laberinto abandonado. Laboratorios. Almacenes. Consultas. Cuando la trajeron venía inconsciente, así que no sabe por dónde salir de allí.

Una revuelta la deja de nuevo en otro tramo de habitaciones ocupadas por enfermos; a través de una de las puertas ve a un joven con la cabeza vendada, la respiración tan superficial como el anclaje con el que aún se sujeta a la vida. En el respaldo de una silla, la guerrera con las dos estrellas de teniente. Lo mira magnetizada; se pregunta si será él, si estará allí, tan cerca, lo que necesita.

Una monja la ve desde lejos y se dirige hacia ella, así que debe marcharse todo lo deprisa que puede.

Vuelve a la maraña de pasillos.

Pero ahora sí encuentra la salida.

Le cuesta bajar los escalones de la entrada y recorrer el camino adoquinado que la deja en medio de la nada.

Todo está oscuro y hace frío.

No se atreve a volver al cuarto que le cedía su hermano sobre la tienda de estilográficas. Los que los echaron de allí pueden volver en cualquier momento.

Tampoco puede ponerse en contacto con Chacón Carter para pedirle ayuda. Es el hombre más inteligente que ha conocido en su vida. Ahora que tiene vía libre para explorar la casa del Malmuerto, seguro que terminará relacionándola con sus descubrimientos.

Echa a andar por el callejón de la Barzola, aunque dicen que le han cambiado el nombre a avenida de la Cruz Roja; lo que no ha llegado aún es el alumbrado eléctrico.

Le hierve la frente.

Lo mejor es que no puede perderse porque no sabe a dónde ir.

Serrador se ha presentado con su traje de seglar a la cita con Chacón Carter en la puerta Osario. A este ritmo de relegar la sotana al armario de la pensión va a tener que mandarse hacer un segundo traje; y quizás, también, echar al fuego toda la indumentaria religiosa, pero esa es una posibilidad que no quiere plantearse.

En cuanto se encuentran, intercambian un saludo y tiran en silencio hacia la calle Muro de los Navarros.

—¿Cree que estas son horas de hacer una visita? —Pasan de las diez de la noche.

—Ascensión no para en su casa en todo el día, es una buena elementa. Ahora la conocerá —dice Chacón—, si tenemos suerte y la pillamos.

—¿De verdad se llama Ascensión?

—Cualquiera sabe.

—Me dijo usted que era una profetisa.

—Así se presenta, pero es una buscavidas que se las arregla como puede. Hechicera, alcahueta, chivata…, lo que le sale. Hay muchas así. Unas más farsantes que otras, unas con menos escrúpulos que otras. Ascensión es de la que menos. Sus principales ingresos proceden de vender amuletos fabricados con huesos de difuntos que pretendidamente traen suerte en toda clase de juegos de azar.

—No hace muchos años, el Consejo de la Inquisición la habría condenado por herejía.

—No me extraña. —Está a punto de sonreír—. Pero, créame, la

venta de talismanes es probable que sea la más inocente de sus actividades.

La calle es larga y oscura, no hay más viandantes que ellos. Tras recorrer un buen tramo, Chacón se detiene ante un portón de madera entrecerrado; al empujar una de las hojas se encuentran con un patinillo casi secreto que da a la calle Conde Negro. El director de la Sociedad Mediúmnica necesita sacar su linterna para que sean visibles un par de entradas a cada lado del patio; se dirige a la más estrecha.

Que se abre a la primera llamada.

—Ascensión, ¿te acuerdas de mí? —Levanta un poco el ala del sombrero.

—Me acuerdo.

—Siento mucho venir a estas horas, pero me trae un asunto de cierta urgencia.

—Pues entonces, entren ustedes —dice, zalamera.

Tiene unos sesenta años, gran cantidad de surcos alrededor de los ojos que impiden cualquier predicción sobre lo que está pensando y unas tetas enrabietadas que desdicen su edad.

Los hace pasar a un comedor en penumbra, una pieza pequeña, sin adornos, con una cómoda, una mesa camilla y dos sillas, que no los invita a usar, como único mobiliario. La escasa iluminación procede de la cocina al final del pasillo.

—¿Va todo bien? —Pero a Chacón no se le dan bien las relaciones sociales.

—¿Todo bien? —La mujer suelta una risotada—. ¿Viene de chirigota? —El otro no sabe qué responder—. Desde que han llegado estos, las de mi oficio pasamos todo el día con la apretadura en el pecho. Basta con que un meapilas se fije en ti para que vengan de madrugada a darte un «paseo».

—Vaya. —No decir nada sería lo mismo.

—¿Y qué es eso tan urgente? —Es a Serrador a quien mira con intención.

—Estoy buscando a alguien. Un médium. Un tipo especialmente despreciable —dice Chacón.

—Pues solo con esas señas no sé yo si lo va a encontrar. —Saca del bolsillo del delantal un reloj sin cadena—. Tengo que hacer un cocimiento a las diez y media, ni antes ni después. Vengan conmigo.

La cocina es un cuchitril sucio y desordenado. Arde un fuego de leña que aviva al entrar. Debajo del poyo, tras una cortina, guarda los utensilios; saca una olla grande y la llena con agua de una tinajilla. Vuelve a consultar el reloj. De una alacena a su espalda va sacando una gallina negra, dos huevos blancos, una carta cerrada sin destinatario ni remitente y una herradura. Lo introduce todo en la cacerola y añade un chorreón de aceite y unos polvos amarillentos.

—¿Qué son esos polvos? —pregunta Chacón, muy interesado por el hechizo.

—Azufre.

—¿Y la herradura?

—Un imán. Cualquiera vale. —Vuelve a mirar el reloj, pero esta vez no lo guarda.

—¿Te puedo preguntar para qué sirve ese cocimiento?

—Mejor que no me pregunte.

—Supongo que para nada bueno.

—Espere. —Mira fijamente el reloj—. Las diez y media. —Coloca la olla sobre el fuego—. La hora en que la dejó —murmura.

—¿De verdad funciona? Entre nosotros.

—Usted rece para que no le hagan uno —dice con esa sonrisa que no puede ser inocente—. Así que están buscando a un espiritista muy malo.

—Eso es.

—¿Cómo de malo?

—Alguien capaz de matar a un niño para obligar a un espíritu a manifestarse.

—Ya. —La mirada inextricable—. ¿Sabe algo más de él?

—Puede estar relacionado con la casa del Malmuerto, ¿te suena?

—Conozco a un tiparraco todavía peor. —Y se vuelve hacia el padre Serrador—. Está usted muy calladito.

—Es que soy cura y me tienes muy escandalizado.

—¿Usted cura, con esa cara de pinta? No creo. —Se muerde una uña—. O a lo mejor sí. Sí, puede ser que sí.

—…

—Vaya noche que me están dando —dice, aunque se ríe—. Tendría que hacer unos cuantos tanteos antes de decirles a ustedes

algo.

—Lo comprendo —repone Chacón Carter.

—¿Sabe? Hace tiempo que vengo juntando para comprarme un gramófono. Así podría hartarme de escuchar cuplés sin moverme de mi casa. Me vuelve loca Raquel Meller.

—Toma. —Saca un rollo de billetes del bolsillo interior—. Con esto ya te falta menos.

Coge el dinero y al delantal.

Pero no ha dicho que lo hará.

—Verá, si es el que pienso, ese tío es un mal bicho. Me la estaría jugando solo con señalárselo.

—No te voy a dar más dinero —afirma Chacón.

—No quiero más dinero. —Y otra vez se dirige a Serrador—. ¿De verdad es usted cura?

—Se lo juro.

—Bien, me lo creo; a cambio, necesito que me haga un favor, algo muy sencillo. —Mientras habla, saca de la alacena un trapo de terciopelo negro del que desenvuelve una piedra también negra—. Esto es una piedra magnética. —Se la entrega—. No tiene más que esconderla bajo un altar consagrado y decir nueve misas durante nueve días seguidos. De esa manera le otorgaremos su virtud. Después me la trae.

—Llevas razón, parece fácil.

—Si no lo hace, no crea que no lo sabré. Y la pena caerá sobre usted.

El sacerdote lanza la piedra hacia arriba, vuelve a atraparla y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.

Ella acepta la respuesta.

Después se queda en silencio, montando su estrategia.

—Mañana por la mañana preguntaré lo que tengo que preguntar. Nosotros nos vemos por la noche, a eso de las nueve y media o las diez. ¿Conocen el corral de Las Siete y Media, en la calle San Jacinto?

—Desde luego —dice Chacón.

Pues ya está.

No hay más que hablar.

A los pocos minutos los dos hombres están de nuevo en la calle, más solitaria y más oscura que antes.

Serrador extrae la piedra magnética del bolsillo, la sopesa, incluso la huele. Y a continuación, con un movimiento rápido, la arroja hacia la azotea de una casa de tres pisos.

—¿No teme usted las consecuencias de no haber cumplido las instrucciones de nuestra amiga Ascensión? —pregunta Chacón Carter, no está claro si divertido.

—Claro que sí.

Mientras sube las escaleras del hotel, Rublos cae en la cuenta de que no ha comido nada en todo un día de vigilancia frente a la casa del Malmuerto. Él es así, a ninguno de los que lo conocen le extrañaría lo más mínimo: capaz de fijar su atención, de retener o de obsesionarse con el detalle más insignificante, pero indiferente ante lo que la mayoría de la gente considera cotidiano. Cree que tiene un cucurucho de cacahuetes con cáscara en su habitación, así que no hay problema.

Por los corredores oye un griterío de niños cuyo origen no sabe identificar. Es raro, el hotel es un lugar tranquilo, un establecimiento al que no suelen acceder más que huéspedes de elevado estamento, no son frecuentes esas rupturas de tono.

Las salamandras deben de haberse quedado fuera, se figura con una sonrisa; la verdad es que cada vez le importan menos, no sabe por qué ha terminado aceptándolas como algo natural. Tiene otras preocupaciones.

Al llegar a su cuarto, los gritos se hacen casi inaudibles. Abre la puerta, enciende la luz, la ve inmediatamente. Como si hubiera sabido de su existencia desde siempre.

Una huella en el cristal de la ventana, una huella pequeña, de un niño.

Se acerca para verificar lo que ya suponía: la impresión de la huella se ha efectuado desde el exterior.

Pisadas.

Oye pisadas de un cuerpo ligero tras su puerta.

Todo aquello no debería alterarlo, lleva media vida estudiando estos fenómenos, pero las manos le tiemblan, no puede pensar con claridad.

Al cabo de unos minutos se le ocurre algo. Busca los cacahuetes en el cajón, se acerca a la puerta, abre la hoja, los deja en el suelo

del pasillo y vuelve a cerrar rápidamente.

Después se deja caer hasta acabar sentado en el suelo, clavándose las uñas en los muslos.

30 de octubre de 1936

Por lo común, el brigada Espinosa habría pasado de largo, cumplido con el vecino del segundo izquierda musitando un «Buenos días» y alcanzado el portal del edificio para salir camino del trabajo. Por lo común, se habría pasado todo el camino hasta la Audiencia Provincial batallando con el arrepentimiento por no haberse detenido en el zaguán para hablar, aunque fuera un momento, con él.

Su vecino Benancio era maestro de escuela, viudo, moreno, distinguido, discreto, algo tristón.

Pero desde hace unos días lo común (y sigue sin saber por qué) cada vez tiene menos que ver con su vida.

—Hombre, Benancio, me alegro de verlo.

—Buenos días, Miguel.

Nada menos.

Le dice poco más, pero se permite el lujo de mirarle fijamente un segundo los labios. Los labios. Los ojos. Los labios.

El centinela de las milicias cívicas que vigila el pabellón San Isidoro se escama un momento cuando Chacón Carter cruza entre las camas y se detiene junto al exgobernador Varela, pero se trata de un tipo bien trajeado con aire respetable, así que continúa liando el cigarro, la cabeza en sus cosas.

Chacón no trae intención ninguna de adelantarle al prisionero el plan en el que ambos están envueltos, pero es cosa de irse entremetiendo para evitar el sopetón del conocimiento en el último momento.

—¿Don José María? Perdone que irrumpa de este modo, pero estoy efectuando unas investigaciones en el hospital y no he querido perder la ocasión de entrar a saludarlo. Me llamo Alberto Chacón Carter.

—Pues encantado, señor Chacón. Si algo me sobra, es tiempo, así que cualquier visita es bienvenida.

—Llevo ya unos días por aquí y me he dicho: de hoy no pasa.

—Es usted muy amable. —Se incorpora con cierta agilidad, está muy mejorado; cuando menos se lo espere, se encuentra de vuelta en la cárcel—. Pero siéntese, hombre, siéntese. En ese taburete mismo.

—Muchas gracias. —Lo hace, se desabrocha el abrigo, cruza las piernas y utiliza su propia rodilla como percha para el sombrero.

—Y dice usted que está llevando a cabo unas investigaciones…

—Verá, soy el director de la Sociedad Mediúmnica Sevillana. Estamos analizando una serie de fenómenos que se pueden haber producido en el hospital. —La misma brevísima pausa de siempre que presenta a su agrupación para comprobar la reacción de su interlocutor—. No sé qué opinará de esta clase de estudios.

—Le puedo asegurar, amigo mío, que no tengo ninguna opinión al respecto. —Con eso no esconde el gesto de extrañeza—. Pero no le voy a ocultar mi sorpresa por que esas prácticas se lleven a cabo en una ciudad como esta, donde con lo sobrenatural nos montamos una cofradía y nos tiramos a la calle para pasearla, sin dejar de mano las consiguientes paradas en las tabernas.

—Por algo nos han concedido el nombramiento de «capital cultural de la retaguardia».

—Ciertamente. —Comparten el sarcasmo.

—Y, sin embargo, contamos con una larga tradición de iniciados en estos temas. ¿Sabe usted que fue en Cádiz donde se fundó la primera asociación espiritista de España, en 1855?

—Pues no.

—Sevilla no tardó en seguirla; en 1860 ya teníamos la nuestra, con más de sesenta socios que se reunían en el Círculo de Labradores o en el Café Nacional de la calle Francos. Había docenas de miles de aficionados a este tema por todo el país. —Como es habitual, Chacón solo se siente cómodo cuando diserta sobre la materia que mejor conoce—. En el siglo pasado había una curiosidad por la ciencia que desgraciadamente ha ido desapareciendo.

—Lo que me extraña es que las autoridades no pusieran pies en pared con estas cuestiones. Más que nada por influencia

eclesiástica, ya sabe cómo somos.

—Lo hicieron más de una vez, no se crea. El 9 de octubre de 1861 tuvo lugar en Barcelona un auto de fe en el que fueron quemadas más de trescientas obras espiritistas incautadas en la aduana.

—¿Qué le decía yo?

—Lo único que tenía a favor este movimiento es que estaba auspiciado por las clases más elitistas: aristócratas, militares, catedráticos… En Sevilla, por ponerle un ejemplo, lo impulsó Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, ministro y primer marqués de Estella, tío del que sería presidente del Gobierno y tío abuelo de José Antonio.

—Vaya. —Muy complacido con la conversación, después de tanto tiempo de soledad—. Lo cierto es que en esos tiempos la nobleza tenía una gran influencia, no como ahora. Fíjese que, antes de venir aquí, compartí celda con Manuel de Santiago Concha, más conocido como Casa Madrid, perteneciente a la casa ducal de Medinaceli.

—Sigue siendo extraño encontrar esos apellidos en la cárcel, al menos en el bando que nos ha tocado.

—Lleva usted razón, todo vino por un incidente con los italianos. —Baja la voz—. Resulta que Casa Madrid, que, por otra parte, me pareció un hombre recto y bondadoso, bajó a almorzar en el hotel donde se alojaba, uno de los que en Sevilla se encuentran prácticamente tomados por las fuerzas italianas, y se encontró la mesa presidida por un retrato de Benito Mussolini. Como quiera que nuestro Casa Madrid no se considera un doméstico del Duce, procedió a tirar la fotografía al suelo antes de sentarse a comer tranquilamente. No tengo que decirle que los oficiales italianos que lo rodeaban se levantaron para exigirle que repusiera el retrato en su sitio, a lo que nuestro compatriota se negó de medio a medio. —Normaliza el tono—. El resultado de su desempacho fue que a la mañana siguiente ingresó en prisión. Por mucho que su familia…

El exgobernador procura estirar la historia, su oyente no parece tener prisa y los días son muy largos.

La despierta el maullido de un gato callejero, exactamente lo que necesitaba: la suerte de Diosdada empieza a cambiar. Se le acerca

despacio, saca del bolsillo un trozo de torta de aceite y la desmiga para atraerlo. Poco después se ha ganado su confianza hasta el punto de acariciarle el lomo sin resistencia alguna.

Diosdada ha pasado la noche en el interior del edificio en ruinas de lo que fue la cárcel del Pópulo, arropada por una lona vieja y unos cartones.

Se siente bien en esta nueva vida callejera.

Cuando salió del hospital, se pasó por sus habitaciones sobre la tienda de estilográficas; esperaba encontrarla precintada, pero estaba tal cual quedó el día del asalto; algún escarmiento querría dejar bien patente alguien lo bastante poderoso para que ni las autoridades la tocaran. Apenas metió el poco dinero que disimulaba en un escondrijo, alguna ropa y cuatro cosas en un bolso de plástico antes de volver a salir; ni tenía fuerzas ni necesitaba nada más; lo más importante, el cuchillo de cocina más afilado que encontró.

Esta mañana se sentía mejor, más fuerte, más lúcida.

Sonríe ante el ronroneo del animal bajo sus caricias. Poco a poco, extrae el cuchillo del bolsillo del abrigo.

A solas entre los escombros de la antigua cárcel, azotada por el relente nocturno, había perfilado sus planes para los próximos días. Debería volver al hospital Victoria Eugenia, aunque ahora no como enferma.

Esta vez buscará a su marido por su cuenta, no va a dejarse guiar por su suegro ni por Chacón Carter ni por nadie, no los necesita para internarse en el país de los muertos; de alguna manera, Anselmo saldrá a su encuentro.

Debía salir de aquella escombrera, el bullicio de la mañana en el barrio del Arenal crecía por momentos y no quería que nadie la viera.

Pero antes tiene algo que hacer.

Debe extremar el cuidado de los preparativos.

Alza el cuchillo, el mango aferrado con fuerza.

La otra mano crispada sobre el cuello del gato antes de asestar el golpe.

Las entradas de la fachada principal de la parroquia del Valedor y su capilla anexa están cerradas, pero Crisanta conoce a fondo los misterios y disimulos de las principales iglesias de Sevilla, vive de

eso; los objetos de arte con los que trafica también le llegan del expolio interior.

No lleva mucho tiempo apostada en la calle lateral del templo, donde sabe que una puerta inadvertida entre los numerosos comercios da acceso al patio y a la zona administrativa, cuando llega un joven camarero que sostiene la bandeja con una sola mano para abrir con llave propia.

—Y tú, ¿adónde vas? —lo interroga de malos modos.

—¿Yo? A llevarle el desayuno a don Damián, como todos los días.

—Eso está muy bien. Aprovecho y entro contigo.

—¿Y usted quién es? —A pesar de no haber cumplido los veinte, su trabajo se encarga de mantenerlo bien espabilado.

—Dama de la caridad —dice, autoritaria—. Vamos, que tengo prisa.

Nadie contraría a una de aquellas damas.

Siguen un largo pasillo ajardinado imposible de adivinar desde la calle, que desemboca en un patio con fuente de mármol y sus correspondientes naranjos. De las cinco puertas que lo circundan, el camarerillo elige la menos ostentosa.

Seguramente aquella escribanía lleva siglos allí, inmutable, amueblada con las mismas piezas oscuras, pegajosas y relucientes.

Desde el escritorio, la mira sorprendido un viejo cura ensotanado que escribe a lápiz en un libro de cuentas.

—Buenas. —El chico comienza a disponer el desayuno en una pequeña mesa accesoria—. Su tostadita de aceite, sal y ajo, don Damián, y el carajillo con aguardiente del dulce, como a usted le gusta.

—Señora, la iglesia está cerrada. —El cura lo ignora, desconcertado por la invasión de Crisanta—. El horario de culto lo tiene expuesto en la puerta principal.

—¿Es usted el párroco?

—No, el vicario.

—¿El vicario? —interviene el camarero, que se había quedado allí plantado con la bandeja a la espalda—. ¿Y qué diferencia hay entre párroco y vicario?

—¿Te vas a quedar aquí todo el día de palique?

—Yo no, don Damián.

—¿Entonces?

—Si yo ya me iba, es que me están esperando —suelta de estampida.

El cura tiene malas pulgas, pero no puede evitar mirarle el culo al jovenzuelo mientras sale.

—Si me lo permite, me gustaría hablar un momento con usted —dice Crisanta.

—Pues yo estaba a punto de… —Señala taza y plato.

—Quería hablarle de Francisco Jairo, ¿sabe usted quién es?

—Claro que sé quién es —contesta entre dientes, pero lo bastante alto para ser oído—. No, si al final me tomaré el café helado.

—Desayune usted, hágame el favor, no se preocupe por mí.

El religioso se cambia de mesa, aplasta el mollete para que penetre el aceite en el pan y, desentendido de la mujer, muerde un buen pedazo.

—Me han dicho que trabajaba aquí. Francisco Jairo.

—Trabajar trabajar… —dice la boca llena— no es que trabajara. Era nuestro aprendiz de custodio, lo que antes se llamaba «subsacristán». Se le daba algún dinerillo de vez en cuando, pero eso era todo. ¿Por qué lo pregunta?

—Verá usted, es un tema complicado. No sé si sabe que hace unos días lo arrestó la policía.

—¿Y cómo quiere usted que yo lo sepa si hace un siglo que no lo veo?

—Ya, el caso es que se escapó de la comisaría.

—¿Que se escapó? ¿Encima? Este niño está loco perdido.

—Yo tuve oportunidad de conocerlo cuando lo detuvieron. La verdad, me pareció un buen chico. Yo colaboro con la policía, ¿sabe usted? Así que lo estoy buscando antes de que empeore todavía más la cosa.

—¿Tú colaboras con la policía? —Ha pasado al tuteo.

—Bueno, les procuro documentación, revista de prensa, lo que se tercie.

—¿Y cómo es que no ha venido un policía de verdad? No me fío un pelo de ti. —Porque no tiene mal ojo.

—Eh, conmigo no se meta, que yo no le he hecho nada.

—«Lo que tengas tú de inocente que me lo claven a mí en la

frente». —Pero su tendencia al chismorreo prevalece sobre el mal genio.

—Venga, que yo solo he venido a echarle una mano al muchacho, y seguro que usted también procura ayudar a todo el mundo. —Intenta ganárselo con un poco de coba—. ¿Qué piensa de él?

—Al principio parecía un buen chiquillo —responde sin dejar de masticar—. Muy aplicado y voluntarioso a pesar de venir de una familia muy pobre. Pensamos que con el tiempo podría ser un buen custodio. Esos cargos, antes, siempre los desempeñaba un clérigo, que es como debería seguir siendo, pero con la falta de vocaciones… En fin.

—Dice usted «al principio», ¿es que después fue cambiando?

—Después se torció. Venía tarde o dejaba de venir. Se volvió contestón cuando se lo reñía. —Apura el café—. Incluso nos faltó alguna reliquia. No pudimos demostrar que fuera él, pero una vez que se corren las dudas, ya nada es lo mismo. El caso es que lo tuvimos que poner de patitas en la calle.

—Vaya.

—Toda la culpa la tiene su hermano, que es medio marxista o marxista entero. Las malas compañas. El hermano le saca casi diez años.

—¿Sabe usted dónde vivía el hermano?

—Yo qué voy a saber del rojo ese. Otro que tendría que estar en la cárcel, como su amigote el enmarcador.

—¿El enmarcador?

—Uno con el que se juntaba el Francisquito; me enteré de que se pasaban todo el día en el frontón de la calle Sierpes, con eso se lo digo todo. Un tal Arroyuelo.

—Y a ese, ¿sabe dónde puedo encontrarlo?

—Trabaja con su padre, en un taller de enmarcado que tienen en la Alfalfa. Lo sé porque les llevé unas estampas de Nuestra Señora para que nos hicieran unos cuadros. Fuimos allí por recomendación del Francisquito y, después de todo, no nos hicieron ni un mal descuento. Sabiendo que eran para quien era. —Señala el crucifijo de la pared.

Tanto tiempo después, era más difícil dejar de pensar en Mateo

Cantero como «su amigo», por más que sobraran razones para ello, que olvidar la dirección de su piso o las razones que lo llevaron a comprarlo.

Alberto Chacón Carter camina resuelto por la calle Trajano, los sentimientos bien mezclados y contradictorios, pero resuelto.

Con los ahorros acumulados tras unos años pasando consulta como médico especialista en neumología, Mateo adquirió su vivienda en la calle Delgado, la zona que siglos antes ocupaba el cementerio del hospital del Amor de Dios y que había cobrado cierta notoriedad por los fenómenos sobrenaturales que allí se manifestaban; en esa época, ambos vivían su afición al espiritismo con una dedicación que les hacía supeditar todo lo demás, y «su amigo» confiaba en apreciar alguno de esos fenómenos en su propia casa. Hasta donde él sabía, nunca se produjo uno de aquellos prodigios, pero hacía mucho que habían perdido todo contacto.

Y allí estaba ahora, llamando a su puerta, incapaz de predecir cómo sería recibido.

Es el mismo Mateo Cantero el que abre.

—Hola —dice Chacón, como un idiota; debería haber preparado unas palabras.

—…

—Perdona que me presente así, pero tengo que hacerte una consulta importante.

Es casi palpable la tentación del dueño de la casa de chafarle las narices de un portazo, pero tras una incómoda pausa se retira para dejarlo pasar.

Chacón Carter tiene la impresión de haber tropezado con un viejo espejo cuyas propiedades han sido alteradas por los años; sigue reflejándote, pero ya no te puedes fiar de lo que ves.

Su amigo es más o menos igual que él.

A diferencia del bigote mangarrán, fino y paralelo al labio, tan de moda en militares y fascistas, los dos lo gastan abundante, pero pulcramente recortado. Son casi de la misma estatura. Misma edad. A los dos empieza a desteñírseles el pelo. Ni agraciados ni repelentes. Hasta visten el mismo traje oscuro de tres piezas.

Hasta que Mateo no gira sobre sí mismo y se dirige a las profundidades de la casa, no repara Chacón en que han desaparecido los libros; las paredes siguen completamente cubiertas

de anaqueles, pero vacíos.

Se conocen desde que nacieron, sus familias se trataban mucho antes. Compartieron el párvulo, el internado, los viajes, todas las primeras experiencias, la fascinación por lo desconocido, el periodo londinense. Y después se separaron para siempre.

Cuando llegan al despacho, su propietario rodea el escritorio ocupado por un tablero de ajedrez sin piezas y toma asiento. No hace falta que indique a su invitado que puede hacer lo mismo. También esta sala está llena de estanterías desocupadas.

—¿Y los libros? —pregunta Chacón.

—Ya no los necesito.

—¿Sigues colaborando en publicaciones espiritistas?

—¿Cómo sabes que escribía en esas revistas?

—Te seguía en *Luz y Unión*, en *Lumen* y en otras. A mí no puedes engañarme aunque uses seudónimo.

—Tampoco tú puedes engañarme a mí.

—Nunca lo he pretendido —dice, pero no quiere ahondar en esos cenagales—. Vi que te ibas especializando en mediumnidad patológica.

—Si es que resulta posible especializarse en algo así.

—¿Y la consulta?

—La dejé. Ya no ejerzo.

Fija la mirada en los escaques vacíos del tablero.

Chacón Carter extrae la pipa del bolsillo y la sostiene con los dientes. Entonces cae en la cuenta de que también las costumbres de fumar una pipa apagada y jugar al ajedrez sin fichas han terminado asemejándolos.

—No recordaba que jugaras al ajedrez.

—El ajedrez no es un juego —dice, agrio—. Como afirma Fogg, su origen no es lúdico, sino sagrado; surgió como un método mediante el cual algunos maestros espirituales de Oriente enseñaban la sabiduría oculta.

—Algo he leído al respecto.

—Hace años que estudio el simbolismo de las piezas y aún no he pasado de los peones. Confío en que algún día abra mi mente a otras dimensiones.

—¿No necesitas las fichas?

—No hacían más que confundirme.

A medida que pasan los minutos, más claramente entiende Chacón los cambios que ha experimentado su amigo y la conveniencia de salir de allí lo antes posible.

—Volviendo al tema de antes, son precisamente tus conocimientos sobre comportamientos patológicos en espiritismo los que me han traído hasta aquí.

—… —No levanta la vista de su ajedrez fantasma.

—Verás, me he tropezado con un turbador, quizás sean más. Uno realmente desquiciado, un animal.

—…

—Capaz de torturar y asesinar a dos niños para atraer a los espíritus.

—De vez en cuando se da algún caso.

—¿Cómo llegan a algo así?

—¿Cómo llegan a serlo la mayoría de los psicóticos? —Elimina una pelusa invisible de uno de los escaques—. Desde que en 1861 el doctor Baillarger pronunció su conferencia en la Société Médico-Psychologique argumentando que la práctica de la mediumnidad podía derivar en alucinaciones y pérdida de voluntad, un millón de alienistas han alertado sobre los peligros psicofisiológicos de la práctica del espiritismo.

—¿Y tú qué piensas?

—Que son un millón de majaderos.

—¿Conoces a alguien que se corresponda con ese perfil?

—Yo no trato con nadie.

—¿Con nadie? —Chacón Carter se arrepiente al momento de haber pronunciado esas palabras.

—Con nadie. —Lo mira con furia—. El encargado del trabajo de campo siempre has sido tú.

—Pensé que podrías haber oído hablar de…

—Trabajo de campo —lo interrumpe— que convertiste en la coartada perfecta para dedicarte a tus avasallamientos.

—No sabes lo que dices. —Chacón alarga la mano para recoger el sombrero que ha dejado en una silla.

—No lo digo yo, lo sentenció un magistrado británico. —Lleva demasiado tiempo en silencio, ahora no puede parar.

—Aquello fue un despropósito, una locura —dice, poniéndose en pie para marcharse.

—¿Cómo pudiste hacer aquello? —pregunta, levantándose también—. No era más que un chiquillo.

—Tenía más de veinte años. —Pero no está dispuesto a justificarse. Se da la vuelta en dirección a la puerta.

—¿Y tú? ¿Qué edad tenías tú?

—Cállate, imbécil.

—Eres un degenerado.

Hasta ahí (un poco antes de ahí), está dispuesto a dejarlo pasar Chacón Carter.

Gira sobre sí mismo, rodea la mesa y, atrapando a Mateo por las solapas, lo aplasta contra la pared. Son de la misma envergadura, pero Chacón está mucho más acostumbrado a ese tipo de enfrentamientos.

Lo suelta inmediatamente.

No puede mirarlo, siente lo mismo que si le hubiera levantado la mano a su madre o si hubiera aplastado a taconazos un cáliz consagrado.

Sale de la vivienda por el camino que le van marcando las estanterías desiertas.

En esta ocasión, el brigada Espinosa sabe que no podrá hacerse pasar por el investigador *Puarot*, pero siente que cada día aumenta su capacidad de afrontar cualquier contingencia ante quien sea, sean cuales sean las repercusiones.

Nunca había visitado el Hospicio Provincial, pero la iglesia de San Luis de los Franceses le sirve como referencia.

En el patio rodeado de galerías porticadas encuentra a un puñado de niños no mayores de diez años, vestidos con camisas azul mahón y armados con puñales y fusiles de madera, que aprenden instrucción militar al mando de un falangista.

Varios grupos de hombres con la misma camisa fuman en corrillo o cuelgan una pancarta con la leyenda BIENVENIDO; Espinosa se acerca al que le parece más tonto y le enseña la cédula de la Audiencia Provincial en la que figura su rango de brigada.

—Sus órdenes, señor. —Se cuadra el otro.

—Buenas tardes, necesito hablar con el director, ¿dónde están las oficinas?

—Lo acompaño ahora mismo. —El sujeto, además de su amor

por la milicia, tiene vocación de conserje.

Lo conduce hasta una de las salidas del patio y, desde allí, por una red de pasillos y escaleras en los que se cruzan con más tipos de azul y un par de monjas.

—¿Es normal que esté aquí media Falange? —Miguel Espinosa aprovecha que su guía es bastante inofensivo.

—No, señor, es que ayer fue el tercer aniversario de la creación del partido y se dice que Sancho Dávila puede aparecer por aquí para visitar a los chiquillos. —Habla del jefe territorial de Falange como si anunciara el regreso de Cristo para redimir de una maldita vez a la humanidad.

—Eso está bien.

—No es seguro, pero…

—Ya.

—Bueno, pues ahí lo tiene. —Señala una puerta en la que se lee JUNTA DE GOBIERNO Y DIRECCIÓN.

Cuando se da cuenta, su acompañante ha desaparecido.

Llama a la puerta. «Adelante». Entra. Cierra a su espalda.

Un despacho decorado con mobiliario barato característico de la administración para encuadrar a un individuo que lo mira escudado por su mesa, unas gafas de cristales sin fondo y la gloriosa camisa azul.

—Muy buenas, vengo de la Audiencia, secretario judicial. Perdone que me presente sin haber concertado cita.

—En absoluto, para eso estamos. Marcelo Antúnez, director del establecimiento. —Se pone en pie y le tiende le mano—. Pero, por Dios, siéntese.

—Muchas gracias. Siento molestarlo para un asunto sin importancia, vengo por lo de la muerte de Paquito, el niño que apareció en la fábrica de tapones de ahí al lado.

—Ah. —Se ajusta las gafas—. Ah.

—Estamos archivando el caso y hemos descubierto que faltan algunos datos en el expediente. Papeleo.

—Papeleo, claro.

—Pero todos servimos al Estado y debemos cumplir nuestra obligación de funcionarios.

—Eso desde luego.

—A ver, tenemos entendido que el susodicho niño estaba

ingresado en esta institución.

—Estaba y no estaba.

—Claro.

—Es que, verá usted, el niño se había escapado.

—Pero a la Audiencia Provincial no le figura dicha fuga.

—¿No?

—No.

—Mire, aquí prestamos recogimiento a los expósitos y a todos los pobres mayores de seis años que carecen de familia o medios y se ven obligados a implorar la caridad pública. —Toma aire—. Lo que ocurre es que ahora, con la guerra, el número de huérfanos se ha… disparado. No se puede usted ni imaginar.

—Ya, ya me imagino.

—Imagínese, con todo este jaleo, bastante tenemos con atender las necesidades mínimas de los internados.

—Y dígame, ¿por qué se escaparía Paquito?

—A saber. A esas edades nadie sabe lo que se les pasa por la cabeza.

—¿Hablaba usted mucho con él?

—Yo ni siquiera lo conocía. Con tanto niño es imposible.

—Pero usted fue a recogerlo personalmente a la fonda San Luis.

Algún circuito se corta tras la masa de vidrio de aquellas gafas.

El director se pone en pie con una sonrisa.

—Aquí no se nos caen los anillos a la hora de ayudar a los hospicianos. —Abandona el escritorio, se aproxima a la percha—. Ahora me va a tener que disculpar, pero tengo un mandado urgente y ya se me ha echado la hora encima.

—Y de la causa del asesinato del chaval, ¿tiene usted alguna idea?

—Ninguna idea. —Termina de ponerse la gabardina—. No tengo idea ninguna.

—¿Alguien de su personal me podría dar más información?

—Ni idea. No creo. No.

—…

—Ahora tengo que irme. —Vuelve a sonreír—. Encantado, ¿eh? Encantado.

Se marcha cerrando la puerta tras de sí.

Miguel Espinosa tiene la impresión de que ha sido hecho

prisionero en la casa del otro.

Mira alrededor, seguro de que, por mucho que registre, no encontrará nada comprometedor.

Es probable que los niños a los que acogen allí se sientan tan prisioneros como él.

Recoge su sombrero y sale también, con la idea de volver lo antes posible.

El padre Serrador vestido de civil, como casi siempre, cruza el patio del corral San Joaquín camino de la habitación de Leandra, intentando no mirar a nadie e ignorar las miradas que recibe.

Con la cesta colmada de exquisiteces colgada del brazo, no sabe qué es más, si imbécil o hijo de puta. Un chorizo, un salchichón, un queso, latas de conserva, carne de membrillo, dos tabletas de turrón.

Recuerda las golosinas que los oficiales entregaban a las madres de las niñas marroquíes a cambio de que esperaran fuera de la choza donde vivían mientras abusaban de ellas.

Esta vez no tiene que preguntar, sube la escalera y enfila a buen paso el pasillo que lo lleva a Leandra.

Es mejor no pensar.

Ella misma abre la puerta.

De un rápido vistazo examina la cesta y sabe a lo que ha venido.

No necesitan hablar o no saben qué decir.

Le tiende los alimentos y ella, tras una brevísima duda, los acepta.

Juan Serrador la conoce bien, sabe lo orgullosa que es, sabe que habría dado cualquier cosa por poder decirle que no.

Pero los acepta.

Se da la vuelta y se marcha.

También él habría dado lo que fuera por no obligarla a elegir.

—¿Don Alberto? —El botones asoma la cabeza por la puerta de la biblioteca del hotel sin llamar; va a ser necesario decirle cuatro cosas.

—¿Sí? —pregunta Chacón.

—Hay un soldado en recepción que trae una esquela para usted.

—¿Y por qué no te la ha dado a ti?

—Porque dice que debe dársela en mano.

Chacón Carter deja el lote de libros esotéricos que estaba preparando para enviárselos a Serrador (empieza a creer que puede convertir al cura en un verdadero iniciado), sortea al chico y se lanza al pasillo: en los tiempos que corren, la visita de un militar es de todo menos tranquilizadora.

El encontronazo con su amigo Mateo le ha dejado muy mal cuerpo, necesita regresar a sus enigmas e investigaciones, dejarse absorber de nuevo, para olvidar lo que ha pasado y, sobre todo, lo que se han dicho.

Al pie de la escalera lo espera el soldado; él sí que está absorto en el personal femenino del hotel.

—Alberto Chacón Carter —se presenta.

—Vengo de la Audiencia Provincial, me manda el brigada Espinosa. —Le tiende un sobre sin remite ni destinatario—. A entregar en mano.

—Pues ya lo has entregado. —Busca en el bolsillo unos reales para la propina—. Muchas gracias.

Se retira a un rincón y rompe el lacre que asegura la carta.

Es solo una hoja mecanografiada con la dirección del inquilino de la casa del Malmuerto, como le solicitó; siempre se puede confiar en el buen Espinosa. También incluye una postdata: «Ni rastro de nuestra llorada Diosdada, tenemos que empezar a darla por perdida».

Tampoco puede permitirse pensar en ella, debe concentrarse en lo que tiene entre manos.

Hoy ya no puede visitar a Tadeo Cárdenas Rivero, el hombre que alquilaba unas habitaciones en lo del Malmuerto; lo hará al día siguiente, a primera hora. Por la noche ha convocado a una cena al padre Serrador, a Crisanta y a lo que queda de la Sociedad Mediúmnica, con la finalidad de subirles la moral e informarlos de lo que descubra por la mañana; ya es hora de implicarlos en lo que tiene entre manos.

Lo primero que ve Rublos al pasar la puerta giratoria del hotel Arenal es a Chacón Carter, de pie en un rincón, con una hoja de papel en la mano.

Se encoge e intenta seguir en dirección a la escalera sin ser descubierto.

Y no.

—¿De dónde vienes?

—De dar una vuelta —dice Rublos, pero sin mirarlo.

—Muy misterioso estás hoy.

—Ni yo me entero de lo que hago.

—¿Estás bien?

—Ya te lo he dicho, mejor que nunca.

—Bien. —Chacón lleva demasiados días atiborrándose de problemas para entrar en los mundos de Rublos—. Esta noche te necesito, tengo una cita en un corral de Triana; vendrá también el padre Serrador, pero mientras más seamos, mejor. Es lugar poco recomendable.

—¿No lo puedes dejar para mañana?

—Claro que no lo puedo dejar para mañana.

—Yo hoy no puedo.

—Rublos…

Este ya está subiendo la escalera.

Al llegar al primer piso, los corredores están vacíos; allí comete su error.

Lleva todo el día con la vista fijada en el frente, evitando mirar por el rabillo del ojo. Pero se confía. Y allí está el niño, mirándolo con esa expresión de cólera inextinguible.

Cierra los párpados para hacerlo desaparecer.

No debió volver, es preferible quedarse en la calle, allí encuentra otras distracciones que le permiten mantenerlo al margen.

Se dirige a la biblioteca; hay allí un pasadizo que conduce directamente al exterior a través del piso colindante, también propiedad de la familia. No quiere volver a cruzarse con Chacón.

Pronto no le bastará con salir a la calle para librarse del ser que lo persigue.

Después de varias horas desperdiciadas, Crisanta sale del frontón tal y como ha entrado. Piensa que no se puede ser más mendruga. Solo en las peores novelas policiacas llega el investigador a un lugar en el que no conoce a nadie preguntando por un desconocido y termina marchándose con algún conocimiento que le ayuda a

resolver su misterio.

Se detiene frente al cartel fijado junto a la entrada.

FRONTÓN SIERPES
Sierpes, 11
Despacho de quinielas – Teléfono: 27 450
El espectáculo más emocionante y sugestivo de Sevilla
Completamente moral y deportivo
Todos los días
GRANDES PARTIDOS Y QUINIELAS

Ha parloteado con apostadores, camareros, corredores de apuestas, taquilleras, espectadores habituales e incluso con la encargada de los aseos y, por supuesto, nadie ha sabido darle razón de Francisco Jairo, por mucho que el cura de la iglesia del Valedor le asegurara que era incondicional del establecimiento.

Eso sí, había descubierto un curioso mundo allí dentro, el de las que comenzaron siendo denominadas «señoritas pelotaris» y ahora eran ya simplemente las «raquetistas». Una casta de mujeres independientes que en muchos casos mantenían a sus familias gracias a los ingresos obtenidos golpeando la pelota; era extraño que sobreviviera una actividad de esta clase en medio de la mojigatería impuesta tras la sublevación militar, pero el dinero que movían las apuestas servía para doblegar cualquier escrúpulo.

Crisanta sigue su camino sin prisa, distrayéndose con otros carteles pegados en las paredes.

En el Coliseo España estrenan *Sigamos la flota*, con Fred Astaire y Ginger Rogers.

El cine Ideal, el Hispano Villa-Sol, el Español, el Llorens, el Pathé…

Puede que no estuviera del todo mal ser una mujer casada con una vida estable y las necesidades resueltas, asistir una vez por semana a uno de esos cines, dormir de un tirón por las noches…

Otro cartel, esta vez del teatro San Fernando.

Y debajo, escrito en tiza sobre la fachada, anuncian la representación de la comedia de magia *Laureola*, en el teatro callejero aposentado en la calle Mateos Gago.

Intenta volver a sus cavilaciones de antes, pero se distrae y enseguida está pensando en buscar una curandera que la libere del

niño que la amenaza desde las entrañas. En que sería estupendo disponer de un péndulo con la cuerda lo bastante larga y resistente para colgarse de la lámpara. En lo que disfrutaría cortándole la garganta al capitán Mayordomo.

El capitán Mayordomo mira sin mirar a través de la ventana cómo aparca el coche de policía; sigue tranquilo con su coñac, sin mover un músculo. Últimamente parece que nada le importara. Ha estado tapeando sin rumbo y ha terminado encontrándose con unos conocidos en el café Gayango: Antonio Bahamonde; Juan Tomás, jefe de flechas; Pardo, responsable de prensa de Falange; los aviadores Treviño y Bergali, y el capitán Martínez, de la División. Los escoltas vigilan desde la barra.

—¿Ese no es tu secretario, Manuel? —lo avisa Martínez, señalando al policía que baja del patrullero.

—Lo he avisado yo, ¿no me has visto hablar por teléfono cuando llegamos? —dice Mayordomo, con su coñac.

—¿Pasa algo?

—Nada, que no he podido ir por comisaría y he pedido que me traigan el trabajo a casa.

El policía entra en el local con una carpeta en la mano y Mayordomo se cambia a una mesa vacía junto a la de sus acompañantes y le ordena que se siente a su lado.

Una vez acomodado, el secretario saca unos cuantos folios de la carpeta; el capitán es conocido por sus expedientes de fusilamiento «extraplanos», que constan de una sola hoja, en una cara los hechos y en la otra la sentencia; designaba con «X2» a los condenados y firmaba. Lo importante era abreviar el trámite.

El café Gayango, en Tetuán esquina con Albareda, ha cobrado fama por la calidad de sus productos, ya que el dueño posee también una ganadería de cuyas vacas procede la leche que allí se consume, así que el establecimiento está bastante animado.

Mayordomo debe alzar la voz, pero no parece importarle que los demás se enteren de sus respuestas a las preguntas del secretario, que puntea la lista de los que van a morir esa noche. «Sí, sí. Bien. No, no, este no; este, si acaso, mañana». De vez en cuando, pregunta: «Este, ¿quién es?». Y el policía le aclara: «Aquel que tiene un hermano cojo detenido también». «Sí, este sí». O: «Este es el que

vio usted el otro día, que es gordo y calvo». «No, este no, esperaremos; o, si no, también». Otras veces se le va el santo al cielo y se lleva un buen rato en silencio sin pronunciarse sobre el nombre que acaba de oír, no como si dudara, sino como si tuviera la cabeza en asuntos de más trascendencia.

Los pilotos Treviño y Bergali, a los que se les ha ido contrayendo el gesto, se levantan y se marchan sin despedirse.

Son las diez de la noche.

Como el tiempo se les ha echado encima, Chacón y Serrador han tomado un coche de alquiler para llegar a la calle San Jacinto, donde han quedado con la profetisa.

El director de la Sociedad Mediúmnica es el primero en saltar del vehículo para abonar la carrera. Antes de Queipo, la tarifa oficial era de dos pesetas, pero el general la ha bajado a una, con el consiguiente disgusto de los taxistas.

Cuando se aleja el automóvil, los dos se quedan junto a la entrada sin puertas del corral de Las Siete y Media. Ascensión no aparece.

Se acerca un hombre tan replegado sobre sí mismo que debe sujetarse en las rodillas para soportar la desviación de su columna vertebral; de lejos parecía un anciano (la calle apenas está iluminada), aunque al acercarse comprueban que no pasa de los treinta. Se cuela sin saludarlos por el pasaje cubierto que da acceso al corral y aprovechan para echar un vistazo, pero no se ve nada del interior. Llegan, eso sí, voces coléricas desde el patio, risas punzantes; aquello no es lo que se conoce como una casa de vecinos. Es más, oficialmente, desde que se produjo el derrumbamiento de una de las fachadas, no vive nadie allí.

—¿De verdad se fía de la tal Ascensión? —pregunta Serrador.

—Claro que no, pero no es la primera vez que hago negocios con ella. Ascensión es, digamos, una corredora de sucesos paranormales, no le conviene estar a mal con la clientela.

—Y la otra vez, ¿mereció la pena tratar con ella?

—La otra vez me condujo hasta uno de los fenómenos más asombrosos que he conocido en toda mi vida. —Lo contará; tienen tiempo y se propone ir atrayendo al cura a su terreno—. Me presentó a una familia, o quizás debería llamarla «tribu», en la que

cada miembro alcanzaba una insólita longevidad.

—¿Cómo de insólita?

—Los más jóvenes habían cumplido los ciento diez, los ciento veinte, algo más, y no representaban más edad que usted; los mayores sobrepasaban de largo las dos centenas, pero parecían sesentones en plena forma. —Le da tiempo para el sarcasmo, pero como Serrador calla, sigue con su relato—. Entre hombres y mujeres no sumaban más de quince. Vivían en una granja por la zona de Écija, de lo que ellos mismos cultivaban. Digo vivían porque no sé si siguen allí y les prometí no volver; son una raza nómada que procura cambiar de localidad en cuanto comienzan a levantar sospechas sobre su condición.

—¿Qué clase de gente le pareció? —Para su propia sorpresa, cree hasta la última palabra de Chacón.

—Personas normales, muy humildes, campesinos. Cuando los convencí de que no constituía una amenaza para ellos, me contaron vivencias, me enseñaron fotos y recuerdos. De la razón de su larga vida, ni sabían nada ni querían atormentarse preguntándoselo. No me cabe ninguna duda de que lo que decían era cierto.

—Deberían excomulgarlo a usted por llenarle la cabeza de conocimientos endemoniados a un cura.

—Le he preparado un lote de libros, por si quiere conocer algo más de los temas de los que hablamos últimamente, a través de fuentes serias; mañana se lo llevará el botones del hotel. No se preocupe, los he envuelto bien para que no descubran en el hospital sus nuevos pasatiempos.

—Sería difícil empeorar la mala fama que tengo entre los hermanos de la Santa Caridad.

Los dos quedan en silencio.

Ni siquiera han liado un cigarro hasta ahora.

Uno de esos momentos de extraña intimidad.

—¿Le puedo hacer una pregunta entrometida? —pregunta Alberto Chacón Carter.

—Le contestaré la verdad para quitarle las ganas de volver a hacerlo.

—¿Por qué dejó usted la capellanía de la Legión? —Se arrepiente en el momento de formularla.

—Porque me batí en duelo con otro oficial. Por una mujer. La

suya.

Ahora el silencio es menos denso, los acerca más. Preparan y encienden los pitillos con un estúpido tercio de sonrisa.

—Es posible que la tal Ascensión esté dentro mientras la esperamos aquí —dice Serrador.

—¿Entramos?

Entran.

El interior es lo bastante espeluznante, la noche allí es más irreal, y el olor, asqueroso; hasta la iluminación que procede de unas cuantas hogueras está contaminada por la humareda tóxica de la porquería que utilizan como combustible. El área izquierda está en ruinas, pero entre la profundidad de los cascotes hay destellos de especies que pueden estar vivas. Es preferible no explorar las actividades que tienen lugar tras las ventanas pespunteadas de luz en las otras tres fachadas. En el patio, grupos de sujetos mezcla de mendigos, maleantes y reptiles.

Un anciano sentado en el suelo dice unos versos con su portentosa voz:

> Mi vista me dio pasión,
> vuestras obras amargura,
> y con el pincel de la razón
> yo dibujé la afición,
> vos pintaste la tristura.
> El placer me fue siniestro,
> pesar es por quien me guío;
> y con fe mayor que muestro
> cuando yo me vi más vuestro
> vi el descanso menos mío.
>
> Mas pues la ventura y vos
> contra mí sus bienes tuercen,
> no es mucho hecho, *pordiós*,
> que las tales fuerzas dos
> a mi flaca fuerza fuercen.
> Mas pues el bien es perdido
> y el remedio está cubierto,
> más vale de tal ruido
> salir temprano herido
> que tarde y del todo muerto.

La mayoría les clava la mirada trapera, pero también los hay que se dan la vuelta porque hace mucho que viven en el permanente temor de ser reconocidos.

Chacón y Serrador avanzan demostrando una seguridad que no sienten, es preferible a permanecer quietos. Y enseguida, en medio de la cloaca, descubren una taberna; al fin y al cabo, aquello no deja de ser Sevilla. En realidad, no es exactamente una taberna, apenas una barra improvisada con una tabla sobre dos caballetes y alumbrada por un quinqué, con unas botellas de coñac y de anís sin marca y un montón de vasos sucios.

—Será mejor que tomemos algo para aparentar normalidad —dice el padre Serrador—, no me gusta cómo nos mira el gremio.

—Venga.

Cuando los parroquianos del cuartucho donde expenden bebidas los ven llegar, se retiran prudentemente.

Tras el mostrador, un tipo calvo y sin dientes, con cara de buena persona, se cruza de brazos para recibirlos.

—¿Nos pone dos coñacs, por favor? —dice Chacón.

—No tenemos.

—¿Y esa botella? —pregunta Serrador; al legionario que fue no le gusta que le jueguen con la bebida.

—¿Qué botella?

—Poco negocio harás en la tasca si eres tan corto de vista.

—¿Qué tasca? —No era tan buena persona.

—Y así hasta que me digas: «¿Qué dientes?».

Entonces oyen una impresionante voz a sus espaldas.

—¿Don Alberto Chacón Carter? —El viejo que recitaba a la entrada del corral los espera fuera del garito—. He traído lo que me encargó. Acompáñenme. —Se da la vuelta sin esperar respuesta.

Chacón y el sacerdote lo siguen unos pasos hasta llegar a un claro donde nadie puede oírlos.

Los diversos grupos del patio se han ido concentrando ante la entrada y los vigilan descarados, amenazadores.

—Me envía Ascensión, ella no ha podido venir —explica el anciano.

—¿Está usted al tanto del asunto que nos trae? —pregunta Chacón Carter.

—Eso puede esperar. —No deja de controlar la vecindad—.

Escúchenme, estos creen que son ustedes guardias y me da en la nariz que no piensan dejarlos salir de aquí, ¿me han entendido?

—Lo podemos entender —repone Serrador.

—Bien, ahora les voy a dar unas estampas. —Lo hace—. Examínelas por encima y guárdelas rápidamente.

Apenas hay luz, pero Chacón reconoce a algunas estrellas de cine en los cromos que le han entregado (Herbert Marshall, Sari Maritza y Paul Lukas) antes de guardarlos en el bolsillo de la chaqueta.

—Por supuesto, ellos pensarán que se trata de otra clase de retratos —dice el anciano—, de esos de mujeres casadas con muchos maridos. Ahora deme unos billetes de forma que puedan verlo.

El director de la Sociedad Mediúmnica obedece y la manera en la que el otro arrambla con el dinero no parece parte de la representación.

—¿Cómo me ha reconocido? —pregunta Chacón Carter.

—Yo estaba entre el público cuando usted presentó a esa médium inglesa, Edith Kelly, en la conferencia que dio en el ateneo el año pasado. —Mira incómodo hacia la puerta, donde los curiosos comienzan a dispersarse—. Pero estamos en lo que estamos. Esa gente va a escamarse si ven que mantenemos el charloteo durante mucho tiempo.

—¿Lo ha puesto al corriente Ascensión de lo que buscamos?

—Había un hombre por aquí hasta hace unos meses. El Sortílego, se hacía llamar. —A pesar de su edad, conserva una energía que le hace parecer cualquier cosa menos desamparado; a pesar de sus harapos, nadie lo tomaría por un palurdo; a pesar de sus tapujos, nadie pensaría en él como un rufián.

—Siga.

—Presumía de espiritista y también de tener clarividencias. Celebraba ceremonias en unas habitaciones que tenía cogidas aquí. Por lo que sé, allí se llegaron a realizar sacrificios para atraer a los muertos.

—Habla usted en pasado, ¿ya no viene por el corral? —pregunta Serrador.

—Los vecinos se enteraron y fueron a por él, así que se quitó de en medio. Miren, desde que se produjo el derrumbe, el

ayuntamiento prohibió que aquí viviera nadie. Pero estos descarriados siguen aquí recogidos, porque ¿adónde van a ir? Desde carteristas hasta lo que usted quiera, pero hay ciertas cosas que ni ellos consienten.

—¿Y sabría usted dar con él?

—Sabría incluso llevarlos hasta donde para si me merece la pena meterme en el brete.

—Le merecerá —afirma Chacón, tocándose la cartera por encima de la chaqueta.

—Ya veremos. —Vuelve a mirar alrededor—. Al Sortílego le han ido bien las cosas, se ha corrido la voz de que es bueno en lo suyo y más o menos una vez al mes celebra un conventículo en las antiguas cocheras de los ferrocarriles de San Jerónimo. Allí reúne a un grupo de gentes de posibles y tiene lugar una de sus sesiones. Si me da usted sus señas, yo lo aviso y lo acompaño cuando se organice el próximo, que debe de estar al caer.

—¿Es gente peligrosa?

—Toda la gente es peligrosa.

31 de octubre de 1936

Otra vez, nada.

Crisanta hunde la nariz en el escaparate cegado con cartones de la tiendecita de enmarcado que le indicó el vicario, pero no descubre nada en el interior. Otro callejón sin salida en su búsqueda de Francisco Jairo.

La Alfalfa bulle y rebulle a esa hora de la mañana.

Justamente al lado hay un comercio de tejidos, Casa Asuero, que presume de contar con almacén de pañería y de estar especializado en camisería y géneros de punto. Por preguntar no va a perder nada.

—Buenos días, ¿sabe usted a qué hora abren la tienda de ahí junto?

—¿Viene usted a encargar un marco? —responde, oronda y peripuesta, la que probablemente es la propietaria.

—Pues sí.

—Pues no va a poder ser, está cerrada desde hace tiempo.

—¿Y cómo es eso?

—Que se los han llevado. Al padre y al hijo.

—¿Los han detenido?

—… —Gira la cabeza y entrecierra los ojos para asentir. Con el mismo gesto ha dejado claro que no está dispuesta a darle más detalles.

En la Sevilla victoriosa todo parece normal, pero la tragedia está presente tras cada puerta, tras cada ventana, tras cada persiana bajada.

Crisanta se lo agradece, se despide y al momento está otra vez en la calle sin saber dónde ir. Esa noche ha quedado para cenar con Chacón y su gente, pero tiene por delante un buen número de horas que no sabe cómo ocupar.

Se le han acabado las pistas para encontrar a Francisco Jairo y su tríptico.

Solo puede recurrir al último sitio al que quisiera volver.

Chacón Carter marcha en silencio junto a Rublos por la calle Santa María la Blanca, agotados ya todos los intentos de iniciar una conversación; salió contento del hotel, el chico no había puesto reparos a acompañarlo a visitar al antiguo inquilino de la casa del Malmuerto; tenía la sensación de haber regresado a los viejos tiempos (unas cuantas semanas atrás), cuando ambos emprendían las más insólitas correrías, siempre unidos. Pero enseguida se convenció de que, aunque caminaran juntos, no se dirigían al mismo sitio.

—Es aquí —afirma Chacón.

Su ayudante no responde, no lo mira; en realidad, nunca vuelve la cabeza, lo mismo que si tuviera un problema cervical o que si evitara una presencia que lo acecha, solo visible para él.

Escaleras sucias, puertas mudas, paredes descascarilladas; a medida que suben hasta el tercer piso, aumenta la sensación de abandono.

Tienen que llamar tres veces para que les abra un tipo de unos treinta con los ojos enrojecidos.

—¿Don Tadeo Cárdenas Rivero?

—Sí.

—Buenos días, estamos realizando una investigación sobre el caserón de la calle Arrayán, en el que tenemos entendido que tuvo usted alquiladas unas habitaciones.

—¿Son ustedes de la policía?

—¿Podemos entrar?

Ni que sí ni que no.

Aprovechan el titubeo para abrirse paso y el obligado anfitrión termina retrocediendo.

Cuando echa a andar, revela una leve cojera que explica por qué no está movilizado.

Lo siguen por el corredor de un piso muy antiguo, oscuro y húmedo, casi despojado de muebles; guiados por un fuerte olor a café, llegan a una especie de despacho donde seguramente Tadeo pasa casi todo su tiempo junto a montones de libros apilados en el suelo, una mesa con más volúmenes y una gran pizarra atiborrada de signos incomprensibles. La cafetera, elemento esencial de la

habitación, tiene mesita propia.

Únicamente se ve una silla, así que no hay lugar a cortesía.

—No debe preocuparse, la investigación de la que le hablaba no tiene nada que ver con usted, sino con la casa donde tuvo su residencia.

—Solo pasé dos meses allí.

—¿Por qué?

—Yo… soy matemático, estoy preparando un tratado sobre topología algebraica, necesito tranquilidad para mi trabajo.

—¿Y allí no la obtuvo? —pregunta Chacón.

—Pensé que sí, una casona tan grande era lo que buscaba: un par de habitaciones alejadas de todos y de todo. Pero al final tuve que irme.

—¿Por qué?

—Perdone, ¿ha pasado algo allí? —A la rojez de los ojos se une un continuo temblor del párpado izquierdo—. Mientras estuve, no vi nada que pudiera interesar a la policía.

—Nosotros no somos policías, nos dedicamos a la investigación psíquica.

En contra de lo que temían, no parece extrañarle el anuncio. Tampoco contrariarlo.

Rublos, que ha estado examinándolo desde lejos, le pregunta:

—¿Puedo ver tu piso?

—Claro, pero casi todo lo tengo aquí.

Chacón Carter espera a que Rublos se pierda en el interior para seguir hablando.

—¿Sabe usted que la casa palacio de Arrayán se conoce en el barrio como la casa del Malmuerto?

—Lo sé. Me enteré después de instalarme allí.

—¿Vivía solo?

—Prácticamente. El dueño aparecía de vez en cuando, siempre de noche, y a la mañana siguiente ya se había marchado. Un hombre muy extraño. Apenas nos tratamos —responde con la docilidad de los solitarios que no quieren que finalice la conversación.

—¿Cómo se llamaba el propietario? En el recibo que encontré y que me ha traído hasta usted solo figuraba una firma ininteligible.

—No lo sé. Supongo que debió de decírmelo en alguna ocasión,

pero no presté atención. A mí lo único que me preocupaba era estar a solas, trabajando en lo mío.

—¿Nadie más?

—Cuando llegué, estaba allí su nuera, que vivía en el otro extremo de la casa y no hablaba con nadie, pero se fue al poco tiempo.

Rublos ha regresado y mira los signos de la pizarra como si los entendiera.

—No me ha dicho qué lo incomodó hasta tener que marcharse.

—Tuve una crisis nerviosa. —Aumenta el temblor en el ojo.

—¿Pasó algo que lo llevó a ese estado?

—Fue el exceso de trabajo. —Ha llegado al punto en el que se acaba su locuacidad—. Veía cosas, no lograba concentrarme.

—¿Qué es lo que veía?

—Cosas, no sé.

—¿Un niño?

—¿Cómo lo sabe?

—¿Le dijo algo? ¿Le mostró algo?

—No, nada.

—¿Está seguro?

—Ya le he dicho que nada.

—Tenemos que irnos —dice Rublos.

Los tres se quedan en silencio.

Es cierto, tienen que irse.

—Le voy a dejar una tarjeta mía. —Chacón la coloca sobre la mesa—. Por si recuerda algo o puedo ayudarle en cualquier cosa.

—Gracias. —Ya son los dos párpados los que tiemblan.

En vez de dirigirse a la salida, Rublos se le acerca más de la cuenta.

—No he encontrado lámparas en el resto de la casa —le susurra—, ni una sola cama.

—Nunca paso las noches aquí. Cuando empieza a oscurecer, me voy a la calle.

Otra vez en las inmediaciones de la iglesia de San Luis.

Desde su visita el día anterior al Hospicio Provincial, el brigada Espinosa no ha dejado de pensar en que su director ocultaba alguna información referente al asesinato de Paquito, el niño encontrado

en la fábrica de tapones, alguna información que él fue incapaz de conseguir. Quizás debería habérsela sacado a bofetadas, como en las novelas americanas; pero él era *Puarot*, no el agente de la Continental.

Al día siguiente había quedado para desayunar con un compañero que conocía bien las entrañas de Falange y le había prometido contarle algo de interés sobre el director, aunque debía hacerlo en algún lugar donde no los oyera ningún conocido.

Pero Espinosa se había sentido incapaz de esperar veinticuatro horas y, aprovechando que el día estaba tranquilo en la Audiencia, se había presentado de nuevo en el orfanato.

Vestía traje, corbata, gabardina y sombrero hongo, todo de color gris marengo excepto un chaleco con solapas color gris perla; con semejante equipo, se sentía capaz de enfrentarse a cualquier aventura.

No llevaba un plan definido, brujulear por los alrededores del recinto, asomarse a los bares cercanos, quizás colarse de nuevo en el patio, a ver si encontraba a algún funcionario o religioso dispuesto a revelarle algo de interés.

Cuando llega al hospicio, encuentra a un grupo de diez o doce chicos que conversan, pasan frío y hacen el pánfilo en la acera de enfrente.

Por la carretera vienen dos borricos con las angarillas cargadas de chícharos y patatas conducidos por un chaval de la misma edad que los de la acera; apenas se detiene para mirarlos con desprecio y sigue su camino con su gorra encasquetada, muy pendiente de la carga que vende puerta a puerta.

Miguel Espinosa se aproxima a los chiquillos con la más grave de sus poses.

—¿Cómo es que estáis en la calle?

—Es la hora del recreo —dice uno.

—A los mayores nos dejan salir porque en el patio se está muy apretujado —añade otro.

—¿Sabéis quién fue Charles Dickens? —pregunta el brigada.

—No —corean.

—Había un niño que era alemán, pero se lo llevaron muy pronto a su país —dice el más bajito.

—Dickens sí os conocía a vosotros. ¿Y a Paquito, el de la fonda,

lo conocisteis? —pregunta disimulando el interés.

—Pues claro —responden todos.

—Me han dicho que se escapó —dice Espinosa.

—No.

—¡Qué va!

—Ni hablar.

Están acostumbrados a responder disciplinadamente a las inquisiciones de los mayores, pero el brigada no quiere espantarlos. Se toma un tiempo antes de continuar, la mirada perdida en las alturas; y, mientras piensa en cómo debe dirigir la conversación, lo ve: el director del hospicio lo observa desde un balcón con sus malignas gafas insondables.

En ese momento, se da la vuelta y entra en el despacho.

Miguel Espinosa sabe que debe desaparecer también, pero no se resiste a preguntarles algo más.

—A ver, que yo me entere. Si Paquito no se había escapado, vivía aquí todavía cuando le hicieron lo que vosotros ya sabéis en la fábrica de tapones.

—Pues no —dice uno.

—No que no vivía aquí —añade otro.

—¿Entonces?

—Se lo habían llevado —explica otro más.

—¿Dónde?

—De vez en cuando el director nos encuentra un sitio para vivir —dice uno.

—Un sitio donde nos van a tratar muy bien —añade otro.

—Pues yo lo vi anoche —suelta otro más.

—¿A quién?

—Al Paquito. Me asomé a la ventana y lo vi por aquí, jugando con su gato colorado —declara uno más.

—¿Pero estás seguro…?

El brigada no termina la pregunta. Por la puerta principal del orfanato han salido tres individuos con camisas azules que se dirigen directamente hacia él.

Sin despedirse, esquiva a los niños y cruza la carretera para internarse en la callejuela de enfrente. No quiere mirar hacia atrás, no debe cometer la indignidad de salir a la carrera, pero oye el tamborilear de unos pasos a su espalda.

La solución está en la siguiente calle.

Un taxi a punto de arrancar tras haber dejado una carrera.

Salta al interior ya completamente seguro de que su suerte ha cambiado.

Como la que precisa urgentemente un momento de completa intimidad, Crisanta se cuela en un portal oscuro y extrae el péndulo del bolsillo. Está a un paso de la comisaría, necesita un veredicto negativo de su «guía» para marcharse por donde ha venido, quitarse de en medio, hacerse humo, disiparse como si nunca hubiera llegado hasta allí.

Deja caer el hilo, libera el hueso.

La respuesta es no.

Se golpea el vientre con el puño cerrado y cierra los ojos para no ver al hijo o a lo que quiera que sea aquello que lleva dentro.

Ahora debería limpiar el péndulo bajo un chorro de agua y guardarlo en una bolsa de tela negra al menos durante dos horas para descargar su energía.

Y debería marcharse.

Pero no hace nada de eso; sale del portal y sigue camino a la comisaría. Lo único que quiere es asesinar lentamente a aquel hombre, y debe volver a suplicarle. Se le han acabado las pistas para encontrar a Francisco Jairo y no le queda otro remedio que pedir ayuda al jefe de policía para encontrar el tríptico.

Atraviesa la puerta y se dirige al guardia del mostrador.

—Necesito hablar con el capitán Manuel Díaz Mayordomo.

—El capitán no está.

—¿Sabe usted cuándo volverá?

—Yo eso no lo sé. —Remarca cada palabra: lo sabe todo menos eso.

Crisanta vuelve a salir del edificio.

Nada.

A Manuela no le hace falta música para empalmar una sevillana tras otra. Para bailar le basta con cuatro palmas y que alguien se arranque a maldecir un cantecillo. Hay madrugadas en las que es ella la que se arranca, y dicen que la han visto subida a la mesa de

un bar, completamente desnuda, bailando flamenco del bueno. Acaba de cumplir los quince años y forma pareja con el cantaor Antonio Alameda, gitano de más de cincuenta, que la entremira muy tocado de manzanilla mientras los tíos que llenan la venta se acercan a la niña para decirle de todo al oído.

Son las seis de la tarde y la venta Carretera de Utrera ha cerrado sus puertas. La juerga sigue, pero solo para los de dentro: civiles, militares, caciques, limpiabotas en el más amplio sentido del término, putas, señoritas y más putas.

El capitán Mayordomo se acerca al coplero y se deja caer en la silla de al lado.

Son los únicos que han venido a la fiesta con cara de funeral.

—¿Hoy no cantas, Antoñito?

—Hay mucho jaleo, don Manuel —dice, pesaroso—, eso no es cantar, eso es dar chillidos.

—En estos sitios ya se sabe.

—Y cantaré, don Manuel, cantaré. Para eso me ha traído usted, y yo se lo agradezco mucho, que de algo hay que comer.

—Por mí no te preocupes, no tengo yo mucho interés en que se diviertan estos animales. —Saca dos puros del bolsillo y le entrega y le enciende uno de ellos.

Un sujeto con gafas redondas y chaqueta cruzada demasiado estrecha está volcado con Manuela, que se ha tomado un descanso en el baile; le babea la melena rizada, le propone al oído. Podría ser fácilmente su nieta.

—Es que con tanta bulla me cuesta mucho trabajo —se justifica el cantaor sin dejar de mirarla—; como dice mi compadre Manolo Caracol, «los cantes hay que atacarlos a media voz, que es como duelen».

—¿Eres amigo de Caracol?

No responde. Ha perdido la voz cuando el baboso le ha besado la garganta a la niña, la mano bajando de la cintura.

—El día menos pensado me busco una ruina —dice, muy colorado: la hipertensión y la rabia.

—La ruina ya te la has buscado, Antoñito. Ya te la has buscado.

El individuo de las gafas redondas se separa de la chica, celebra con una risotada su propio atrevimiento y se dirige a los servicios.

Mayordomo se pone en pie y sin más explicaciones se va detrás.

Al fin y al cabo, ha organizado todo aquel tinglado solo para estar unos minutos a solas con él. Sus contactos le han dicho que Rafael Sánchez, contable y hombre de confianza del comandante Juan María Baltierra, es fijo de la venta Carretera de Utrera y que no le costaría liarlo en una de sus francachelas.

Cruza el largo patio rectangular a distancia suficiente para dejarlo entrar en la letrina, le da un par de segundos y se cuela detrás de él con el cigarro puro en una mano y el nueve largo en la otra.

—Está ocupado —dice el ocupante, sin dejar de dirigir el chorro hacia el agujero del suelo.

—Guárdate esa churra asquerosa antes de darte la vuelta que no te la quiero ver.

Cuando el gordito de las gafas circulares se da la vuelta y ve la pistola apuntándole a la frente, está a punto de caerse sobre sus propios meados.

—Pero…

—Tú, calladito. Aquí el que habla soy yo.

Se abrocha la bragueta y escucha.

—Te voy a hablar muy clarito y después te daré dos alternativas, tú verás. —El cañón firme, el tono neutro—. Mira, sé que tu jefe, el comandante Baltierra, me la tiene sentenciada, y como soy un poquito alcahuete, me gustaría saber por qué. Así que ya estás chamullando.

—Yo no tengo ni idea, mi capitán —contesta, con un reguero de sudor sobre las cejas.

—¿«Mi capitán»? ¿Ahora eres del cuerpo?

—Es una manera respetuosa de hablar. —Se seca el sudor con el dorso de la mano—. Yo le juro de verdad que no tengo ni idea de lo que me está diciendo.

—Tú sabes más que Briján.

—Yo solo me dedico a ayudar al comandante con las cuentas de la partida, que ya sabe usted que está limpiando de rojos toda esta zona.

—Y Briján, ¿sabes quién es?

—Yo no. Lo he oído por ahí, como todo el mundo. Pero no sé quién es.

—Pues Briján era un inglés que se llamaba Brian y que vivía por

las minas de Riotinto, para que veas la de cosas que se aprenden a mi lado. —Le da caladas cortas al puro medio apagado hasta reavivar la brasa—. Y de lo de Baltierra conmigo, ¿te vas acordando?

—Si supiera algo, si hubiera oído algo, yo se lo diría.

Manuel Díaz Mayordomo respira intensamente por la nariz y arruga el semblante ante el pestazo de la habitacioncilla.

—Vale, pongamos que te creo. Pero lo que no se sabe se puede aprender, ¿verdad?

—…

—Como lo de Briján.

—…

—Vamos a hacer lo siguiente, te voy a dar dos días. Pasado mañana nos venimos otra vez tú y yo para mear juntitos aquí mismo. Entonces me cuentas aquello de lo que te hayas enterado. Quiero saber qué es lo que tiene contra mí el mamón de Baltierra. ¿Que no te presentas el día dos? Pues no pasa nada. —Intenta fumar de nuevo, pero esta vez el cigarro está definitivamente apagado, así que lo arroja al hoyo—. Yo me vuelvo a Sevilla tan tranquilo.

—…

—Tu hija vive en la calle Pureza, número once, ¿verdad?

—Eh…, sí.

—Tu hija, y su marido, y tus dos nietos, que ya son mocitos.

—Por cierto, que tu yerno es ladrillero en la fábrica de la Cartuja.

—…

—Pues yo no te hago nada, pero una de estas noches se presentan unos señores en la calle Pureza para darles un paseíto a los cuatro. Un paseíto hasta las tapias del cementerio. Ya te digo que yo no hago nada, no tengo ni que abrirles expediente. Los señalo y se acabó. Tú lo sabes de sobra.

—… —No logra evitar los pucheros.

—Bueno, pues hasta pasado mañana.

Mayordomo cierra la puerta cuando sale.

Malditas sean las ganas que tiene de volver a la juerga.

Conoce a la gente y no parece que el contable sepa nada de lo que el comandante Baltierra trama contra él; si es así, se trata de un

negocio privado del jefe de la columna de Utrera, y eso lo convierte en un asunto más complejo.

Sobre el papel, los dos están en el mismo bando, la misión de ambos es acabar con cualquier oposición al nuevo Gobierno del país, cada uno en su terreno. Los caballistas de las escuadras negras son insustituibles en el campo y en los pueblos acabando con la poca resistencia progresista que queda, llegando a donde las fuerzas de la ciudad nunca podrían alcanzar. No son cuerpos oficiales, sino partidas formadas y costeadas por latifundistas o exmilitares que imponen su sanguinaria ley con el visto bueno de las autoridades, incluida la suya. Por eso no puede ni imaginar lo que aquel tipo, al que apenas ha visto unas pocas veces, tiene contra él.

Cuando vuelve a entrar en el salón, todo el mundo está en silencio o murmurando. Antes de averiguar la causa por la que agoniza la fiesta, se dirige al mostrador y le hace una señal al camarero; necesita un coñac, es una emergencia. Ojalá se hubiera podido traer a Crisanta, o al menos quitársela un rato de la cabeza.

Mientras espera que le sirvan, descubre el origen de tanto sigilo; todos están pendientes de Antonio Alameda, que parece decidido por fin a marcarse un cante. Todos lo miran mientras él se come con la vista a la Manuela, los ojos tan tristes como su voz.

A pares y nones
me tienes en vela.
Por *toos* los rincones
te busco, Manuela.

Me huyes de día,
de noche me esperas,
me quitas la *vía*
con tus ventoleras.

Que hoy estás en tus cabales,
que mañana estarás loca,
las mentiras principales
son los besos de tu boca.

—Si me permiten proponer un brindis —dice Chacón, que se pone

en pie con su copa de oloroso en la mano—, quiero parafrasear al gran Conan Doyle en su novela espiritista *El país de la bruma*: «… porque tengamos el suficiente sentido de la proporción como para darnos cuenta de que, aunque parezca que somos nosotros quienes estamos juzgando el asunto, cabe la posibilidad de que sea el asunto el que nos esté juzgando a nosotros».

Todos alzan el vaso, hay un conato de aplauso.

Que se extingue enseguida, así como los comentarios y las sonrisas.

Es la idea que la Sociedad Mediúmnica Sevillana tiene de una parranda.

Lo que queda de la Sociedad; además de su director, están Rublos, que no ha cambiado una palabra con el resto de los asistentes, y los hermanos Galocha, esforzándose por aparentar una normalidad imposible; como invitados externos, unidos al grupo por el descubrimiento de la casa del Malmuerto, el padre Serrador (este sí que no se esfuerza por disimular el aire burlón con el que mira a los demás) y Crisanta, sin duda la más incómoda de todos.

Están en el salón privado del primer piso en la taberna EntreCárceles; después de los entremeses, las espinacas con garbanzos, el bacalao con tomate y los tocinos de cielo, y después de exprimir hasta el agotamiento los escasos temas de conversación, ha llegado el momento de entrar en el tema que los ha llevado hasta allí, y debe ser Chacón Carter quien se encargue de hacerlo.

—Amigos, las circunstancias terribles que hemos vivido últimamente, la disparatada misión que nos han impuesto a Rublos, a nuestro amigo Serrador y a mí mismo y, lo peor de todo, la pérdida de nuestra querida Diosdada —dice, usando la pipa para puntear sus palabras— nos han llevado a postergar cuando no a desatender la investigación fenomenológica que desde el principio despertó nuestro interés en la llamada «casa del Malmuerto». Pero superada la confusión de los primeros días, creo que ha llegado el momento de proseguir con nuestro estudio. —Una chupada a la pipa que nunca enciende—. No olvidemos que hemos encontrado uno de los centros de actividad más desconcertantes de los que yo haya tenido noticia, y nos queda mucho que aprender entre esas paredes. Lo primero sería celebrar una sesión para comprobar si hay algún espíritu dispuesto a guiarnos, pero ya no contamos con

Diosdada, la sensitiva del grupo, así que ese es el primer problema que resolver.

—Si se me permite —interviene el mayor de los Galocha—, tenemos a la señorita Crisanta, que demostró un portentoso talento el día de la incursión en la casa.

—¿Tenemos? —dice la aludida—. Tú estás mal de la cabeza. No tenéis nada. Si estoy aquí es solamente porque haber encontrado el cadáver del niño ese puede implicarme en algo que todavía no sé y no quiero perderos de vista.

—Por eso y porque eres todo corazón —añade el padre Serrador.

—¿Y tú qué sabes de eso?

—¿Yo? Lo que me entero en el confesionario los días que no me quedo dormido.

Se aguantan un momento la mirada. Y terminan sonriendo.

Rublos suspira exasperado y cierra los ojos; da la impresión de que apenas podrá permanecer allí ni un minuto más; no habla, no come, no está.

El director intenta hacerse de nuevo con el control.

—A pesar de su innegable capacidad, Crisanta decidió hace ya mucho tiempo no participar en ninguna clase de diálogo con el otro lado, así que tenemos que buscar ayuda externa, como hacíamos antes de tener a Diosdada en plantilla.

—¿Has pensado en alguien? —pregunta Rafael Galocha.

—He pensado. He pensado. —Examina la cazoleta vacía de la pipa—. He contemplado varias posibilidades, pero las he desechado todas cuando me han dicho que Anita Delgado está en Sevilla. ¿Habéis oído hablar de ella? —Nadie—. Bien, Anita tiene once años, nació con el llamado «manto veneciano» y lleva realizando mediaciones psíquicas desde los ocho con sorprendentes resultados. Son de Algeciras, y su madre se desplaza con ella allá donde se la requiere, a cambio de los correspondientes honorarios, pero, como os decía, ahora viven aquí, así que todo puede ser más fácil.

Acaba de llegar un camarero que no quiere interrumpir y se queda mirándolos con una sonrisa bobalicona hasta que le prestan atención.

—¿Van a tomar algo más los señores?

—De momento, nada, gracias —contesta Chacón, contrariado por la intromisión.

—Yo, sí —dice Crisanta—. Yo tomaré una copa de ginebra.

—Dos —secunda el cura.

—Eso está hecho. —Pero no se mueve—. Es raro oír la taberna tan callada, son los tiempos, claro. ¿Sabe usted que es una de las más antiguas de Sevilla? Estamos sobre la sala del cuerpo de guardia de la antigua Cárcel Real, donde estuvo preso Cervantes y, según se dice, escribió parte del *Quijote*. —Tendrá unos sesenta años, pero habla como si hubiera vivido aquellos tiempos—. Ya sabe, don Quijote de la Mancha.

—No, no lo sabe —dice el director, cansado de la injerencia—, aquí no leemos ficción. Muchas gracias.

El camarero entiende el mensaje y se retira.

—Ya lo has cabreado —dice Crisanta, fingiendo estar enfadada también—. Ahora tardará media hora en subirme la ginebra.

—¿Qué es eso del manto veneciano? —pregunta Serrador.

—Son niños que nacen sin que se les llegue a romper la bolsa amniótica, y es necesario cortarla para extraerlos. Es lo que en medicina se suele llamar «parto velado». Ese aislamiento con el que vienen al mundo les proporciona una serie de poderes muy singulares, y, dependiendo del niño, claro, pueden tener la facultad de curar enfermedades, comunicarse con los espíritus, telequinesis… Queda mucho por estudiar al respecto.

—Y Anita puede hablar con los muertos.

—Los muertos no hablan —afirma Antonio Galocha, muy en su papel—, solo su presencia inmaterial.

—Eso es —dice Chacón—. Me he puesto en contacto alguna vez con su madre para otros asuntos, pero no hemos podido concretar nada, espero que esta vez sea posible. Mañana por la mañana iré a visitarlas a la pensión donde se alojan, ¿quiere usted acompañarme? —pregunta al sacerdote.

Diosdada vuelve a la clínica Victoria Eugenia. Es tarde, pero si alguien le pregunta qué hace allí, aún está a tiempo de hacerse pasar por familiar de alguno de los enfermos en una visita de última hora.

Esta vez sabe exactamente a dónde va y cómo llegar hasta allí, solo espera que el oficial siga vivo, que resista un par de días, no pide más.

Se mueve con soltura por los edificios que forman el complejo sanitario, camina con firmeza; inesperadamente, se encuentra mucho mejor de sus heridas a pesar de no haber recibido más cuidados y de dormir en la calle.

La habitación del teniente sigue en la misma penumbra destinada a prepararlo para el mausoleo que muy pronto le espera.

Sin despegar los labios, Diosdada habla un momento con él. Le dice que en un par de días tendrá todo lo que necesita y harán juntos el viaje. Que Anselmo los espera. Que no se marche sin ella. Que es muy importante.

Están a punto de llegar a la tienda donde vive Crisanta; el padre Serrador se ha ofrecido a acompañarla todo lo caballerosamente que puede dar de sí.

—Sentar la cabeza, obtener un curazgo, hacerme habitual de una tertulia de influyentes…

—… buscarte una sobrina que te cuide —añade Crisanta.

—¡Ah, las abnegadas sobrinas! Cuánto bien le han hecho al sacerdocio.

No es la primera vez que sonríen, los dos han alcanzado el grado suficiente de cinismo para entenderse bien.

Noche despavorida, aceras huidizas, ventanas atemorizadas.

—Otra posibilidad es dejar los hábitos o como se diga —dice al cachondeo— y unirte a la Sociedad Mediúmnica.

—Ya casi soy de la plantilla. Esta tarde me ha llegado un paquete con un millón de libros sobre fenómenos extraños que me ha enviado nuestro amigo Chacón.

—¿Y qué te parece ese mundo que estás descubriendo?

—Me parece que llevo toda la vida viviendo en una Sevilla podrida de secretos y que ni siquiera me había enterado. —Toca hacerse un cigarro, pero recuerda que se le han acabado los papelillos de fumar y deja de buscarse en los bolsillos—. Y tengo la loca impresión de que, contra todo fundamento, los casos que estoy conociendo me parecen completamente ciertos.

Han llegado a la tienda de Crisanta.

Ni dentro ni fuera.

Se quedan en la puerta.

Serrador no ha terminado.

—Es como si antes se me hubiera ocultado esa otra realidad porque era incapaz de comprenderla, pero ahora he presenciado el sufrimiento suficiente para poder compartirla.

—Es raro.

—Muy raro.

—Quiero decir que es raro oírte hablar tan en serio.

—Hay días en los que miento mejor que otros.

—Ya.

Están allí, esperando algo, solos.

El padre Serrador sabe que debe marcharse cuanto antes.

Porque dentro estarían más solos aún.

—Se me ha acabado el papel de fumar, ¿tendrías alguno en casa?

—No —responde, aunque ha estado a punto de ser que sí.

—Pues te dejo, a ver si dormimos un rato.

—Gracias por acompañarme.

—Gracias por hacerme compañía.

Se toca la visera de la gorra y sigue calle abajo.

No se arrepiente de lo que no ha pasado ni tampoco de lo que ha estado a punto de pasar, siempre ha sido así, por eso sigue vivo y en marcha después de haber matado a su mejor amigo, de haber perdido a la única mujer que le ha interesado y de haberle solicitado una excedencia *sine die* al mismísimo Dios.

A los pocos pasos oye el sonido de un motor a su espalda. Cualquier coche es una amenaza a esa hora de la madrugada, tengas o no manera de justificar qué haces en la calle, así que decide cobijarse en la negrura de un portal hasta que pase.

Se trata de un automóvil oficial.

Se detiene ante la puerta de la vivienda de Crisanta.

Del vehículo bajan tres hombres sin uniforme, pero, aunque uno de ellos lleva un subfusil

MP-28

con el cargador horizontal, parecen tranquilos, bromean entre sí, otro se sienta en la acera.

Al momento sale un cuarto hombre que llama a la puerta de la tienda.

El padre Serrador lo reconoce por haber visto su fotografía en los periódicos.

Es el capitán Manuel Díaz Mayordomo.

Cuando al fin abre la puerta tras la tercera llamada, Crisanta asiente y está a punto de sonreír, maldita sea su estampa.

—¿Qué quieres?

—Déjame entrar —exige Mayordomo.

—…

—No me hagas quedar como un mierda delante de mis hombres —dice en un susurro, muy cerca del resquicio.

Crisanta se retira, la noche ya irremediablemente descompuesta.

El capitán entra en la tiendecita y se queda allí, mirando con curiosidad los cuadros, los libros y las figuras a la venta. Está tentado de pasar a la trastienda, pero se decide por sentarse de un salto en el pequeño mostrador.

Cuando habla, lo hace con la voz ronca de muchas horas de alcohol y chulerías.

—¿Estabas dormida?

—Acabo de llegar.

—¿De dónde vienes a estas horas?

—…

—Ya, que a mí qué coño me importa.

—Pues eso.

—¿Tienes algo de beber?

—Agua o leche. Licores no me atrevo a guardar en casa, porque si tuviera a lo mejor nunca salía de aquí.

—Sí, hay que tener cuidado con esas cosas.

Mira alrededor como si de verdad le interesaran el arte y el buen gusto con el que está seleccionado el modesto catálogo.

—Hoy has estado buscándome en la comisaría.

—Me he pateado media Sevilla buscando a Francisco Jairo.

—¿Y?

—Y nada. Ni en el poblado de chabolas, ni en la iglesia donde trabajaba, ni en el frontón por donde paraba, ni en la tienda de un amigo enmarcador… Nada.

—Ya aparecerá. —Está más pendiente de ella que de lo que dice—. En cuanto haga correr la voz en la calle de que voy detrás de él, seguro que me vienen con el cuento. Todo el mundo quiere estar a bien conmigo.

—¿Me lo dirás?

—Si te portas bien, ya veremos. —Se encuentra a gusto allí, mejor de lo que se ha encontrado en todo el día en cualquier sitio—. Pero por ahora no puedo encargarme de ese niñato, tengo otro tema entre manos, algo serio, algo que me puede costar el cuello.

No dice nada, no quiere saber nada.

Se queda allí de pie con su vestido negro, cuanto más cansada, más guapa, los brazos cruzados para ocultar innecesariamente el embarazo.

A él se le caen los párpados.

—Es tarde y estoy reventado, ¿qué te parece si me quedo a pasar la noche contigo?

—Manuel…

Suelta el aire y se deja caer, derrotada, en una de las sillas.

«Manuel».

Es la primera vez que lo llama así.

Sin saberlo, con una sola palabra, ha desactivado el peligro de aquella noche.

Mayordomo baja del mostrador, inexplicablemente contento.

«Manuel…».

—Que te den por culo —se despide con dulzura.

1 de noviembre de 1936

Mientras Meneses va a comprar churros a la calentería de la plaza Virgen de los Reyes, el brigada Espinosa ocupa una mesa de la cafetería de enfrente y pide un cortado para su amigo y un chocolate para él. Aunque es domingo, hay poca gente por allí; el invierno se les ha echado encima y los paseantes esperan a que termine de entrar la mañana para iniciar sus recorridos por el centro. Mejor. Es la primera que vez que se cita con su compañero fuera de la Audiencia, buscando una discreción imposible en los pasillos que comparten cada día.

Adolfo Meneses es fiscal instructor de la Audiencia Provincial, especializado en delitos de menores, y ha prometido revelarle algunas confidencias sustanciosas sobre el director del hospicio.

Ya viene de vuelta con dos cucuruchos en las manos. Sombrero de paja, zapatos de charol y abrigo azul marino hecho a medida, quizás más entallado de la cuenta.

Los dos procuran sujetar sus amaneramientos; tienen los mismos gustos, y, por tenerlos, saben que nunca habrá entre ellos algo más que esta relación que, más que amistad, es una alianza frente al desprecio de los demás.

—Como no sabía cuáles te gustaban, he traído la mitad de papa y la mitad de rueda —dice, sentándose a su lado.

—Me gustan los dos, no te preocupes; espero que no se te haya enfriado el café.

—No, está bien.

—Ya no se puede desayunar en la calle. —El brigada se calienta las manos con la taza de chocolate—. Además, este viento no trae nada bueno.

—Sí que hace frío. —Muerde un calentito—. Pero no había más remedio. De esto no te podía hablar en la Audiencia.

—Te agradezco de verdad la confianza que me tienes.

—No seas tonto, te conozco de sobra. Solo espero que no estés

metido en ningún lío.

—No es nada personal. —Duda—. O quizás sí. Ni yo mismo lo tengo claro. Es mejor que no te cuente nada, no quiero comprometerte.

En plena plaza hay un urinario público, una especie de entoldado con una pantalla horizontal que oculta el cuerpo, pero no las piernas, de los hombres que miccionan en el interior. Cuando los dos funcionarios judiciales se dan cuenta de que están mirando en esa dirección, se revuelven turbados en sus asientos.

—Bueno, yo te digo lo que sé de ese hijo de mala madre. —El fiscal no parece interesado en saber más de la cuenta de ningún tema espinoso—. Tú sabrás lo que haces con lo que te diga. Como sabes, me ha tocado instruir un buen número de delitos de menores.

—Por eso te pregunté.

—Pues bien, durante los procedimientos, el director del Hospicio Provincial, el tal Marcelo Antúnez, ha salido una y otra vez. —Termina el café—. Es un sujeto de la peor calaña… ¿Tú sabes que obliga a los hijos de los fusilados por rojos a maldecir en público a sus propios padres?

—Joder.

—Que los padres serán lo que sea, pero a veces perdemos la humanidad. En fin, vamos al grano. En el transcurso de una de las causas llegamos a la conclusión de que, en al menos dos ocasiones, había traficado con niños a su cargo.

—Estuve hablando con él hace unos días y no me extraña nada lo que me estás diciendo.

—Por supuesto, abrimos un atestado y empezamos a reunir pruebas contra él; la cosa iba bastante bien, teníamos fechas, nombres, testigos, todo. Hasta que un día, de buenas a primeras, nos llegó orden desde arriba de cortar radicalmente con el asunto. —Se golpea la palma de una mano con el canto de la otra—. Aquí nunca ha pasado nada ni nadie sabe nada. Y eso es lo que hay.

—¿Y ese expediente?

—Lo destruimos, no están los tiempos para discutir esas disposiciones, piense uno lo que piense. Ni ninguna otra. —Mira hacia otro lado—. Después me enteré de que Marcelito tiene fuertes agarraderas en la cúpula de Falange.

—El hospicio estaba infectado de camisas azules.

—¿Cómo si no iban a darle ese cargo a semejante inútil? Ahí está su fuerza, pero también su debilidad. —Se acerca al otro a pesar de estar solos en la terraza—. Verás, durante la investigación supe que Marcelo Antúnez sobornó a un oftalmólogo para evitar que lo enviasen al frente.

—Cuando hablé con él, llevaba unas gafas con cristales como culos de botella.

—Yo no sé si ahora ve o deja de ver, las puede llevar para disimular, pero cuando iban a alistarlo veía mejor que tú y que yo. Por eso te decía que en su pertenencia a Falange está su debilidad. ¿Tú te crees que esa gente que se pasa todo el día hablando de morir por los valores de la patria iba a pasar por alto un gesto de cobardía como ese?

—¿Tienes el nombre del médico y demás?

—A tu disposición. Con ese material puedes obligarlo a decirte lo que quieras. —Deja caer la mano sobre su antebrazo; es la primera vez que lo toca—. Pero ten mucho cuidado, Miguel. Mucho cuidado.

«Quisiera ver las calles empedradas de cálices, copones e imágenes religiosas».

Así comienza cada día sus emisiones Radio Hostia.

A veces, con un poco de suerte, Crisanta consigue sintonizar la cadena desde su radio de válvulas, una Philips 736A terminada en caoba, que constituye una de sus posesiones más reverenciadas. Como hoy domingo no debe abrir la tienda y la investigación sobre el paradero de Francisco Jairo está paralizada, acaba de echarse vestida sobre la cama para escucharla.

Aunque todo el mundo sabe que basta un momento de verdadero bienestar para abrirle una brecha al maleficio.

Llaman a la puerta.

Lo primero es apagar la radio; por menos de escuchar una emisora como esta, las fuerzas del nuevo orden se llevan a la gente al castillo de Fu Manchú.

Camino de la puerta, se plantea la posibilidad de que haya vuelto Mayordomo. Tarde o temprano tendrá que sacarle los ojos a ese hijo de puta.

Se asoma por la mirilla, procurando no hacer ruido.

El Cucaracha.

Respira hondo y abre, lamentando no tener tiempo de usar el péndulo.

—*Condiós*, Crisanta —dice con esa forma tan sevillana de saludar como si se despidiera.

—Buenos días.

—¿Puedo entrar? Te traigo una cosilla que te va a interesar.

Se aparta, cierra y después lo guía hasta la trastienda. No es la primera vez que hacen negocios juntos. No se fía de él como no se fía absolutamente de nadie, algo menos, quizás.

Le resulta extraño tenerlo allí de pie, endomingado, con el cabello teñido de rubio y la gorra en la mano, acostumbrada a mirarlo desde arriba en su banquito del Jueves.

Señala una silla junto a la mesa camilla y se sienta a su lado sin ofrecerle nada, ni siquiera conversación.

—Ya va haciendo fresquito —dice el Cucaracha.

—Sí.

—Es que estamos ya en noviembre. —Lo dice como si fuera un descubrimiento de su exclusiva autoría.

—Por todo el mes.

—¿Estás de descanso?

—Preparando facturas y demás. Trabajo administrativo.

—Los pobres tenemos eso, que no paramos ni los domingos. —Deja la gorra encima de la mesa—. Precisamente vengo a traerte faena.

—Dime.

—Verás, ayer se me acercaron unos tíos al puesto, esperaron a que estuviera solo y me preguntaron si conocía a alguien que pudiera mover una obra de arte única, de enorme valor. No me propusieron que la vendiera yo, me verían cara de desgraciado, sino que si conocía a alguien que pudiera manejar un negocio de envergadura. Yo me acordé de ti, claro, que conoces a todo el mundillo.

—¿Qué es lo que tienen?

—¿Tú has oído hablar de la cruz hueca de *Anglasola*?

—Anglesola. Es un pueblo de Lérida.

—Pero qué lista eres —dice, rencoroso por la corrección.

Crisanta ya se ha puesto de pie y se ha acercado a los anaqueles

que cubren una de las paredes para recorrer los lomos con las yemas de los dedos, como si los leyera en braille, hasta dar con el libraco que busca. Lo abre, verifica más que lee y lo devuelve a su sitio.

—¿Te la han enseñado? —pregunta, mirándolo muy fijamente; necesita usar el péndulo lo antes posible.

—¿A mí? Ya te digo que esos piensan que soy una mierda.

—Bien, estamos hablando de una cruz románica de oro y plata, fabricada en Jerusalén a finales del siglo XII, dieciocho centímetros de alto por doce de ancho, pero eso es casi lo de menos. Su verdadero valor consiste en que hace unos años se descubrió que escondía en su interior otra cruz hueca que contiene un hueso humano, entre otras reliquias. En la localidad le atribuyen una serie de… poderes.

—Eso fue lo que me contaron, sí, señora. —Pero va a lo suyo—. ¿Cuánto crees que puede alcanzar en el mercado?

—Un objeto así no tiene costo establecido. Hay que moverlo por los coleccionistas de reliquias acompañadas de leyendas mágicas. Si hay más de un interesado, la subastamos. Es pronto para hablar de un precio. Yo voy a porcentaje. Luego están los vendedores. Y tú.

—Yo me arreglo con ellos, no te preocupes.

Evita mirarlo porque le preocupa doblemente que no quiera sacar una postura de las dos partes.

—¿Te han dicho cuánto piden por la cruz?

—Quieren verte esta tarde para convenirlo. Al parecer, el asunto les corre prisa.

—¿Y por qué no han venido contigo?

—No los he querido traer yo hasta saber si te interesaba, para no ponerte en un compromiso. Además, si no hago más que traerlos, ¿cómo me gano la comisión? —dice con una chorreante risilla.

—Me interesa.

—Pues te esperan a las nueve en la puerta de los Alcázares. He elegido un sitio en todo el centro, por si no te fiabas.

—Claro que no me fío, ¿tú vendrás?

—No puedo, tengo a mi padre malo.

—Entonces, ¿cómo los conoceré?

—Ya les diré cómo eres. No tienes pérdida.

Una vez cumplidas las presentaciones, a vueltas todavía cada uno de ellos con la primera impresión de los demás, intentan encajar los cuatro en el miserable cuarto de la pensión.

Anita, la niña médium, sentada en la cama, la cabeza dentro de una novela de Julio Verne. Su madre, Ana también, asimismo sentada en la cama. Chacón Carter, en la única silla. Y el padre Serrador, de pie junto a la puerta, las manos en los bolsillos del abrigo.

La mujer tiene las tetas demasiado gordas para una habitación tan pequeña, está perfectamente entrada en carnes, parece muy mayor para una hija de esa edad, aunque es la sobresaliente inteligencia de su mirada la que resulta más difícil de sobrellevar en el silencio sobrevenido.

—Recibió usted mi carta, entiendo —dice Chacón.

—No me hables de usted. —Ana se encoge de hombros, resignada a que todos la tuteen.

—Siento no haberte proporcionado muchos detalles, pero no estaba seguro de si ibais a aceptar —explica, un poco acartonado.

—Decías que diriges una sociedad… ¿Quieres a Anita para una prueba de laboratorio o una sesión privada?

—Una mediación psíquica. No vamos a someterla a ninguna prueba.

—Mejor.

—¿Has tenido alguna experiencia desafortunada con algún experimento? Quizás te estoy preguntando de más.

—Estás en tu derecho, eres tú el que paga. Nosotras no engañamos a nadie. —Compone un cuarto de sonrisa y lo deja ahí hasta nueva orden—. Estuvimos en París, convocadas por el Instituto Metapsíquico de Francia. Los organizadores contrataron, para garantizar que no hubiera trucos, a un prestidigitador que examinó a mi niña a fondo, en todos sus orificios. La mantuvieron aislada varias horas antes de las pruebas. La obligaron a oficiar desnuda, delante de treinta mamelucos, para asegurarse de que no escondía ningún instrumento. Cuando comenzó la sesión, estaba tan bloqueada por el pánico que no pudo mover un dedo. Tenía nueve años.

Pasea la mirada del uno al otro, desafiándolos a que justifiquen el episodio.

Después se acomoda en la cama abriendo las piernas todo lo necesario, no va a contentarse con su trabajo de agente artístico.

Anita sigue en *El castillo de los Cárpatos*.

—No te preocupes, intentaremos que la niña esté todo lo tranquila que sea posible —dice Alberto Chacón Carter.

—No os preocupéis, que no me preocupo. No me preocupo porque no podemos elegir. Estamos aquí tiradas, en una ciudad que no conocemos, y aceptamos lo que sea.

—Sois de Algeciras, ¿verdad?

—Nos fuimos porque no teníamos más remedio; aquí tengo un hermano que nos iba a echar una mano, pero lo han detenido. Y ahora, ni para atrás ni para adelante. —Crece la sonrisa.

—Tengo que decir que estoy muy contento de que estéis aquí, me han llegado las mejores referencias sobre Anita. —Ella las da por hecho, no comenta nada—. Necesitamos que nos ayude a desentrañar la fenomenología que hemos detectado en un caserón, aquí, en Sevilla capital. Además del padre Serrador y de mí mismo, solo asistirán tres miembros más de la Sociedad Mediúmnica. Me gustaría celebrar la sesión esta misma noche; a partir de las doce comienza el Día de los Difuntos, que, a pesar de ser una festividad cristiana, aglutina varias tradiciones arcaicas que celebraban ritos este día por los seres que están a medio camino entre uno y otro lado. Por eso es un momento especialmente propicio para el contacto.

—Bien, ya conoces nuestras tarifas.

La sonrisa de Serrador llama la atención de la mujer.

—¿Y tú? Estás muy callado —dice, volviéndose hacia él—. ¿Cuál es el papel de un cura en todo esto?

—Muy parecido al vuestro, solo que a mí no me pagan con dinero, qué más quisiera.

—Pues me parece muy bien, compañero. —Lo mira de arriba abajo.

—Vendré a recogeros a las diez y media —explica Chacón; y a continuación se dirige a la niña por primera vez—. Perdona, ¿quieres que te prepare algo en especial en la casa?

Sigue detrás del libro. No han llegado a verle la cara.

Es su madre la que responde.

—Sí, Anita trabaja en una mesa de madera, una simple, sin

cajones ni adornos, en la que deberéis grabar el abecedario a punta de cuchillo. —Muy profesional—. Nada de güijas ni cosas por el estilo. Con la mesa y un vaso de cristal, cualquier clase de vaso, le bastará.

—Supongo que será una mesa de tamaño medio, a la que podamos sentarnos todos.

—Eso da igual. En las sesiones de Anita los asistentes no tienen que tocar el vaso. Ni ella misma lo toca.

Le sobra el tiempo.

Necesita tierra de muerto, pero, en esta festividad, el cementerio estará repleto de familiares cargados de flores, así que Diosdada ha decidido esperar a última hora para colarse y buscar una tumba abierta.

En su interminable deambular por las calles, ha recogido del suelo un folleto sobre la próxima inauguración del Auxilio de Invierno, el comedor infantil de beneficencia para el que las mujeres de Falange piden donativos por toda la ciudad, y, en cuanto le ha echado un vistazo, ha sabido que era exactamente lo que estaba buscando.

En menos de media hora está en la calle Joaquín Guichot, perpendicular a la plaza Nueva, enfrente del local cuya próxima apertura está anunciada por un cartel pintado a mano.

Hay trasiego de mujeres vestidas con camisa azul mahón que aceptan su presencia con naturalidad cuando entra en uno de los dos locales adornado con un Jesucristo crucificado, un cuadro que representa la santa cena, una bandera de Falange y, presidiéndolo todo, un retrato de José Antonio Primo de Rivera.

La sala está casi vacía, mesas, sillas y aparadores amontonados por cualquier sitio; un grupo de cinco niñas aguardan silenciosas en un rincón, como si fueran parte del mobiliario a la espera de ubicación.

Aquel sitio puede ser su entrada de emergencia en el país de los muertos para llegar a su marido si le falla el plan del hospital de la Cruz Roja.

Con su mejor sonrisa (su única sonrisa), Diosdada se aproxima a la voluntaria, que la mira más desconfiada.

—¡Vaya un trabajo de luchadoras que estáis haciendo aquí! —la

corteja.

—Muchas gracias. —Devuelve la sonrisa y habla con una voz casi infantil—. La verdad es que nos estamos dejando la piel, pero merece la pena. ¿Querías algo?

—¿Querer? No, nada, solo faltaría que os pidiera; lo que me gustaría es ayudar en lo que fuera.

—Bueno, aquí todas las manos son pocas.

—Hace tiempo que quería afiliarme a la Sección Femenina, pero hasta ahora me ha sido imposible.

—Eso, te pasas por nuestra sede en el pabellón Domecq, en el parque de María Luisa, y las camaradas te atenderán encantadas; solo necesitas a alguien que te avale, es muy fácil.

Otra de las voluntarias, que acarrea un par de cubos, está a punto de tropezar con las niñas; no les dice nada, pero basta su mueca de asco para que sean conscientes de que están estorbando y se muden a otra esquina.

—No sabía que ya habíais abierto —dice Diosdada, señalándolas.

—Qué va, si no tenemos ni las cocinas. Pero la gente se entera y nos las envían. Un día, una señora que estaba de visita les compró unos bocadillos y fue nuestra perdición, ahora no hay quien nos las quite de encima.

—¿Son hijas de caídos en combate?

—La mayoría.

Exactamente lo que buscaba.

A Chacón Carter no le gusta conducir, prefiere que sea Rublos quien se encargue de hacerlo, o tomar un taxi o caminar. Íntimamente, se ve a sí mismo como un caballero inglés del siglo anterior, paseando en un carruaje abierto por Hyde Park, investigando en las criptas secretas de la Biblioteca Británica, visitando mansiones de la campiña para desentrañar recónditas leyendas, pero volviendo a Londres con tiempo de dormir en su club. Las manos le sudan al volante del Citroën 7A cuando se acerca al hotel Arenal, tan seguro de que no puede cambiar de época como de que nunca saldrá de esta ciudad.

Estaciona torpemente y está a punto de abandonar el coche cuando reconoce a uno de los dos hombres que en principio tomó

por mendigos, sentados junto a la puerta del hotel. Quizás lo sean. Uno de ellos es el anciano que conoció en el corral de Las Siete y Media, el que venía en nombre de Ascensión y le prometió ponerse en contacto con él para conducirlo al turbador; el otro, un chico andrajoso que le acaricia disimuladamente el muslo. Entre ambos, una gorra al revés con algunos reales, producto de lo que han pordioseado.

Chacón abandona el vehículo y se dirige hacia ellos, un poco embarazado por los que puedan verlo en esa compañía junto a su hotel.

—Dichosos los ojos —dice el viejo, rechazando la ayuda del chico para levantarse.

—Siento haberlo hecho esperar.

—No pasa nada, así he disfrutado de la barriada. Hacía un siglo que no venía por aquí. Antes paraba mucho en un malbaratillo que había por la puerta del Postigo, uno muy antiguo, fíjese que ya lo nombraba don Miguel en *Cortadete y Rinconcillo*.

El muchacho empieza a protestar por el cambio de nombre, pero el anciano lo fusila con una mirada.

—Me alegro —afirma Chacón, mirando a uno y a otro lado—. Por cierto, que la otra noche con las prisas no tuvimos tiempo de presentarnos.

—Su nombre lo sé de sobra —dice con la petulancia de siempre—; en cuanto a mí, puede llamarme simplemente Sampedro, un homenaje al misterioso poeta del siglo xv Diego Fernández de San Pedro.

—Muy bien, Sampedro. Y de lo nuestro, ¿sabemos algo?

—No se preocupe, que ya nos vamos —dice con una risa insolente—, nos esperan para comer en la capellanía. —Vuelve al negocio—. Pues sí, sí que sabemos. Mañana se celebra el conventículo del que le hablé, acabo de enterarme hace un rato. ¿Le sigue interesando?

—Desde luego.

—Pues no se hable más. Será a eso de medianoche, en las cocheras abandonadas de los ferrocarriles, en San Jerónimo, ¿sabe dónde le digo?

—No, pero puedo preguntar…

—El último sitio por el que querría uno pasarse a esa hora de la

noche. —Pensar en aquel lugar le hace flaquear la sonrisa—. Da igual, me pasaré por aquí a recogerlo. A usted y al del otro día, a nadie más.

—¿Cree usted que ese tipo…?

—El Sortílego.

—El Sortílego, ¿puede ser el que busco? Ya le habrá contado Ascensión las características del sujeto.

—Muy pronto lo sabremos; siguiendo con *Rinconete y Cortadillo*, «para todo hay remedio, si no es para la muerte, y el que vuesa merced podrá tomar es, lo primero y principal, tener paciencia; que de menos nos hizo Dios y un día viene tras otro día, y donde las dan las toman».

Hecha la gracia, saluda con una reverencia, toma del brazo a su lazarillo y se larga por donde vino.

Chacón Carter entra en el hotel y, al pasar junto al mostrador, el recepcionista le hace una señal de inteligencia.

—Don Alberto, ¿ha visto usted al pájaro que lo esperaba?

—Lo he visto, Curro, lo he visto.

—Espero no haber hecho mal diciéndole que se quedara fuera, pero ese es un elemento de cuidado, lo conozco de sobra.

—¿De qué?

—Pues verá, no sé si se ha enterado usted de que el Casino de la Exposición, el que está al lado del teatro Lope de Vega, lo han convertido en hospital para atender a los heridos de guerra.

—Algo he oído.

—Pues mi hermana trabaja allí de cocinera y un día que la acompañé por la mañana temprano me encontré a este señor, que salía con otros tres o cuatro limosneros. Me dijo mi hermana que un responsable del centro los dejaba dormir allí. También me dijo que era un elemento de cuidado, usted me entiende.

Como efectivamente lo entiende, asiente y sigue en dirección de la escalera.

Antes de subir, recuerda algo.

—¿Sabes si Rublos está en su habitación?

—Por aquí no ha salido.

Le preocupa Rublos.

Mientras sube en dirección a su cuarto, piensa en que lo último que necesita en estos momentos es que se haya descompensado.

Lleva, o llevaba, más de tres años comportándose con absoluta normalidad, hasta el punto de que casi había llegado a olvidar sus problemas. Casi. Lo conoce mejor que nadie y sabe que está a punto de desmoronarse.

Por debajo de la puerta se escapa una línea de luz artificial, aunque todavía brilla el sol.

No hay respuesta a su llamada.

—Abre, Rublos, soy yo.

Nada.

Repite la llamada.

Empieza a perder la paciencia.

—Hazme el favor de abrir si no quieres que vaya a por la llave maestra.

La amenaza da resultado.

—¿Qué quieres?

Por el estado de su traje, el chico parece haberse acostado vestido; el cuello en bloque para no desviar la mirada, las manos temblorosas y la voz entrecortada terminan de definir el estado en el que se encuentra.

Chacón entra y cierra tras de sí.

Todas las luces están encendidas, las persianas bajadas.

Hay un charco de leche en el suelo.

Las hojas arrancadas de un libro sobre la cama.

—Iba a limpiarlo ahora —se defiende sin esperar la acusación.

—¿Cuántos días llevas sin tomarte el Veronal?

—…

—¿Cuántos?

—Que no lo sé. No lo sé.

—Pues vamos a comprobarlo.

Lo rodea y entra en el cuarto de baño. El suelo y el retrete le tuercen el gesto; ya le ha contado el gerente que hace varios días que no permite que entre la encargada de la limpieza. Sigue su camino hasta abrir los cajones del armario del lavabo. Los revuelve, pero solo encuentra un frasco de cincuenta comprimidos de Veronal sin estrenar.

Rublos, que lo ha seguido, mira las tabletas con el mismo asombro que él.

—¿Dónde está el otro bote de pastillas? —pregunta Chacón, la

voz falsamente calmada.

—Yo qué sé.

—Te traje dos hace poco más de una semana para que tuvieras para una larga temporada.

—…

—Es imposible que te hayas tomado uno entero.

—…

—No querrás que te administre los comprimidos de cada día como si fueras un niño, ¿verdad?

—…

El chico sigue mirando al frente, ahora con los ojos llenos de lágrimas.

Chacón Carter deja caer suavemente la mano sobre su hombro y baja aún más la voz.

—¿No te acuerdas de cómo te ponías antes de empezar a tomar la medicación?

Dice que sí con la cabeza.

Pero Chacón duda que recuerde que asesinó a sus padres cuando aún no había cumplido los diez años.

Con las manos resguardadas en los bolsillos de su abrigo negro, Crisanta intenta disolverse entre las sombras de la muralla del Alcázar, muy cerca de la puerta del León, a la espera de los poseedores de la cruz hueca de Anglesola. Le pareció un lugar seguro para citarse con ellos cuando se lo propuso el Cucaracha, pero la noche ha caído y se ha levantado el viento, el recinto está cerrado y las calles despobladas, como si la gente temiera que la línea del frente pudiera retroceder de un momento a otro y todo saltara por los aires.

Ya ha pasado de sobra la hora del encuentro.

La recomendación del péndulo de que no viniera comienza a cobrar sentido; es posible que aquellos tipos no se presenten, y eso no es lo peor que le puede suceder.

Hoy tampoco ha sentido náuseas; el embarazo avanza y el tiempo se le acaba; debe librarse de…

—Hola, guapísima.

Mal empezamos.

Los dos sujetos se han materializado junto a ella. Grandes,

morenos, muy sonrientes. Uno con boina y otro con una gabardina sobre los hombros.

—Yo no soy guapísima.

—Pero eres Crisanta.

—Anda, que Dios te lo manda —dice el otro.

—Y ustedes ¿quiénes son?

—Los de la cruz de *Englesola* esa o como se diga.

—¿Quiénes vamos a ser si no?

Son gente de campo, con acento cerrado de algún pueblo no muy próximo a Sevilla, ni siquiera saben el nombre de la cruz. Crisanta ya se ha arrepentido de estar allí.

—¿La han traído? —pregunta, entera.

—Yo me la he traído. —A su compañero—. Y tú, ¿te la has traído?

—Yo me la he traído también —responde el de la boina atragantado con la risa.

—Pues nos las hemos traído los dos, pero antes de enseñártelas vamos a dar un paseíto.

Acorralada entre los dos, no puede evitar que el del sombrero tirolés la tome del brazo.

Solo cuando lo tiene encima descubre la pistola oculta con los faldones de la gabardina.

—No mires muy descarado, ¿ves a aquel que está en la última mesa? —dice un comensal.

—¿El que está con las dos pilinguis? —pregunta otro comensal.

—Ese. Es el capitán Manuel Díaz Mayordomo, el delegado gubernativo de Queipo de Llano.

—Ya, ya sé quién es, pero no lo conocía en persona.

—Y los dos que están en la barra con los abrigos oscuros son sus guardaespaldas. Tengo entendido que cena aquí casi todas las noches. Cuando tiene prisa, aquí abajo, y cuando quiere montar juerga con los amigotes, en un reservado que tiene arriba.

Apenas un tercio de las mesas del restaurante Pasaje del Duque están ocupadas, tristeza de domingo por la noche.

—Y tú, ¿lo conocías de antes? —pregunta el segundo comensal.

—De vista, gracias a Dios, solo de vista —contesta el primer comensal—. Pero estuve a punto.

—¿Por qué?

—Hace cosa de un mes quisieron contratarme unos cuantos de mi pueblo para que defendiera a unas aceituneras acusadas de sindicalistas. Las habían detenido los falangistas el 10 de agosto, el mismo día que mataron a Blas Infante, que era amigo de mi padre. Cuando vinieron a verme, estaban presas en el barco prisión Cabo Carvoeiro.

—Y tú, ¿qué les dijiste?

—Que no, ¿qué les voy a decir? Les puse la excusa de que lo mío es el civil y que no llevo casos de derecho penal.

—Yo habría hecho lo mismo. Basta que te señales una vez en un asunto de estos para que te pongan la etiqueta de abogado de rojos y te den el paseo a la primera oportunidad.

—Yo nunca he sido de izquierdas ni de derechas, pero son los tiempos que corren.

—Solo con ir a tu despacho ya te comprometieron.

—Me habría gustado ayudarles, no te creas. Son gente de San Juan, a los que conozco desde chico, pero…

—¿Sabes qué ha pasado con las aceituneras?

—Ese hijo de puta que está ahí sentado firmó la sentencia de muerte de las nueve. Las fusilaron, después de violar a algunas de ellas, en las tapias del cementerio de San Fernando. El 24 de octubre.

—Tengo una venda y un tenedor, ¿los ves? —Se los acerca a la cara—. Una simple venda y un tenedor barato, no necesito más para hacer hablar a los mudos. Soy un mago.

—Este es un mago —constata el de la boina.

Crisanta está amarrada a una silla en el centro del salón de una vivienda abandonada.

Había oído hablar de aquel casón lindante con la muralla del Alcázar, en la entraña del barrio de Santa Cruz, imposible de alquilar o vender desde que su propietaria degolló con un florero roto a su marido.

—¿Qué es lo que queréis?

—Así me gusta, que seas colaboradora y buena, a ver si terminamos prontito. —Ha dejado la gabardina y el sombrero tirolés en un rincón y ahora está plantado frente a ella en posición

militar de descanso, el fijador del pelo brillando a la luz de las velas—. Dime, ¿tú de qué conoces a Francisco Jairo?

—No sé de quién me hablas.

—Pues si no sabes de quién te hablo, tampoco sabrás para qué lo estás buscando por cielo y tierra.

—Ya te digo que no sé quién es.

—Y del tríptico, ¿qué me cuentas?

—Ni idea.

—Es la última vez que te lo pregunto.

—Mirad, no sé lo que os ha dicho de mí el Cucaracha, pero estáis locos si os fiais de él. Os aseguro que es capaz de inventarse cualquier cosa por sacaros cuatro duros. En mi vida he oído hablar de ese tal Jairo.

—Así no vamos a ningún sitio, Crisantita.

—Esta no habla —dice su comparsa.

—A mí se me están quitando las ganas hasta de follármela.

—No te va a quedar más remedio que hacer tu truco de magia.

Los dos se quedan mirándola antes de acometer el siguiente paso, inmóviles más por pereza que por darle una oportunidad de salir indemne.

El viento húmedo que entra por las ventanas sin cristales hace temblar las llamas y a la prisionera.

—Vale, te explico el numerito —dice el del pelo mantecoso—; es importante que te enteres para que salga bien, y sobre todo que no te pongas nerviosa, si es que quieres salir viva de aquí. Te voy a poner este tenedor pegado al cuello, con las púas rozándote la papada. Después voy a fijar el tenedor con esta venda mientras tú echas la cabeza bien para atrás, todo lo que puedas, con un poquito de margen para que puedas hablar. Ya está. Al principio no tendrás problema para mantener la cabeza así, pero al momento te irás cansando y la bajarás. Dentro de nada serás tú misma la que se clave el tenedor.

—Espera…

—No, ahora cállate mientras trabajo.

Se aplica a ello con la dedicación de un profesional; en este tiempo los torturadores están muy cotizados. Huele a sudor, a pan frito y a aguardiente. Se asfixia un poco con el esfuerzo. Aunque a la que de verdad empieza a costarle respirar es a Crisanta, el

vendaje envolviéndole la garganta quizás más allá de lo necesario, el tenedor a punto de clavarse en el triángulo submentoniano.

Intenta mantener la calma.

No sabe quiénes son ni qué quieren aquellos dos tipejos, no cree que decirles la verdad vaya a servirle de algo, pero tampoco está segura de lo contrario. Empieza a agobiarse. Solo intuye que no se lo pensarán dos veces cuando tomen la decisión de matarla como si no fuera nadie. Porque no es nadie.

—Pues ya está, ¿puedes hablar?

—Sí. —El ilusionista llevaba razón, acaban de ajustarle el tenedor y ya nota el cansancio de los músculos del cuello dilatado; no resistirá mucho tiempo.

—Pues vamos a empezar por otro lado. —Se premia por la labor realizada encendiendo un cigarro—. ¿Qué interés tiene el capitán Mayordomo en encontrar a Francisco Jairo?

De pronto, una salida; a Crisanta le basta con oír el nombre de Mayordomo para esbozar una estrategia, no le debe nada a ese hijo de puta.

—Vale, no os quería decir nada del capitán por miedo a que supiera que fui yo quien lo delató, ya sabéis cómo es.

—Venga, habla.

—Fue él quien recurrió a mí. —La voz emborronada por la ligadura, que apenas le permite abrir la boca—. Me contó que el tal Francisco Jairo tenía en su poder un tríptico… de Jan van Eyck, procedente de una iglesia de Lepe…, y que necesitaba… de mis contactos para venderlo. —No puede hablar mucho tiempo seguido—. Jairo estaba preso… y todavía no le había dicho dónde tenía escondido… el tríptico…, pero terminó aceptando llevarnos hasta él. Fue la tarde… que explotó la bomba en la puerta de la comisaría… y Jairo aprovechó para escaparse. —Otra pausa—. Desde entonces no hemos dejado… de buscarlo, pero no aparece por ningún sitio.

—¿Estás segura de que Mayordomo no sabe dónde está?

—Completamente… segura, ha puesto detrás de él… a toda su gente, pero nada.

—¿Y a qué viene ese interés tan exagerado?

—¿Exagerado? No te haces… una idea del valor… de la pintura en el mercado internacional.

—¿Y te ha contado el capitán si sus superiores tienen conocimiento de todo esto?

—Yo de eso… no tengo ni idea. —Comienza a sentir el pinchazo en la piel—. Mira, te he dicho todo… lo que sé, aflójame un poco la venda… y seguimos hablando.

—Calla.

Se pierde en sus manejos.

Los ojos fruncidos.

Artero y cabrón.

—Entonces, comandante, ¿nos la follamos o no nos la follamos? —dice el de la boina.

—Cállate tú también.

Está a punto de abroncarlo por haber descubierto su rango, pero prefiere dejarlo para después y no llamar la atención sobre ello.

Pasea hasta el otro extremo del comedor, se peina el cabello pringoso con los dedos para ayudarse a pensar y vuelve.

—Bien, de esta te vas a librar. Por ahora. Dentro de dos o tres días te buscaremos para que nos cuentes todos los pasos que haya dado Mayordomo detrás del tríptico. Todos. ¿Te has enterado?

—Quíteme esto. —Cada vez le resulta más difícil respirar.

—¿Esto? —Repentinamente recupera el buen humor—. Me parece que lo voy a llamar el número del cuello de cisne, ¿qué me dices? —pregunta a su amigo.

—Hostias.

—Anda, déjale la atadura medio suelta, que se la pueda quitar ella sola, pero que tarde un rato mientras nos vamos.

No tiene ninguna prisa.

Observa la hipertensión cervical, el metal contra la carne, los labios boqueando. Imagina formas de perfeccionar su espectáculo. Cosas de prestidigitadores.

Anita entra en el salón principal de la casa del Malmuerto como si fuera una princesa, seguida de un séquito compuesto por su madre y por Alberto Chacón Carter.

Dentro la esperan de pie el padre Serrador, Rublos y los hermanos Galocha custodiando ridículamente el aparataje con el que pretenden dejar constancia de la experiencia.

No falta el viento que golpea las ventanas como si quisiera

unirse a la sesión espiritista; el cielo está despejado, no hay nubes que arrastrar, y eso lo convierte en una manifestación aún más inquietante.

No hay luz eléctrica en la estancia, así que han dispuesto un quinqué en cada punto cardinal y varias velas en los aparadores y mesitas auxiliares.

A su luz, ven por primera vez el rostro sin rasgos de Anita.

En el centro, la mesa de madera con el alfabeto grabado que había solicitado su madre, rodeada de siete sillas.

—Tú mandas, Anita —dice cortésmente Chacón—, solo tienes que decirnos en qué podemos ayudarte.

La niña se queda mirándolo, como si dudara, la novela de Verne apretada contra el pecho. No es fea, no es guapa, un poco menos y no es.

—Huele a hierbabuena —habla por primera vez.

No le responden porque nadie más percibe ese aroma.

—Nos hace falta un recipiente de barro o algo así —interviene su madre, el abrigo rojo de par en par para mostrar el escote—, un cacharro cualquiera en el que quemar unas ramitas y unas hierbas que traigo.

—Seguro que encuentro algo por ahí —dice el Galocha menor, encantado de ser útil.

El viento aprovecha el intermedio para cargar contra los cristales.

Serrador está a punto de pedir permiso para prender el cigarro que ha liado, pero enseguida enciende una cerilla con gesto de «Que les den por culo».

Anita deja su novela de Julio Verne sobre uno de los aparadores y después se aproxima cansinamente a la mesa para examinarla: un pesado mueble de dos metros de largo y algo menos de ancho en el que han cincelado un tosco abecedario a punta de cuchillo. Por último, se deja caer en una de las sillas.

—¿Cómo debemos sentarnos los demás? —pregunta Chacón.

—Mira, más vale que aclaremos las cosas —dice la madre—, los feriantes no han venido hoy. Lo de Anita es de verdad. No es…

—¿Lo notáis? —dice Antonio Galocha—. Ese olor…

El aroma a hierbabuena es ahora tan apreciable que casi puede tocarse o verse.

Rublos cierra los ojos con todas sus fuerzas.

Las llamas de las velas se doblegan como si el viento hubiera destrozado silenciosamente los vidrios de las ventanas.

Ana sigue hablando como si no ocurriera nada.

—Podéis sentaros, podéis quedaros de pie o podéis haceros una paja, a ella le da igual. Lo único, que durante un ratillo no arméis mucho jaleo, mientras espera. Después, cuando empiece, ya da lo mismo.

El mayor de los Galocha y Chacón se disponen a preparar el magnetófono y la cámara ectoplásmica del doctor Ross; el primero, que hará las funciones de escriba, se asegura de tener a mano un grueso cuaderno y varios lápices con los que transcribir los movimientos del vaso sobre la güija improvisada en la mesa, y el director se cuelga del cuello una cámara fotográfica.

Alto.

Los cuatro hombres se sobresaltan cuando oyen una carrerilla en el pasillo.

Al momento aparece Rafael sin resuello levantando una vasija de barro.

—¿Le sirve esto? —pregunta, entregándosela a Ana—. No encontraba nada que se pareciera a lo que usted pidió.

La mujer lo toma, displicente, se acerca a uno de los veladores, deja la palmatoria con una vela en el suelo, coloca encima el recipiente y vierte dentro unas ramitas y unas hierbas secas que ha sacado de un hatillo que traía en el bolso. Después vuelve a recoger la vela y la acerca al interior del receptáculo. Lo vigila hasta que surge una llamita azulada con un mechón de humo que no logra competir con el hedor a hierbabuena.

Satisfecha, se da la vuelta, recorre unos pasos en dirección a la niña y la vasija estalla en cientos de pedazos.

La vela que aún conserva en la mano se apaga. E inmediatamente todas las demás. Solo queda la luz de los faroles.

No hay corrientes de aire, pero la atmósfera se ha densificado, como si se hubiera producido un brusco cambio de presión.

La mujer y su hija se miran, por primera vez alarmadas.

El magnetófono de alambre se detiene. Por más que Rafael Galocha pelea con los controles, no logra volver a ponerlo en marcha.

Regueros de sudor corren por la frente de Anita; su madre extrae del bolso un frasco de agua de colonia para refrescarla, pero en el tiempo que tarda en verter un poco en un pañuelo se espesa como si fuera mermelada.

Otra vez se oyen carreras en el pasillo; se diría que una patrulla se acerca a toda prisa al salón.

Pero están todos dentro.

Serrador recoge un candil y se acerca a la única puerta de salida. Por la forma en que los mira, es evidente que no hay nadie allí fuera.

—¿No lo habéis visto? —pregunta Rublos, aterrado.

—¿El qué? —dice Chacón Carter.

—En la niña —declara mientras se aleja hacia la puerta—. En su cara. Le ha cambiado. Era el mismo niño cabrón que llevo viendo los últimos días.

—Espera, ¿dónde vas? —Chacón comienza a seguirlo.

Rublos se pierde en la oscuridad del corredor y en el momento en que el director duda sobre la conveniencia de salir detrás de él se da cuenta de que el aparador donde Anita dejó su libro se ha elevado en el aire y ha vuelto a caer.

—Dios —dice Serrador.

Aunque su exclamación no va referida al aparador, de cuyo prodigio quizás no se haya percatado, sino a la pesada mesa donde han grabado el alfabeto.

Que ahora está suspendida a un metro del suelo.

Y subiendo.

Impulsada por movimientos ondulatorios, suaves, indecisos.

Hasta que da la impresión de que encuentra su rumbo en el aire y con un único movimiento gira sobre sí misma y cae en plancha sobre la madre de la médium.

El padre Serrador es el primero en reaccionar, salta para levantar la mesa, al momento ayudado por los otros tres hombres.

Ana, con la falda y la combinación por la cintura, no parece haber sufrido ningún daño grave, quizás una contusión en la cabeza, que se toca con cuidado sin intención de levantarse.

Su hija se ríe por primera vez desde que la han conocido, muy divertida ante la postura de su madre.

A continuación se aproxima al aparador, seguramente para

recuperar su libro, pero la novela ha desaparecido.

2 de noviembre de 1936

Llevan casi trescientos años ejerciendo su labor, así que no es de extrañar que comiencen ya cansados su jornada laboral. Son las siete de la mañana y los dos camilleros del hospital de la Santa Caridad, uniformados con la bata ocre cerrada hasta el cuello y el sombrero de ala ancha, abren perezosamente las puertas para echar al fresco el primer pito del día; el relente mañanero empieza a atacar fuerte, pero ellos están acostumbrados a pasarse el día en la calle, para arriba y para abajo, recogiendo en su camilla con ruedas a cuantos enfermos o mendigos precisan de atención en el centro sanitario.

Deseándose que tarde el primer aviso, salen al exterior para comprobar que hoy ha sido el trabajo el que ha venido en su busca.

No es un cliente cualquiera.

El capellán nuevo, el padre Serrador creen que se llama, está tirado en la acera todo lo largo que es, la sotana hasta las trancas de vomitona y una peste a coñac que tira de espaldas. Se conoce que ha intentado entrar de madrugada y, o no ha acertado con la llave, o se ha quedado dormido en el intento.

Están levantándolo cada uno por un brazo, siguiendo los cánones del socorrismo, cuando el cura vuelve en sí y los mira como si fueran dos asaltantes de caminos dispuestos a hacerle cualquier perrería. Se yergue, se encabrona, se revuelve y se dispone a atizarlos cuando entiende quiénes son y quién es y dónde está.

Mal que bien, sin una palabra de agradecimiento ni una bendición, enfila el pasillo y se pierde en los interiores del hospital.

Es que algunos religiosos tienen muy mal pronto.

Casi se le atraganta al exgobernador la tostada con aceite y azúcar con la que lo malcría la superiora del hospital de la Caridad cuando irrumpe el teniente de la guardia civil.

Las atenciones de sor Mercedes, que no olvida su antigua deuda de gratitud, las visitas de su mujer, que le traía diariamente la comida desde su domicilio, y el silencio que lo alejaba más y más de la represión lo habían llevado a dejarse engatusar por la engañosa sensación de estar a salvo de una justicia inversa en la que los sublevados juzgaban y condenaban a los servidores de la ley.

El teniente viene acompañado de un sargento que puntea un listado cama a cama, enfermo a enfermo. No necesitan que los acompañe un médico que certifique sus impresiones. En aquella sala solo hay desafectos al régimen; si se equivocan, nadie va a reprochárselo.

Cuando los guardias civiles llegan ante José María Varela Rendueles, hablan entre sí sin ni siquiera dirigirle una mirada.

—¿Sabes quién es el pájaro?

—Sí, mi teniente.

—Este está mejor que tú y que yo.

Mientras se alejan, el exgobernador cree oír un sonido metálico, el de los cerrojos de los fusiles del pelotón de fusilamiento.

El único problema que martiriza al brigada Espinosa antes de abandonar su piso en dirección al trabajo es que el traje beis claro que ha elegido sea impropio para esta época del año, pero tras la ventana el día está despejado y en el espejo, rematados por la corbata crema de lunares, la camisa blanca que deslumbra y los zapatos tostados, chaqueta y pantalón le hacen parecer un galán del cinematógrafo.

Con todo ese tonteo ante el espejo se le ha pasado el tiempo y ahora solo le queda el justo para llegar a la Audiencia.

No se le va de la cabeza la información que le facilitó su amigo sobre el director del hospicio, aún no sabe muy bien qué hacer con ella. Quizás sea preferible confiársela a Alberto Chacón Carter, a ver qué opina.

Para colmo, llaman a la puerta.

Se apresura en recorrer los pocos metros que lo separan del vestíbulo con cierto desagrado, a aquella hora no puede permitirse entretenimientos.

No es necesario que siga adelante.

La puerta se abre sola, el marco reventado a patadas.

Tres, cuatro, no sabe cuántos animales, todos con camisa azul mahón bajo la americana, entran en el piso sedientos de sangre.

Da igual que se identifique como suboficial del Ejército español, porque ya lo han derribado y lo están pisoteando por toda respuesta.

—Uno de los últimos temas del orden del día —dice Alberto Chacón Carter, que intenta mantener el tono que emplearía ante una multitudinaria asistencia— consiste en dejar constancia, lamentable constancia, de que hoy, 2 de noviembre de 1936, va a tener lugar la última reunión de The Ghost Club, nuestra sociedad hermana fundada en Londres en 1862. Después de 485 reuniones oficiales y de abordar toda clase de investigaciones más allá de la ciencia convencional con un rigor fuera de cualquier recelo, se ven obligados a cerrar sus puertas. Sus actas serán depositadas en el Museo Británico con la condición de no ser abiertas hasta 1962. Confío en que el mundo sea menos oscurantista para entonces y que nosotros sigamos aquí para conocer sus hallazgos. —Se permite guiñarles un ojo.

Como cada año, la Sociedad Mediúmnica Sevillana se reserva el Día de los Difuntos para celebrar su asamblea extraordinaria.

En la larga mesa de la biblioteca del hotel Arenal, hay dos asientos de honor reservados a Antolina Nassera y Valentín Delgado Alonso, fallecidos en 1932 y 1934, respectivamente, pero ligados indefinidamente a la actividad de la agrupación por pacto *pre mortem*. También está vacío el puesto de la desaparecida Diosdada. Y el de Miguel Espinosa, encomendado a una misión confidencial de la Sociedad. Y el de Rublos, desaparecido desde los extraños sucesos de la noche anterior.

Quedan los Galocha, muy juntos al otro extremo de la mesa, muy cansados, muy mayores, Antonio tomando notas en funciones de secretario.

—No puedo finalizar esta asamblea sin mencionar —dice Chacón, gigante y ridículo—, siquiera someramente, las manifestaciones que vivimos anoche. Dada su naturaleza excepcional, nos queda por delante un minucioso estudio de ellas, así que no voy a aventurar ninguna conclusión prematura. Puedo

adelantarles, eso sí, que me propongo invitar a la pequeña Anita y a su madre a trasladarse durante un periodo de tiempo por determinar a la llamada «casa del Malmuerto». Estando allí permanentemente, día y noche, estoy seguro de que se originarán unas circunstancias idóneas para favorecer nuestro estudio.

Chispea mientras cruza el patio interior de la venta Carretera de Utrera; macetas descuidadas, azulejos rotos y nadie en esta mañana de lunes. Mayordomo se sube el cuello de la chaqueta y silba. El contable del comandante Baltierra ha debido de tomarse tan al pie de la letra sus instrucciones que estará dentro de la letrina, respirando meados mientras lo espera.

Empuja la puerta con la punta del pie.

—Hostia, hostia, hostia —dice entre dientes.

Saca la pistola, desliza la corredera y quita el seguro. Hay al menos tres rincones en el patio donde puede haber alguien escondido, al margen de que la tapia no es muy alta y cualquiera puede saltarla. Se arrepiente de no haberse hecho acompañar de la escolta que ha quedado en el coche.

Al final se decide por entrar en el excusado para compartir orines estancados, mierda seca y sangre caliente con el muerto.

El contable está bocabajo, con la cara dentro del agujero y ochocientos navajazos en la espalda.

La gentuza de las escuadras negras lo ha acogotado para que no le facilite la información que había exigido al hombrecillo, y son tan animales que, con su muerte, han confirmado lo que antes no eran más que sospechas.

Así que ahora sabe que la partida de Utrera, que cuenta con toreros famosos, exmilitares de alta graduación, aristócratas y agarraderas que ascienden hasta el mismísimo Nicolás Franco, quiere acabar con él, pero no sabe por qué ni hasta dónde alcanza la conspiración entre la gente de su entorno.

Tampoco sabe lo que se va a encontrar cuando vuelva a salir al patio.

¿Qué le va a abrir ni le va a abrir ni le va a abrir?

El Cucaracha no está. O está. En cualquiera de los dos casos, se

está muriendo de risa. Y Crisanta acaricia el cuchillo de cocina que lleva en el bolsillo.

Sigue llamando a la puerta, un pañuelo negro como única protección frente a la lluvia. El día gris metálico le hace sentirse aún más sola.

Poco a poco deja de llamar; no sabe qué habría hecho con el cuchillo de haberse encontrado frente a frente con el Cucaracha, puto insecto. La venganza es para los imbéciles. Y no es probable que lograra obligarlo a contar la verdadera historia de los fulanos de la cruz hueca.

Desde que logró desenlazarse de las ataduras, quitarse el tenedor sujeto a la garganta y salir de la casa abandonada, en vez de sentirse liberada, tiene la sensación de estar más sepultada que nunca en una conjura cuya resolución está muy por encima de sus posibilidades.

Aquella gente va abiertamente a por Mayordomo, pero está al tanto de toda la historia del tríptico y de Francisco Jairo. Si la han dejado en libertad es con la intención de utilizarla para cerrar la trampa.

Como espectros, o como remedos absurdos de espectros, aparecen cuatro hombres ataviados al estilo de juglares que pasean un cartel de madera pintado a mano en el que anuncian la representación de *Laureola*, una comedia de magia. En el mayor de todos, Crisanta reconoce al anciano que la impresionó con sus versos en la calle Feria unos días antes. Él no repara en ella, embelesado como está en un chico de rasgos árabes al que, en un alegre arranque, atrae por la cintura y besa en la boca.

Crisanta se marcha, incapaz por un momento de distinguir unas realidades de otras.

—Espero que no lo hayas leído. —Chacón le tiende el ejemplar de *El secreto de Wilhelm Storitz*—. En la librería no tenían *El castillo de los Cárpatos*. De hecho, no tenían más libros de Julio Verne que este.

Anita no responde, pero ya está buscando la primera página.

—Es curioso, porque es uno de sus títulos menos conocidos. Yo lo leí en inglés hace años. Trata, entre otras cosas, de una chica que

se vuelve invisible por accidente y debe acostumbrarse a vivir de esa manera. Te gustará.

La niña también se vuelve invisible detrás de la novela.

En cambio, el vaho de la mañana se aprecia perfectamente con la humedad de la pensión.

—En cuanto a mi propuesta —dice Chacón Carter, volviéndose hacia su madre—, si quieres tomarte un tiempo para pensarlo…

—No necesito pensar nada y me parece que lo sabes. Siempre lo sabéis cuando tenéis la sartén por el mango —contesta, más reflexiva que rencorosa—. Entre lo que nos pagues y lo que me ahorre del alojamiento…, en fin, será un respiro. —Vuelve a abrir la sonrisa—. No te he contado por qué me echaron del colegio donde daba clases, ¿verdad?

—No, no me lo has contado.

—Es raro, porque se lo cuento a todo el mundo. ¡Qué hijos de la gran puta! —Crece la sonrisa—. Otro día, cuando tengas más tiempo. Dime, ¿cuándo quieres que nos mudemos?

—¿Te parece bien mañana? Así tenéis tiempo de ordenar vuestras cosas, y nosotros, de acondicionar una habitación.

—Pues mañana, claro que sí. Nosotras siempre estamos dispuestas a lo que nos entre.

—Perfecto, mañana os recogemos por la tarde.

Chacón se pone en pie, el sombrero en la mano: no ha encontrado ningún lugar apropiado para soltarlo.

—Una cosa. —Ya con la mano en el picaporte—. Es mejor para todos que guardes la máxima discreción sobre esto. Todo lo relacionado con la casa es delicado.

—Todos nuestros asuntos son delicados, querido. Y más ahora, con los militares y los curas en el poder. Además, no conocemos a nadie, así que pierde cuidado.

El director de la Sociedad asiente y sale.

La empinada escalera lo devuelve a todo lo pendiente por resolver y planificar; esa noche debe asistir al conventículo del turbador y no tiene ni idea de lo que puede encontrarse allí.

Oye un taconeo a su espalda.

La madre de Anita baja detrás de él.

—Perdone que lo entretenga un momento, o perdona, que ya nos hemos apeado el tratamiento. Quería comentarte algo de mi

hija. —Curiosamente, ahora que están solos, se muestra mucho más formal.

—Claro que sí. Dime.

—Verás. Anita… ha intentado quitarse la vida tres veces. —Procura sonreír, pero es inútil.

—Vaya, lo siento mucho.

—Sí, bueno. Estas cosas son así. Nadie sabe a qué vienen. A lo mejor ella tampoco. —Al fin logra modificar el gesto, pero aquello no es una sonrisa—. Por eso no he vuelto a dar clases ni a trabajar en nada. Me da miedo separarme de ella ni un momento.

—Lo entiendo.

—Será mejor que me vuelva.

—La cuidaremos, no te preocupes. —Le presiona con cariño el antebrazo—. El bienestar de Anita será nuestra máxima prioridad.

Se pone el sombrero, baja la escalera, sale a la lluvia.

Quiere pensar que lo que ha dicho es cierto.

Intenta cambiar el curso de sus pensamientos para no seguir engañándose.

Sótanos, sótanos, sótanos…

Mientras llora, no tiene que pensar, pero se le están acabando las lágrimas. Sentado en el suelo del calabozo, el brigada Espinosa cae en la cuenta de que hace tan solo unas horas su principal problema era haberse equivocado en la elección del traje.

Se toca las cejas y el cráneo recién afeitados al rape con la yema de los dedos y vuelve a anudársele la garganta mientras recuerda los acontecimientos desde que aquella gente irrumpió en su piso.

La brigadilla lo condujo a la sede de Falange en el pabellón de Brasil sin darle la menor explicación ni responder a ninguna de sus preguntas.

Lo recibió en su despacho un jefe de centuria que parecía tener la cabeza en otro sitio mientras él intentaba hacerlo entrar en razón: enumeró su cargo en la Administración de Justicia, su rango en el Ejército y sus muchos años de servicio, precisando que, desde el glorioso alzamiento, nunca había vacilado en interpretar la ley como una forma de defensa frente a los enemigos de su país. Estaba muy asustado. No sabía si el otro estaba entendiendo que lo único que quería decir era que se encontraba ante uno de los suyos.

Muy flemático, el jefe de centuria solo se dirigió a él para preguntarle, como de paso, si había estado investigando al señor Marcelo Antúnez, responsable del Hospicio Provincial. Miguel Espinosa le contestó que había salido a relucir durante la instrucción del crimen de uno de sus internos en una fábrica de tapones, pero sin ninguna incidencia de consideración.

El titular del despacho asintió varias veces, dejando claro que no había escuchado una palabra, y se dirigió a los flechas que aguardaban junto a la puerta.

—Llevaos a este maricón a la peluquería, que allí sabrán qué hacer con él.

A punta de fusil lo guiaron por los pasillos de los sótanos del pabellón de Brasil hasta llegar a una pequeña habitación rotulada como BARBERÍA. No necesitaba que le aclararan lo que iban a hacer con él, conocía de sobra cómo procedían los falangistas con los homosexuales y las mujeres. Suplicó como no lo había hecho en toda su vida.

Cuando le hubieron rapado a trasquilones cejas y cabeza, la brigadilla, que había pasado el tiempo cuchicheando de sus asuntos, lo devolvió a los corredores, esta vez en dirección a la mazmorra donde se encontraba ahora.

Su única esperanza era que, si planearan llevarlo ante un pelotón de fusilamiento, no se habrían molestado en humillarlo de esta manera; después reparaba en el aspecto que tendría al salir y ya no estaba seguro de querer sobrevivir a todo aquello.

Serrador espera tranquilo en el despacho de su antiguo profesor. Rodeado de aquel desguace de libros, con la única compañía de la enorme caja fuerte que solo se abre con combinaciones bíblicas, cree experimentar por primera vez desde que se ha levantado algún alivio en su dolor de cabeza.

Pero la puerta termina abriéndose para dar paso a Eloíso Fernández Casariche, que entra con el paso lento y titubeante debido a su falta de visión o de interés hacia cualquier visita a esas alturas de su vida.

—¿Quieres que ordene que te preparen un café o que te pidan un furgón ambulancia? —Se acomoda la bata a cuadros y toma asiento con cuidado en su sillón orejero.

—¿Tan mal me ve?

—Yo casi no te veo, pero la gobernanta me ha dicho que me estaba esperando un hombre «con muy mala cara».

—He pasado una noche difícil y apenas he dormido.

—Veo que has seguido mi consejo.

—Al pie de la letra.

—Pues muy mal hecho.

—Vaya…

—Si te recomendé que actuaras con toda libertad no fue para que siguieras mi prescripción como un pardillo. Deberías haberla aprovechado para cumplir con todo rigor las ordenanzas del buen sacerdote del montón y punto final.

—Padre, que no estoy para sofismas.

—¿Entonces para qué estás?

—Necesito confesarme.

—Debería haberte pedido el furgón ambulancia cuando estuve a tiempo.

—Ya.

—¿Estás seguro de que no prefieres confesarte con un estulto curilla de barrio que te dará la absolución a cambio de una penitencia de media docena de bizcochos?

—No, claro que no estoy seguro.

—Bueno, al menos no te has vuelto memo del todo. Anda, siéntate aquí.

Juan Serrador carga con su silla y la coloca perpendicularmente al sillón de su profesor, que lo guía con las manos como si fuera un aparcacoches.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—Veo que sigues manejando algunas jaculatorias.

—Cualquiera de esos curas de barrio me da mil vueltas.

—¿No habrás venido a hablarme de borracheras y faltas al celibato, verdad?

—No, eso se sobrentiende. —Empieza a echar de menos un cigarro, pero, como si fuera un chiquillo, no se atreve a pedir permiso—. Vengo a hablarle de milagros. De milagros laicos.

—¿Has seguido con esos experimentos espiritualistas?

—No se puede imaginar esa otra dimensión que estamos

ignorando.

—Ni quiero. —Suspira, exasperado—. Con un pie en la tumba, es lo único que me faltaba.

—…

—No me dirás que te atormenta estar adentrándote en la circunscripción del diablo o alguna otra sandez por el estilo.

—Pues es a eso a lo que he venido.

—No, no es a eso a lo que has venido.

—¿Puedo fumar?

—No.

Se revuelve en la silla. Ojalá estuviera en la oscuridad de un confesionario. Al final habla únicamente porque qué más da.

—Hace seis meses maté a un hombre.

—Hombre, eso está mejor. —Ahora el suspiro es de alivio—. A eso sí que has venido. Sigue. No tengo ninguna prisa.

—Antes del levantamiento, yo estaba destinado en Dar Riffien, a seis kilómetros de Ceuta, el cuartel general de la Legión. Un recinto enorme, con toda clase de servicios, casi una ciudadela militar, pero muy tranquila en esos tiempos previos a la guerra. Tranquilos hasta que llegó Enrique Varea, teniente como yo.

—Tú eras teniente capellán —precisa severo el profesor.

—No exactamente. En 1932 el Gobierno de la República suprimió el servicio religioso castrense y en 1933 el nuncio apostólico de su santidad lo declara extinguido. Hasta el levantamiento militar, claro.

—Vivo más apartado de la cuenta de todo avatar político. Y tú, ¿qué hiciste?

—Me reenganché al Tercio, conservando el mismo grado. Oficialmente ya no era capellán, pero para todos seguía siendo el páter. Decía misa los domingos y administraba los sacramentos cuando era necesario, pero a todos los efectos era un legionario más. Estaba adscrito como administrativo en el Negociado de Hojas y el coronel procuraba mantenerme al margen de las maniobras y de cualquier fregado, pero…

—Pero no siempre era posible.

—Eso es.

—De modo que esa era tu vida. Hasta que llegó Varea.

—Acompañado de su esposa. Leandra.

—Claro.

—Fui a por ella desde el primer momento. —Se le cambia la cara, no a mejor ni a peor, pero se le cambia—. Y supongo que ella a por mí. Nos escapábamos a Castillejo, un pueblo cercano; nos escondíamos en cualquier sitio, dábamos largos paseos por la playa, una playa de arena blanca que no se acababa nunca.

—Siempre hay una playa de arena blanca.

—Esta historia ya la ha escuchado usted mil veces. Hasta yo la he escuchado mil veces.

—Pero sigue, lo que más me interesa es lo peor, ¿qué pasó con Varea?

—Varea era… un tipo estupendo, todo bondad. Nunca me expliqué qué hacía en la milicia.

—Y se enteró de lo tuyo con su mujer.

—Se lo dijeron, claro, aquello era muy pequeño. Se me olvidó decirle que también era un caballero. Uno de otra época. Así que, muy educadamente, me desafió a batirnos en duelo. Al amanecer, los dos solos, como en las viejas novelas.

—Y tú aceptaste.

—Ni me planteé rechazarlo. Solo pensaba en que con su muerte desaparecía el único obstáculo que me separaba de Leandra.

—Y lo mataste.

—No tuvo ninguna oportunidad. Yo disparaba mucho mejor que él.

—¿Y después?

—Y después todos se enteraron en el cuartel, porque yo nunca intenté ocultarlo. Y ella se enteró. Y nunca ha querido saber nada más de mí.

Un minuto para fracasar en el intento de ordenar sus pensamientos.

—A partir de ahí, pasaron unos meses que no recuerdo con mucha claridad; me pasaba el día llenando un vaso detrás de otro, esperando terminar ante un pelotón de fusilamiento. Pero ni al Ejército ni a la Iglesia les interesaba que trascendiera un asunto como ese.

—…

—Ya está.

—…

—Cuando me di cuenta, volvía a ejercer más o menos como sacerdote en el hospital de la Santa Caridad.

Fernández Casariche elige con cuidado su siguiente pregunta.

—¿Te has arrepentido en algún momento?

Serrador no necesita ni una décima de reflexión para responder.

—Lo único que he lamentado desde entonces es que ella no fuera capaz de aceptar aquello…, de aceptarme después de aquello.

—Ya sabes que si no hay contrición, no puedo absolverte.

—Claro que lo sé.

—Aun así, comprendo que hayas venido. Hasta tú y yo necesitamos hablar con alguien alguna vez.

—…

—¿Recuerdas cuando estudiamos a Schopenhauer?

—Algo recuerdo.

—Tú qué coño vas a recordar ni recordar. Pues bien, Arturo Schopenhauer decía: «Si queréis tener siempre a mano una brújula segura a fin de orientaros en la vida y considerarla sin cesar en su verdadero aspecto, habituaos a considerar este mundo como un lugar de penitencia, como una colonia penitenciaria». —Sus siguientes palabras son las únicas que parecen proceder más de un amigo que de un profesor—. Creo que has convertido tu vida en una de esas colonias y siento de verdad no conocer la manera de sacarte de ahí.

—Ya lo sé. De verdad que ya lo sé.

—…

—Pero fíjese que sí recuerdo otra máxima de su amigo alemán: «La religión católica es una instrucción para mendigar el cielo, que sería demasiado incómodo merecer. Los clérigos son los intermediarios de esta mendicidad».

—Y ni tú has venido a mendigar ni pretendes que yo lo haga en tu nombre.

Frente a la puerta de su casa, la llave ya en la mano, Crisanta mira hacia atrás una vez más para asegurarse de que nadie la acecha.

Hace un buen rato que los grises se convirtieron en negros.

Lleva toda la tarde buscándole las esquinas a aquella asquerosa ciudad, imaginando que se le abalanzan perseguidores imaginarios desde cualquier rincón, asfixiándose, utilizando el péndulo como

brújula, segura de que a cada paso que da en el asunto en el que se ha trabado, más acorralada está, y cuanto más acorralada, más necesario será que siga adentrándose en él para poder salir.

Abre, entra y cierra con dos vueltas.

Sin venir a cuento (siempre viene sin venir a cuento), recuerda al hijo que lleva en el vientre, como esa mala enfermedad que una no quiere nombrarse.

Enciende la luz.

—No te asustes.

Francisco Jairo.

Enmarcado por la entrada a la trastienda.

—¿Cómo has entrado?

—Durante un tiempo fui aprendiz de un cerrajero. Tu puerta la abre cualquiera.

—…

—Me voy en un momentito. Perdona. Tenía que hablar contigo.

Se abraza mientras habla. Es mucho más viejo que hace unos días. Está sucio, le cuesta centrar la mirada y habla más alto de la cuenta; un reguero de sangre reseca le corre desde la oreja izquierda hasta el cuello.

—No grites —dice Crisanta.

—Lo hago sin darme cuenta. La explosión me ha reventado un tímpano.

—Ven.

—No me puedo quedar mucho tiempo.

La sigue cojeando a la trastienda; una de las alpargatas está destrozada, recuerdo del pisotón del capitán Mayordomo.

En la mesa hay restos de pan, salchichón y una cáscara de un huevo al que ha practicado un agujero para sorberlo crudo.

—Perdona, pero estaba muerto de hambre.

—Siéntate. —Ella también lo hace—. Te he buscado hasta debajo de las piedras.

—Todo el mundo me está intentando cazar como a una rata.

—¿Quién es todo el mundo?

—Pues todo el mundo: los guardias de Mayordomo, mis camaradas, que piensan que los he traicionado, los compradores… Todos.

—¿Los compradores del tríptico?

—Sí.

—…

—Lo único que sé es que, no sé cómo, pero se han enterado de que yo estaba en tratos con vosotros. —La mira con rencor—. Vosotros me obligasteis, pero eso a ellos les da igual.

—No llegaste a decirnos nada.

—Porque estalló la bomba. Que no sé cómo sigo vivo. Si no llega a ser por el coche, que me resguardó, no lo cuento.

—¿Quiénes son esos compradores, Francisco?

—Yo no he tratado directamente con ellos, lo hice a través de… un intermediario.

—¿Ya estamos otra vez? —dice, hastiada.

—Te juro que yo no estaba presente ni sé el nombre de ninguno. Lo único que sé es que eran un cura, un torero y un comandante.

Un comandante.

Crisanta vuelve a verse en la casa abandonada con el tenedor en la garganta y uno de aquellos dos bicharracos preguntándole al otro: «Entonces, comandante, ¿nos la follamos o no nos la follamos?».

—Y en el caso de que los encuentres —dice Jairo—, ¿cómo vas a obligarlos a que te den el tríptico ese? Esos no se andan con tonterías, son gente peligrosa.

—Yo no obligo nunca a nada a nadie, pero les haré una oferta que no podrán rechazar. Esos mamarrachos no tienen mis contactos ni idea del dinero que se puede conseguir por algo así. Pero empecemos por el intermediario, Francisco.

—No, empecemos por otro sitio. Ya te he dicho que tengo detrás de mí a toda Sevilla. Tienes que ayudarme.

—¿Qué quieres?

—Tienes que quitarme al capitán Mayordomo de encima. —Lo trae muy pensado—. Tú tienes mano con él. A partir de ahora, trataré solo contigo.

—No va a ser fácil, pero puedo conseguirlo.

—No, no me vale con tu palabra. —Vuelve a levantar demasiado la voz—. Necesito un papel del capitán dándome por muerto. En cuanto lo tenga, te digo quién es el intermediario.

—Pides mucho.

—Es que todos quieren matarme. —Las lágrimas saltadas—.

Tengo que ir saliendo de todo esto.

—Vale, tranquilo. Hablaré con él. Mañana mismo te digo algo. ¿Dónde nos vemos?

—Pasaré por aquí de madrugada. —Se pone de pie—. No cambies la cerradura.

—¿Tienes donde esconderte? —Lo sigue hasta la puerta.

—Más o menos —contesta, disponiéndose a abrir.

—Escucha. —Lo toma por el brazo—. Si jugamos bien todo esto, podemos salir con un dineral. Y libres de toda esta mierda.

—Ya veremos.

Abre.

Sale.

—¡¡Alto!!

El vozarrón resuena en medio de la noche muerta, pero no más que los fusiles al montarse.

Una docena de hombres encañonan a Francisco Jairo; entre ellos, varios guardaespaldas del capitán Mayordomo: el tipo de las gafas amarillas, el Soldadito y el árabe.

Jairo ya está en el suelo rodeado de cuatro policías que lo amansan con patadas y pisotones antes de colocarle los grilletes.

El detenido intenta volverse para mirar a Crisanta.

Mayordomo ni siquiera se ha tomado la molestia de aparecer.

«… cada trago le pasa por la garganta como un aviso de que es preferible perder la vida a seguir tragando aquella sustancia…».

El jefe provincial de milicias de Falange había apoyado la pistola en la sien de Espinosa y le había ordenado que bebiera sin rechistar hasta la última gota del enorme vaso.

«… el aceite es insoportablemente denso, oscuro; lo va sintiendo entrar con la certeza de que nunca será el mismo después de que haya recorrido su sistema digestivo…».

Cuando los flechas lo recogieron del calabozo de los sótanos del pabellón de Brasil con la advertencia de que se dirigían al botiquín, el brigada supo lo que iba a ocurrir; lo había oído muchas veces, era el tratamiento habitual que los falangistas reservaban a las mujeres y a los homosexuales: raparles el pelo y hacerles beber aceite de ricino para divertirse contemplando cómo se les soltaba el vientre mientras regresaban andando a su casa.

«… es curioso que en las últimas gotas de la asquerosa pócima ya ni siquiera aprecie el finísimo amargor, tiene tanto miedo, se siente tan humillado, que todo empieza a darle igual…».

—Muy bien, ¿ves que no era para tanto? —El jefe de milicias baja la pistola y sus hombres corean la broma—. Si es que los maricones sois muy delicados.

—¿Pueden darme un poco de agua? —Tiene la lengua pastosa, le cuesta hablar. Empieza a notar los primeros movimientos en las tripas.

—No tenemos agua, se nos ha acabado. —Más risas—. Ea, pues ya te puedes ir a tu casa. Pero a patita, ¿eh? Nada de taxi, que te iremos vigilando. Quiero que mientras te vas cagando por el camino en ese traje clarito tuyo tan mono vayas pensando en las consecuencias de meterse con un camarada de Falange.

—…

—Venga, ¿a qué esperas para irte? Que los maricones me dais mucho asco.

El brigada Miguel Espinosa se dirige a la puerta.

Lo de los intestinos es ya más que un movimiento.

Al abrir vuelve a oír aquella voz.

—Un momento, ¿es que no nos vas a dar un «Arriba España» antes de irte?

Mientras recorre invisible el hospital de la Cruz Roja, Diosdada solo piensa en Anselmo, su marido muerto en el frente; mientras preparaba todos los elementos de la ceremonia, solo pensaba en Anselmo; mientras respire, solo pensará en Anselmo.

Su única obsesión es establecer contacto con él, y está dispuesta a lo que sea por conseguirlo.

Por suerte, la noche despeja los pasillos y llega sin contratiempos a la habitación que busca, cierra tras de sí y deja el macuto en el suelo.

Cuando al fin mira con atención al muchacho, descubre disgustada que se encuentra algo mejor desde que lo vio la última vez: la respiración es más estable y la mira con los ojos ahora entrecerrados, incluso se diría que intenta comunicarse.

Solo Anselmo.

Se acerca a él como si pensara acomodarle la cabeza sobre la

almohada, pero la arranca de un tirón y la usa para asfixiarlo. Mientras presiona, se entretiene examinando la guerrera que descansa sobre el respaldo de la silla, las dos estrellas de seis puntas, la medalla prendida en la pechera. No tarda demasiado. En cuanto se cerciora, se pone inmediatamente con los preparativos.

Lo primero es descolgar el cuadro de la pared (no sabe qué santo es, todos son lo mismo para ella) y colocarlo invertido en la mesita de noche.

Con la tierra de cementerio que va dejando caer de una talega dibuja un círculo alrededor de la cama.

Abre el saquito en el que trae al gato que había enterrado en las ruinas de la cárcel del Pópulo y apenas soporta la vaharada de putrefacción, pero es eso lo que necesita; da igual qué animal muerto sea, lo que atrae a los espíritus es el mal olor.

Por último, un cacharrillo de barro con el «perfume de la luna». Lunes, luna, de noche, Día de los Difuntos. Todo confluye para que la evocación salga adelante.

El perfume se lo han preparado hoy mismo en una herboristería secreta, según la fórmula que su suegro extrajo del grimorio del papa Honorio: hojas secas de lirio
(1 g),
flores secas de nenúfar
(5 g),
alcanfor
(5 g),
almizcle
(1 g),
flores secas de naranjo
(5 g),
mirra
(5 g)
e incienso
(5 g).
Una vez abierta la vasija, deja caer su contenido hasta cubrir por entero el rostro del difunto.

Solo le queda usar la silla para bloquear la puerta del dormitorio.

Necesita que esta vez salga bien, tiene que encontrar el resquicio

para pasar al otro lado, el rastro que la lleve hasta Anselmo.

Pero en cuanto entra en el círculo de tierra, en cuanto cierra los ojos, siente que esta vez tampoco va a conseguirlo.

Con las uñas clavadas en el volante y los ojos en la noche, Chacón maldice aquel vendaval que zarandea el coche, que no trae ni aleja la lluvia, que no sirve para nada excepto para corear las estúpidas agudezas y las indicaciones sobre el itinerario del viejo repantingado en el asiento de atrás.

—¿Sabe usted conducir? —pregunta el dueño del coche al padre Serrador.

—A los curas solo nos enseñan inutilidades. —Son sus primeras palabras en toda la noche.

—Yo sí sé —informa Sampedro—. Si tiene usted algún problema, conduzco yo.

—No hace falta, gracias.

—Pues tenga cuidado, no nos vayamos a comer a esos desgraciados —dice con una carcajada.

La oscuridad se ha mezclado con el polvo arrastrado por la ventisca, creando una especie de niebla que no permite ver a unos metros. Han estado a punto de salirse del carril y embestir una agrupación de casuchas adosadas al borde la cuneta. La luna es una cuchillada inservible en el cielo.

—Esto está lleno de poblachos como ese —diserta el anciano—. A mediados del siglo pasado se comenzó a tirar el trazado ferroviario y se situó en esta zona el empalme de las líneas Sevilla-Cádiz y Sevilla-Córdoba con el consiguiente crecimiento de talleres, depósitos de carbón, almacenes de mercancías… Todo esto atrajo poblados fantasma, producto de la emigración rural, como el que acabamos de pasar. —Se interrumpe—. Atento, baje la marcha. Ahí, esa desviación a la derecha.

Esa desviación, carente de señal alguna, los lleva a una vía pavimentada únicamente con el asfalto de las pesadillas.

Chacón Carter conduce con el cuerpo muy adelantado sin perder de vista el haz de los faros, gotas de sudor resbalan por su frente a pesar de la baja temperatura en el interior del vehículo.

El viento pone y quita el camino.

—¿Conoce usted personalmente al tal Sortílego? —pregunta

Serrador.

—Personalmente, no. Y mira que me interesan estos temas. Pero cada vez que lo he intentado, sus compinches me han negado la entrada.

—¿Tienen algo contra usted?

—Puede ser. —Siempre esa risilla—. Pero yo aparezco y desaparezco, como los espíritus.

—Espero que eso no nos provoque hoy alguna dificultad —dice Chacón, preocupado.

—No, lo de hoy es multitudinario, ni se enterará de que estoy aquí. Y digo aquí porque ya estamos.

No se distinguen nada más que sombras alrededor.

El viejo comienza a tocar las palmas por bulerías.

Y un segundo después, ahí está: los restos del enorme hangar, al hundírsele el techo, dan más bien la impresión de ser un fortín en ruinas en medio de la nada. En la puerta, señalada por una candelona, guardan fila los últimos en llegar.

El viejo termina el palmeo con un redoble y anuncia:

—Esta noche se respiran los muertos.

Chacón se dirige hacia una explanada en la que se amontonan desordenadamente un gran número de automóviles.

—Espere, si tenemos que salir por las malas, ese aparcamiento puede ser una ratonera. Es mejor que deje el coche por aquí mismo —advierte Serrador.

—Hágale caso a su amigo, que es más avispado que usted —añade Sampedro, que sale al exterior en cuanto se detienen.

Mientras avanzan hacia la puerta guiados por la fogata, el viento es más recio, más húmedo, más malo.

Alberto Chacón Carter piensa en que, si ocurriera cualquier cosa, no tendrían a quién pedir ayuda.

Caminan sobre unas vías de tren semienterradas que los llevan como si estuvieran predestinados a entrar allí dentro. No hay vuelta atrás.

—Son cincuenta duros por barba —saluda uno de los dos malencarados porteros; su compañero se apoya en una larga estaca con la que seguramente da el cambio de los billetes.

Dentro.

Algunas hogueras a lo largo del perímetro aportan una

iluminación espectral e insuficiente.

La ausencia de techumbre provoca una sensación de frío superior a la del exterior. Aunque hay un buen número de personas, el recinto es lo bastante grande y oscuro para que se pierdan en el interior. Las mujeres llevan subidas las capuchas de los abrigos, y los hombres, los cuellos, los sombreros encasquetados; no hay rostros, pero está clara la clase social a la que pertenecen, la única que podría permitirse aquel tipo de pasatiempos.

Cuando se dan cuenta, Sampedro ha desaparecido.

—¿Ha visto dónde se ha metido? —murmura Serrador.

—Me he distraído un momento y ya no estaba.

—Esto no me gusta.

—Ya.

—¿Ha traído algún arma?

—Ojalá lo hubiera hecho, ¿y usted?

—Un escapulario de san Matías.

No dejan de moverse mientras hablan.

Aquello es una verbena inversa en la que todo el mundo espera amedrentado a que empiecen las atracciones.

Han debido de dar por terminada la admisión de asistentes, porque ven pasar a los dos porteros y a la estaca en dirección a una caseta guardada por más gente avinagrada.

Aunque abundan las parejas, también hay algunos grupos, y en uno de cuatro reconoce Chacón al chico que acompañaba a Sampedro el día anterior, cuando lo esperaron sentados en la puerta del hotel; ni por su forma de vestir ni por el desparpajo con el que se pasean parecen tener nada que ver con el resto del público. El viejo sigue desaparecido.

Chacón y Serrador han ido aproximándose a la caseta, rodeada por cuatro o cinco tipejos que mantienen lejos al gentío.

Las corrientes de aire los informan de que las paredes están derruidas en algunos puntos: eso es bueno y es malo, porque, aunque puede proporcionarles alguna posibilidad de fuga, nunca podrán estar seguros de quién acaba de llegar o por dónde.

La puerta de la caseta se abre.

Una completa oscuridad desvanece el interior.

No es necesario declarar que todo está preparado para el conventículo.

Muy dificultosamente sale del interior un hombre extremadamente escuálido apoyado en dos muletas; a pesar del canotier y del traje de buen paño, hay algo en las formas o en la conjugación de colores que hace pensar en un disfraz. No medirá mucho más de metro y medio.

Los suyos le abren sitio a empujones y moldean a la concurrencia hasta formar un largo pasillo por el que el Sortílego pueda avanzar y retroceder con libertad.

La luz de los fuegos decrece para favorecer la danza de las almas en pena.

El Sortílego inaugura el conventículo.

—Ya sé que han venido ustedes para hacerme consultas muy concretas, pero eso a mí me da igual, yo les diré lo que me venga en gana. —Tiene una voz grave y angulosa—. «Ellos» se comunican conmigo y conocen a algunos de ustedes. Y como «ellos» no están trabados por el tiempo ni por el espacio, pues saben cosas de algunos de los presentes. De otros no. Se acabó. No necesitan que les explique nada más.

Nace una protesta que se dispersa cuando comienza a andar entre las dos filas flanqueado por varios de sus hombres.

Renace el viento.

Se detiene ante un sujeto con porte militar y le entra la risa.

—Tranquilo, hombre, tranquilo, que nadie se va a dar cuenta de que llevas dos estampitas de la Virgen escondidas en los calzones.

El referido no dice nada, procura no hacer ningún movimiento, que es la única fórmula que se le ocurre para convertirse en el hombre invisible; el Sortílego sigue adelante.

—El dinero de tu abuelo está en tu casa, enterrado debajo del baúl que hay en el hueco de la escalera —le dice a otro que parece haber elegido al azar—, tendrás que levantar la solería. Pero no te hagas ilusiones, que no llega a las mil pesetas.

La muchedumbre se agita y surgen preguntas que a veces son gritos desesperados: «¿Dónde está mi Damasa?», «¿Voy a curarme?», «¿Es feliz el Antonio?»…

El Sortílego no los mira, intenta acelerar el paso, pero tropieza con los raíles y cae de frente sin tiempo de soltar las muletas para protegerse el rostro.

Hay un susurro que se extiende entre la gente, no es fácil

distinguir si de regocijo o consternación.

Sus acompañantes tardan unos minutos en levantarlo y recomponerlo. Mientras, siguen brotando interrogaciones anónimas.

—Esto es una estafa barata de *cabaret* —musita Serrador.

—No parece muy serio, no —secunda Chacón.

—Está claro que los adivinados son ganchos pagados al efecto. Lo único real es el morrazo que se ha dado.

Rechazando los cuidados de sus ayudantes, avergonzado y furioso, el Sortílego sigue su camino, apuñalando el suelo con los bastones. No le preocupa la sangre que le asoma por la nariz, y cuando le entra sed de la sangre de los otros se detiene, rebana alguna garganta y continúa.

—Vosotros ya tuvisteis vuestra oportunidad —le dice a una pareja de mediana edad—. Nunca vais a tener hijos. Si no llegas a abortar por la paliza que te dio este, tu hija tendría catorce años.

La mujer oculta la cara entre las manos, da media vuelta y se marcha, seguida por su marido.

—¿No queréis saber nada más, idiotas? —los increpa mientras se marchan—. ¿Os da todo igual? Tened cuidado con las furgonetas pintadas de verde…

Sigue airado su camino.

Sin apenas detenerse, le grita a una muchacha: «Es el número trescientos cuarenta». Un poco más allá, a un anciano: «Se murió de hambre». Y al pasar a la altura de Chacón y Serrador, le dice al sacerdote sin mirarlo ni detenerse: «Volverás a ver a Leandra dos veces, ni una más».

Más atento al suelo que a los que lo rodean, el Sortílego sigue caminando y repartiendo predicciones, pero durante unos segundos el padre Serrador no ve nada, no oye nada, solo se repite que nunca debió haber venido, que no debió meterse en todo aquello.

Tiene la sensación de que se inicia el trazado de un círculo a su alrededor.

El suelo es un vaivén.

—Pareció que se refería a usted —dice Chacón.

—No, era a alguno de los que estaba detrás de mí.

Los asistentes están cada vez más enfadados, no es a esto a lo que han venido, las preguntas empiezan a mezclarse con los insultos.

De nuevo se detiene frente a un matrimonio.

—Más vale que os deis prisa en hacer lo que tenéis planeado, porque a la tía abuela le quedan dos días de vida y piensa dejárselo todo a las monjitas.

Sigue.

Alguna vez mira hacia el cielo negro, como advirtiendo a los santos que lo observan que puede hacer lo mismo con ellos en cuanto le venga en gana.

El griterío aumenta.

El guardaespaldas de la estaca levanta amenazadoramente su arma cuando la romería amenaza con romper filas.

Otra vez se detiene el Sortílego.

Pero esta vez permanece unos segundos en silencio antes de iniciar su revelación.

Serrador y Chacón se adelantan para distinguir al elegido y descubren que se encuentra frente a Sampedro, que, rodeado a su vez por sus jóvenes amigos, lo mira, retador. El sacerdote y su acompañante se acercan para escuchar el diálogo.

—Sabía que ibas a venir a verme tarde o temprano —le dice el Sortílego al anciano—. Te puede la curiosidad. La misma que te ha llevado a hacer las monstruosidades que has hecho.

—… —Sampedro, junto al chico que lo acompañaba el día anterior y su grupo, sonríe.

—Pero «ellos» están aquí, mirándote.

—…

—No lograste invocar los espíritus de sus padres, ya era tarde, pero los niños se quedaron aquí prisioneros, desbaratados, locos.

—… —El anciano y el hombre de los bastones se miden, hay un arco voltaico entre ellos.

—A ti te daba igual, ¿verdad?

—… —Sampedro avanza un paso, casi está tocando al otro.

—Por obligar a los muertos a hablar contigo, estabas dispuesto a matar y a torturar a los niños que hicieran falta.

—…

—Como mataste y torturaste a tu nieto.

Serrador siente cómo aumenta el vaivén.

La venida del desastre.

El Sortílego calla bruscamente.

Solo los más próximos alcanzan a distinguir la navaja que acaba de clavarle el viejo.

Los acompañantes de ambos se lanzan unos contra otros.

Y la multitud, que ha visto lo que ha ocurrido o adivinado que algo temible puede venir en su busca, se lanza en desbandada hacia la oscuridad donde recuerdan la salida.

Serrador aferra por el brazo a Chacón para sacarlo de allí antes de que la puerta termine de bloquearse con los cuerpos que ya empiezan a caer.

El círculo se rompe.

El vaivén queda.

3.ª PARTE
Prométeme que no te quedarás a ese lado

3 de noviembre de 1936

Nunca en su vida se ha dirigido tan derecha ni con tantas ganas al desastre.

Sin moverse apenas, Crisanta siente la sangre entre sus piernas, la cama encharcada, el niño perdido. Nada más.

Se figura una pelota de trapo amarrada con una guita en medio del pasillo. Intenta recordar inútilmente a su madre. Tiene sed de café con leche.

Algún día, si es que vuelve a levantarse, deberá visitar al capitán Mayordomo, preguntarle por la suerte de Francisco Jairo, procurar verlo, hacerlos entrar en razón a los dos, si es que vuelve a levantarse.

Tiene que permanecer muy quieta si quiere conservar aquel calor último.

Nunca en su vida se ha sentido tan sola.

Chacón Carter ha recolectado todas las facturas, circulares y correspondencia que lleva posponiendo los últimos días y se ha encerrado con ellas en la biblioteca del hotel, confiando en que la presencia inspiradora de sus libros contribuya a rebajar la repulsión hacia toda aquella basura administrativa, pero lo único que ha conseguido es descolgarse en ideas grotescas y contemplar alternativas desatinadas. Perder el tiempo.

Cuando al fin consigue comenzar la lectura de un comunicado municipal, golpean la puerta. Salvado.

—Pase.

—Acaba de llegar Rublos —dice el recepcionista, con la cabeza apenas asomada—. No se encuentra bien.

Tendría que haberlo abandonado todo para lanzarse a recorrer aquel mundo en blanco y negro en el que Rublos llevaba dos días perdido, y, sin embargo, no le ha costado convencerse de que era

imposible dar con él, que procurar la identidad y localización de los turbadores constituía su prioridad primera, que tarde o temprano aparecería, como otras veces. Ahora estaba allí y lo que debería ser un alivio no era más que una decepción.

—¿Don Alberto?

—Vamos.

Lo ve en cuanto acomete el último tramo de escaleras, de pie en el centro geométrico del vestíbulo, inmóvil con su sonrisa estúpida, amansado por tantas horas de soledad, la camisa rasgada y cubierta de sangre.

—¿Esa sangre es tuya? —pregunta Chacón en cuanto llega a su lado.

—No. —Inesperadamente, aunque sin mirarlo, ha respondido con voz segura.

—Vamos arriba.

—Me pica la cabeza. —De pronto se rasca a dos manos, con saña, sin procurarse consuelo ninguno—. Me pica mucho.

Empleados y clientes miran hacia otro lado sin perderse un detalle.

Chacón Carter se quita la chaqueta y se la coloca al muchacho sobre los hombros; no merece la pena preguntarle dónde ha extraviado la suya.

—Subamos, te daré algo para que te sientas mejor.

—Esta mañana me ha pasado algo muy gracioso.

Forzosamente, Chacón debe hablarle de forma sosegada, quemar la chaqueta y el resto de la ropa, raparle el pelo para combatir los piojos o lo que quiera que sea aquello de lo que viene infectado, administrarle un Veronal, esperar a que remita la crisis y rogar para que no vaya más allá de esto.

—Rublos…

—Cuando me desperté, ni era de noche ni era de día, uno de ellos había sacado una navaja y el otro me había metido la mano dentro de la bragueta, así que les pegué dos patadas y me fui de allí. A dar un paseo. Que yo estaba bien, ¿eh? Llevo desde ayer sin ver a esos putos niños por el rabillo del ojo. Estoy bien. Seguí andando, andando, andando y, cuando me pareció, me paré enfrente de una pared de ladrillos. Todavía era un poco de noche. Al principio me pareció que era una sombra como todas las demás. La mía. Pero

cuando me fijé bien, me di cuenta de que ella había dejado de seguirme. Yo me movía y ella no. O me quedaba quieto y era la sombra la que se balanceaba, la que parecía querer escaparse, pero después volvía, como si quisiera gastarme una broma, o se acercaba mucho, como si me estuviera observando con la mayor curiosidad.

Laureola

Una comedia de magia

Adaptación libre de *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro (1492).

(Al final de esta calle, junto a la iglesia de Santa Cruz).

Diosdada relee varias veces el anuncio escrito con tiza en la pared, al principio de la calle Mateos Gago, y se pregunta si aquella cuidadosa caligrafía ligeramente escorada a la izquierda corresponde o no a su suegro. Eso es lo de menos, piensa mientras sigue su camino hacia la representación. Desde el asalto en la tienda de su hermano, son muchas las lagunas de memoria que interrumpen su pensamiento a lo largo del día.

Sí recuerda perfectamente la advertencia de su suegro de que no deberían volver a tener ningún contacto, nadie debería volver a verlos juntos mientras ella formara parte de la Sociedad Mediúmnica Sevillana. No estaba muy segura de si la prohibición seguía en vigor, pero eso tampoco le importaba.

No tarda mucho en llegar al lugar donde la gangarilla exhibe cada noche su función, un solar arropado de miradas entre Mateos Gago y Mesón del Moro, adyacente a la iglesia de la Santa Cruz. Según le contaron, la explanada es lo que queda de una casa patio adquirida por la iglesia para ampliar el edificio, pero, una vez derribada, las obras quedaron paralizadas por falta de fondos.

Con cuatro tablas, cinco trapajos y seis cartones ha construido la compañía (si es que se tiene la bondad de llamarla así) su escenario, y a esta hora de la mañana los sorprende Diosdada en medio de un ensayo.

Uno de los actores, un mocetón grande pero demasiado lanudo para su papel de galán, dirige sus versos al chaval de afeminados rasgos árabes que, con su tocado y su saya, se encarga de los papeles femeninos en las representaciones.

No temáis algún olvido;
tened fe en la fe que os di,
pues tenéis ya conocido
que sin vos no sé de mí.

Debéis mucho consolaros,
pues sin veros y miraros
ya sabés
mi vida cuán poca es.

Y la «dama» responde:

No queráis allá trocaros,
que quereres extranjeros
sabrán mejor agradaros
pero no tan bien quereros;

y si sois de amor vencido
mi firmeza y vuestro olvido lloraréis
cuando engañado os halléis.

Finalizado el cuadro, lo rubrican con un beso en los labios que profundizan y alargan más de la cuenta. Hasta que un tercer miembro de la gangarilla aparece desde detrás del escenario para señalar a Diosdada.

Fea e inexplicable.

Con sus gafas negras rotas y su vestido oscuro, los observa desde el centro del llano y oculta las manos a su espalda para dejar claro que no tiene la menor intención de aplaudir.

Después, se acerca a ellos.

—¿Dónde está Sampedro? —pregunta autoritaria.

—No lo sé —responde el primer actor—, hace unos cuantos días que no lo vemos.

Ella asiente tres o cuatro veces para dejar claro que no se lo cree. Porque eso es imposible.

«Gangarilla» era la denominación con la que en el siglo XVII se conocía a las compañías de cómicos ambulantes integradas por tres o cuatro actores en las que uno de ellos interpretaba los papeles de mujer. Y aquella había sido concebida, compuesta y armada hasta en sus menores detalles por su suegro, que era quien elegía y adaptaba los textos, disponía la puesta en escena y gestionaba la

cuestión administrativa. Para aquellos chicos, Sampedro era Dios, y uno no se aleja de Dios con la indiferencia que ellos simulaban.

—¿Os acordáis de quién soy? —pregunta Diosdada.

—Sí —contesta el galán, que parece su portavoz.

—¿Sabéis que soy su nuera?

—Sí.

—¿Y sabéis que no tiene secretos para mí?

—…

—Pues ya me podéis ir diciendo dónde está.

—…

—Mira, me hago cargo de que puede haberse metido en algún lío, pero eso no va conmigo, él es el primero que querría que yo estuviera al tanto de dónde está.

—Vete de aquí.

Ahora es ella la que se calla para tantearlos. No va a sacar nada en claro de aquellos desgraciados, por lo menos en ese momento, pero no está dispuesta a descubrir la furia que le corta la respiración.

—Está bien, ahora me voy, pero volveré muy pronto. Decidle de mi parte que todo ha cambiado. Que tenemos que hablar lo antes posible. Que no puede esconderse ni de mí ni de su hijo.

Mientras avanza por los pasillos del hospital de la Santa Caridad, el padre Serrador intenta adivinar quién ha venido a visitarlo. La monja solo le ha dicho con desgana que una mujer lo espera en la portería. No conoce a ninguna mujer que pueda venir a visitarlo por ninguna razón, a no ser que Crisanta haya venido a traerle un recado de Chacón Carter.

Y no obstante, Leandra.

Que lo espera un poco más allá de la entrada, de donde los cancerberos no la han dejado pasar. La cabeza baja, mordiéndose los labios, conteniéndose tal vez para no llenar de luz media ciudad.

Serrador se le acerca rápido y patoso. No se avergüenza de vestir la sotana, pero tiene la sensación de llevar un brazo atado a la espalda.

—Hola.

—Hola.

—¿Damos un paseo? —Está a punto de cogerla del brazo, qué

estupidez.

En cuanto se alejan unos metros y escasean los viandantes, la mujer se detiene.

—Tengo que irme enseguida, he dejado a mi niña con una vecina.

—Claro.

—He venido porque… —Le cuesta, le cuesta muchísimo—. No tengo a nadie más a quien recurrir.

—Ya sabes que en todo lo que yo…

—Han detenido a mi padre.

Era esto.

—¿Qué ha pasado?

—Un guarda del mercado de la Encarnación lo ha denunciado por recoger sobras y por negarse a irse cuando querían echarlo. Mi padre ha tenido un puesto en el mercado muchos años, hasta que se jubiló, una pescadería, allí lo quiere todo el mundo. Ahora está muy mayor y lo único que puede hacer para mantenernos a los tres es traer a casa lo que le dan los conocidos. —Le está contando todo lo que no quería contarle—. Y lo que salva del desperdicio. Pero el guarda ese le tenía tirria desde hace tiempo y ha aprovechado que están estos en el poder para arruinarle la vida.

—¿Dónde lo tienen?

—En el cuartel de la Calzada. —Se salta la mención a la «fábrica de las tortas», que es como se lo conoce popularmente, por la cantidad de palizas a los presos que se prodigan allí—. No me han dejado entrar a verlo.

—Hijos de puta. —Esa sotana.

—Ayer recibí un oficio de la Delegación de Orden Público en el que me informaban de que le han aplicado un bando de guerra. —Extrae un impreso del bolso y se lo entrega.

Serrador lo lee detenidamente e intenta devolvérselo, pero ella niega y no le queda más que guardárselo en el bolsillo.

Necesita tiempo para hacerse a la idea de lo que está pasando, para buscar una excusa para retenerla.

—He pensado que a lo mejor conocías a alguien que nos pueda ayudar. —La voz cada vez menos firme—. Mi padre no le ha hecho daño a nadie en su vida.

—Claro que sí, dame un día o dos. Antes de que te des cuenta, lo

tienes en casa.

No pasa nadie por la calle.

A él le cuesta no cambiar al tema que verdaderamente le interesa.

—Tengo que irme, he dejado a la niña con una vecina —repite.

—No le des muchas vueltas, verás cómo lo arreglamos.

Ella acepta el consejo con la sonrisa menos convencida del mundo y da media vuelta.

Serrador la sigue con la mirada hasta perderla.

Recuerda la profecía del Sortílego antes de morir: «Volverás a ver a Leandra dos veces, ni una más».

Y ya ha malgastado una.

Chacón sube despacio las escaleras de la casa del Malmuerto, una mano sobre un hombro de Anita y, en la otra, una pequeña maleta de cartón atada con un cordel que contiene todas las pertenencias de la niña médium y su madre, que los sigue desacostumbradamente silenciosa.

—¿Has terminado de leer *El secreto de Wilhelm Storitz*?

—No. —Anita tiene la facultad de hablar sin despegar los labios.

—No sé si sabes que Julio Verne estuvo muy implicado en el conocimiento esotérico. —El director de la Sociedad Mediúmnica aprovecha toda oportunidad de castigar con una de sus disertaciones—. De hecho, formó parte de una orden secreta llamada Sociedad de la Niebla, a la que pertenecieron otros autores, como Alejandro Dumas, Gérard de Nerval o George Sand. La sociedad había sido fundada en el siglo XVI, con una ideología próxima a la francmasonería, cuyo fin principal era nada más y nada menos que conocer a Dios.

Han llegado a la primera planta y recorren la galería camino de las habitaciones; Chacón, inagotable.

—Hay quien dice que fue en esta sociedad invisible donde Verne obtuvo los conocimientos, o el modo de llegar hasta ellos, que le permitieron adelantarse a su tiempo en sus novelas y que aún hoy día…

—Amantine Aurore Lucile Dupin de Dudevant —interviene la madre de Anita desde atrás.

—…

—Era el verdadero nombre de George Sand, que se vio obligada a firmar sus novelas con seudónimo. —El escote y las salidas de tono hacen olvidar a los idiotas su condición de profesora—. Pero además vestía como un hombre, fumaba en público, tuvo todos los amantes que quiso y hacía lo que le salía del coño. —Ahora es ella la que toma a su hija por los hombros—. Algún día, tú también harás lo que te dé la gana.

Su guía se ha detenido frente a una puerta y les hace un gesto para que pasen.

—He pensado que será mejor que compartan habitación; como ven, aquí tienen espacio de sobra, pero si prefieren otro arreglo, la casa entera está a su disposición.

—Aquí estaremos bien. —Ana se sienta en una de las dos camas y su hija la imita.

—En la casa de comidas de ahí enfrente tienen ustedes cuenta abierta a mi nombre para las cenas y los almuerzos. —Chacón intenta aparentar que ha pensado en todos los detalles—. Y en la cocina hemos dejado algunas cosas para los desayunos y demás. Como ya comprobaron, en la casa no hay gas ni luz eléctrica, pero encontrarán carbón, candiles y velas.

—…

—Si necesitan cualquier cosa, yo vendré a menudo.

—¿No vive nadie más aquí? Además de nosotras, digo.

—No, son ustedes las dueñas y señoras. —Las bromas tampoco son lo suyo.

Las dos lo miran en silencio, muy tristes y vulnerables.

Es posible que se haya levantado un leve aroma a hierbabuena, pero no está lo suficientemente seguro.

—Si les parece, mañana llevaremos a cabo algunas experiencias.

—…

—A ver si tenemos suerte y, con la ayuda de Anita, podemos averiguar qué es lo que está ocurriendo en esta casa. —Retrocede un paso—. Ahora debo marcharme. Si puedo hacer algo para que estén más cómodas, no duden en decírmelo.

—Gracias. —Peor que si no hubiera contestado.

Sale de la habitación camino de la escalera con una culpable sensación de alivio, con la seguridad de estar abandonándolas a su suerte en aquel caserón perdido, con la certeza de que no volverá a

pensar en ellas cuando salga a las calles.

Aunque la puerta de atrás de la fábrica de tapones de corcho de la calle San Luis parece firmemente afianzada, Diosdada sabe que basta con empujar con fuerza en el centro de la cerradura para acceder al interior. Cierra a su espalda y recorre despacio el patio de la factoría abandonada; no se ve un alma, las chinches que la habitan se esconden en lo más oscuro del recinto.

Diosdada sabe.

Antes de morir de un ataque cardiaco en Marruecos, el dueño de la empresa había compartido las andanzas de su suegro, convencido como él de que a los espíritus había que forzarlos por cualquier medio a manifestarse; ahora, su hijo, que siempre fue ligero de cascos, ostentaba la propiedad de todo aquello, pero se chismorreaba que había terminado de perder la razón imitando las aberrantes convocatorias de su padre, y la fábrica de tapones se había convertido en refugio de menesterosos, alienados e hijos de puta.

Antes de entrar en la fábrica por la puerta interior, Diosdada enciende el cabo de una vela que lleva en el bolso y se prepara para lo peor, que es el territorio que mejor conoce.

Con todas las ventanas selladas, el recinto es una gigantesca cripta.

Los murmullos chascados y la luz neblinosa que brota de algunos cubículos no pueden considerarse asomos de vida.

En el primero, basta su presencia para aterrorizar a una vieja y a un muchacho que comparten colchoneta y botella al calor de una fogatilla.

Avanza hasta el siguiente y allí tiene más suerte, si es lo bastante estúpida para llamar así al encuentro con el malabarista, que sonríe como un lagarto al reconocerla.

Sentado en el suelo con la espalda contra la pared, no habla porque se encuentra concentrado en mantener en el aire dos cuchillos con una sola mano; el otro brazo es una manga vacía sujeta con un imperdible.

En vez de interrumpir su número para atender a la visitante, aumenta la velocidad del intercambio de cuchillos y, como aun así el embarazo le parece insuficiente, incorpora un tercero que recoge

fulminante del suelo.

Los tres cuchillos son un círculo en el espacio, la mano no se puede distinguir, las carcajadas con las que se celebra son la música de acompañamiento.

Cuando se cansa o se harta, va rebajando la velocidad del juego hasta que, con un brusco movimiento, recoge los tres cuchillos y los deposita en el suelo.

—Por lo único que siento no tener dos brazos es por no poder aplaudirme yo solo.

—¿Te acuerdas de mí?

—Como para no acordarme. —La mira de abajo arriba—. Apaga la vela, no te vayas a quemar; con el cirio tenemos suficiente. —Señala el que arde en un rincón—. Los robos de la iglesia de San Luis, que son los mejores.

—¿Has visto a Sampedro?

—Aquí, no.

—¿Sabes dónde está?

—Ven, siéntate a mi lado.

Una mujer sin edad, gafas oscuras y vestido negro, extremadamente delgada, temerosa pero displicente, con las arrugas resecas alrededor de los labios y las canas que le han invadido el moño deshilachado como única marca distintiva.

Un lugar que no existe.

No puede imaginar combinación más excitante.

—Estoy bien aquí.

—Estarás bien donde yo diga, si es que quieres saber dónde está tu suegro.

—Tengo que irme pronto, me están esperando. —Obedece.

—Más cerca. —A su lado, al alcance de su mano—. Así que habéis perdido las amistades tu suegro y tú.

—No es eso, es que necesito…

—A mí no me vengas con novelas. —Le deja caer la mano sobre la rodilla, y no es una caricia; los cuchillos bien cerca—. Si has venido por aquí a preguntar por él es que tienes que estar muy desesperada.

—…

—El Sampedro nunca me ha querido a su lado, es una mamona, pero yo no he dejado de seguirle la pista. Los pordioseros nos lo

contamos todo.

—¿Sabes o no sabes dónde está? —La mano sube por el muslo, pero ella lo detiene.

—¿Y yo qué me gano si te lo digo?

—Tengo algunos duros…

—Me da igual tu asqueroso dinero. —Retira la mano para pellizcarse la portañuela—. ¿Tú sabes el tiempo que hace que no toco a una mujer como tú? No a una puta ni a una tía que viva en la calle. Una mujer normal.

—…

Desde alguno de los cubículos cercanos llega un quejido o un aullido. Lo más seguro es que no proceda de un animal.

—Me encanta lo fea que eres. —Sigue con el toqueteo—. Si fueras guapa, no se me empalmaría. —Sigue—. Más fea tendrías que ser.

—¿Sabes o no sabes dónde está Sampedro?

Los ojos de lagarto brillando en la penumbra, el hombre se libera hábilmente de la chaqueta con su única mano y muestra la manga colgante de una camiseta sucia donde se recorta el muñón del brazo perdido. Después vuelve a magrearse.

—¿Qué prefieres chuparme, el nabo o lo que me queda de brazo? —Los estímulos que se prodiga en la bragueta son cada vez más violentos, pero no se aprecia ninguna reacción.

—…

—¿Lo que me queda de nabo o lo que me queda de brazo?

Sigue sacudiéndosela con todas sus fuerzas.

Otra vez les llega el aullido.

Entonces para.

Elige un cuchillo y lo lanza hacia arriba hasta casi tocar el techo. Cuando baja, parece que va a clavársele en el centro de la cabeza.

Lo deja caer.

Lo deja caer.

Y lo atrapa en el último momento.

Se ríe.

—Estaba de guasa. —El lagarto vuelve a reírse, falso y exagerado—. De guasa.

—…

—¿Tienes tabaco?

—No fumo.

—Es lo mismo, yo tampoco.

—Bien.

—Algo hizo aquí, en esta fábrica. Tu suegro. Algo muy malo. Ya sabes lo hijoputa que es. Él y los comicuchos esos que no se le despegan.

—¿Qué es lo que hizo?

—No lo sé. Algo tan malo que hasta Sampedro terminó hecho polvo. Me han dicho que juró que nunca más volvería a hacerlo, y se fue y hasta hoy.

—¿De verdad no te lo han dicho?

—No, el que me lo contó estaba borracho y muerto de miedo. Después vinieron los guardias, se encerraron aquí dentro, lo limpiaron todo, se llevaron los restos de lo que fuera y sanseacabó.

—¿Y mi suegro?

—Ha tenido una pajarraca con uno que se hace llamar «el Sortílego» o algo así. Hasta una cornada le pegó.

El aullido.

—¿Dónde está ahora?

—Se lo ha tragado la tierra.

Al fin se recorta su perfil tras el visillo, no es más que una décima, pero más que suficiente para constatar que el brigada Espinosa está en su piso.

La espera ha merecido la pena.

Chacón Carter, vigilando la ventana desde la esquina, es un tunante más de los que pueblan esta Sevilla aún no se sabe si falsamente pacificada. Desde hace unas semanas, su vida se ha volcado en la intriga, el bandidaje y la bronca, y está completamente seguro de que todo irá a peor.

Cruza la calle y se interna en el portal intentando no llamar la atención; cuatro tramos de escaleras después está llamando a la puerta de su amigo.

Espera, repite, espera, repite.

No se oye nada en el interior, exactamente como si alguien no quisiera delatar su presencia.

—Miguel, soy yo, Alberto Chacón —dice en voz no muy alta junto a la hoja—. Tenemos que hablar.

Puede haber sufrido algún mal paso o estar pasando por un bajón de ánimo; con un hombre como él, lo único sobre lo que no caben dudas es que es preferible no atosigarlo si decide retirarse del juego.

No puede hacer más que dejarlo unos días tranquilo antes de insistir.

Llama de nuevo, espera.

Nada.

Mayordomo ha vuelto al parque de María Luisa, pero esta vez no necesita guía para llegar a la tienda del cabo tangerino. Hoy se siente más seguro en aquella colonia marroquí, por las pistolas que lleva en la cintura y por la sed de sangre que le impide considerar toda precaución.

A primera hora ha recibido una carta, un sobre sin remitente ni papel alguno en el interior, la señal convenida con el cabo para que volviera a su tienda.

No lo haría volver si no supiera el nombre del traidor.

Al pasar por la glorieta de Bécquer, la furia se le congela como el tiempo. Se le viene encima otra noche en este mismo parque, la del 23 de julio de 1931. En aquella época se encontraba en una posición grotescamente opuesta a la que ocupa actualmente: entonces era él quien pertenecía a una cuadrilla clandestina auspiciada por las más altas instancias con el propósito de desestabilizar la República. Al mando de aquella facción, organizó un cuidadoso plan cuya consecuencia fue que se le aplicara la «ley de fugas» a cuatro obreros; cuatro rojos muertos, ni siquiera se merecían el recuerdo que les está dedicando.

Cuando ya casi está en la tienda del tangerino, le vienen de frente tres soldados marroquíes que aminoran el paso y lo miran bonachonamente. Mayordomo les envía un mensaje acentuando el paso militar. Los tres sacuden la cabeza en señal de saludo: aquella gente es perfectamente capaz de sonreírte mientras te abren en canal de un gumiazo. Pero siguen su camino y aquí no ha pasado nada.

El capitán cruza el claro y se presenta a los dos moros que montan guardia ante la puerta.

—Quiero ver al *maauenin*.

—*Gualo* —niega uno de ellos, poco impresionado por los conocimientos del idioma que demuestra el recién llegado.

—Escúchame, *mohamito*, ¿cuánto te pones que entro ahí?

Daeah yadkhul, se oye desde el interior, y el resto de la trifulca está de más.

El capitán Mayordomo aparta la tela de la entrada y el cabo tangerino lo recibe con la misma expresión sardónica y una pipa de hachís.

—¿Qué te trae por aquí, paisa?

—No me toques las tetas, no me toques las tetas. Que tengo el día chungo.

El anfitrión aspira fuerte para reavivar las brasas y le ofrece la pipa a su huésped.

—Hace un siglo que no pruebo esa porquería.

—Es buen costo.

Mayordomo duda un poco más, pero se deja caer en unos cojines y la acepta. La primera calada es de tanteo. Las siguientes son para consumir todo el malestar de los últimos tiempos y para invocar o suprimir a Crisanta.

—¿Has hablado con Moulay?

—Sí.

De pronto ya no tiene tanta prisa en saber quién es la persona que lo está traicionando ni cualquier otra información del hermano del cabo. Sabe que se le puede torcer la noche y terminar con la garganta cortada en aquella tienda, pero de momento se está bien allí.

—Mi hermano me ha dado un nombre. —El cabo recupera la larga pipa y se dispone a recargar la cazoleta.

—¿No te ha dicho por qué me sigue los pasos el comandante Baltierra?

—Solo un nombre.

—¿Qué nombre?

—Merino.

«Merino».

Cuando eligió a los miembros de su escolta, él fue el primer seleccionado, el más cercano, el más querido.

Fantasea con persuadir a Queipo de Llano de que la situación del parque de María Luisa es insostenible y venir al mando de un

batallón para no dejar ni a un solo moro vivo y clavar sus cabezas en las puntas de las bayonetas, como hicieron en 1925 con aquel poblado del Rif del que ni siquiera recuerda el nombre.

—Pásame la pipa.

Aunque Serrador ha aceptado acompañar a Chacón a casa de la profetisa, parece no seguir a su lado mientras caminan por la noche sin gente.

Los dos han estado de acuerdo en que si alguien podía revelarles el paradero de Sampedro, era ella, que al fin y al cabo fue quien se lo recomendó, pero hasta ahí han llegado las especulaciones; las posibles guías que podrían conducirlos hasta los turbadores se agotan en sí mismas, no hay nuevas señales, todo parece inútil. Y, además, Serrador, parapetado tras el monosílabo y el cabeceo, parece no tener ningún interés en encontrarlas.

Hasta que inesperadamente cambia el tercio.

—Quería comentarle algo.

—Usted dirá.

—Tengo un conocido —titubea—, una amistad, un hombre ya mayor, intachable, que ha sido detenido por una tontería. Lo ha denunciado el guarda de la plaza de la Encarnación por pedir las sobras.

—Vaya.

—Como estamos en este mundo de locos, le han aplicado el bando de guerra.

—Los energúmenos mandan. Y esto no es más que el principio.

—Yo me preguntaba si usted conocería a alguien —dice, seleccionando cada palabra— que pudiera interceder por este amigo. Lo tienen en el cuartel de la Calzada, ya sabe cómo tratan allí a los reclusos. Tememos que no resista mucho tiempo.

Ya llevan unos minutos en la calle Muro de los Navarros, a punto de llegar al patio que conduce a la casa de la profetisa.

Chacón Carter tarda en responder.

—Yo lo siento de verdad, amigo Serrador, pero por más que pienso, no se me ocurre nadie que nos pudiera echar un cable. El único que tiene algunas influencias es Miguel Espinosa, pero es hombre muy… prudente; y además debe de estar pasando por alguna crisis personal, ni siquiera me ha abierto la puerta esta

mañana.

—Lo entiendo, no se preocupe. Se lo agradezco igual.

—Debe de estar usted muy apurado. Lo conozco lo suficiente para saber que no es hombre de pedir favores.

Por suerte, están ya en la casa que buscan y pueden dar por concluido el azoramiento de la conversación.

Ahora ha llegado el momento de sonsacar a la profetisa.

En principio, todo son facilidades: cuando empujan la puerta, descubren que solo está encajada.

—¿Ascensión? —pregunta Chacón a media voz.

No quieren llamar la atención de los vecinos, así que entran en el piso a la luz de una cerilla.

—¿Ascensión?

Un segundo fósforo les sirve para encender un quinqué que encuentran sobre una mesa.

Nadie en el dormitorio.

Los avisa la bocanada.

En el suelo de la cocina los espera Ascensión, sin prisa, despatarrada a su manera, muerta de dos o tres días.

El padre Serrador, tan acostumbrado a la briega del espíritu como a la de la carne, se acuclilla junto a ella para examinarla y de paso murmura una plegaria; ya que está allí, no le cuesta nada.

Chacón, junto a la puerta, cubriéndose boca y nariz con el pañuelo, espera el diagnóstico.

—La mataron hace dos días por lo menos. Fueron tres las puñaladas. Ni se defendió.

—Nosotros estuvimos aquí el jueves pasado, hace cinco días. —Cuenta con los dedos Chacón—. Es perfectamente posible que la asesinara Sampedro al día siguiente, cuando supo que estábamos tras él, para evitar que nos contara algo.

—Y por eso apareció en su lugar en el corral de Las Siete y Media. —Serrador se ha puesto en pie y se aleja del cadáver.

—Vámonos de aquí.

Dejan a la mujer tan sola como estuvo en vida; denunciar el crimen sería hacer oposiciones para terminar en su misma situación.

A Serrador se le ocurre comentar que ya nunca podrá conseguir el gramófono para escuchar a su admirada Raquel Meller, pero prefiere no romper el silencio.

4 de noviembre de 1936

Crisanta sale de la botica y se encuentra a Mayordomo bloqueando toda la calle; aún no se ha recuperado de la hemorragia del día anterior, lo último que quiere es un careo de ninguna clase.

—Pareces una difunta, ¿estás mala?

—Soy mala.

—Eso yo la sé. —Tira y pisa la colilla—. ¿Has tomado café?

Si responde que no, es probable que le proponga ir a su tienda, que se encuentra a dos pasos, para hablar.

—No.

—Pues vamos.

Camina con las manos en los bolsillos, no muy cerca, para menguar el efecto de la diferencia de estatura.

Al pasar frente al coche donde lo esperan sus guardaespaldas, les insinúa una señal para que esperen allí.

La hace entrar en el primer establecimiento que surge a su paso, el bar Villalobos, un local alargado y oscuro con una máquina de café exprés de dos brazos de la marca Pavoni en el mostrador.

Dejan atrás a los clientes que desayunan de pie o en los tres veladores dispuestos para ello, hasta llegar al servicio de restaurante situado al fondo y separado por una mampara. Las mesas están vacías a aquella hora de la mañana, así que pueden elegir una en el rincón más sombrío.

Viene detrás un camarero para informarles de que no pueden sentarse en aquella zona, pero algo lee en la mirada del capitán que lo hace desistir.

—¿Qué va a tomar usted?

—Cazalla.

—¿Y tú? —pregunta a Crisanta.

—Café con leche.

Se marcha rápidamente sin más comentario.

Tampoco dice nada la pareja.

En la pared, una pizarra anuncia el menú del día de dos platos, postre, pan y vino por tres pesetas y quince céntimos.

Mayordomo acompaña una melodía que solo él reconoce con el canto de un duro de plata sobre la superficie de la mesa.

Al momento regresa el silencioso camarero, que les deja el café en vaso de agua y una copita rechoncha.

Cuando se va a dar la vuelta, el capitán dice:

—Otra cosa.

—¿Sí? —pregunta con desagrado.

—Como le vuelvas a hablar de tú a la señora, te voy a pisotear esa mierda de cabeza que tienes.

—…

—¿Me has oído?

—Sí —contesta entre dientes.

—Pues ya lo sabes, esté yo o no esté yo. Ahora sí te puedes ir.

Se va y la violencia que queda en el ambiente es como el mal aliento de un enfermo.

—Eso no hacía falta —dice Crisanta—. Me conoce del barrio…

—He venido a verte —la corta— para hablar del tríptico y de tus chanchullos.

—Dime. —Revuelve el café, sigue sintiéndose débil.

—Mira, ya me figuro que contabas con ese dinero y demás. —No le sale el tono comprensivo—. Pero todo esto se ha acabado. Me ha llegado una información. Es todo todavía más peligroso de lo que pensábamos.

—Supongo que habrás interrogado a Jairo.

—Claro que sí. —Observa la copa, aún llena—. Y le he dado para el pelo. No me ha dicho nada. Ni me va a decir nada. Pero me da igual, ya te he dicho que tengo otras cosas de las que preocuparme.

—Yo estuve hablando con él la noche que estuvo en mi casa, antes de que lo detuvieran tus hombres.

—¿Y qué se contaba?

—Que vendió el tríptico a través de un intermediario del que no me quiso revelar el nombre. Solo me dijo que estaban implicados un cura, un torero y un comandante.

—¿Te dijo el nombre del comandante?

—De ninguno. —No le menciona el episodio de su propio

secuestro, no va a darle más detalles de los indispensables—. Dice que no lo sabe y yo me lo creo.

—¿Algo más?

—No tuvimos tiempo…, pero insinuó que había alguien cerca de ti, alguien que estaba filtrando información.

Mayordomo apura el aguardiente seco de un trago y debe desplegar toda su capacidad de disimulo para que la mujer no perciba que se ha quedado sin respiración. Lo consigue con mucho control y la ayuda de un cigarro.

—Vale, todo eso ya lo sé —dice cuando logra hablar—, ¿por qué te crees que estamos aquí y no en comisaría? Lo sé y me estoy encargando de ello.

—Ese comandante…

—También lo sé.

—De acuerdo, pero escúchame. Francisco Jairo siempre me ha demostrado cierta confianza. Si me dejas hablar con él en el calabozo, solos los dos…

—Imposible, ya te he dicho que este asunto se ha acabado y que tú estás fuera. Además, pasado mañana será fusilado en las tapias del cementerio por su actividad contra el Estado.

—Espera, espera. —Está a punto de cogerle la mano, pero se contiene a tiempo—. Ese chaval es un desgraciado, ni siquiera participó en el saqueo de la iglesia. Puede serte más útil vivo que muerto.

Mayordomo fuma antes de responder; debió haber pedido dos copas de aguardiente.

—Mira, tú quédate en tu casa unos días y olvídate de todo esto. Ya te pasaré un buen manejo para que puedas hacerte con algún dinerillo, tú déjalo de mi cuenta.

Se pone en pie y se guarda el duro en el bolsillo.

Crisanta piensa que no le será muy difícil volver a quedar con él en algún sitio discreto y aprovechar un descuido para clavarle un cuchillo por la espalda.

—Tú puedes evitar que lo fusilen. —Hace mucho tiempo que no suplica.

El capitán gira lentamente y se marcha.

Con el fin del último sueño, Alberto Chacón Carter ha

experimentado dos revelaciones: la primera, que es un cretino, y la segunda, que quizás contaba ya con una pista sobre el paradero de Sampedro sin ser consciente de ello; el día que el anciano lo esperaba fuera del hotel, el recepcionista le comentó que lo había visto salir del Casino de la Exposición, ahora convertido en hospital, donde al parecer lo dejaban dormir.

Se ha arreglado rápidamente, incluido un abrigo de entretiempo, para lanzarse hacia la escalera. Pero hasta la mitad del último tramo ha llegado.

Montando guardia en el centro del vestíbulo, con su hábito morado bajo el traje negro, lo espera el sacristán de la iglesia de San Mateo. Parece agitado. Seguramente los muertos lo siguen importunando con sus voces.

Chacón no se siente con ánimos para soportar los lloros y las exigencias del sacristán, así que retrocede sigiloso para volver a internarse en las profundidades del hotel.

Debería pasar un momento por la habitación de Rublos, pero es posible que siga dormido. Ayer pasó el día muy tranquilo. Chacón Carter no confía en la providencia, pero sí en el Veronal.

Sigue en dirección a la biblioteca.

Una de las reformas que su padre ordenó al comprar el palacete que terminaría siendo el hotel Arenal fue el pasadizo que lleva directamente a la callecilla trasera desde la biblioteca. Chacón solo supo de su existencia a través de un anexo al testamento. Su padre nunca explicó el motivo de haberlo construido.

Diosdada lleva el bocadillo de chorizo en el bolsillo del abrigo como si fuera un arma de fuego, convenientemente modificado, bien oculto, pero listo para ser extraído en el momento preciso.

Va y viene a la calle Joaquín Guichot, procurando no hacerse demasiado visible, pero sin perder de vista el local donde continúan preparando el Auxilio de Invierno.

La noticia de su inauguración en diciembre y las atenciones que algunas de las voluntarias han tenido con los chiquillos que se han acercado por allí han propiciado la extensión de la convocatoria, y cada día son bastantes más los niños y niñas hambrientos que merodean alrededor de la puerta, nunca se sabe lo que se puede conseguir; por lo pronto, ya han logrado que no los dejen pasar al

interior a pesar del frío para no interrumpir el trabajo de los adultos.

Diosdada sigue acechando, el arma secreta a punto.

El guardia mantiene abierta la puerta de la entrada principal del edificio del

ABC

mientras entra; la chica del mostrador de información desatiende la cola para recibirlo: el padre Juan Serrador confirma que la sotana es un espléndido pasaporte en esta nueva España y que cada vez le cuesta más llevarla.

—¿Qué desea?

—Quisiera ver a Luis Camacho —dice el cura.

—¿Quién le digo que está aquí?

—Su hermano.

—Siéntese un momento en la sala de espera. —La señala.

Serrador sigue su consejo mientras la mujer cuchichea una orden a un botones.

Ni siquiera recuerda cuándo fue la última vez que vio a Luis. Durante muchos años fueron inseparables, desde que nacieron. Tenían exactamente la misma edad. Como su madre murió en el parto y la de Serrador estaba delicada, sus padres, que eran amigos y vecinos, contrataron a una ama de cría que los amamantó a ambos. Hermanos de leche. Recuerda cómo Luis se reía cuando supo que Serrador entraría en el seminario y cómo este amenazaba con romperle la cara. Era para él mucho más que familia y lo había ido dejando por el camino como todo lo demás.

Aparece por el pasillo, más bajo, más gordo y más calvo, ajustándose las gafas, buscándolo con aire despistado.

El padre Serrador sale en su busca, se besan en la mejilla, se separan para mirarse, se ríen.

—Ven, vamos a mi despacho.

Lo guía por un pasillo desierto.

—¿Cómo está tu padre?

—Achacoso y más malaje que nunca. —El periodista se detiene y abre una puerta sin membrete—. ¿Y los tuyos?

—No tengo la menor idea. —Le extraña que el despacho esté fuera de la zona de redacción—. ¿Te han ascendido?

—Todo lo contrario.

Es una habitación minúscula en la que apenas caben un escritorio con una incómoda silla a cada lado; nada de estanterías, archivos ni cajones, solo una pila de carpetas en una esquina de la mesa.

Serrador se sienta en silencio; aquel falso hermano, y sus múltiples contactos, son más o menos su último recurso para sacar de la cárcel al padre de Leandra, y no sabe ni cómo iniciar el tema.

—¿Cuándo has llegado? —pregunta Luis.

—¿A Sevilla? Hace algún tiempo que vivo aquí, me han asignado la capellanía adjunta del hospital de la Santa Caridad.

—¿Ya no estás en el Ejército?

—Ya no.

—¿Y eso? —Entre ellos no son extrañas esas confianzas.

—Últimamente… han sido muy malos tiempos. —Baja los ojos—. Deja que te lo cuente otro día, cuando estemos más tranquilos y calientes de vino.

—Cuando tú quieras, pero la próxima vez es mejor que me busques en mi casa, en el periódico me quedan cuatro días.

—¿Por qué? —Cada vez le resulta más difícil plantearle lo que necesita.

—Aquí estoy listo, y veremos a ver si no paso de las galeradas a las galeras. —Resopla, se quita las gafas y las deja caer sobre el escritorio—. Es lo que pasa cuando son los putos militares los que controlan la libertad de expresión.

—Pero ¿qué has hecho?

—Pues me creía yo que era más chulo que un ocho y fíjate —dice, amargado—. Nada, publicar una reseña sobre una de las charlas en Radio Sevilla del general don Gonzalo Queipo de Llano y Sierra.

—¿Criticándolo?

—No, todo lo contrario, me limité a reproducir sus palabras sin poner ni quitar una coma.

—No entiendo nada.

—Tan descomedido y animal es nuestro venerado don Gonzalo cuando se pone delante de un micrófono que hasta sus domésticos se acojonan por la trascendencia de sus palabras. —Recoge las gafas—. Hace unas semanas, todas las publicaciones, todas,

recibimos la siguiente circular firmada por el comandante José Cuesta Monereo, que, por cierto, fue el auténtico cerebro de la sublevación, pero eso es otra historia. O no. Todo es el mismo desvarío.

Busca en una carpeta y le entrega una cuartilla.

> *Instrucciones para la censura de prensa: en las charlas radiadas del general, suprimir todo concepto, frase o dicterio que, aun cuando ciertos, debido sin duda a una vehemencia y exaltada manifestación patriótica, no son apropiados ni convenientes para su publicación… Las galeradas relativas a dichas charlas no deben dejar de remitirse a la censura por ningún concepto.*

—Ni ellos mismos se fían de su jefe —dice Serrador.

—Aquí ya no se fía nadie de nadie.

—¿Y qué fue lo que publicaste?

—En su charla radiofónica del 28 de agosto, Queipo de Llano, en uno de sus ramalazos, además de celebrar otros triunfos del bando nacional, se congratulaba de haber tomado un buen número de prisioneras y mencionaba la alegría con la que iban a ser recibidas por los regulares y la pena de la Pasionaria por no caer en manos de las tropas moras.

—Y tú…

—Yo reproduje dicha perorata en mi artículo del 29 de agosto.

—Inocentemente.

—Estoy muy harto, Juanito.

—Ya.

—Así que esto es lo que hay: me aplican un correctivo por no censurar al máximo responsable de la censura.

Serrador lo siente de verdad; en aquellos tiempos, un asunto así puede resolverse de la peor manera.

Desde luego que está descartado pedirle ayuda para el padre de Leandra.

—No, lo han informado malamente. —El viejo celador no tiene inconveniente en abandonar la errática actividad del hospital para pegar la hebra y quizás devengar propina con el elegante desconocido—. Me acuerdo perfectamente de los pordioseros que usted refiere. Menuda se formó.

—¿Y entonces? —pregunta Chacón Carter.

—Que no dormían aquí, sino en el teatro. Aquí al lado, en el Lope de Vega.

—¿Los conocía usted? —Lo toma del brazo y lo aparta hacia un rincón.

—De vista. —Se deja llevar, cualquier cosa menos acarrear camillas—. Un hombre ya mayor y tres o cuatro muchachos. Yo no sé a quién conocían ni a quién dejaban de conocer en las alturas, el caso es que se ve que tenían permiso para dormir en el recibidor del teatro. Aquello está abandonado por la guerra, ¿sabe usted?

—Algo he leído. —Chacón no lo deja desvariar—. Me decía que se produjo alguna clase de trastorno o complicación con esa gente.

—Algo gordo hicieron, porque los pusieron en la calle de sopetón.

—¿No sabe usted qué pasó?

—Yo no. El que lo sabe es mi compañero. —Su cerebro, si acaso, a su compás.

—¿Y no sería posible hablar con él?

—Claro que sí.

—¿Podría usted avisarlo?

—Es que está en su hora del desayuno.

—Vaya…

—Pero podemos ir a verlo a la sala de descanso.

—Estupendo.

El celador se pone en marcha sin ninguna prisa ni problema por abandonar la faena, saluda a unos y a otros, tararea algo.

A medida que se adentra en el antiguo Casino de la Exposición, ahora convertido en hospital, y recuerda la lujosa decoración de sus salas antes resplandecientes, crece en Chacón esa sensación de irrealidad que, en verdad, concuerda perfectamente con el nuevo tiempo.

Una sala identificada como almacén es el dominio del personal subalterno.

Cuando entran, levanta la vista del periódico un hombre de edad aproximada a la del celador que acompaña a Chacón Carter; el reclutamiento obligatorio lleva a encontrar personal envejecido en gran parte de los puestos de trabajo.

—Escucha a este señor, que quiere que le cuentes lo que pasó

con los limosneros esos que vivían en el teatro —dice el primer celador.

—Usted perdone que lo moleste en su descanso —se disculpa Chacón—. Me gustaría convidarlos a café, pero como están trabajando…

Deja un par de billetes en la mesa sin que los otros finjan la menor protesta.

—No se preocupe, si ya había terminado el descanso. Así lo alargo —dice el otro celador.

—Verá, me decía aquí el compañero que hubo algún incidente con esos señores —declara Chacón.

—«Señores» por decir algo —repone el segundo celador.

—…

—Pero yo no vi nada —añade.

—Bueno…

—Pero lo sé todo.

—Menos mal. —Chacón, santa paciencia—. Siga, siga.

—Me lo contó el guarda, que hacía muy buenas migas conmigo.

—¿Y no podría yo hablar con él?

—Imposible, al día siguiente se fue y no hemos vuelto a verle el pelo. Claro que, antes de irse, se lo contó todo al director, y por eso los echaron.

—¿Al día siguiente de qué?

—Pues eso es lo que le iba a contar. —Poco a poco irá abandonando el tono distendido—. Cuando llegué por la mañana, me lo encontré recogiendo sus cosas, más blanco que una lápida. Me dijo que se iba para siempre, que los pordioseros le habían echado un mal de ojo, que estaban endemoniados.

—Continúe.

—Por lo visto, en una de sus rondas, vio un fogonazo por una de las ventanas, así que entró, no fuera a ser que aquella gente le hubiera metido fuego al teatro. Pero fíjese usted que al llegar todo estaba oscuro y callado. En el vestíbulo no estaban, así que entró en el patio de butacas. La carne de gallina se me pone. —Levanta una manga para demostrarlo—. No se lo creerá usted: estaban todos en cueros en el escenario, alrededor de un braserillo. Pero eso no fue lo peor.

—¿Qué ocurrió?

—Lo peor es que el viejo dijo que había llegado la hora de comulgar, cogió un hierro al rojo vivo y se lo metió entero por la boca a uno de los muchachos, que se lo tragó como si tal cosa.

Por pocas luces o contactos que tuviera, cada nuevo reo ingresado en el pabellón San Isidoro del hospital de la Santa Caridad es una apreciadísima fuente de información sobre el discurrir de la ciudad para los enfermos allí apresados.

El último, un abogado de la Cámara de Inquilinos afecto a la República, traía la novedad de la destitución del director de la cárcel provincial.

No precisó la suerte que había corrido aquel, ni a la mayoría de los enfermos importaba gran cosa, pero es que ellos no conocían como el exgobernador Varela Rendueles la honradez y la integridad del responsable de la prisión.

Vivamente impresionado por la noticia, Varela no dejaba de pensar en el momento en que lo conoció, al poco de llegar al presidio. En aquellos días, el exgobernador compartía celda con Horacio Hermoso, alcalde depuesto de la ciudad, y en cuanto salieron al patio apareció el director de la cárcel para presentarles sus respetos; recordaba casi al pie de la letra las palabras que le dirigió a Hermoso: «Señor alcalde de Sevilla, le ruego que haga saber a los sevillanos que están encarcelados en esta prisión como consecuencia del levantamiento militar que yo me considero un prisionero más y que, en la dignísima persona de usted, me ofrezco a todos, y que en lo que de mí dependa trataré de hacerles lo más llevadera posible la inevitable incomodidad de la prisión».

El 29 de septiembre, los sublevados le quitaron la vida al legítimo alcalde de la ciudad.

El exgobernador no tenía derecho a esperar mejor suerte.

Ahí tiene a la niña, unos nueve o diez años, abrigo demasiado estrecho, el paso corto y algo entretenido.

Diosdada lleva no sabe cuánto tiempo vigilando la puerta del Auxilio de Invierno y a los grupos de críos mendicantes que rondan los alrededores, hasta que ha detectado a una chiquilla que se ha cansado y se marcha en solitario.

La alcanza un par de calles más allá.

—Oye, tú, Tralará —la llama y acelera el paso hasta situarse a su lado—. Soy una de las damas del Auxilio de Invierno, ¿me conoces?

—Sí —miente tímidamente.

—Te voy a llamar Tralará, porque me gustan las niñas cantarinas.

—Me llamo…

—No me digas cómo te llamas, el pasado se reescribe con cada pliegue del universo.

—…

—¿Tienes hambre?

Afirmarlo sería una reiteración.

—Pues si tú tienes hambre, yo tengo una elegante varita mágica en forma de bocadillo de chorizo. —Lo saca triunfalmente del bolsillo—. ¿Lo quieres?

—Bueno.

—Claro que lo quieres. —Lo desenvuelve y se lo entrega—. Está un poco amargo, pero tú no eches cuenta. Te llamas Tralará, no Melindres.

La niña ya le ha asestado el primer mordisco y no parece que vaya a quejarse por el sabor de las pastillas machacadas que contiene el bocadillo.

Cuando unas semanas atrás Diosdada le robó a Rublos aquel bote de Veronal, estaba segura de que tarde o temprano le encontraría alguna utilidad.

—¿Está don Alberto? —le pregunta Crisanta al recepcionista del hotel.

—Salió esta mañana y aún no ha vuelto. —Es empleado antiguo en la casa y sabe perfectamente el vínculo que los une—. ¿Quiere que le deje algún mensaje?

—No, gracias.

En realidad no es con él con quien quiere hablar. Viene del hospital de la Santa Caridad, donde ha intentado visitar sin éxito al padre Serrador, y ha recurrido a Chacón Carter como última alternativa para localizar al sacerdote.

Está a punto de marcharse cuando recuerda algo y se vuelve.

—¿Y Rublos? ¿Está en su habitación?

—Sí, señora.

Puede valer, esos tres andan siempre juntos últimamente.

Sube las escaleras con decisión, recordando la de veces que Alberto Chacón insistió en que se quedara allí a vivir aunque abriera la tienda en la calle Feria. Pero ella no era mujer de amarrarse a nada ni a nadie. Tampoco ejerció nunca de hermana mayor de Rublos, aunque su condición de adoptados por Carter los convertía en más o menos eso; tampoco siguió viniendo a cenar en Nochebuena ni a jugar a los muertos en las reuniones de la Sociedad.

Si viviera en el hotel, estaría menos sola.

O no.

Es la segunda vez que llama sin que Rublos responda, pero no hay duda de que está en el interior.

—Soy Crisanta, tontorrón; abre la puerta.

—…

—Sé perfectamente que estás ahí.

—…

—No voy a molestarte más que un momento. Estoy buscando al padre Serrador.

—…

—¿Estás bien? —Vuelve a llamar—. Mira que me estás preocupando, no querrás que vaya a buscar la llave maestra, ¿verdad?

La puerta se abre unos centímetros, los suficientes para estrellarse con la figura inmóvil de Rublos completamente desnudo, la cabeza rapada al cero, los ojos abiertos en una ranura.

—Si no te vas ahora mismo —bisbisea—, me tiro por la ventana.

Cuando Chacón Carter cierra la puerta y regresa a la sala, todos los presentes entienden que ya no hay demora posible para el experimento. Están allí los hermanos Galocha, atrincherados tras sus aparatos y sus cuadernos; el padre Serrador, que algo tendrá que hacer para quitarse por un rato a Leandra de la cabeza; la madre de Anita, y, por supuesto, la gran protagonista de la velada.

Sobre un aparador, los cimbreos de la llama de una lámpara de petróleo son sardónicos mensajes del diablo.

—Queridos, me gustaría restar un poco de gravedad a esta reunión —dice Chacón, con la pipa apagada en la mano—. Somos, simplemente, un grupo de amigos que se juntan para comprobar las propiedades de esta morada.

Pero la casa es la del Malmuerto.

Pero Anita está sentada ante un velador como si esperara la peor sentencia.

Pero su madre está más seria que nunca.

Y nadie responde.

—El último día que nos reunimos —prosigue— vimos algunos actos inexplicables. Les ruego que no se precipiten en sus conclusiones. Soy muy partidario de la señora Sidgwick cuando afirma que es inútil debatir sobre si esta clase de fenómenos tienen carácter espiritista o dependen de alguna ley biológica desconocida.

—Podría tratarse de lo que el coronel De Rochas llamó «exteriorización de la motricidad» —interviene el mayor de los Galocha.

—También podría ser, pero, como aún no lo sabemos, nos limitaremos a una comprobación puramente práctica. —Se aproxima a la mesita junto a la que está sentada la niña—. Como pueden ver, he dispuesto un círculo de cartón sobre el que he colocado un triángulo de papel y, encima, un vaso de cristal. Es una prueba muy básica. Se trata de intentar mover alguno de estos tres elementos…

Anita se levanta sin mirar a nadie, camina hasta la puerta, la abre, sale y, muy educadamente, la vuelve a cerrar desde el exterior.

Pasa el tiempo que tiene que pasar.

Su madre no la sigue, no parece extrañarse, pero termina tomando la palabra.

—Esta casa me tiene muy asustada. —Busca un pañuelo en el bolso y cuando lo encuentra no sabe qué hacer con él—. Esta mañana, mi hija desapareció en el cuarto de baño. Llevaba un rato dentro y, como no la oía, entré a ver si le pasaba algo y no estaba. No estaba. —Intenta darle un punto humorístico, pero está tan amedrentada que no logra hacerlo—. Me quedé allí, sin poder moverme, y al momento apareció. Estaba muy… triste. No pudo o no quiso decirme dónde había estado.

—¿Nada?

—Nada. —Se muerde el puño, se olvida de todos—. Y es que, si se me va, ¿dónde la busco?

Mayordomo viaja en el asiento de atrás del Chevrolet con la sonrisa desencajada mientras cabecea y recuerda las palabras del instructor de tiro en la escuela de oficiales. Merino conduce.

Nadie en las calles y a lo mejor nadie en las casas, «es posible que hayan aprovechado la madrugada para huir todos en busca de su puta madre». Vuelve a sonreír. Debería haberse traído la petaca de coñac, aunque ya ha bebido bastante.

Cuando tienen a la vista las ruinas de la iglesia de San Román, golpea al conductor en el hombro.

—Aparca ahí y apaga los faros.

—¿Aquí?

—Aquí. —Cuando el coche se detiene, abre la portezuela—. Vamos.

—Mi capitán, tendríamos que haber traído más gente.

—¿No tienes tú huevos suficientes para guardarme las espaldas?

—Claro que sí, lo decía porque esto está muy solo y oscuro.

—Tira. —Ya fuera, le entrega una linterna—. Me están esperando en la iglesia.

El escolta de las lentes amarillas obedece, pero va muy mirado en el paso, examinando inseguro cada rincón y con la mano libre de la linterna metida debajo de la chaqueta.

Cuando llegan a la puerta de la iglesia, se detiene.

—¿Y ahora?

Los dos se quedan mirando los restos del templo incendiado en la madrugada del domingo 19 de julio. Aún están allí las fachadas, algunos muros interiores y, quizás, el espíritu del Cristo de los Gitanos.

—Entra —ordena Mayordomo—. Ya saldrán a nuestro encuentro.

El caminar de Merino se hace aún más apocado, barriendo nerviosamente el terreno con el haz de la linterna.

Su jefe lo sigue, las manos hundidas en el chaquetón de cuero. No puede evitar que se le escape otra risa.

—¿Capitán?

—No, que me estaba acordando de lo que nos decía mi instructor de tiro. Tú sigue hasta el fondo.

Cuando ya han recorrido la mitad de la nave, Mayordomo saca la navaja que ha estado engrasando por la mañana y se la hunde tres veces a su subordinado en los riñones hasta la empuñadura.

Inmediatamente se aparta para evitar salpicaduras mientras el otro se desploma en silencio y con gran elegancia.

Mayordomo sonríe de nuevo, le parece estar escuchando las palabras del instructor: «El mejor ataque es el que se produce por la espalda. Esta refinada técnica, además de su eficacia y limpieza, tiene la enorme ventaja de ahorrarnos el rictus lastimoso del miserable al que sometemos. Acometer por la espalda supone, por tanto, un doble triunfo: a la seguridad de suprimir al enemigo sumamos la satisfacción de enviarle el último mensaje de nuestro desprecio. Señores, ¡sigan mi recomendación, ataquen por la espalda siempre que les sea posible, demuestren su clase!».

¡Qué pico de oro y qué caballero! Ya van quedando pocos.

Merino rebulle en el suelo, que es lo que el capitán pretendía; antes de que termine todo, tienen que hablar un rato. Le da la vuelta con el pie para verle el gesto y se acuclilla a su vera.

—No te agobies, que no te voy a echar nada en cara. —Le quita la pistola y la arroja lejos.

—Se agradece. —Se ve que el dolor aún no es insoportable.

—Esto son negocios, podrías haberte llevado una ganancia y te has llevado otra. A las ratas os pasan estas cosas.

Pero recoge las gafas de cristales amarillos, que han resultado milagrosamente indemnes, y se las coloca con todo cariño.

Merino se da un respiro antes de responder.

—Fíjese, fui el primero que usted eligió para su cuadrilla y este es el pago que le doy.

—Que no te sofoques te he dicho, que ya llevas lo tuyo. —Una pausa mientras el herido se revuelve, parece que aumenta el dolor—. Y además, si me dices lo que quiero saber, todavía estamos a tiempo de que te lleve a un hospital y te saquen de esta.

—Usted no me va a llevar a ningún hospital, mi capitán.

—De eso tú no puedes estar seguro, así que lo único que puedes hacer es decirme todo lo que sabes. Por si acaso.

—En lo que yo pueda ayudarle, ya sabe que yo… —El charco de

sangre empieza a ser visible a su alrededor.

—Eso mismo le dirías al comandante Baltierra cuando te tiraba los huesos como a un perro. Ya sé que ha sido con él con quien me has traicionado, eso no me hace falta que me lo digas.

—…

—¿Pero no te da vergüenza venderte a un señorito así? ¿Ponerte de rodillas delante del terrateniente con su sombrero cordobés, su chaquetilla blanca, sus zahones a medida, la calzona, las espuelas de plata y la fusta preparada siempre para cruzarle la cara a un mierda como tú o como yo?

—…

—Parece mentira que no os deis cuenta: por mucho que haya pasado por el Ejército, ese tío es un marqués, ¿te enteras? Un marqués. Y nunca podrá ser compañero de alguien como nosotros. —Observa cómo avanza la sangre que lo enmarca y decide ir al asunto, no vaya a ser que se le quede tieso sin confesar nada—. Lo que quiero que me digas es por qué me la tiene jurada ese hijo de la gran puta.

—Es el tríptico, mi capitán. —Cada vez le resulta más difícil—. El que buscan usted y la tía esa, la Crisanta.

—Cuidado con cómo te refieres a esa señorita, no quieras que saque otra vez la cheira y te termine de rajar.

—Usted dispense —dice, muy ahogado.

—El tríptico. —Piensa en voz alta—. ¿Y por qué le preocupa a ese cateto lo que yo tenga que ver con el cuadro?

—Eso no lo sé. —Tose, tose un buen rato—. Solo me dijo que lo tuviera al tanto. —La tos de nuevo—. Al tanto de todos los movimientos que hiciera usted… para encontrarlo.

—Pero vamos a ver. Según Jairo, parece que es el mismo Baltierra el que se lo compró. Si ya lo tiene, ¿qué pinto yo en todo esto, eh?

Merino no responde, sigue con sus quejas, su disnea y sus descomposturas.

Pero da igual, la pregunta era más bien retórica.

Un patriota de los pies a la cabeza como Baltierra, un fascista ejemplar, no puede consentir que se sepa que participa en el expolio de sus propias iglesias, contrabandeando con sus obras de arte.

Si está intentando acabar con Mayordomo, no es más que para

borrar su rastro en este apaño.

Merino ya no se mueve.

Mejor que mejor.

5 de noviembre de 1936

Serrador despierta (pero aquello no es despertar) en los dos metros cuadrados de suelo que ha alquilado en el fumadero.

Palmo a palmo se reconoce, manos, hombros, boca. Aún no sabe dónde está ni quiere saberlo. La pipa de opio está tirada a su lado. El humo es tan espeso, pesa tanto, que le impide levantar la cabeza.

Primero recuerda que no ha podido hacer nada para sacar de la cárcel al padre de Leandra.

Después, que está en una especie de enorme cripta sin muebles ni ventanas a la que se accede por la trastienda de una taberna de la calle Pureza.

Por lo que pueda venir, es mejor no seguir pensando.

El reloj dice que fuera ya es de día.

Lo rodean cuerpos en sombras, derrotados ya, indistinguibles unos de otros; ni siquiera los chaperos y las putas que se movían entre ellos al principio de la noche han sobrevivido al humo.

Tiene que salir de allí, pero fuera solo lo espera su incapacidad para ayudar a Leandra en lo único que le ha pedido desde que la conoce. No sabe a quién más recurrir y no puede decírselo.

Le queda el *cafard*, la pena negra del legionario, la maldición del desierto, la mortificación que le nubla la cabeza con la amenaza de convertirse en su única guía.

El grito lo desvela como si no hubiera pegado ojo en toda la noche.

Chacón ha dormido en un sofá de la casa del Malmuerto, arropado con su propio abrigo, incapaz de dejar solas a Anita y su madre después del percance del día anterior; el grito de la mujer en el piso de arriba no es más que el cumplimiento de la calamidad que lleva esperando entre sueños desde que se acostó.

«Abre», se oye arriba.

Un batir contra la puerta.

Una especie de zumbido que no sabe identificar.

Al momento está junto a la madre, que le ruega con los ojos sin dejar de forcejear inútilmente con el picaporte.

—¿Qué ha pasado?

—¡Bajé a preparar el desayuno! —grita ella a pesar de estar a su lado—. ¡Y cuando subí me encontré la puerta cerrada! Y es que no me abre, no me abre.

—Espere. —La manda callar con un gesto y acerca el oído a la hoja.

—…

—Parece que se oye una risa.

—¿Es de ella? —La pregunta es absurda, pero entre ellos y en un lugar así reviste una completa normalidad.

—No lo sé… Creo que sí.

La mujer lo aparta de un caderazo y se lanza contra la puerta. Gritos. «Anitas». Golpes. Llanto. Cabezazos contra la madera.

—Se va a hacer usted daño, intente…

—¡No se quede ahí y ayúdeme a forzar la cerradura!

Pero no hace falta.

La puerta se abre.

Anita los mira desde la cama, atolondrada, como siempre.

Crisanta, en la puerta del hospital de la Santa Caridad, duda entre marcharse a ningún lado o quedarse en cualquier sitio a esperar al maldito cura que lleva dos días intentando localizar.

Está a punto de no hacer nada cuando Serrador aparece por la esquina. Camina hasta llegar a su lado como si no la viera. El cabello despeinado, el abrigo sucio sobre la sotana, las pupilas dilatadas.

—Me han dicho ahí dentro que no has aparecido en toda la noche.

—Una urgencia sacramental. No hay dinero para pagar esta mierda de trabajo.

Ella asiente y sonríe; todo el mundo querría conocer a un cura así. Después lo toma del brazo.

—Necesitas invitarme a un café con leche antes de entrar. —Echan a andar—. Además, tenemos que hablar.

En cuanto se alejan un poco, Crisanta se detiene para sacudirle

el polvo: el sacerdote se ha pasado por la pensión para recobrar la sotana, pero el abrigo es el mismo con el que ha dormido en el suelo del fumadero.

Después encuentran un bar casi vacío con una mesa tranquila y un camarero sin rostro que les trae los cafés y un cenicero.

—Ayer te estuve buscando todo el día —dice ella.

—Que te has convertido.

—Más quisieras tú. —Remueve su café—. Debo pedirte un favor.

—…

—No sé si tenéis tarifas para esta clase de servicios.

—Tenemos tarifas para todo. Dime.

—Quiero que me acompañes a un fusilamiento. Mañana por la noche. En el cementerio de San Fernando.

—Mientras no tenga que disparar yo…

—Porque entonces la tarifa subiría, ¿verdad?

—Evidentemente.

—No, no te preocupes, solo tienes que acompañarme. Mañana ajustician estos animales a un amigo. —Un alto para evaluar si merece la pena decir la verdad—. En realidad, no es amigo mío, es un fulano con el que tengo un negocio. Es indispensable que hable con él una última vez. Tu sotana abre muchas puertas. Será solo un momento.

El padre Serrador parece no haber oído la proposición.

Al poco se levanta de la mesa, se acerca a la barra y vuelve al momento con una copa de coñac Real Tesoro.

Se toma un momento para pensar en el problema de Leandra, que es lo único que le importa en este momento.

Ajusta o desempalma alguna conexión cerebral antes de hablar.

—¿Conoces de mucho al capitán Díaz Mayordomo?

—¿Cómo sabes que lo conozco? —pregunta Crisanta, con la expresión cambiada.

—Eso no importa. —Comienza a fabricar un cigarro—. No te estoy pidiendo que me hagas ninguna revelación. Solo quiero saber cómo es ese tipo.

Entre levantarse y más o menos cortar cualquier entendimiento con el sacerdote o inventarse una historia más o menos inofensiva, Crisanta elige decirle más o menos la verdad.

—También tengo un negocio con él. O he estado a punto de

tenerlo, no lo sé. —Mira con rencor al cura por no haberle traído a ella una copa de licor—. Es el peor bicho que he conocido. —Sigue buscando una frase para definir su relación—. Es la única persona en mi vida a la que de verdad he tenido ganas de matar.

Llaman cuatro veces al portón de la casa del Malmuerto.

El sobresalto hace que Chacón deje caer el libro que estaba leyendo y quede en pie con las piernas tensas y los puños cerrados.

Que llamen a la puerta quiere decir que alguien al margen de su círculo sabe que el caserón está ocupado.

Aún más inquietante es que el desconocido haya abierto la puerta de la tapia que rodea la vivienda y haya atravesado el patio hasta llegar allí.

Recriminándose por no haberse provisto de un arma, cruza el salón en dirección a la puerta.

Un golpe más.

Chacón abre de un tirón.

Después, retrocede un paso, ya más tranquilo.

—Tadeo Cárdenas Rivero.

—Señor Carter.

El antiguo inquilino de la casa ha empeorado desde que se vieron la última vez: a la irritación y el temblor en los párpados se ha unido alguna clase de debilidad que le vence los hombros y el cuello.

—Pase, por favor, no se quede usted ahí.

—Si usted me perdona, ¿le daría igual que hablemos aquí fuera? —Ni siquiera se atreve a acercarse mucho a la entrada.

—Sí, cómo no. —Cierra a su espalda—. Podemos sentarnos en el poyete del jardín. Alguna vez hubo bancos, pero están destrozados.

—No sabía si lo encontraría. —También se ha acentuado su cojera mientras camina a su lado—. Perdí su tarjeta. Pero pensé que estaría por aquí.

—Me ha pillado usted de milagro.

Es verdad, lleva toda la mañana queriendo marcharse, pero hasta ahora no se ha atrevido a dejar solas a Anita y su madre, que siguen en sus habitaciones.

Toman asiento en cualquier punto del murete, da lo mismo, todo el patio está en el mismo estado de suciedad y abandono.

—Tome. —El chico le entrega una llave—. Es la de la puerta exterior. No me acordé de dársela la otra vez que nos vimos.

—No habrá venido solo a traérmela.

—No. —Tarda poco en decidirse, ha pensado en ello de sobra—. He venido a advertirlo. Tienen ustedes que marcharse, no pueden estar ni un momento más ahí dentro. Es muy peligroso.

Alberto Chacón Carter no repone comentario alguno; hace mucho que convive con la sospecha de que tarde o temprano encontraría alguna información o alguien le revelaría algo o él llegaría a la conclusión de que debía abandonar la casa.

Sabe de sobra que no va a seguir el consejo.

Allí fuera la temperatura es más baja de lo que esperaba.

Llega el momento en el que debe pedirle que continúe.

—Cuando vinieron ustedes a visitarme, no les dije toda la verdad —reconoce el estudiante—. Las habitaciones alquiladas en esta casa no las ocupaba yo solo. El tratado sobre topología algebraica no es de mi exclusiva autoría. —A partir de aquí, encadena ideas sin pausa—. Lo estaba preparando junto con un compañero y amigo. Héctor. Una mañana, estábamos en salas contiguas, comentábamos algo de cuando en cuando, pero él guardó silencio más tiempo de la cuenta. Al asomarme, comprobé que había desaparecido. Era una habitación interior, sin más puertas ni ventanas. Todos los objetos, los libros, la pizarra, todo, estaban volcados en el suelo, como si la ley de la gravedad hubiera experimentado un fallo en este punto de Sevilla. Pero no se había oído nada; supongo que, si el fallo se produjo en un, digamos, módulo espacial distinto, el estruendo se oiría allí.

—…

—El problema es que yo soy matemático y todo eso no puede ser.

—Héctor nunca reapareció —afirma Chacón.

—Nunca.

—Desde que tengo relación con la casa, he sido testigo de un par de fenómenos similares.

—¿Y ha llegado a alguna resolución?

—Puedo venderle varias, todas de saldo.

—Ya. —Curiosamente, parece más tranquilo—. Se puede imaginar que he estudiado todo lo que ha caído en mis manos sobre

el tema.

—Lo suponía.

—También he investigado la casa.

—Yo también. ¿Ha sacado algo en claro?

—Nada. En la actualidad pertenece a los herederos de Librado Cartagena y Pavón. Supongo que alguno de ellos fue el que me la alquiló a mí. —Siempre en el mismo timbre apesadumbrado—. Pero con el tal Librado termina el rastro de la casa: es imposible saber a quién le adquirió la finca; lo he mirado en el Registro Inmobiliario, en el ayuntamiento, en el Colegio de Arquitectos… Nada.

—Ha seguido usted los mismos pasos que yo. —Chacón busca la pipa en los bolsillos, pero ha debido de olvidarla en algún sitio—. Y los herederos parecen decididos a que no se averigüe su identidad.

—…

—Me temo que nunca sabremos el origen de ese fallo de las leyes físicas.

—Quizás la ciencia, algún día…

—Me dijo usted que también vivía aquí la nuera del actual propietario. —Chacón no desfallece—. ¿No le diría ella algo que nos pueda servir como indicio?

—Apenas hablé con ella. Era una mujer muy triste, viuda de guerra, siempre callada tras sus gafas ahumadas.

—¿Ahumadas?

—Sí, unas lentes muy oscuras, casi negras.

Chacón termina alguna reflexión interna y después extrae su abultada cartera, que sujeta con una goma verde; la registra hasta dar con una fotografía; es la orla de la Sociedad Mediúmnica Sevillana, donde aparecen todos sus miembros.

—¿Es esta? —Se la acerca, señalando el retrato de Diosdada.

—Sin duda ninguna.

Es jueves, media mañana, y, aunque tras el estallido militar comienzan a notarse los problemas de abastecimiento, el mercadillo de la calle Feria, que recibe su nombre de este día de la semana, se encuentra en plena efervescencia.

Con el cuello del chaquetón subido y el ala del sombrero cortándole la mirada para evitar reconocimientos, el capitán Mayordomo camina despacio entre el trajinar de los puestos,

intentando que no se le despiste el anticuario que busca.

Desde que supo de la traición de Merino, ya no se hace acompañar por su antes inseparable escolta, que lo aguarda como alma en pena en las proximidades de su despacho a la espera de que su jefe entre en razón. Pero ya no se fía de nadie.

Ha enfilado el Jueves desde la calle San Juan de la Palma y se ha sumergido despacio en el trapicheo de los chamarileros, esquivando las mercaderías colocadas sobre mantas en las aceras o colgadas de rejas, farolas o árboles: cualquier percha es buena para exhibir la bagatela.

No recuerda con claridad los rasgos del anticuario que busca ni los de su dependiente, pero sabe que los identificará en cuanto los vea, siempre lo hace.

Está a punto de detenerse en el tenderete de un librero de lance al que tiene entre ojos hace tiempo, seguro de que encontraría algún título ilegal en las cajas de cartón llenas de ejemplares de segunda mano, pero no ha venido para eso.

Sigue su camino, empieza a saciarse de la bulla, el revoltijo y la herrumbre, de calderos de cobre, pajaritos en jaulas con trastornos depresivos crónicos, sultanas de coco, ratoneras, planchas, cuadros, álbumes incompletos de cromos, cristos, vírgenes, cruces y otras muestras de desguace religioso.

Al fin lo distingue, sentado en el suelo, rodeado de figurillas, láminas y otras menudencias; los objetos de valor no los sacan de la tienda. El empleado del anticuario que busca también lo ha reconocido a él.

—¿Y tu jefe? —pregunta Mayordomo.

—Está ahí dentro. —Señala a su espalda.

El militar rodea las mercancías y entra en la penumbra del establecimiento. Después cierra a su espalda y echa el pestillo.

Cuando se vuelve, encuentra la mirada del dueño, que lo observa pálido e inmóvil.

—Cuánto tiempo, capitán.

—He cerrado para que no nos molesten.

—Cuando está el Jueves, aquí no entra casi nadie.

—Así nos aseguramos. —Toma dos sillas de una exposición, las coloca frente a frente en el centro de la estancia y se sienta en una de ellas—. ¿Cómo va todo por Utrera, Antonio?

—Me llamo Escolástico.

—Un nombre de tío importante. Anda, siéntate.

—Por Utrera, bien. —Obedece, tembloroso—. Usted ya sabe, como siempre.

—Y al comandante Baltierra, ¿hace mucho tiempo que no lo ves?

—Sí que hace tiempo, sí.

—Tengo entendido que es muy aficionado al arte. Y siendo paisanos, y siendo tú uno de los tratantes más ilustres, y siendo maricones los dos, es lógico y normal que se pase de cuando en cuando para comprarte algún chirimbolo o cualquiera de las porquerías que tienes aquí.

—Antes, sí. Antes venía a menudo para comprarle algún regalito a su madre, por la que tiene devoción. Pero la señora marquesa está retirada hace años y claro…

—¿La ha espichado la marquesa?

—No, es solo que no sale.

—Pero yo sé que él sigue comprando género.

—Yo eso ya…

—Venga, Antonio, no me vengas con mamoneos de mercachifle.

—Es que, en el tema profesional, somos como los curas: no podemos hablar de nuestros clientes. —Sonrisilla beatífica.

Lleva una pajarita sucia y un jersey de lana deshilachado, es la adaptación proletaria de un experto en antigüedades de prestigio internacional.

Los dos se miran, sentados en el centro de la tienda, rodeados de oscuridad.

—¿Sabes, Antonio? —dice Mayordomo—. Mientras venía para acá, pensaba en que hay guarrillas y guarrillos que cuando te chupan el rabo, ahí bien chupado, y te corres dentro de su boca, no te lo podrás creer, pero los hay que escupen la flema. No te lo podrás creer, pero es así. En vez de tragársela como Dios manda, van y la escupen. Como te lo digo. ¿Se puede concebir mayor insulto a un cristiano?

—…

—Di.

—Yo…

—Y tú dirás: «¿Todo esto a qué viene?». Pues está muy claro.

Siendo Baltierra y tú de la acera de enfrente y utreranos, estoy seguro de que sabrás a dónde va para que le limpien el sable cuando está por la capital.

—Mi capitán, de verdad que yo no.

—De verdad, no, Antonio. De verdad, no.

Manuel Díaz Mayordomo levanta una pierna y después la deja caer lentamente hasta que el zapato queda apoyado sobre la rodilla del anticuario, como si fuera un cojín.

—¿No te acuerdas de quién soy, Antoñito? ¿A que te han dicho que hago cosas muy malas? Pues eso sí, es la verdad.

El otro no tarda en recordar.

—Yo seguro no estoy, pero me han dicho que se lo ve por una casa de muchachos, la de Antonia la Carbonera. En la calle Atienza.

Hasta que los planes terminen de trabar en su cabeza y la suerte se olvide de alguna puerta a medio abrir, Diosdada y Tralará viven de la limosna y de la protección de los rincones oscuros. Con una mano sobre los hombros de la niña y la otra a medio extender, suele elegir la esquina más apartada de la puerta del Lagarto, la entrada de la catedral que da a la calle Alemanes; al contrario que el resto de los menesterosos, ella no requiere ni increpa a las beatas que entran y salen, se limita a mostrar la babeante obnubilación de la chiquilla: mientras disponga de Veronal para aderezarle el bocadillo, no habrá problema.

Cruzando la calle hay dos tintoreros; en uno, unos cuantos soldados moros ríen y se calientan con los chatos que les sirven a través de la ventana que abre la barra al exterior; en el otro, acaban de pararse cinco italianos de los muchos que rondan por la ciudad; Sevilla es un cuartel de día y un burdel por la noche para las tropas venidas de Italia y Alemania.

Mal asunto.

Todo el mundo conoce el enfrentamiento que se produjo no hace mucho a la salida del *cabaret* Zapico, en el que dos militares italianos mataron a dos moros, como es de sobra conocida la emboscada que los rifeños organizaron en el muelle unos días después, en la que cayeron tres soldados de Mussolini.

Mientras escucha las primeras provocaciones de los italianos, Diosdada recuerda a su marido, que debería estar allí, en esas

mismas calles, con el uniforme que tan bien le sentaba. Anselmo siempre la acompaña.

No todos los africanos se dan por enterados de las bravuconadas procedentes del bar de al lado, pero algunos empiezan a revolverse.

Los italianos comienzan a cantar *Giovinezza*.

Desde el interior de la catedral llega el primer lamento de un niño muerto, a Diosdada le extraña ser la única en oírlo.

Fuera, el primer disparo.

Al doblar la esquina, le parece a Crisanta que el lujoso automóvil aparcado en la puerta de su tienda es de Mayordomo, pero alguno de sus amuletos conjura al anticristo y, coche por coche, aparece el de su amiga, la mujer del diplomático portugués, a la que lleva evitando demasiado tiempo.

Solo ella es capaz de salir del vehículo y ordenarle al chófer que desaparezca sin resultar despótica.

Las dos confluyen en la tienda, se dejan un beso a unos milímetros de las mejillas y pasan al interior.

—Te he traído café de verdad y una botella de *ginja*. —Deja el paquete sobre la mesa de la trastienda y se sienta en una de las sillas sin esperar invitación—. Aunque espero que no estés aquí el tiempo suficiente para acabártelos.

—Yo también. —Crisanta ocupa el otro asiento.

—Llevo muchos días esperando que te pongas en contacto conmigo.

—Mi vida ha caído en barrena desde la última vez que nos vimos. —Se arrepiente enseguida del aire quejumbroso—. Quiero decir que no he parado.

—¿Algo malo?

—Todo malo. Pero no pasa nada.

—¿Tienes el tríptico de Jan van Eyck?

—Como si lo tuviera —miente—. Mañana me ha citado un contacto —miente— que ha prometido indicarme su paradero —miente.

—Me alegro —dice, aunque no se ha creído una palabra—, porque esta novela se acaba.

—¿Se acaba?

—El día 8, a las ocho de la mañana, debemos estar en el

aeródromo de Tablada. A esa hora saldremos de este puerco país para siempre. En la nave hay reservado un asiento para ti. Te quedan menos de tres días.

—¿A México?

—A México, escala en Lisboa. —Suspira, muy teatral—. Aunque ha estado a punto de quebrarse todo. El puesto de agregado cultural ha estado en el aire hasta el último momento, el subnormal de mi marido casi lo deja escapar. No quiero ni pensar en volver a Portugal.

—¿Tan mal está allí la cosa?

—Mi país está totalmente implicado con el bando fascista, hasta el punto de que no creo que la sublevación hubiera sido posible si a los militares españoles no los financiaran los bancos Pinto Sotto Mayor y Espíritu Santo. Pero no es solo dinero, son armas, aviones, hombres…, hasta el punto de que empieza a haber carencias de productos que se están enviando a España.

—Yo tampoco veo el momento de irme de aquí.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué ha dicho tu marido de que os acompañe?

—De momento no ha dicho nada, porque no lo sabe, pero cuando vea estas tetas que tienes, estará encantado de la vida.

—…

—Nos vamos, *irmã*, nos vamos de aquí, eso es lo único importante. En México nos tratarán como reinas. Pero necesitamos el tríptico, no quiero irme como una desgraciada, necesito el dinero que voy a sacar por él.

De pronto ha pasado al singular.

No desperdicia la ocasión de recordarle que, para Crisanta, el tríptico es su único pasaporte.

—Le propuse que se mudara a mi hotel. —En uno de los salones de la planta baja del caserón del Malmuerto, Chacón acaba de relatar la visita del antiguo inquilino—. De alguna manera, me siento en deuda con él, me gustaría intentar ayudarle. Pero me dijo que prefería estar solo, que debía encontrarse a sí mismo. ¿Qué le parece?

—Me parece que no me fío de nadie que se conforme con ser tal y como es —repone Serrador—. A las personas se las mide por su

capacidad de adaptarse al papel que han elegido, por su aptitud para el artificio.

—¿La religión también nos mide por esa capacidad?

—Sobre todo la religión.

Chacón ha encontrado unas copas y un decantador en el que verter la botella de Real Tesoro que el sacerdote ha traído para la cena, así que están como en casa, sentados en el polvoriento sofá del salón principal.

—¿Otra copa? —el director de la Sociedad.

—Desde luego.

—El caso es que nuestro asunto se ramifica, los días pasan y seguimos sin dar con el tal Sampedro. —Sirve el licor y vuelve a sentarse—. De lo único que estamos seguros es de que él es el turbador y de que debemos frenarlo.

—¿Está seguro?

—¿De que es el turbador?

—No, de que debamos frenarlo. No podemos estar seguros de que vaya a repetir sus experiencias; a lo mejor se ha retirado. Al fin y al cabo, no somos policías.

—Pero tampoco estamos seguros de lo contrario. Es posible que en estos momentos…

En esos precisos momentos se oyen unos pasos en el corredor.

Si fueran Anita o su madre, vendrían desde la escalera, por la otra puerta.

Chacón se pone en pie y levanta el decantador de cristal labrado, dispuesto a usarlo como arma arrojadiza, pero Serrador se lo quita de la mano y lo vuelve a colocar en la mesilla sin derramar una gota: lo primero es lo primero.

Se abre la puerta.

Rublos.

—¡Nos has dado un buen susto! —exclama Chacón.

—¿Por qué?

Entra tranquilamente y se dirige hacia uno de los sillones. Tiene buen aspecto, al margen del cabello, que han debido dejarle al cero para desparasitarlo, con un traje recién planchado y una corbata de seda que Chacón reconoce como propia. En el último momento, repara en el coñac, así que se pertrecha de una copa llena hasta el borde antes de sentarse.

—¿Has cogido el duplicado de las llaves? —pregunta Chacón.

—No, he entrado a través de un pórtico interdimensional.

—¿Pasa algo? No te esperaba.

—¿Molesto?

—No digas tonterías.

Los tres quedan en silencio.

Serrador intenta forzar algún tema de conversación.

—¿Saben algo del brigada?

—Precisamente mañana quiero buscar un momento para pasarme por su casa —contesta Chacón—, me tiene muy preocupado.

—Creí que no podría volver a esta casa —dice Rublos, punto y aparte—. Los niños han salido de aquí. Los muy hijoputas que me persiguen. Pero he pensado… —Se golpea la cabeza con más fuerza de la conveniente—. He pensado.

Se pone en pie para rellenar la copa.

—No deberías beber, Rublos —advierte el director—. Al menos por unos días.

—He pensado —prosigue, sentándose de nuevo, sin responder— que la única manera de librarme de los niños es volver a dejarlos aquí. —La copa, de un trago—. Me ha costado mucho volver. Vosotros ni os podéis imaginar lo que me cuesta estar entre estas paredes.

—…

—Y menos mal que la puta Anita no está por aquí. Yo creo que, si la viera, sería capaz de retorcerle el pescuezo. Ella tiene mucha culpa de lo que me ha pasado. Pero mucha. Ella es como un puente para los que me persiguen.

Los otros dos se quedan en silencio, pensando en alguna manera de no empeorar el estado del muchacho.

Chacón se palpa los bolsillos sin encontrar la pipa, hasta que recuerda que hace algún tiempo que la ha perdido.

Después se decide a hablar.

—Rublos, deberíamos irnos al hotel. Ya volveremos en otro momento, cuando lo hayamos organizado mejor.

—¿Estás buscando la pipa?

—¿La has visto?

—Claro.

Rublos adelanta el cuerpo hasta quedar sentado en el borde del sillón. Después empieza a acariciarse el embalaje genital.

—¿La quieres?

—…

—¿Eh? —Es verdad que en la bragueta se le marca la silueta de la pipa.

—…

—Ven a por ella. Cógela tú mismo.

Serrador se pone en pie, deja la copa en la mesilla y se va sin pronunciar una palabra.

Antonia la Carbonera, antes de montar «casa» con unos cuantos chaveas afectuosos y muy serviciales, era conocida como Antoñito y despachaba cisco en una tienda pequeña que heredó de su abuelo, pero lo vendía con tanta gracia que pronto hizo fama y terminó convirtiendo en negocio sus inclinaciones.

La «casa de muchachos» que regentaba en la calle Atienza era conocida por su discreción, y, aunque no era la clase de comercio recreativo que buscaba Mayordomo en sus salidas nocturnas, formaba parte de su trabajo estar al tanto de su existencia.

Por eso se extraña de no ver, al asomarse por la pequeña ventana enrejada que da al patio interior, a ninguno de los trabajadores por cuenta ajena mostrando sus primores; piensa que el frío de la noche o algún requerimiento los habrá recogido en sus habitaciones.

A partir de la una de la madrugada, los ciudadanos tienen prohibido asomarse a los balcones.

No tiene tiempo de repetir su llamada a la puerta porque le abren.

—Entra —lo invita un chico vestido de negro riguroso sin más preguntas.

Es un patio de unos pocos metros con cuatro puertas que dan a una cocina que hace las veces de cantina, al cuerpo de casa, a otro patio aún más pequeño con el excusado y a unas escaleras por las que se sube a la primera planta.

—Quiero hablar con la Carbonera —pide el capitán.

—Pues está con un cliente, así que o la esperas o te conformas con una servidora. —Simpaticón pero chuleta.

—Espero, espero.

—Como quieras. —No se enfada por el desaire—. Aquí hace fresco, puedes esperarlo en el cuarto. Sube por ahí, es el número cinco.

Mayordomo asiente y se dirige a la escalera, que, en dos tramos, lo deja en un largo y apenumbrado pasillo.

Le ha extrañado que no le haya ofrecido un servicio de bebida, que es de donde esta gente consigue gran parte de su beneficio.

Le ha extrañado mucho.

No se oye a nadie tras las paredes.

Cuando llega a la habitación numerada con el cinco, prueba la de enfrente, la del cuatro, verifica que está vacía y al final entra en esta última y deja abierta una ranura.

Abre de par en par la ventana, que da a un taller de carretero colindante con la casa; justo debajo hay una pila de tablones, lonas y algunas ruedas. La deja así, regresa a la puerta apenas entreabierta y extrae el nueve largo.

Lo que más lo descompone no es la posible traición del anticuario, sino la falta de respeto en favor de Baltierra, la confirmación de que alguien teme al jefe de las escuadras negras más que él.

Pasos en el pasillo.

Lo menos cuatro con pistola.

El capitán atranca la puerta con una silla y se dirige a la ventana sin pensárselo, porque no hay otra.

6 de noviembre de 1936

—Usted dispense —dice el exgobernador Rendueles, sobresaltado—. Se ve que me había quedado traspuesto.

—No, perdóneme usted, no debí acercarme tan sigiloso —se disculpa el padre Serrador.

—En el hospital, sin nada que hacer, las horas se hacen muy largas.

—Qué me va a decir usted a mí.

El exgobernador está a punto de soltar una risa, pero desiste por temor a no haber interpretado bien sus palabras.

Aún se está reponiendo por la sorpresa de despertar ante la presencia de aquel cura de porte militar que mira hacia el suelo en silencio, muy perdido en sus cavilaciones.

Por fin, se decide a preguntarle.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—No, nada, gracias —contesta Serrador, algo distraído—. Y usted, ¿necesita algo? Confesarse o lo que sea.

—No, muchas gracias, así de pronto y mirándonos las caras…

—Ya me hago cargo —repone, también en clave de moderada guasa—. Creo que fue en el Concilio de Trento cuando se estableció el aislamiento en el sacramento.

—Para evitar la cortedad ante el sacerdote, claro.

—No, para evitar que los sacerdotes se propasaran con las feligresas.

—¡Anda!

—Fue una de las prácticas más perseguidas por la Inquisición, que, además de dedicarse a las salvajadas que todos conocemos, también nos tenía a los religiosos más derechos que a una vela.

—Es cierto que no es un tema del que se hable mucho.

—Eran los llamados «solicitantes», eclesiásticos que aprovechaban la confesión para seducir o sacar alguna clase de beneficio de las penitentes.

—¿Y eran duras las penas a las que condenaban a esos solicitantes?

—Uno o dos años en una cárcel secreta, la privación de la facultad de confesar, destierros, ayunos… Nada del otro mundo, pero te podían fastidiar bien durante un tiempo.

—Pues sí.

—Por suerte, ahora volvemos a hacer lo que nos viene en gana.

De nuevo, el exgobernador no sabe qué responder.

—Ha pasado fatal la noche. —La madre de Anita baja un poco la voz, como si con ello no la oyera la niña, que está a su lado—. Tuvo una pesadilla y ya no ha vuelto a pegar ojo.

Chacón ni siquiera se ha quitado la gabardina.

Antes de visitar al brigada Espinosa, ha decidido pasarse un momento por la casa del Malmuerto, para comprobar el estado de las huéspedes; era mucho esperar que todo fuera bien.

Insólitamente, Rublos se le ha unido, silencioso y tranquilo, al salir del hotel. Milagros del Veronal.

—¿Te acuerdas del sueño? —pregunta, acercando una silla a la niña para sentarse a su lado—. ¿Querrías contármelo?

—Pues era un teatro —contesta con un hilo de voz.

—¿Un teatro?

—Un teatro en el que había un señor mayor.

—¿Estaba él solo?

—Con otro más joven. Un muchacho. Y el mayor cogió una espada al rojo vivo —dice, estremeciéndose— y se la metió al muchacho en la boca. Y empujó. Y empujó. Y la gente que estaba viendo el teatro empezó a dar chillidos. Ya está.

—¿Conoces a alguno de los que salen en el sueño?

—Al señor mayor lo he visto otras veces.

—¿En sueños?

—Creo que sí.

—¿Y el teatro? ¿Dónde estaba?

—Aquí, en el jardín.

—Entra.

Y no es que la invitación de Leandra presagie nada bueno. Ni

malo.

Ni él es el padre Serrador, aunque tampoco es el teniente Serrador.

Como la sordidez de la habitación donde vive, que viene dada por una pobreza tan extrema que raya con lo absurdo a pesar del orden, la limpieza y el olor a flores.

La niña los mira desde la cuna, mientras prepara su dictamen.

—Siéntate. —Ella lo hace en otra de las dos únicas sillas—. ¿Tienes alguna noticia de mi padre?

—Ninguna, todavía.

—Ya —dice, dispuesta para aceptar lo peor.

—He venido para decirte que estoy moviendo cielo y tierra, pero todavía no he conseguido nada.

—…

—Pero estoy en ello. —Hasta a él le resulta ridículo el tono pretendidamente animado—. He conseguido el contacto de uno de los tipos más influyentes de Sevilla en estas cuestiones. Voy a intentar entrevistarme con él hoy mismo. Si consigo convencerlo, y no tengo más que decirle la verdad, es cosa hecha.

—Muy bien. —Nada más que eso, «Muy bien».

—¿Has podido verlo?

—No me han dejado pasar. Voy todos los días.

No responde nada por ver si puede seguir oyendo su voz aspirada, sus palabras, que se recortan en el aire.

Pero no dice nada y es él quien tiene que hablar para llenar el vacío.

—Ya verás cómo lo conseguimos.

—…

No se le despinta la profecía del Sortílego.

Ella se pone en pie. No quiere hablar de ninguna otra cosa. No quiere tenerlo allí.

«Volverás a ver a Leandra dos veces, ni una más».

Esta es ya la segunda.

Querría cerrar los ojos, esperar el tiempo que hiciera falta para volver a escucharla.

Y ella no dice nada.

Chacón Carter y Rublos han esperado frente al piso del brigada

Espinosa hasta que su silueta se ha recortado en la ventana antes de cruzar hacia el portal, subir las escaleras y llamar a la puerta.

Tampoco hoy les abre, pero Chacón no viene dispuesto a conformarse.

—Escúchame, Miguel —le susurra al resquicio—, o me abres o te formo un escándalo y te echo la puerta abajo.

Palabra de santo.

Entran.

Casi mejor que no les hubiera abierto.

Como Rublos, también lleva el pelo rapado, pero en él el efecto es más devastador; viste un pijama arrugado, huele a dejadez, lo peor es la sonrisa.

—¿Podemos sentarnos? —pregunta Chacón.

—Claro. —Él se deja caer en el sofá.

—¿Qué te han hecho, Miguel?

—Ya estoy mejor, no te preocupes.

—¿Qué has dicho en la Audiencia?

—Que estaba malo. La verdad.

Chacón Carter corta el interrogatorio, no quiere sofocar a su amigo. El piso, antes impoluto, muestra el mismo abandono que su propietario. Intenta reiniciar la conversación desde otro flanco.

—Tengo mucho que contarte. Y sin embargo seguimos más o menos en las mismas.

—No quiero saber nada. —Está a punto de taparse los oídos como un crío—. Perdóname, Alberto.

—No tengo nada que perdonarte, amigo.

—…

—Pero si descubriste algo relacionado con la investigación sobre el turbador y los niños asesinados, no te quedarás tranquilo hasta que me lo digas.

—…

—¿Qué te dijo el director del hospicio?

—No llegó a decirme nada relevante. —Al ir al dato concreto, recobra cierta naturalidad profesional—. Estuve allí un par de veces sin éxito. Pero un compañero de la Audiencia me facilitó una información con la que se podría obligarlo a hablar: falseó un informe médico, a través de un oculista amigo, para librarse de ir al frente. Ese tipo está muy introducido en las filas de Falange, sus

compañeros jamás le habrían perdonado semejante acto de cobardía. —De pronto niega con la cabeza—. Parece que te estoy hablando de otra vida.

Se levanta, se acerca a la ventana y aparta unos milímetros la cortina para atisbar posibles amenazas en el exterior. Está muy claro que no quiere seguir hablando, que no puede seguir.

—¿Hiciste uso de esa información?

—No me dio tiempo. Después de visitarlo, los envió a buscarme.

—A sus camaradas.

—Y mientras me tuvieron en sus manos, no les dije nada. —No puede evitar trasladarse hasta aquellos momentos—. ¿Para qué? De poco me habría servido.

Por primera vez en mucho tiempo, Crisanta camina por la calle Laraña con algo similar a una sonrisa. A primera hora, el hombre al que lleva esperando desde que emprendió la búsqueda del tríptico le ha hecho llegar una nota con un propio, informándola de que acaba de regresar a Sevilla y puede verla esta misma mañana.

Calahorra.

En el negocio de Crisanta debe jugarse a favor de todas las bandas, y desde el principio de aquella asquerosa guerra aprendió que no solo los enemigos de lo sagrado estaban expoliando salvajemente templos, museos y palacios con el consiguiente crecimiento del mercado del arte religioso, sino que la propia Iglesia disponía de agentes con los que participaba en ese contrabando, agentes como Calahorra.

Vive pasando la iglesia de la Anunciación, en un entresuelo que seguramente han puesto a su disposición las autoridades eclesiásticas. El hombre que le abre la puerta es el mismo que le trajo la tarjeta, un tipo grande, con más aspecto de guardaespaldas que de criado.

La hace pasar a una salita con una mesa camilla y cuatro muebles, le pide que espere y al momento entra el dueño de la casa.

Su cabeza es esférica, como el material para una escultura apenas trabajado, la frente es abombada, los ojos son dos círculos minúsculos, la nariz, dos puntos, la barbilla resbaladiza. El resto de su cuerpo también está constituido por una sucesión de redondeces.

—Crisanta…

—Me alegro de verte. Y no es un decir.

—Me dieron tu recado, no quieras saber dónde ni cómo me llegó. —Se sienta a su lado—. Parecía urgente.

—Lo es.

—Ya sé que te has metido en un buen lío.

—¿Lo sabes?

Calahorra siempre economiza gestos y palabras. Tendrá unos cuarenta años, pero es taimado como si tuviera el triple de esa edad.

No le ofrece nada de beber ni de fumar, ni siquiera una sonrisa de más; no es que no sienta simpatía por ella, es que quiere hacerle saber que no debe esperar nada de aquella reunión.

—A ver, vamos a aclarar esto, ¿qué es lo que sabes? —pregunta Crisanta.

—Sé que has perdido todos los papeles por conseguir el tríptico del XVI de Jan van Eyck que desapareció de la iglesia de Lepe. Que tú y tu capitán, Manuel Díaz Mayordomo, habéis hecho exactamente lo contrario de lo que se debe hacer en una provincia controlada por el ejército triunfador y la santa madre Iglesia.

—No es mi capitán.

—Muy bien.

La mujer se presiona las sienes, intenta pensar.

Debe elegir las preguntas justas.

Descarta, descarta, descarta.

—¿Tú también estás interesado en conseguir el tríptico?

—No.

—¿Me puedes decir dónde está?

—No.

—…

—Pero por ser tú, y esto no lo haría por casi nadie más, te puedo decir dónde no está. —Se prepara para medir sus palabras—. No está en la lista de pendientes de recuperación de la archidiócesis ni en las agendas de los coleccionistas privados.

—¿Por qué? —La pregunta definitiva.

—Crisanta, solo recibiéndote en mi casa ya me estoy poniendo en más entredicho del que normalmente estoy dispuesto a asumir. —No habla por hablar—. Pero mañana salgo hacia París, estoy organizando un cauce fijo de salida de las obras de arte, así que me

puedo permitir la visita y darte un consejo: olvídate de todo este asunto, enciérrate en tu casa y espera hasta que todos los que participan en este asunto se olviden de ti.

—¿Nada más?

—Nada más.

Crisanta sonríe, se levanta y se dirige a la puerta; se detiene para despedirse.

—Cuando tenga el tríptico, me pondré en contacto contigo, por si quieres hacer una oferta en nombre de los tuyos.

—¿Sabes? A veces me cuesta distinguir una retaguardia de la otra, pero lo que me propones sería mucho equivocarme.

—Este vino está repuntado —sostiene Mayordomo, dejando de golpe la copa sobre una de las bandejas que circulan entre los invitados.

—Usted dispense —responde el camarero con cara de no creérselo—. Enseguida le abro otra botella.

Ni lo mira el capitán.

Continúa su recorrido por los salones del ayuntamiento, acorazado en su chaquetón de cuero, mirando con desprecio a los invitados de etiqueta convocados para celebrar la «inminente» toma de Madrid. «Inminente» era la palabra clave. No faltaban expertos, incluso entre los más leales, para vaticinar el largo asedio de la capital que marcaría el transcurso de una guerra devastadora.

Pero el alcalde, Ramón de Carranza, analiza la contienda con la misma visión simplista y sangrienta con la que dirige la más famosa de las escuadras negras, y no ha querido esperar para celebrar con este *lunch* esa ficticia marcha triunfal sobre Madrid.

Al fin lo descubre Mayordomo, rodeado de tiralevitas, disertando probablemente de fútbol, el tema que mejor domina.

El capitán se planta frente al alcalde con el más torcido de sus gestos, seguro que terminará atrayendo su atención.

Esta mañana, el general Queipo de Llano no ha querido ponerse al teléfono cuando lo ha llamado. Por primera vez no ha querido ponerse al teléfono. La situación se le está yendo de las manos.

Llega el momento en que el alcalde decide que no puede seguir ignorándolo; se deshace del corrillo, se acerca a él y lo toma afectuosamente del brazo.

—¿No te han dado champán?

—Me han dado tinto, y del peleón —dice el capitán, dejándose llevar—. Que si lo llego a saber me traigo una botella de mi casa.

—¿Y por qué no has pedido champán?

—Porque yo no bebo mariconadas.

—Ah, Manuel, Manuel… No cambias.

—Es que estoy cansado de tanto hijo de la gran puta, alcalde. —Exactamente lo que no debería haber dicho.

—A muchos de esos los estamos llevando tú y yo al paredón —repone con una risilla.

—Hablando de hijos de puta, ¿conoces mucho al comandante Baltierra?

—Él tiene su partida y yo tengo la mía, si tenemos que colaborar en algo, lo hacemos, pero después cada uno a lo suyo.

Como han llegado a un rincón lo bastante alejado, Mayordomo se suelta del brazo de Carranza para mirarlo a los ojos.

—¿Tú sabes por qué viene a por mí Baltierra?

—Mira, Manuel, a mí no me líes. Sé que los dos tenéis vuestros más y vuestros menos, pero yo no tengo nada que ver.

—Ya sé que no tienes nada que ver, como yo no tenía nada que ver en aquel follón de la Alameda en el que estuvisteis envueltos tú, el Algabeño y el niño de los Domecq, pero acudiste a mí y bien que te lo arreglé.

—Ya lo sé, ya lo sé. No se me olvida.

—Pues entonces dime por qué me la tiene jurada ese cabrón.

—Manuel. —Respira hondo—. Es verdad que no sé por qué quiere acabar contigo. Yo, en rencillas entre compañeros, no quiero meterme, a mí lo único que me interesa es que España no vuelva a caer en el desbarajuste rojo. —Intenta desviar la mirada, pero sabe que no va a librarse con aquellas palabras—. Pero sí te puedo decir que Juan María Baltierra tiene línea directa con Nicolás Franco. Y que lleva días dándole la tabarra para que te destituyan.

Un sujeto muy alto y delgado de camisa azul mahón replanchada los introduce sin más preámbulos («Estosseñoresquequierenverlo») en el despacho del director del hospicio y se marcha cerrando a su espalda.

Rublos se queda montando guardia junto a la puerta y Chacón se

sienta sin esperar a ser invitado.

Al final, el brigada Espinosa les contó cada detalle de la tortura a la que fue sometido y traen cada una de esas imágenes nublándoles la mirada.

—Pues ustedes dirán. —El director levanta incómodo la vista de sus papelotes.

—Soy un amigo de Miguel Espinosa —dice, seco—. No me dirá que no se acuerda de él.

Al fulano se le cambia el rostro, mira hacia la salida y solo entonces se hace una idea de que está atrapado.

—Pues así, de pronto, no sé…

—Lo que usted no sabe es que tenemos pruebas de que falseó un certificado médico, más concretamente de un oftalmólogo, para librarse de ir al frente. Tampoco sabe que tenemos esas pruebas a buen recaudo ni que tengo amigos en la cúpula de Falange que agradecerán contar con esa demostración de su vileza y cobardía.

—Espere, espere, pare el carro. —Está a punto de quitarse las gafas para pensar con más claridad.

—No, no tengo tiempo de discutir con usted —dice con una rabia sosegada pero palpable—. Va a contestar a mis preguntas y yo voy a marcharme. Esta será la última vez que me vea. Pero mida bien sus respuestas. Si detecto la menor inexactitud, enviaré la documentación a los dirigentes provinciales de Falange Española.

—Mire…

—Cállese. Aún no le he preguntado nada.

El clic del cerrojo que acaba de correr Rublos es su manera de participar en la conversación.

El hombre deja caer la estilográfica sobre el escritorio como signo de rendición.

—Empezamos —declara Chacón Carter—. ¿A quién le entregó usted el niño que posteriormente se encontró asesinado en la fábrica de tapones?

La primera respuesta es un largo suspiro.

Después habla.

—Era una pareja, un hombre y una mujer. Ellos me aseguraron que dispondrían lo mejor para el pequeño, que iban a formar una familia. Yo no podía saber…

—El hombre tendrá unos setenta años, aunque se mantiene

fuerte para su edad. Viste como un mendigo, algo estrafalario, casi como un antiguo juglar.

—Es ese.

—¿Cuál es su nombre?

—Me dijo que se llamaba Sampedro, no recuerdo el nombre de pila.

—Ella tendría unos treinta y tantos, siempre con unas gafas, ¿de qué color?

—Negras, unas gafas negras.

—¿Firmaron algún documento de adopción?

—Esto fue un acto de mutua confianza, solo queríamos lo mejor para el niño y…

—¿Por cuánto les vendió a Paquito?

—…

—¿Por cuánto?

—Quinientas pesetas.

—¿Cómo se ponían en contacto?

—Eran ellos los que venían aquí.

Por primera vez, Chacón parece no aceptar la réplica.

—No me creo que no tuvieran un sitio donde quedar, un teléfono, lo que sea.

—Pues créaselo. —Está recobrando alguna confianza.

—Le aconsejo que me diga la verdad.

—O no se lo crea, a mí me da igual.

Todavía está buscando el director de la Sociedad una forma de presionarlo cuando Rublos pasa a su lado.

Rodea la mesa, levanta al funcionario por las solapas, lo fija a la pared, toma impulso y le hunde el puño en el estómago hasta la muñeca. Tiene que retirarse para que la vomitona no lo alcance. Después interrumpe el desahogo golpeándole la sien izquierda con otro puñetazo que le duele casi tanto como al que lo recibe. Ya en el suelo, las patadas son más fáciles y gratificantes, van dirigidas a las costillas y a la cara. Las últimas, al aire, cuando Chacón lo levanta en vilo repitiéndole que lo va a matar.

Los dos siguen teniendo muy claras, muy vivas, las escenas de los torturadores de Espinosa.

El director del hospicio jadea en el suelo.

Chacón debe agacharse junto a él para repetir la última

pregunta.

—¿Cómo contactabais?

—Me reuní… me reuní dos veces con él en los billares del café… del teatro San Fernando… Conocía al encargado…

Apenas ha tenido tiempo de arrepentirse.

La comisaría es un enjambre; Serrador, vestido de seglar, empieza a busca un lugar donde esperar a que lo llamen cuando el policía ya está de vuelta para decirle que el capitán Mayordomo lo recibirá inmediatamente.

Mejor, para arrepentirse ya tendrá el resto de su vida.

Lo recibe sentado sobre el escritorio, que es su pose preferida.

—¡Coño, páter! —Le tiende la mano sin moverse—. Siéntate donde quieras.

—Muy bien.

—Tenía muchas ganas de conocerte. —Alcanza una petaca cargada con puros cortos y finos y se la ofrece abierta al visitante, que acepta uno de ellos—. Sé que serviste en el Tercio, en Dar Riffien.

—Estás bien enterado. —Enciende el cigarro—. ¿Cuál es tu bandera?

—La casa de Borgoña.

—La de los jabalíes.

—Menuda basca nos juntamos.

Se miden, confirman el antagonismo que ambos preveían, pero es una rivalidad que corre paralela a un sentimiento de hermandad que seguramente sobreviviría a la más brutal confrontación.

—Pues tú dirás —suelta Mayordomo—. ¿Le ha pasado algo al grupito que os juntáis últimamente? ¿Al director de la peña de los fantasmas? ¿A Crisanta? —Solo pretende demostrar que no se le escapa nada de lo que ocurre en la ciudad.

—Están todos bien. —Con el puro en alto, busca donde arrojar la ceniza, y como el otro no le ofrece una solución, la arroja al suelo—. Vengo a pedirte un favor.

—Como todo el mundo.

—Como todo el mundo.

—¿Qué te duele?

—Verás. —Se le estrecha la garganta—. Tengo una amistad, un

hombre mayor, antaño guarda de la plaza de la Encarnación. Lo han detenido por pedir los restos a sus antiguos compañeros. Está detenido en el cuartel de la Calzada, no dejan que la familia lo vea… Una cosa de locos. Una gilipollez.

—Una cosa de locos… Ten cuidado con cómo te expresas sobre la conducta de las autoridades. No conmigo, que me da igual. Pero está la cosa muy seria. Puedo enterarme. —Abre una luminosa sonrisa—. Pero desde ya te digo que no voy a poder hacer nada. Estas cosas están muy miradas, es muy mal momento para saltarse la ley.

Serrador también presumía esta reacción.

Ahora viene lo peor.

—Como te puedes imaginar —dice, inclinándose hacia delante, y tira el cigarro al suelo—, no he venido a jugar a las casitas contigo.

—Ni tú ni yo somos caloyos. —En el argot del Tercio se reconocen—. Vamos a lo que vamos.

—Si me arreglas esto, tengo una información que te puede interesar. Favor por favor.

—Jala.

—Se ha fraguado una combinación para liberar al exgobernador de Sevilla.

—¿A José María Varela Rendueles?

—Eso es.

—Hostias. —Necesita dos o tres segundos para terminar de tragárselo—. Hostias.

—…

—Pero sigue, hombre, sigue.

—En los próximos días propiciaremos su fuga del hospital de la Santa Caridad. El plan es muy sencillo, consiste en ocultar al exgobernador en los sótanos del hospital, con la aquiescencia del vigilante, y mantenerlo allí hasta que nos sea posible trasladarlo hasta la llamada «casa del Malmuerto», desde donde saldrá para subir a un barco que lo sacará de España.

—¿Se sabe la fecha exacta?

—Aún no.

—Cuando habla de «nosotros», doy por hecho que se refiere usted a Chacón Carter.

—Eso no tiene importancia.

—Claro que tiene importancia, teniente. —Es la primera vez que lo llama por su grado—. ¿Quién ha montado todo esto?

—La Compañía de Jesús. —Confía en que esas cuatro palabras frenen las posibles represalias.

—Qué hijos de puta.

El capitán salta del escritorio y se aleja unos pasos, como si necesitara consultar los lomos de los pocos libros que ocupan una librería.

Le cuesta contener la excitación.

Aquella información puede ser la baza que necesita para contrarrestar los movimientos que están realizando contra él el comandante Baltierra, Queipo de Llano, Nicolás Franco y el mundo entero.

El teatro San Fernando, en la entraña de la calle Tetuán, era considerado el más lujoso y moderno del país, al menos hasta que se inauguró el teatro Real de Madrid; de este empaque se beneficiaba el café teatro anexo, con mesas de mármol, sillas de caoba, mostrador bellamente labrado, enormes espejos y sala de juegos.

Chacón y Rublos pasan directamente a los billares, con solo una mesa ocupada por dos lechuguinos invisibles.

Al final de la pieza distinguen una puerta estrecha con el cartel SoLO PERSONAL.

Después del episodio de violencia con el director del hospicio, Rublos vuelve a estar dócil y tranquilo, pero no habla y ha vuelto a la mirada fija al frente que le hace mover la cabeza en bloque cuando necesita variar el ángulo.

Ya en la puerta de personal, llaman con dos golpes suaves y al momento se abre un cubículo del tamaño de un armario, tapizado hasta el último centímetro por fotos de mujeres desnudas, probablemente familia de su ocupante.

—¿Qué quiere? —pregunta un anciano de tan baja estatura que la batilla le llega casi hasta los tobillos.

—Darle diez duros por un rato de su tiempo —contesta el director de la Sociedad.

Al enano le parece un trato ventajoso, porque cierra la puerta

con llave y los conduce al extremo más alejado del salón.

—No voy a entretenerlo mucho tiempo —dice Chacón Carter—. Solo quiero que me cuente lo que sepa de un individuo de apellido Sampedro.

—… —No es fácil saber qué es lo que piensa.

—Usted lo conoce, ¿verdad?

—Lo conozco, claro que lo conozco, pero lo de Sampedro es un mote, no un apellido.

—¿Cómo se llama?

—…

Al fin comprende Chacón; saca el dinero de la cartera y se lo introduce al enano en el bolsillo superior de la bata para hacerle recuperar el don de la palabra.

—Cuando era un hombre como Dios manda, se llamaba don Librado Cartagena y Pavón.

—¿El propietario de la casa palacio de la calle Arrayán?

—Esa casa también la tuvo que abandonar, como el nombre y todo lo demás.

—Nos dijeron que estaba muerto.

—Para la mayoría, como si lo estuviera.

Ahora el que se queda mudo es Alberto Chacón Carter.

Busca los ojos de Rublos para compartir el impacto de aquella información, pero su mirada sigue descarriada, quizás para siempre.

Recuerda perfectamente que el provincial de los jesuitas le había asegurado que el propietario del caserón del Malmuerto, Librado Cartagena y Pavón, había fallecido. Pero no es el momento de calibrar la trascendencia de lo que acaban de saber, sino de intentar arañar algo más.

—¿Y por qué tuvo que abandonarlo todo?

—Pues no lo sé.

—…

—Créame, no le debo nada a ese sinvergüenza, pero cuando pasó lo que fuera, yo ya no servía en su casa. —Lo mira desde abajo—. Algo pasó. Algo pasó durante uno de esos teatros que hacía en el jardín, pero esa vez, la vez que pasó lo que fuera, no fue para el público, sino para un grupo escogido. Gente importante. Gente de mucho peso en Sevilla. Gente que echó tierra sobre lo que fuera, pero a cambio de que se lo tragara esa misma tierra. —El enano es

un poco filósofo—. De que se quitara de en medio para siempre.

—Entonces, usted trabajaba para él.

—Durante casi dos años. Era sus pies y sus manos. Pero yo no estaba contento. Algo pasaba en esa casa que no era normal, desaparecían cosas, yo qué sé. Algo hacían por las noches cuando yo me iba. Nunca quise saberlo. Además, era muy déspota conmigo; muy déspota. —El enano también es partidario de la justicia social—. Y como yo no me callaba una…

—Lo echó.

—Pero mire usted cómo es la vida: él ha terminado siendo un pordiosero que vive nada más de sus chanchullos, y yo tengo mi trabajito, mi sueldo fijo y estoy divinamente.

—¿Conoce usted a una mujer con gafas negras?

—Su nuera. La Diosdada, otra que parecía que se había metido una escoba por el culo. Todo el día con los secretitos. Me parece a mí que el marido no la tenía bien cubierta. —El enano destaca por su perspicacia psicológica—. Por cierto, lo han matado en la guerra. Me dio pena. Que yo no le deseo mal a nadie.

A Chacón le cuesta no aislarse para recomponer el rompecabezas con las nuevas piezas que acaba de obtener, pero debe centrarse en lo inmediato.

—A ver, ¿sabe usted dónde vive actualmente el tal Sampedro o Librado o como queramos llamarlo?

—En la calle, en cualquier chozajo que monta con esos chavales que lo acompañan siempre, a los que él llama su «compañía teatral» y que tienen tan mala facha como él.

—Pero alguna idea tendrá usted de por dónde para.

—Yo sé que en tiempos lo acogió el que monta lo del teatro de verano en los jardines del Eslava, pero me creo que también terminaron malamente. El que es de un pelaje…

—Pero algo más sabrá usted, porque aquí le dejan los recados y a veces hasta se cita aquí con terceros.

—Ni media. Que eso lo hago más por caridad que por otra cosa. Cuando le da la gana aparece a ver si hay algo y sanseacabó.

Diosdada, con Tralará abrazada por el cuello, se ha disuelto en la última fila de los asistentes a la comedia de magia.

La representación se lleva a cabo en el solar que ha dejado un

edificio derruido nadie sabe cuándo en la calle Mateos Gago, aunque el teatro no es más que un tabladillo, unas cortinas y una garita, y los espectadores deben contemplar la función de pie, aunque cada vez son más los que acuden a admirar los prodigios de los que tantos hablan.

En la fachada izquierda de las tres que enmarcan la explanada, han escrito con pintura blanca y brocha gorda la cartelera de la obra:

Laureola
Una comedia de magia
Adaptación libre de *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro (1492).

Sobre el escenario, uno de los actores recita arrebatado y cerril junto a un horno de carbón en el que una espada está a punto de alcanzar la incandescencia.

Diosdada no deja de mirar alrededor, sabe que Sampedro aparecerá una de estas noches. La función es suya, todo aquello es él.

En ese momento aparece en escena el joven actor, que, vestido con una túnica transparente, encarna los papeles femeninos en la compañía o gangarilla. Sin decir una palabra, se deja caer de rodillas al lado del horno.

Están en la última escena, Laureola ha sido condenada a muerte por su padre, el rey Gaulo, que ha dado crédito a los calumniadores, y ella, aunque es inocente, viene dispuesta a entregarse al martirio.

El primer actor termina su aparte y se vuelve para comprobar el estado de la espada.

Un rumor recorre el público, avisado de que se encuentran por fin en el momento crítico de la obra.

Diosdada, tan abrazada a la niña que apenas la deja respirar, busca ansiosamente a su suegro; ha compartido con él largos años de estudio en el que su atención se dividía entre la exploración de una entrada al mundo de los muertos y la revitalización de las llamadas «comedias de magia» del siglo XVIII, caracterizadas por la escenificación de efectos destinados a provocar el asombro del espectador. Y quizás, al final, ambas materias fueran una sola.

La electricidad estática es casi palpable cuando el actor levanta

la espada sobre la cabeza de Laureola.

En la noche mal iluminada, la rojez de la hoja deslumbra a la asistencia.

Y la «mujer» rompe su silencio:

> *En las otras gentes se alaba la piedad por virtud y en mí se castiga por vicio. Yo hice lo que debía según piadosa, y tengo lo que merezco, según desdichada. No fueron, por cierto, tu fortuna ni tus obras causa de mi prisión, ni me querello de ti, ni de otra persona en esta vida, sino de mí sola, que por liberarte de muerte me cargué de culpa, como quiera que en esta compasión que te hube más hay pena que carga, pues remedié como inocente y pago como culpada.*

Nadie puede apartar la mirada de la estampa del actor-actriz y del arma que se eleva sobre su cabeza.

Hasta Diosdada, por un momento, deja de buscar a su suegro.

El actor que empuña la espada escupe sobre el metal al rojo vivo y el seseo del vapor ensordece a todos los asistentes.

> *Pero todavía me place más la prisión sin yerro que la libertad con él. Y por esto, aunque pene en sufrirla, descanso en no merecerla. Yo soy entre las que viven la que menos debiera ser viva.*

Laureola, una vez finalizado su parlamento, siempre de rodillas, inclina hacia atrás el rostro y abre todo lo que puede la boca.

La espada candente, muy despacio, desciende hasta deslizarse entre sus labios y entra, y entra, y entra…

Todos saben que aquello, más que una reunión extraordinaria de la Sociedad Mediúmnica Sevillana, como pomposamente la ha denominado su director, es un intento desesperado de conservar la ilusión de que aún existe un vínculo que los une, de que todavía sirven para algo.

Reunidos en la biblioteca del hotel Arenal, sorbiendo el oporto que les han servido e intentando disimularse tras el humo de sus puros, Rublos mira al frente en el rincón más alejado y los hermanos Galocha escuchan con atención las explicaciones de Chacón Carter, que detalla sus últimos descubrimientos y fracasa una y otra vez en sus intentos de no resultar demasiado deprimente.

También él pierde el hilo de cuando en cuando, no logra perdonarse por haber abandonado a Anita y a su madre en aquel maligno caserón mientras él disfruta de una confortable velada con sus amigos.

Se dispone a anunciarles que al día siguiente han sido convocados por el provincial de los jesuitas en la iglesia de los Luises cuando resuena el disparo.

Los cuatro se clavan mutuamente la mirada.

A Chacón le toca reaccionar.

Con cuidado, abre la puerta, sale al corredor y se dirige a las escaleras; solo a mitad del primer tramo descubre que lo siguen los otros tres. Baja unos cuantos escalones y los detiene con un gesto.

Desde allí observa el vestíbulo del hotel: cinco tipos de camisa azul mahón liderados por el fulano alto y delgado que los condujo por la mañana al despacho del director del hospicio interrogan al recepcionista. Parece que hasta ahora ha mantenido el tipo, pero el disparo al aire lo mantiene congelado.

Es cuestión de segundos que les diga dónde se encuentran.

Ordenando silencio a sus acompañantes, Chacón se da la vuelta y vuelve sobre sus pasos. No es necesario que les diga a los otros que lo acompañen.

Cuando llegan a la biblioteca, los deja entrar, corre el cerrojo y se asegura de que la puerta esté bien cerrada.

Rafael, el menor de los Galocha, se sienta en una silla y se dobla sobre sí mismo, es imposible saber si es víctima de un ataque de ansiedad o de otra patología respiratoria o cardiaca, lo único que pueden apreciar es que no logra llenar de aire sus pulmones.

—Tenemos que irnos —afirma Chacón.

—En este estado no puede moverse de aquí —dice su hermano mayor, que lo mira sin saber cómo socorrerlo.

—En unos segundos estarán esos aquí arriba y ya ves cómo las gastan. Tendréis que ayudarle entre Rublos y tú.

Después se dirige a una de las estanterías y empuja un busto de *madame* Blavatsky.

Un paño de la pared se abre como una puerta perfectamente engrasada, dejando ver el estrecho pasadizo que lleva al exterior.

—Hace tiempo que no mandan cura, usted perdone. —El empleado

del cementerio no se calla—. Y yo veo muy bien que esté aquí uno de ustedes en estos momentos. Que los fusilados serán lo que sean, pero una cosa no quita la otra.

En cambio, el taxista que los ha traído no ha abierto la boca en todo el trayecto; ¿de qué se puede hablar con un cura y una rubia mosqueada que se dirigen al cementerio a las dos de la madrugada?

Desde lejos vieron que habían situado tres camionetas de forma que iluminaran con sus faros un segmento de las tapias del cementerio.

El taxi disminuyó al mínimo su marcha y de la oscuridad surgieron dos guardias civiles que les encañonaron con sus naranjeros y les dieron el alto. Crisanta se bajó del vehículo por su lado y comenzó a darles explicaciones, pero hasta que no vieron la sotana de Serrador no dejaron de apuntarles.

Más difícil fue conseguir que los llevaran ante el jefe de la expedición, un teniente con fuerte acento de Madrid, que escuchó las explicaciones con la vista fija en el crucifijo que Juan Serrador se había colocado al cuello para la ocasión. Al final consintió en dejar que se reunieran «cinco minutos con el prisionero llamado Francisco Jairo, cinco minutos, el tiempo de administrarle el sacramento, ni uno más».

Después se marchó sin despedirse para seguir organizando a sus hombres.

—Ya van a empezar —les informa el enterrador, que no se separa de ellos—. ¿Llevaré yo fusilamientos desde que empezó todo esto? Pues se me sigue poniendo la carne de gallina.

El dispositivo consiste en las tres camionetas Ford con las ventanas tintadas donde habían trasladado a los reos, que seguían alumbrando la tapia; dos turismos, de los que habían salido diez milicianos que formaban la escolta, y un camión abierto, en el que venía el piquete de ejecución, diez regulares perfectamente uniformados.

Las rachas de viento que vienen desde el camposanto se cuelan debajo de la ropa. Los chascarrillos de los milicianos quiebran el silencio como la tiza que resbala sobre la pizarra. Crisanta y Serrador miran hacia arriba, pero el cielo no existe.

—Antes quienes fusilaban eran los falangistas, pero eran tan torpes que había verdaderas carnicerías —prosigue el empleado

municipal—. Siempre había que darles el tiro de gracia. Ahora, con los moros, todo va mejor. No fallan una, los tíos. Ya verán, ya. —Mira una lista—. Hoy tenemos cincuenta y cuatro.

Hasta que no abren la primera camioneta, no se oyen los lamentos, los llantos, las declaraciones de inocencia, las llamadas a la madre.

El teniente sube de un salto al interior y todo queda en silencio.

—Lo peor para nosotros viene después. —El enterrador, con un gesto, abarca a sus dos compañeros, que lo esperan en un camión forrado de zinc—. Nos toca subir todos los cuerpos a la trasera y llevarlos a la fosa. Nada, está ahí mismo, entrando por la puerta principal. —La señala—. A la izquierda, a la altura del mausoleo de Joselito. Lo malo es cargarlos y descargarlos. De echarles la tierra y el desinfectante se encargan otros.

Al momento baja el teniente, que arrastra a dos reos atados entre sí por una de las muñecas, y los lleva aparte. Uno de ellos es Francisco Jairo. El oficial vuelve al camión y ordena que salgan otros dos, lo hace con desgana, sabiendo que no va a ser obedecido; espera un par de segundos y les hace un gesto a los moros para que suban al camión. Enseguida arrojan a otros dos reos. Los rifeños que están abajo los ponen de pie y les indican que caminen hacia la tapia.

No les dan tiempo a llegar, a los pocos pasos les disparan por la espalda.

—¿Ustedes ven la arena del caminito? —pregunta el empleado—, pues esa hay que cambiarla todos los días, por los regueros de sangre. Las camionetas, igual; llevan el suelo lleno de serrín, porque con los nervios vomitan o se hacen encima sus necesidades. Es normal.

Vuelven a caer dos cautivos del camión, vestidos de obreros, como los anteriores; esta vez los moros no se molestan en ponerlos de pie, los asesinan allí mismo.

Tan absortos se encuentran con la matanza Crisanta y Serrador que están a punto de no reparar en que el teniente ha cortado la atadura que une a Francisco Jairo con su compañero. Después susurra algo a dos milicianos, que sacan la pistola y acompañan al prisionero hasta donde lo esperan el sacerdote y la mujer.

—Cinco minutos —confirma el guardia, que se queda a un par

de metros, pero no deja de apuntarles.

Jairo los mira, ausente; no deja de llorar, pero lo hace sin sonido ni alteración alguna del semblante, no es una acción voluntaria o involuntaria, es como si la experimentara una persona distinta.

—Estás aquí —le dice a la mujer.

—Lo siento mucho. —Justamente lo que se juró no decirle.

—Siempre has sido buena conmigo.

—Ojalá pudiese haber cumplido todo lo que te prometí.

Se oyen dos nuevas descargas, pero ninguno mira hacia el camión.

—Has venido a que te diga dónde está el tríptico, ¿verdad?

—Tengo que conseguirlo como sea.

—Mi hermano se lo vendió a un cura, un torero y un comandante. Después me denunció para no tener que darme mi parte. —Por primera vez se le quiebra la voz—. Yo se lo habría dejado todo para él.

—Pero tu hermano está ciego, en busca y captura. Si estuviera en Sevilla, lo habrían prendido hace tiempo.

—Lo tienen escondido en un taller de la calle Monsalves. Hacen ver que trabaja de miniaturista, que no está ciego.

Más disparos, menos voces.

—Alberto, nosotros, cuando volvimos a Sevilla después de jubilarnos, esperábamos dedicarnos tranquilamente al estudio y a nuestras aficiones. —Como siempre, el mayor de los Galocha habla en nombre de los dos hermanos—. En la vida creímos que nos pasaría esto.

—Ya, Antonio, ya. —Chacón no sabe qué responder.

Rafael se ha recuperado de su ataque de ansiedad, pero permanece con los ojos cerrados, medio tendido en el sofá.

Después del asalto sufrido en el hotel, se han refugiado en la casa del Malmuerto, pero aquello no es un refugio. Los cuatro están exhaustos, en la penumbra de uno de los salones de la planta baja, intentando no despertar a Anita y a su madre, sin moral ni aliento para analizar lo que ha sucedido.

Rublos se pone repentinamente en pie y empieza a olisquear el aire; nadie le presta la menor atención, están acostumbrados a sus mojigangas.

—No nos vamos a quedar aquí ni un día más —continúa Antonio Galocha, que ya ha tomado la decisión en nombre de los dos hermanos—. Mañana mismo nos vamos al pueblo de nuestra madre. Estamos cansados. Tenemos miedo. Somos viejos.

—¿Cuál es el pueblo de tu madre?

Es evidente que el otro prefiere no revelarlo.

A Chacón, de pronto, ya no le interesa. Se pone en pie y se gira hacia Rublos, que le devuelve la mirada.

Ahora todos perciben el olor a hierbabuena.

Ráfagas de aire inexistente hacen danzar las llamas de las bujías.

Vuelven los chirridos a los cristales de las ventanas.

—¡Ayúdenme, por favor, ayúdenme! —La voz viene de arriba.

Chacón abandona la estancia a toda prisa en busca de las escaleras; quiere pensar que alguno de sus compañeros irá detrás de él para auxiliarlo.

La habitación que comparten las invitadas está abierta. Dentro, la madre de Anita vocifera y aporrea la puerta del cuarto de baño.

—Es mi hija, se ha encerrado por dentro. —Se come las palabras con las lágrimas.

Chacón Carter la sustituye ante la hoja, intenta doblegar el picaporte, le ordena a la niña que abra con voz firme.

No se oye nada en el interior del cuarto de baño.

—Ya ha intentado antes quitarse la vida —le recuerda la madre—. Tiene que derribar la puerta.

Se intensifica el olor a hierbabuena.

Oyen pasos en el piso de arriba. Pero no hay ningún piso por encima de ellos.

—Ayúdame —pide Chacón, desesperado, a Rublos, que observa desde la entrada sin atreverse a entrar.

Sin embargo, Rublos se va apartando del marco hasta desaparecer.

Chacón golpea la hoja con el hombro y únicamente consigue lastimarse.

No se oye nada en el interior del cuarto de baño.

El director de la Sociedad sale de la habitación.

La madre de Anita golpea y suplica.

No se oye nada en el interior del cuarto de baño.

No se oye nada en el interior del cuarto de baño.

Al momento, que son horas, regresa jadeante Chacón con un atizador de chimenea, lo encaja en el marco de la puerta y hace saltar la cerradura.

Anita cuelga de la barra de la ducha, la cortina anudada al cuello.

Aún boquea. Y eso no significa que esté viva.

Por suerte pesa muy poco, a Chacón le resulta fácil levantarla en vilo y desanudar la cortina; sale del lavabo con la niña apretada contra el pecho.

Hasta allí llega.

La madre ha arrancado una manta de la cama y se apodera de la niña. No se cerciora de que esté viva. No la cubre de besos, solo quiere marcharse de allí. Coge su bolso y sale por la puerta.

—Ana, espere, por favor, déjeme llevarla a un hospital. —Chacón la sigue por el pasillo—. Buscaré un taxi. Iremos a donde usted quiera.

Pero ella no quiere escucharlo mientras baja dificultosamente los escalones con la niña en brazos, envuelta en la manta.

Chacón Carter la sigue, insiste, le ruega que espere.

La mujer, con su hija, recorre rápidamente los metros que la separan de la puerta de salida.

No lleva abrigo.

Abre.

Se pierden en la oscuridad.

No han pasado más que unos segundos desde que Crisanta ha entrado en la tienda cuando oye los golpes en la puerta.

Serrador.

Le da gracias a sus dioses de que el cura haya decidido regresar; después de la secuencia en el cementerio, duda de que pueda volver a conciliar el sueño en toda su vida.

La voz que oye cuando abre es desconcertantemente amable.

—Señora, está usted detenida.

El Soldadito y otros miembros de la escolta personal de Mayordomo se abren paso con las armas desenfundadas.

7 de noviembre de 1936

Mientras la población se esconde bajo las mantas con una última vuelta, el amanecer prorrumpe en una tormenta secreta dibujada por relámpagos mudos. No es fácil distinguir la brecha, pero el aguacero no cesará hasta que no cicatrice.

Llueve.

Cuando Rublos despierta, tarda qué más da el tiempo en caer en la cuenta de que aquella cama y aquella habitación que no es la suya corresponden a una de las alcobas de la casa del Malmuerto.

Poco a poco, con idas y venidas a ese mundo del que no termina de salir, surgen algunos recuerdos del mar de nubes. El ataque de los falangistas en el hotel la noche anterior. La llegada a esta casa de madrugada. Los pasillos. La bienvenida de los demonios.

Ellos siguen allí, agazapados en los rabillos de sus ojos, así que cuando los abre Rublos debe concentrarse en mirar hacia la ventana.

Al principio se sintió agradecido por aquel aguacero que emborronaba los intentos de emerger del sol de otoño. Hasta que reparó en que no era el disco solar, sino el péndulo de Crisanta, lo que veía a través de los visillos. Quedaba por saber qué es lo que pretendía con aquella vigilancia.

Con la precipitación de la huida, había olvidado recoger el Veronal, «pero no pasa nada».

Llaman a la puerta.

Resguardados de la lluvia bajo un saledizo, Alberto Chacón Carter, Juan Serrador y Rublos.

A riesgo de llegar tarde a la cita en la capilla de los Luises, el director de la Sociedad ha aprovechado hasta el último minuto la media hora de antelación con la que ha convocado al sacerdote

para ponerlo al día, en medio de la calle, de las informaciones obtenidas en las pesquisas del día anterior, de la agresión sufrida en el hotel, del intento de suicidio de Anita, de que se han mudado Rublos y él a la casa del Malmuerto hasta que pase todo aquello. Si es que pasa.

Tan ansioso estaba Chacón de compartir sus avances con Serrador que no ha apreciado la impasibilidad de este ni su absoluto silencio.

Rublos, a un lado, no deja de mirar al cielo cerrado en agua.

A las ocho en punto, un joven sacerdote ha salido del interior del templo, se ha asegurado de que no había ninguna presencia amenazante arriba y abajo de la calle Trajano y los ha hecho entrar.

El provincial de los jesuitas los espera de pie en medio del crucero, con las manos a la espalda; da la impresión de que la enorme nave es su despacho o un gabinete de su residencia particular.

—Caballeros, debo agradecerles una vez más su colaboración en esta difícil tarea. —La amabilidad de sus palabras es claramente formularia y él no se esfuerza en que parezca otra cosa; tampoco espera ningún tipo de saludo ni mirada ni comentario ni señal de vida—. Me temo que se han producido novedades que nos obligan a precipitar nuestro procedimiento.

—¿Se ha descubierto el plan? —pregunta Chacón.

—No, nada tan radical, pero hace unos días se realizó una visita de reconocimiento al hospital de la Santa Caridad y se determinó que el señor Varela Rendueles ya está en disposición de ser devuelto a la prisión provincial. De manera que tenemos que actuar de forma inmediata. Lo primero —le dice a Serrador— será que busques un momento hoy mismo para comunicarle al exgobernador lo que tenemos preparado para él; debe estar sobre aviso y colaborar en lo posible cuando todo comience.

—…

—Bien. —Toma el silencio como una muestra de acatamiento—. Seguimos. La madrugada del 8 al 9, a partir de las dos, no antes, el centinela de las milicias cívicas que custodia a Varela lo bajará al sótano del hospital, donde lo esperarán ustedes; esa tarde fingirán realizar alguna de sus investigaciones y ya no saldrán de allí hasta que lleguen. Después, vendrá la parte más tediosa: deberán

permanecer en lo más profundo de los sótanos veinticuatro horas; pertréchense de bebida y alimento. A la noche siguiente es de imaginar que hayan retirado la guardia especial que hay en la actualidad por causa del exgobernador. Aprovechen la madrugada y márchense a la llamada «casa del Malmuerto», donde Varela esperará el momento de salir de Sevilla y del país en un barco que estamos gestionando.

—¿Y el centinela? —pregunta Chacón.

—Permanecerá con ustedes hasta que salgan del hospital. Ni que decir tiene que está completamente entregado a nuestra causa; tiene familia en zona roja y le hemos prometido hacer lo posible para que se reúna con ella, además de otras recompensas.

—Otra posibilidad es que, cuando intentemos salir del hospital con el exgobernador, continúe fuera esa guardia especial o incluso algún retén en el interior.

—Verdaderamente, por ello les iba a recomendar que cuenten con víveres extras por si tienen que prolongar su estancia en los sótanos uno o dos días hasta que todo se normalice.

—…

—¿Alguna otra duda?

—Todo esto es un desvarío —dice, aterrizando, Serrador.

—Hermano… —dice el provincial.

—No solo vamos a jugarnos el pellejo en un *barud* que ni nos va ni nos viene. —Serrador está tan alterado que cae sin darse cuenta en el argot de la Legión—. Vamos a poner en peligro el prestigio de la Compañía.

—Mira…

—Todavía estamos a tiempo de hacer entrar en razón a…

—¡Hermano! —El provincial avanza un paso, agotada su escasa paciencia—. ¿Es que llevas tanto tiempo lejos de nosotros que has olvidado tu voto de obediencia? Recuerda las palabras de san Ignacio en las constituciones cuando decía que el jesuita debe ser, ante la insinuación de su superior, «como bastón en manos del hombre viejo». —Respira hondo para recuperar el control—. Están implicados en todo esto factores que tú no puedes comprender, pero ten por seguro que cumplir con lo que se te ha encomendado es la mejor manera de servir a la Compañía.

Juan Serrador lo mira como si estuviera a punto de desencajarlo

de una hostia, se cuadra, suelta un taconazo, da media vuelta y se dirige a la salida.

Mientras camina, inexplicablemente, fija toda su atención en las nervaduras que surgen del friso de ladrillo labrado y en las vidrieras con motivos ignacianos.

Su traición al contarle el plan a Mayordomo, su traición a todos, también está ahí, haga lo que haga, piense en lo que piense.

El cine Jáuregui, por el simple procedimiento de eliminar las filas de butacas, había sido otro de los recintos habilitados para acoger el desbordamiento de presos surgido tras la sublevación militar. Decenas de hombres acurrucados en el suelo. Olor a sudor de miedo, a mierda de miedo, a coliflor. En medio, unas enormes siluetas de cartón pintadas en vivos colores de Stan Laurel y Oliver Hardy atestiguando la broma.

Mayordomo, que ha llegado sin escolta, busca un rincón desocupado y se detiene antes de cruzar la platea. Sabe perfectamente que Crisanta está en el despacho del sargento, al lado de la cabina telefónica; a falta de calabozos, ha sido necesario desalojar al suboficial para proporcionarle algo de intimidad. Podrían haberla retenido en la comisaría del Gran Poder, que está a un paso, pero no se atrevió a tenerla tan cerca, temía ser débil y soltarla, alguna medida debía tomar para no agarrarse a sus tripas y comérsela a besos en cuanto la viera; ¿para qué va a seguir negándose este condenado encaprichamiento?

Un guardia en la puerta de entrada va vociferando el nombre de los detenidos para que se acerquen a recoger el canasto con la comida que les ha traído su familia.

Alguien ha debido de soplarle su presencia, porque el sargento de guardia sale del excusado abrochándose la portañuela y se dirige hacia él a toda prisa; Mayordomo no lo espera, se abre paso entre los cuerpos hacia el despacho.

El centinela saluda torpemente al capitán, abre la puerta y cierra a su espalda.

Crisanta sigue recostada debajo de una mesa, donde ha pasado la noche sobre una manta.

—Levántate —le pide, tendiéndole la mano.

Lo hace, pero sin aceptar su ayuda.

Queda frente a él, sin acusación ni reproche, puta vida.

—¿Te han tratado bien?

—Como a una reina.

—Si alguien se pasa lo más mínimo, me lo dices.

—…

—Si necesitas algo, me lo dices.

—…

—Las comidas te las traerán de un bar.

—…

—Crisanta, he venido porque tenemos que hablar. —Por primera vez, no se siente incómodo con la diferencia de estatura, con ella cualquier encuentro está bien: todo sigue sin tener ningún sentido—. El tinglado se nos ha venido abajo; vienen a por mí y, por lo tanto, a por ti, desde lo más alto. Necesito un poco de margen para hacer algunos movimientos, necesito unos días y un poco de buena suerte.

—Yo no le doy buena suerte a nadie. Si me tienes aquí para eso, te has equivocado.

—No estoy de cachondeo, niña, esto nos puede costar un tiro en la cabeza en cualquier momento.

—…

—Tienes que olvidarte del puto tríptico, es la última vez que te lo digo. —Aguarda una reacción que no se produce—. Si necesitas dinero, yo te lo doy, no te preocupes por eso.

—No quiero nada de ti.

Hasta allí llega la voz del guardia repitiendo con machaconería los nombres de los reos para que busquen sus canastos.

Antes de salir del despacho, el capitán Manuel Díaz Mayordomo susurra: «Ya lo sé».

De nuevo en el patio de butacas, se acerca al sargento, que lo esperaba algo atemorizado, y le musita algo al oído.

Después enfila la salida, obstaculizada por el guardia, que sigue repartiendo la comida de los detenidos; el capitán espera un momento mientras el otro intenta despejarle el camino precipitadamente. Pero no lo hace lo bastante deprisa. El capitán lanza una patada que proyecta un par de canastos a varios metros. Pisotea un tercero. Y se va.

Desde lejos, el sargento observa el episodio moviendo la cabeza,

pero continúa hacia el despacho: tiene instrucciones que cumplir.

Abre la puerta y le anuncia a Crisanta que puede marcharse cuando quiera.

Este año no ha habido teatro de verano, pero, aunque muy deteriorada, la infraestructura básica del teatro Eslava, frente por frente del hotel Alfonso XIII, sigue allí, las ruinas no le hacen daño a nadie.

Dos tipos usan un paraguas para protegerse de la lluvia y para pasar desapercibidos.

Chacón ni se ha planteado pasarse a recoger el coche, que dejó aparcado muy cerca del hotel, con toda seguridad bajo vigilancia de los falangistas, ni ha ido a comprar ropa limpia; ahora es un prófugo en su ciudad, escondido en la casa de los demonios, obsesionado con la búsqueda de un perturbado y avanzando bajo el cruce de fuego de fuerzas con las que nada tiene que ver.

A su lado, ausente, Rublos.

Lo que quedaba del teatro Eslava, o «teatro de verano», como lo conocían los sevillanos, había heredado el nombre del fundado en 1887, pero en los últimos años no era más que un pequeño coliseo, con el escenario frente a una explanada que llenaban de sillas plegables para que el público disfrutara al aire libre de espectáculos que iban desde números circenses hasta sainetes humorísticos o actos festivos de cualquier otra naturaleza.

Chacón Carter y Rublos han rodeado las humildes instalaciones hasta encontrar una puerta rotulada como ADMINISTRACIÓN. A la primera llamada responde un anciano esquelético con un traje raído que se calienta las manos con el vaho mientras lo mira.

—Buenos días, perdone que lo moleste, me han dicho que puedo encontrar aquí al señor Librado Cartagena y Pavón.

—Pues le han informado mal.

—¿Y podría decirme dónde está?

—¿Es usted de la policía?

—Soy el director de la Sociedad Mediúmnica Sevillana. —Se ha hartado de mentir.

—¿Usted estudia a los fantasmas?

—Entre otras materias.

—Pues entonces pasen, pasen, no se queden ahí mojándose.

—Yo te espero aquí —dice Rublos, la vista alineada.

El director no discute, le entrega el paraguas y entra.

El mobiliario de la oficina sigue intacto, pero en el escritorio han colocado un infiernillo de alcohol sobre el que hierve una cafetera y en el otro extremo se ve un catre con las mantas revueltas.

—Querrá usted un cafelito, ¿verdad?

—No le diré que no, es usted muy amable.

—Siéntese, siéntese. —Comienza a servirlo sobre vasos desiguales; después le entrega uno de ellos en un platillo con dos terrones de azúcar robados en distintas cafeterías y una cucharilla deformada—. Leche es lo que no tengo.

—No se preocupe.

—Como ve, las circunstancias me han obligado a venirme a vivir al despacho. —Señala un retrato en el que aparece con cuarenta kilos más para demostrar la opulencia de su vida anterior—. Lo he perdido todo o casi todo. Y todo por ayudar al que creía un amigo, el tal Librado Cartagena. —Lo mira fijamente—. ¿Me equivoco al creer que sabe usted que Libradito es un buen pájaro?

—No, no se equivoca.

—Pues a lo mejor, por su profesión, puede usted hasta ayudarme. Yo no pierdo la esperanza.

—Pues cuénteme.

—Verá usted, yo a Librado lo conozco de tiempo, los dos somos hombres de candilejas. Él era un estudioso del teatro barroco, sobre todo de las llamadas «comedias de magia», pero algo pasó en su casa, algo hizo, que lo obligó a dejar todas sus posesiones y llevar una vida anónima.

—¿Qué es lo que hizo?

—Nunca me lo quiso contar con detalle, solo decía que la cofradía de mojigatos que gobierna esta ciudad no toleró que un libertario como él renovara las artes escénicas. —Despeja con la mano sus últimas palabras—. Cualquiera sabe la barrabasada que cometió. Ese es capaz de lo que sea. El caso es que un día se me presentó aquí con muy buenas palabritas, pidiéndome ayuda por lo más sagrado. Me dijo que, ya que tenía libre estas instalaciones durante el invierno, lo dejara quedarse aquí junto a su gangarilla y así aprovecharían las tablas para sus ensayos y…

—¿Gangarillas?

—Gangarilla, en el siglo XVII, era como se conocía a las compañías de cómicos ambulantes formadas por cuatro o cinco actores; uno de ellos se encargaba de los papeles de mujer. —Apura hasta la última gota de su café, pero no suelta el vaso, que aún le proporciona algo de calor—. El caso es que le dije que sí. Pensé que mantendrían todo esto en orden durante los meses de inactividad. En mala hora.

—¿Qué ocurrió?

—Al principio, todo bien, pero una noche que tuve que venir de improviso me encontré… —Suelta el vaso y se coloca las manos en las axilas para calentárselas—. Yo no sé ni lo que me encontré. Me quedé espiando entre bastidores. Estaban en pleno ensayo de una obrilla de las suyas, tenían encendido un horno de carbón y una espada al rojo vivo. Cuando empezó a metérsela en la boca a uno de los chicos, le dije que hasta ahí habíamos llegado. Que se acabó. Que recogieran sus cuatro cosas y se marcharan. ¿Cómo me iba a arriesgar a que se produjera una desgracia?

—Ya.

—No vea usted cómo se puso. —Cuando deja de hablar, le castañetean los dientes—. Creí que me iba a matar. Pero no. No me tocó. Solamente me dijo una frase y se marchó.

—¿Sabe usted adónde?

—Ni idea.

—¿Y se le ocurre alguien que pueda saberlo?

—Bueno, me han dicho que han visto en la fábrica abandonada de tapones de corcho que hay por la calle San Luis a un personaje que durante un tiempo no se despegaba de Sampedro, un menda que hacía malabares con un solo brazo. Acabarían mal, como acaba con todo el mundo.

—¿Y esa frase que le dijo a usted?

—Creo que era latín.

—¿La recuerda usted?

—No la oí bien y en aquel momento no le di mucha importancia.

—¿Y después?

—Y después lo perdí todo: se me murió mi mujer, mi hija está en Madrid, si es que sigue viva, se me quemó la casa, me puse malo…; que ni sé lo que tengo, me han embargado el teatro, que estoy

esperando que me echen cualquier día… —Lo dice de carretilla, se ve que hace recuento de desgracias cada dos por tres.

—Vaya, hombre.

—Fui a ver a una señora que echaba las cartas y me dijo que estaba maleficiado. Por eso he pensado que, a lo mejor, usted…

El padre Serrador lleva un buen rato clavado en la entrada del pabellón San Isidoro, impermeable a la curiosidad de los enfermos que aguardan a que se les acerque. No sabe cómo exponerle al exgobernador el plan que le ha detallado el provincial de los jesuitas, no es capaz de afrontar su propia traición; ni siquiera las transgresiones a sus votos le han hecho nunca sentirse tan despreciable.

Está a punto de marcharse cuando la puerta de la sala se abre bruscamente para dar paso a un teniente de la guardia civil que le dirige una mirada que puede ser de reconocimiento al pasar a su lado; lo siguen dos jóvenes con mono azul y fusil listo para el disparo.

Lo primero que hace el teniente, que va desenfundando mientras camina, es acercarse al centinela y descargarle un culatazo en la cabeza; ya en el suelo, uno de sus hombres lo desarma y encañona.

El teniente sigue su camino hasta el lecho de José María Varela Rendueles y lo saluda en posición de firmes.

—Buenos días, soy el teniente Rebolledo, subdelegado de Orden Público; me envía el capitán Díaz Mayordomo, responsable del servicio, para devolverlo a la prisión provincial en vista de su recuperación.

—Perdone, pero ese diagnóstico deberá emitirlo un médico —intenta protestar el exgobernador—, y que yo sepa…

—Señor Varela —lo corta—, hágame caso, le conviene venirse conmigo. ¿Ve usted a estos muchachos con el mono azul? Son mis hijos. Cuidaremos de usted. Si hubieran venido a recogerlo de otra unidad…, a lo mejor no llegaba usted vivo a la cárcel. Recoja sus cosas y vámonos.

Varela Rendueles tarda unos segundos en asumir su marcha.

Se acabó este paréntesis del infierno en el que se había convertido su querida ciudad; volvía a la celda, a contar los días hasta que lo sacaran camino de una tapia a las tantas de la

madrugada.

Despertaba a la pesadilla.

Nunca sabría el plan que se había urdido en torno a él ni lo cerca que estuvo de la libertad.

—¿Sabes por qué la llaman «casa del Malmuerto»? —pregunta el actor al descuido.

—Siempre he creído que era cosa de los vecinos, que oirían algún ruido extraño o serían testigos de algún fenómeno —dice Diosdada.

—Fue de las pocas cuestiones relativas al caserón que pudimos precisar. —Agita su copa de *pipermín* como si unas cámaras imaginarias no quisieran perderse ni uno de sus movimientos—. Parece que uno del largo rosario de propietarios de la casa, allá por 1800, desapareció de repente y todos lo dieron por fallecido. La finca quedó abandonada. Pero tiempo después el dueño volvió a aparecer, tan campante, como si no hubieran pasado los años por él. Bonito título para una película: *Como si no hubieran pasado los años por él*.

Se pone en pie y se aleja un par de metros, dejando el efecto de sus palabras tras de sí.

El salón está lleno de sus trofeos y retratos; allí de pie, es un elemento más de su propio museo.

Octavio Olaya ha rebasado los setenta, pero nadie discutiría que sigue siendo un hombre guapo y bien plantado; si alguien lo discutiera, tendría que vérselas con él, que es el principal de sus admiradores.

—¿Me equivoco al pensar que tu suegro no te ha informado de esa anécdota?

—No, no se equivoca.

—Librado es así. Hace años que estamos distanciados, por razones que no vienen al caso, pero nos conocemos desde niños, fuimos uña y carne, pero siempre se callaba más de lo que decía.

—Creo que sabe usted de él más que yo.

—He procurado seguirle la pista. —De vez en cuando incrementa su estatura, ya de por sí elevada, por el recurso de estirar el cuello—. Sabía que te habías casado con Anselmito,

naturalmente. Y lo suyo, en esta guerra estúpida. Lo que no sabía es que hubierais tenido una hija. —Señala con asco a Tralará.

—Es adoptada.

De cuando en cuando, Diosdada debe sacar un pañuelito para evitar que las babas de la niña caigan sobre el tapizado del sofá. La mantiene muy cerca, abrazada, pero no es necesario inmovilizarla, el Veronal que le robó a Rublos produce milagros.

—Aún no me has dicho el motivo de tu visita.

—Lo estoy buscando. A mi suegro. Me encargó una misión: que me infiltrara en una sociedad que estudia los fenómenos extrapsíquicos. Habíamos llegado a un callejón sin salida en el estudio de la casa y, sobre todo, habíamos hecho ya todo lo que se podía hacer por contactar con Anselmo. —Habla del mundo de los espíritus con toda naturalidad—. Todo. —Baja la cabeza—. Y ahora no logro dar con él.

—Pues, si tú no das con él, imagínate yo, que llevo años sin verlo. —Deja la copa en una mesilla de cristal—. ¿No dices que ha montado una representación en un solar?

—Sí, pero allí no está.

—Allí sí está. A Librado no le importaba su hijo y seguramente tú le importas mucho menos. Perdona mi brusquedad. —Regresa al sofá, pero guarda una prudente distancia con las babas de la niña—. Pero nunca se alejaría de su obra. A él únicamente le interesa su arte. Su arte. Renunció a ser primer actor en una compañía de primer orden. Renunció a venir conmigo a Francia cuando el cinematógrafo nos abrió una puerta distinta hacia la gloria. Todo por su arte.

—Le aseguro que hizo lo imposible por llegar al espíritu de mi Anselmo.

—No cuestiono que hiciera cualquier barbaridad, pero ten por seguro que siempre tendría un ojo puesto en las comedias de magia. El único propósito de su vida era, es, incorporar algún efecto verdaderamente sobrenatural, verdaderamente mágico, a sus funciones. Esa búsqueda le costó su fortuna, su buen nombre y casi la vida.

—¿Usted estaba con él aquella noche?

—Por suerte, estaba rodando en París. Pero en esa época todavía éramos íntimos y seguí paso a paso los preparativos de aquella

representación. Intenté disuadirlo, no te creas. —A veces se olvida de gesticular, se reprende mentalmente y regresa a su papel—. En realidad no fue exactamente una representación, fue un ensayo general de una obra de Diego Fernández de San Pedro en el escenario de su jardín, pero invitó a todos los prohombres de la vida política, religiosa y financiera de la ciudad.

—Pero aquello no tenía nada de sobrenatural. Aquello no era más que un truco integrado dentro de la obra.

—Un truco que nunca se había realizado: un número de tragasables, con la espada al rojo vivo, realizado con un niño de trece años. Decía que tarde o temprano convocaría a los espíritus, pero, mientras tanto, aquello era lo más cercano que podía llegar a la magia.

—…

—Lo preparó durante años, investigó a los magos ocultos. Cada hallazgo que realizaba era, para él, un gran paso de la humanidad. Al fin depuró una técnica consistente en hacer tragar al niño una vaina recubierta de asbesto que lo protegería del hierro incandescente. Además, lo hacía enjuagarse a conciencia la boca con un preparado a base de espíritu de azufre, sal amoniacal, esencia de romero y zumo de cebolla.

—Pero probaría sus efectos antes del estreno con público.

—Varias veces, todas con éxito. Pero aquella noche… el niño murió en el escenario entre horribles sufrimientos.

—…

—Solo los sólidos contactos con los que contaba Librado impidieron que diera con sus huesos en presidio. Aunque fue desterrado para siempre de Sevilla. —Señala un cuadro en el que se los ve juntos, muy jóvenes, vestidos de Arlequín y Brighella—. Él no hizo caso, claro. Prefirió vivir en la clandestinidad, como un mendigo, entrando a hurtadillas en su propia casa para seguir con sus endiablados experimentos. Pero esto último lo sabes de sobra.

—…

—Hazme caso, si la obra se está representando, aunque sea en un basurero, él anda cerca. Me has dicho que esos pelanas han levantado su teatrillo en la calle Mateos Gago, ¿verdad?

—Eso es, al final de Mateos Gago.

—Es su solar, claro.

—¿Su solar?

El divo se levanta, rodea el sofá y extrae un tomo encuadernado en cuero de los que descansan en una librería atestada de volúmenes. No le cuesta encontrar la entrada que busca.

—¿Has oído hablar del corral de Don Juan, también llamado «de los Zurradores»? —No aguarda la respuesta—. Según las crónicas, el corral de Don Juan fue el primero en mantener una actividad teatral continuada; las primeras noticias se remontan a 1553; allí estrenaron algunas de las compañías más famosas de la época, desde la del sevillano Lope de Rueda hasta la del italiano Alberto Nazeri Ganassa. —Deja de leer un momento para escrutar la reacción de Diosdada, que lo mira sin comprender, y vuelve al libro—. Según el padrón de las casas y vecinos de 1561, este corral estaba situado al final de la calle Borceguinería, hoy llamada Mateos Gago.

—No sabía nada de esto.

—Lo formaban catorce grandes almacenes subterráneos y entresuelos, un cuerpo de edificio de dos pisos con cuarenta y dos viviendas familiares, etcétera, etcétera.

—…

—Tu padre político adquirió este local, destinado en principio a agrandar el convento del Espíritu Santo, hace muchos años. Realizó prospecciones en secreto para hallar los restos subterráneos del antiguo corral de Don Juan. Tenía la ilusión de representar sus comedias de magia en la ubicación original del teatro. —Abre los brazos más de lo necesario—. Después cayó en desgracia y todo esto quedó en nada.

—…

—¿No habrás visto por allí alguna entrada a algún pozo, sótano o algo así?

En la calle Monsalves, contigua al Horno de la Parra, conocido por ser el único donde se podía comprar pan en Sevilla durante los primeros días del alzamiento, se encuentra una pequeña tienda sin identificación alguna con dos casas de muñecas, una propia del XIX y otra contemporánea, en su único escaparate.

La fidelidad en los detalles es admirable, pero Crisanta no está para detenerse a admirar nada.

—Buenas —saluda a la dependienta—. Perdone, ¿el taller lo tienen ustedes aquí mismo?

—Sí, señora. —Señala orgullosa una puerta—. Nosotros fabricamos de la primera a la última pieza.

—Pues me gustaría hablar con sus operarios.

Dicho y hecho.

Antes de que la otra pueda detenerla, abre la puerta y se adentra imparable en un oscuro corredor.

No es que no haga caso a las palabras de la mujer que la sigue, es que ni siquiera las oye.

La cólera acumulada en dos semanas de frustración está surgiendo a borbotones y no va a hacer nada por contenerla.

Abre la puerta del fondo y se encuentra ante una nave dividida en dos partes: en una de ellas, dos carpinteros cortan y cepillan unos paneles, la otra está ocupada por una larga mesa en la que cuatro hombres vestidos con delantal de hule pintan unas figurillas.

Lo que no sabe Crisanta es cómo hacer para identificar al hermano de Francisco Jairo.

Se acerca a la mesa y mira a los hombres con detenimiento; uno de ellos podría parecérsele, pero no es nada seguro.

La dependienta, a su lado, intenta hacerla entrar en razón.

Crisanta da unos pasos y golpea la mesa con la mano abierta, haciendo saltar muñequillos, pinceles, lupas y tarros de pintura.

—¡Jairo! —les grita a la cara.

Todos la miran asombrados.

Menos uno.

Ese es.

—Escúchame, estúpido —le ordena, poniéndole la mano en el hombro y atrapándole el trapecio con un doloroso pellizco—, tengo que hablar contigo. Y vosotros —dice al resto de los presentes, por si se plantean intervenir—, ya sé que estáis ocultando al ciego, y mis amigos también lo saben; si no salgo de aquí en media hora, os vamos a echar encima al capitán Mayordomo y a los suyos, y se os va a caer la mierda de los palos de la mierda del sombrajo.

Todos la entienden.

Levanta a Jairo por un brazo y le pregunta a la mujer.

—¿Qué es lo que hay detrás de esa puerta?

—Es el almacén…

—Pues vamos a entrar ahí un momento este y yo. Acuérdate de la media hora.

Conduce al ciego a la otra habitación, abre y se encierra con él. Le suelta el brazo con desprecio. Las cajas, las herramientas y las reservas de madera están deficientemente iluminadas por un ventanuco en lo más alto de la pared.

El hombre tantea hasta hallar el primer obstáculo, asustado y torpe.

—A ver si nos entendemos. —Crisanta no necesita gritar—. A mí me da igual que dejaras que fusilaran a tu hermano sin mover un dedo o que el cielo te haya castigado con la ceguera por atentar contra la virgen de Lepe, a mí me da igual que seas tan hijo de puta. Pero tengo que recuperar el tríptico que robaste y vendiste, así que ya me estás diciendo todo lo que sepas o te juro que esta noche el fusilado serás tú.

—No vas a poder recuperar el tríptico ese.

—Coño que si voy a poder. —Tritura las palabras.

—Yo voy a ayudarte, de verdad, no me hagas nada. —Extiende las manos—. Bastante desgracia tengo con lo mío.

—Dime dónde está —silabea.

—No vas a poder hacerte con él, porque está bien guardado en la catedral de Sevilla. —Poco a poco baja las manos.

Crisanta se concentra en interpretar cada gesto del invidente y llega a la conclusión de que está diciendo la verdad.

La verdad.

Así que el tríptico de Jan van Eyck procedente de la parroquia de Lepe, después de haber sido robado y profanado, después de haber circulado por las cloacas del mercado negro, después de las intrigas políticas que ha originado, después de las vidas que ha costado, describiendo un círculo perfecto, ha llegado a la catedral.

—Cuéntamelo todo.

—Yo solo quería librarme de él, que bastante mala suerte nos ha traído. —Hace un inciso lleno de rabia—. Que, por cierto, yo no me he quedado ciego por una maldición divina, sino por una infección mal curada.

—Eso me trae sin cuidado. Sigue.

—Mi hermano, el pobre, no tenía carácter, así que tuve que hacerme yo cargo de todo. —Cabecea—. Hablé con don Damián,

que yo sabía que conocía a gente de posibles.

—¿Al cura de la iglesia del Valedor?

—Lo conocíamos desde chicos. Él me los presentó.

—¿A quiénes?

—Al comandante Baltierra y a un torero que siempre va con él, Llaverito. —Bucea en su oscuridad para elegir los recuerdos.

—¿Un gachó con el pelo engominado y otro con una boina?

—Esos.

—Sigue. —Por un momento siente el tenedor en la garganta.

—Don Damián, el cura, me contó que el comandante estaba buscando un objeto muy especial para regalárselo a su madre, la marquesa de Baltierra. —Pausa dramática—. La marquesa ha hecho voto de emparedamiento perpetuo en una celda de la catedral.

—¿Emparedada? ¿En nuestros días? ¿Te estás cachondeando de mí?

—Son aristócratas, no son como nosotros. Algo hizo que tenía que pagar o alguna promesa o lo que sea, el caso es que se encerró en la catedral por los restos de los restos. Su único contacto con el mundo es una sirvienta que le lleva comida y ropa una vez al día.

Crisanta intenta serenarse, asimilar la información.

Ha leído algo sobre las «emparedadas profesas», mujeres que en la Edad Media elegían aquel enterramiento en vida como una forma de retiro similar al de los eremitas, pero en el interior de una iglesia.

¡Pero están en 1936!

Da igual, todo da igual, no es momento de reflexionar sobre aquel desatino. Lo único que le importa es que al fin ha localizado el tríptico, a diez minutos del lugar donde se encuentra en aquel momento y, al mismo tiempo, más lejos que nunca.

—Yo puedo ayudarte. —La propuesta del ciego viene acompañada de una repugnante sonrisilla—. Podemos ayudarnos.

—Habla.

—Si me dejas, yo mismo puedo traerte el tríptico en unos días, una semana a lo más. Me han dicho que eres marchante de cacharrería religiosa, que es precisamente lo que necesito, alguien que le dé salida al tríptico.

—Sigue.

—Hace unos días que le estamos siguiendo la sombra a la criada

que le lleva la comida a la marquesa. Todos los días a las dos, como un reloj, entra por la puerta del Príncipe con una tartera y un hatillo para visitar a su señora. Y un par de amigos míos detrás de ella —dice, con la sonrisa humedecida—, dos camaradas del partido. Estamos esperando a que uno de estos días esté la cosa tranquila.

—Para robarle el tríptico que tú mismo le vendiste.

—Bueno, los nobles tienen cachivaches religiosos de sobra. Una más, uno menos, qué más da.

Crisanta consulta el reloj que lleva prendido en un broche en el pecho: las trece horas, treinta y cuatro minutos.

Después extrae el péndulo, que al momento empalma en la dirección de la catedral.

—¿Qué me dices? —Las palabras le resbalan al ciego por los labios húmedos—. Tú no tienes que hacer nada, solo esperar con tu cuerpecito gentil a que yo te traiga el tríptico. Después lo vendes. Sesenta-cuarenta. Sesenta para nosotros, que somos tres.

Sin moverse, Crisanta examina el cuartucho hasta dar con un martillo de bola entre las herramientas amontonadas en una mesa.

Lo sopesa y, procurando controlar el impulso, estrella el extremo redondeado contra la cabeza del ciego.

No quería matarlo, solo que permaneciera fuera de juego mientras se ocupaba del asunto de la catedral.

No le dirige ni una mirada.

Le quedan veintitrés minutos para que la doméstica de la marquesa llegue a la puerta del Príncipe.

Limpia el martillo con un papel, lo guarda en el bolsillo interior del abrigo y abre la puerta.

No hay nadie en el taller, todos han huido.

Bastaría con haber atado al ciego. Pero le da igual.

Sale de la tienda a toda prisa.

Le quedan diecinueve minutos.

—Tendremos que avisar al provincial de los jesuitas de que se han llevado al exgobernador Varela a la cárcel —dice Chacón Carter—, de que todo el plan que habían preparado se ha ido al traste.

—Hágalo usted si quiere. —Serrador envuelve las palabras en un nubarrón de humo—. Yo ya estoy harto de hacer de recadero de

toda esta gente.

Por la forma en la que se refiere a «toda esa gente» no parece que vaya a seguir siendo la suya por mucho tiempo.

Rublos y el director de la Sociedad estaban citados con el sacerdote en la pensión donde guarda la sotana. Los ha recibido sentado en el borde la cama, vestido de seglar, acariciando una botella de Real Tesoro sin abrir; les ha contado de corrido el regreso de Varela a presidio y apenas ha pronunciado una palabra al saber que contaban con una información que situaba a un secuaz de Sampedro en la fábrica de tapones de corcho de la calle San Luis.

Ha estado a punto de contarles que no es más que un cochino traidor, que al gobernador se lo han llevado porque él mismo le descubrió el asunto al capitán Mayordomo, pero necesita mucho más coñac del que hay en aquella botella para revelar algo así.

—Señores, cuanto antes salgamos, mejor —dice Chacón.

—He oído hablar de esa fábrica. Últimamente se ha refugiado allí lo más peligroso de la morralla de Sevilla. Si entramos nosotros tres, sin armas, es fácil que nos abran en canal. —Serrador se encoge de hombros, como si no le preocupara demasiado esa contingencia—. ¿Disponen ustedes de alguna?

—Anoche tuvimos que salir con lo puesto del hotel. Allí dejé el revólver de mi época de policía del ferrocarril. Y por ahora no podemos volver.

—Ya.

Los dos callan un momento, Rublos punto y aparte.

—Lo que sí podríamos hacer —dice, iluminado, Chacón— es quedarnos en los alrededores del hotel mientras usted entra a recoger mi revólver; no creo que los falangistas que vigilan aquello lo reconozcan. Se puede traer de paso las llaves del automóvil, que nos puede ser muy útil.

Nadie expresa entusiasmo ni rechazo.

Saben que están a un paso del fin.

Se van.

Recogida de la lluvia bajo un alero, espera Crisanta frente a la puerta de los Príncipes de la catedral; ha tenido el tiempo justo de volar desde la calle Monsalves para presentarse pingando y ciega unos minutos antes de las dos.

Tiene que ser esta.

Una anciana de riguroso negro con tartera y hato.

Como un fantasma, Crisanta le da unos pasos de ventaja y levita por las sombras detrás de ella.

Algunas iglesias contaban con un beaterio de emparedadas, pero nunca había oído hablar de que la catedral de Sevilla contara con uno; no obstante, debe tener presente que se encuentra en el templo gótico más grande del mundo, nadie conoce este recinto en su totalidad.

Sobrepasan el pabellón, una pequeña pinacoteca con cuadros de los siglos XVII y XVIII, atraviesan un patio y entran por fin en la catedral.

Las gigantescas naves, las altas bóvedas ojivales aupadas sobre docenas de pilares, las terribles vidrieras, todo el conjunto parece diseñado para aplastarla contra el suelo.

Sigue a la vieja en silencio, intentando ocultarse en cada recoveco; es la hora de la comida y no se cruzan con nadie.

Llegan al trascoro y comienzan el recorrido de las capillas funerarias, todas enrejadas, aterradoras.

La anciana se encoge a cada paso, la vista fija en el suelo, como si supiera leer en las antiquísimas losetas un itinerario oculto a los demás que la conduce a su ama.

Deja atrás la capilla de San Isidoro y, tras superar la tabla de la virgen de los Remedios, llega a la capilla de San Hermenegildo. Saca una gran llave y abre las rejas con mucho cuidado de que el chirrido provocado por la herrumbre no despierte a los santos maléficos que la custodian.

Crisanta aguarda muy cerca, preparada para saltar si intenta cerrar desde dentro.

No es necesario.

Como una autómata, la vieja entra en la capilla, avanza muy pegada a la pared y con otra llave abre una estrecha puerta disimulada junto al retablo. Enciende el cabo de una vela que extrae de otro bolsillo y, abriendo del todo la puerta, se cuela en un pasadizo. Intenta cerrar de nuevo, pero no puede hacerlo porque no está sola. El aliento que siente es el de Crisanta.

—Ni una palabra. —Le enseña el martillo de bola, como si eso lo explicara todo—. Solo quiero que me lleves hasta tu señora.

—¿Quién eres? —Irreconocible en los pucheros que se descomponen en un llanto silencioso.

—No tengo nada contra ti, estúpida, pero tampoco tengo problema en aplastarte la cabeza si no me haces caso.

La vieja solo llora y tiembla, pero cuando Crisanta la empuja, echa a andar para ser fiel a su condición de muñeca de cuerda.

Están en un corredor angosto y curvo.

Enseguida completan el recorrido: solo han necesitado avanzar unos metros hasta llegar a una puerta con una gatera para introducir los alimentos en la zona inferior.

—¿Está ahí dentro? —pregunta Crisanta.

—Sí. —No deja de llorar.

—Abre. —Señala un candado, de un metal dorado que podría ser oro, única cerradura de la puerta.

—No tengo la llave, nadie la tiene. La tiraron al Guadalquivir cuando la señora se encerró…

Crisanta la aparta sin que termine la explicación, es un candado no muy grande, le basta un solo golpe de martillo para descolgar la cerradura.

Entra con la sirvienta por delante.

—Señora, yo… —Las lágrimas no la dejan continuar.

—Buenas tardes —dice Crisanta.

—Buenas tardes.

Naturalmente, mantiene la compostura la marquesa, una mujer de unos sesenta años que conserva intacto su atractivo a pesar de la ausencia total de arreglo y de no llevar puesto más que un hábito de arpillera.

—Perdone que la moleste en su retiro —prosigue Crisanta—, pero necesito recuperar a cualquier precio el tríptico de Jan van Eyck, procedente de la parroquia de un pueblo de Huelva, que le ha llegado a usted de contrabando.

—No sé de qué me hablas. —Describe un arco con la mano que abarca toda la celda para demostrarlo.

Es una pequeña estancia de piedra con un pozo negro en el rincón, dos mantas en el suelo como lecho y una pequeña hornacina en la pared con una palmatoria como todo lujo.

Es imposible esconder nada en aquella habitación.

La aristócrata le da la espalda y se acerca a la única apertura,

una especie de mirilla rectangular; cuando Crisanta se acerca, comprueba que el pasadizo semicircular las ha dejado en la pared opuesta de la capilla de San Hermenegildo.

—¿Conoces la leyenda de santa Librada? —La marquesa de Baltierra señala un cuadro al otro lado de la capilla.

—Algo he leído sobre ella, pero no lo recuerdo.

—Pedí ser enmurada aquí porque ella es todo lo que yo debería haber sido. —Suspira, como corresponde—. Santa Librada era hija de un rey de Portugal del siglo VIII. Nació en un parto de nonillizas, nueve hermanas en un mismo alumbramiento, y fue prometida por su padre al rey moro de Sicilia. Librada, que detestaba aquel enlace, hizo voto de virginidad y pidió a Dios que la convirtiera en un monstruo. Como consecuencia de sus rezos y su voto, le creció una gran cantidad de vello por la cara y el cuerpo, de manera que el novio deshizo el compromiso. —Parece querer escaparse por la ranura—. Ojalá yo hubiera hecho lo mismo —murmura.

—Ya veo que aquí no le falta a usted entretenimiento, así que ¿por qué no me dice dónde está el tríptico y sigue divirtiéndose con sus santos y sus santas?

—Te he dicho que no sé a qué tríptico te refieres.

—Claro que lo sabe, se lo regaló su hijo, y ha costado mucha sangre. —Sigue con el martillo en la mano—. No me haga perder la paciencia.

—Aquí no tengo nada, ya lo puedes ver, me he privado hasta de escuchar los oficios, o sea, me he privado de la palabra de nuestro Señor, ¿qué me puede importar todo lo demás?

La sirvienta sigue inmóvil, su reserva de lágrimas es inagotable.

Crisanta gira sobre sí misma, como en un paso de baile, para ayudarse a pensar.

Listo.

—Mire, no voy a amenazarla con golpearla ni nada parecido, no creo que eso le importe, pero a ver qué le parece esto: me dedico al mundo del tráfico de arte, así que conozco a todos los guías turísticos que patean la catedral; pues bien, voy a hablar con todos ellos, con todos, voy a repartir unos duros y les voy a contar dónde está usted exactamente, de manera que su celda formará parte a partir de ahora del recorrido por los enclaves más extravagantes del templo, será usted el cachondeo de todo el mundo.

Ahora es la marquesa la que piensa.

Niega con la cabeza.

Pero cede.

Toma la palmatoria con una mano e introduce la otra en la hornacina. La pared del fondo cede a una leve presión de los dedos, que al momento aparecen de nuevo con el tríptico.

Al fin el tríptico.

Se lo entrega a Crisanta, que lo examina procurando eliminar toda emoción.

La de Baltierra vuelve a acercarse a la concavidad para explorar el interior. Por un momento, Crisanta teme que vaya a esgrimir un arma, pero lo que muestra no es más que un pequeño trozo de papel de estraza del que saca una onza de chocolate.

—Lo guardaba para celebrar la Natividad.

Con rabia, lo arroja al suelo para pisotearlo con sus pies desnudos.

Crisanta ya está saliendo de allí.

La lluvia de todo el día se ha estancado en un feroz calabobos que ni Diosdada ni la niña zombificada parecen percibir.

Mejor así: el mal tiempo alejará a los curiosos del teatrillo del solar de Mateos Gago y le permitirá reconocerlo a fondo.

De entrada se acerca a la construcción y rodea el escenario para llegar a la zona que permanece invisible a los espectadores. Frente a la entrada trasera, casi anexa, hay una caseta, como las que levantan en las obras para guardar los utensilios de los operarios.

Manipula la cerradura, pero está firmemente atornillada.

—Si quieres la llave, no tienes más que pedírmela. Ya sabrás que este solar y todo lo que hay encima y debajo es mío.

Diosdada respinga y, arrastrando a la niña, se da la vuelta y se pega a la pared.

Su suegro.

Empapado, sonriente y sinuoso.

—He estado buscándote —dice la mujer.

—Lo sé.

—He llegado a pensar que no volvería a verte.

—Ya.

—Te he traído esto. —Le presenta a Tralará.

El anciano aparta a la niña y se acerca a Diosdada. La atrae por los hombros. Milímetro a milímetro. Las bocas se encuentran casi a pesar de ambos.

—Ven. —Se refugia de la lluvia bajo el borde del techo del teatro.

—Unos salvajes entraron en la tienda de mi hermano y…

—Lo sé —la corta—. Lo sé todo.

—¿Y por qué no me has buscado?

Él sonríe.

—Todo el tiempo que estuve con la Sociedad Mediúmnica tampoco sirvió de nada. Conseguí que investigaran la casa, como planeamos, ellos tienen otros medios, pero…

—Ya te he dicho que lo sé todo.

—Tampoco quise volver con ellos tras lo de la tienda; me enteré de que le habías alquilado la casa a los jesuitas y pensé que tarde o temprano descubrirían a mi niño.

—Habrán descubierto el cadáver hace tiempo, pero no importa: no pueden denunciarlo a nadie; los he seguido de cerca. —De nuevo aquella suave sonrisa aterradora—. Además, tengo buenos amigos en la Compañía de Jesús.

—Pero en esa casa hay puertas al otro lado, alguna puede llevarnos hasta Anselmo.

—La casa se ha vuelto contra mí —dice sin pesar—. Los métodos que hemos utilizado no sirven. Ya no me llegan las voces de los muertos.

—Entonces, debemos buscar otras maneras de llegar hasta tu hijo. —Se ha prendido de su brazo; él la mira, parece hacerle mucha gracia—. La tenemos a ella. —Señala a Tralará, que sigue muy concentrada en la nada.

—…

—Tenemos que volver a intentar establecer contacto con Anselmo. —Llueve y las gafas negras ocultan otra humedad—. Antes de que se aleje demasiado.

—Tengo la sensación de que ya no está a nuestro alcance.

—¡Claro que está a nuestro alcance! —Se separa un par de pasos para dar mayor proyección a sus gritos—. Claro que está. ¿Te has olvidado de todo lo que hemos hecho por llegar hasta él? ¿Eh?

No responde, pero mira alrededor: empieza a estar preocupado

de que alguien los oiga.

—¿Te has olvidado de lo que le hicimos a tu nieto? —Se desmorona lentamente—. No dejo de soñar con él; aquellas primeras semanas, el jardín de mis padres, el olor a hierbabuena… El olor a hierbabuena.

—Está bien, te encuentras muy nerviosa.

—No voy a renunciar a Anselmo.

—Ven conmigo.

Sampedro se acerca a la caseta, busca una llave entre sus harapos y abre una puerta de listones que deja ver unos peldaños que descienden a lo interminable.

Algo más de las seis de la tarde, la noche se ha cerrado por completo en el despacho del capitán Mayordomo, pero da lo mismo, la lluvia y el abatimiento han borrado todas las horas.

Golpes en la puerta. Un guardia.

—Mi capitán, un cabo moro quiere verlo.

—Dile que entre. —Se endereza en el asiento.

—Esto está muy oscuro, ¿quiere que encienda?

—Enciende.

Entra al momento el cabo tangerino, que, con la mirada fullera y el uniforme impecable, se deja caer en una de las sillas sin aguardar licencia.

—¿Qué coño haces aquí? —El capitán apuñala el escritorio con el índice—. Ni a ti ni a mí nos conviene que nos vean juntos.

—Hacerte un favor.

Mayordomo se pone en pie para recuperar el rango, rodea la mesa y, cuando llega al lado del visitante, ya le habla en otro tono.

—Dime.

—Tu amiga, la marchante.

—Crisanta.

—Crisanta —silabea el nombre—. Le queda un suspiro para entregar la cuchara.

—¿Quieren matarla?

Se encoge de hombros, porque es evidente.

—¿Estás seguro?

—*Wallah*.

—¿Quién? —No se entretiene en retórica.

—La gente de Baltierra. —Y precisa—: Mi hermano no irá, se ha metido en la cama con unas fiebres. Pero el comandante tiene pistoleros de sobra.

—¿Sabes por qué?

—El cuadro que buscaba tu amiga, el tríptico, lo tenía la madre de Baltierra. Tu amiga se lo ha quitado esta mañana, hace unas pocas horas. Por las bravas. Tiene que estar muy loca si pensaba salir con bien de todo esto.

—¿Sabes si la tienen localizada?

—La están esperando en su tienda.

El capitán vuelve al otro lado del escritorio y abre con llave un cajón del que extrae dos pistolas del nueve corto y varios cargadores.

—¿Te interesa venirte conmigo? Ya sabes que habrá candela, pero te pagaré bien. No puedo fiarme de los míos.

—Lo siento, amigo, llevo media vida manteniéndome lejos del *barud*. —Dispara con el dedo—. Soy un hombre de negocios.

—¿Y por qué me has avisado?

—Porque, como tú dices, esta guerra no va a durar siempre y cuando termine los moros ya no pintaremos nada por aquí. Así que estará bien tener buenos amigos.

Mayordomo ya se ha puesto el chaquetón de cuero y distribuido los cargadores por los bolsillos.

—Te deberé una. Si salgo de esta.

—*Inshallah*.

Antes de salir del automóvil, Chacón examina su revólver con mano temblorosa. Por no contagiarse, Serrador sale del coche y lo espera bajo la lluvia; es imposible adivinar las razones que llevan a Rublos a hacer lo mismo.

Al momento sale también Chacón Carter con una sonrisa de disculpa.

—La verdad es que solo trabajé unos meses como guardia del ferrocarril, era yo muy joven, lo único que quería era dejar este país, buscar correrías. —Sacude la cabeza—. Apenas recuerdo el manejo del revólver.

Tres figuras soportando el aguacero.

Sin prisas.

Sin ganas.

Al final es el director de la Sociedad el que vuelve al vehículo, recoge una linterna y cruza la calle en dirección a la fábrica de tapones. Cuando la puerta cede al empujón, descubre que la adrenalina y sus dos acompañantes están junto a él. Cruzan el patio, donde llueve con mayor intensidad, y enseguida están en la puerta del recinto, que abren también sin esfuerzo. Todos dicen que en aquella fábrica abandonada recala lo peor de la plaza, que los guardias no se preocupan por desalojarlos porque en algún sitio deben de estar.

Dentro, la primera ceguera viene acompañada de la sensación de que el chaparrón los acompaña hasta el interior.

Y que al igual que ellos no pueden ver a nadie, ese «nadie» puede aprovechar esos momentos para abrirles la cabeza.

Poco a poco, la enorme superficie va cobrando forma, docenas de seres humanos venidos a menos, algunos hasta el punto de que apenas se los conoce como tal. Lo más próximo, un encapuchado que es una talla en mármol negro con cientos de años de antigüedad. Más allá, dos viejas arrejuntadas, una partida de cartas a la luz de un candilillo, dos revoltijos de andrajos follando, el hombre invisible cubierto por una manta rezando el rosario…

Chacón Carter, al frente de la comitiva, empuña la linterna y esconde la diestra bajo el abrigo, próxima al alivio del arma. Caminan despacio, deslumbran a los miembros de las acampadas, murmuran una disculpa que contribuye a enfurecer su mirada y siguen adelante. A cada tantos metros, se encuentran cubículos abiertos que pueden ser una sala de estar en la que los limosneros recuentan la ganancia del día o un panteón a la espera del renacimiento de la carne.

Y de no se sabe dónde aparece el chico de la barba de profeta, que les corta el paso.

—¿Vosotros quiénes sois?

—¿Y quién eres tú? ¿El recepcionista? —Se adelanta Serrador.

—Todo esto es mío, policía. —A pesar del descuido y la suciedad, las ropas no son de mala calidad—. Así que fuera de aquí.

—Mira, venimos buscando a un amigo nuestro que tiene un solo brazo —dice Chacón, conciliador—. No somos policías. Si nos

ayudas, puedes llevarte una buena propina.

—Los que se van a llevar una mojada vais a ser vosotros.

En su mano aparece un cuchillo de cocina.

En la de Chacón, su revólver.

La banca gana.

El barbudo deja caer el cuchillo, va retrocediendo paso a paso y, cuando se siente a salvo del grillete y el guantazo, les grita que tiene otro y se pierde en la tiniebla.

Chacón y los suyos siguen adentrándose en aquel mundo imaginario, sabiéndose más vulnerables a medida que se alejan de la entrada, acostumbrándose a la presencia de los espectros, que los miran con curiosidad o miedo y odio, espectros, espectros, espectros y, al fin, uno con un solo brazo.

Sentado en el suelo entre dos paredes, a la luz de un cirio, les evita la mirada, como si así pudiera pasar desapercibido.

Los tres se le aproximan despacio, no quieren ahuyentarlo.

—Perdone que lo moleste —se disculpa Chacón—, pero me gustaría hacerle unas preguntas.

Junto al manco relucen cuatro puñales sobre un paño en los que todos fijan su mirada.

El hombre, vertiginoso, lanza el brazo en busca de uno de ellos, pero apenas llega a aferrarlo cuando Serrador le patea la mano con todas sus fuerzas.

Primero se oye el crujido de los huesos y a continuación la queja sofocada.

—Estoy hasta los huevos de tanto cuchillo —le anuncia Serrador, y a continuación le aplasta los dedos contra el suelo con el tacón—. O respondes a nuestras preguntas o te hago un mazacote con la mano que te queda y a ver cómo te limpias después los mocos.

—Solo queremos saber dónde está Sampedro —interviene Chacón—. Nos lo dices y no nos vuelves a ver.

El manco calcula, pero tiene poco que calcular.

—Tiene un teatrillo en un solar, al final de la calle Mateos Gago. —Se mira la mano que sigue bajo el peso de Serrador—. Al lado hay una casetilla por la que se baja a unos túneles. Él y los suyos viven allí.

La información es tan extravagante que debe de ser cierta.

Despacio, Serrador levanta el pie, recoge las dagas en el trapo sobre el que reposan y lo arroja a lo más profundo de la oscuridad.

Ya pueden marcharse: el malabarista y su dolor no importan.

Solo quieren salir de allí, dejar atrás aquel olor, aquel adelanto del destino que puede esperarles dentro de unos pocos años.

La lluvia empieza a crepitar para recibirlos cuando Rublos, el último de la fila, cae al suelo.

Lo primero que ven Chacón y el sacerdote al volverse es al muchacho con barbas de profeta riendo alegremente.

El mango de un cuchillo sobresale de la espalda de Rublos.

Dando saltos de júbilo, el de la barba regresa a las sombras.

Es verdad que tenía otro cuchillo.

Un niño con un gato de pelo rojizo se escurre por la puerta.

Crisanta ha pasado la tarde moviéndose y ocultándose por los recodos donde consideraba más improbable que la buscaran, ha llamado por teléfono a su amiga portuguesa para confirmarle que tenía el tríptico y ha intentado evaporarse en el aguacero. Solo le quedan unas horas para salir del país, pero al final ha tenido que regresar a su tienda para recoger el poco equipaje que necesitará en su nueva vida.

El calabobos le permite oír hasta el menor detalle, tiene mil ojos cuando se acerca a su casa: nada extraño excepto un taxi aparcado en la puerta de la librería El Gusanito Lector, pero solo se ve al conductor, y son gente de confianza, seguramente lo habrán avisado para llevar a alguien a la casa de socorro.

Llega a su puerta con la llave preparada para no perder ni un segundo.

La cancela del edificio de enfrente se abre al mismo tiempo.

El vehículo se pone en marcha.

Estalla otra lluvia.

Mayordomo, ya entumecido tras el tiempo que lleva recostado en los asientos traseros del taxi, se incorpora y hunde la pistola de la mano izquierda en la nuca del taxista mientras le ordena:

—Acelera, cabrón, quiero que te pares al lado de aquella mujer, ¡vamos, hostias!

Del portal situado frente a la tienda salen un tipo con una escopeta y otro con un arma corta; hay más gente en el zaguán.

Cuando abren fuego, el taxi ya se ha interpuesto entre ellos y la mujer.

El capitán responde vaciando el cargador de la pistola que lleva en la derecha a través de la ventanilla del vehículo.

Por una décima, Crisanta duda entre seguir abriendo la puerta de su tienda para refugiarse dentro o huir de aquel infierno, pero el cruce de balas es tan enloquecedor que termina arrojándose al suelo.

—Soy yo, Crisanta, soy yo.

Cuando levanta la cabeza, se encuentra con el taxista muerto y con Mayordomo, que recarga sus pistolas.

Los disparos del otro lado de la calle han cesado, hay dos cuerpos en la acera, pero inmediatamente llegan más disparos de los compañeros de los caídos.

—Crisanta, escúchame, cuando yo te diga, sal corriendo como una loca. —Y al mismo tiempo que saca los dos nueve cortos por la ventanilla, añade—: ¡Vete!

Agarrada al tríptico, la mujer se lanza a toda prisa hacia la oscuridad del fondo de la calle; está segura de que la alcanzará alguno de los proyectiles, pero llega un momento en el que deja de pensar, solo corre.

Mayordomo vacía los cargadores a ciegas, a bulto, con toda su mala leche, contra los enemigos que ahora disparan desde la portería y las ventanas del piso bajo que probablemente han ocupado para vigilar a Crisanta.

Reza por que los primeros caídos, un tipo con fijador y otro con boina, fueran el comandante Baltierra y Llaverito, su amigo el torero.

Lo están acribillando.

Cuando los disparos de gran calibre de una escopeta empiezan a doblegar la chapa del automóvil, sabe que apenas le queda tiempo para salir de allí.

Se pasa al asiento delantero y, en el suelo, aprieta el acelerador con la mano; la primera sigue calzada, el motor responde.

Sin levantarse recorre unos cuantos metros, más de los que creía. Intenta cambiar de postura para ver a dónde se dirige, controlar el volante, cuando el taxi se embucha en el escaparate de una botica.

El capitán no se detiene a comprobar las heridas, debe aprovechar la ventaja para desaparecer de allí.

Salta por la ventanilla y se escurre por la primera esquina que encuentra.

Ni siquiera ha perdido el sombrero.

Está en la plaza Calderón de la Barca.

Mayordomo camina a contracorriente de los empleados de la plaza de abastos que se dirigen hacia donde han oído el tiroteo. Pasan unos segundos hasta que repara en que lleva la pistola en la mano derecha; la guarda en el bolsillo del chaquetón. Mira hacia atrás: la gente de las escuadras negras asoma a lo lejos.

Acompaña sus pasos el rasgueo de la lluvia, el ocasional *quejío* de los truenos.

Quiebra para introducirse entre los puestos del mercado. A esa hora solo quedan los dueños que riegan los mostradores de azulejos y algún cliente que apura un tintito cortesía de la casa antes de iniciar su recorrido por las tascas.

La plaza de abastos, una de las más antiguas del país, consta de dos cuerpos que el capitán recorre en un repiqueteo vivo de los adoquines, pero no lo bastante rápido para perder del todo a sus perseguidores; de vez en cuando vuelve la vista y siguen allí; se trata de darle tiempo a Crisanta para que se quite de en medio. Ellos tampoco quieren armar mucha zumba en aquellas naves, aunque van ganando terreno.

Cuando se le acaba el mercado, sí echa a correr, y sabe que la gañanía que le va detrás hará lo mismo.

A tres pasos tiene la iglesia Omnium Sanctorum; si los curas han cerrado la puerta, se acabó la partida.

Pero no.

El portón está encajado, así que se cuela y pasa el enorme cerrojo. Bien. Bien. Golpea la madera con los nudillos como si llevara el son de una copla que solo él oye. Después escupe en suelo sagrado y repone el cargador de la pistola que le queda.

De inmediato, golpes y patadas en la puerta principal.

Tiene que aprovechar aquella ventaja para salir de allí.

Rompe a correr, debe mantener el compás.

No ve al crucificado, ni las pinturas, ni los arcos apuntados ni el rosetón.

Si sabe pelear el cante, todavía es capaz de escapar de todo aquello.

No le cuesta abrir la puerta que da a Palacios Malaver, allí solo lo espera la lluvia, de falseta a falseta.

Lo pierden y se pierde en la calle González Cuadrado.

Crisanta se conforma con un momento de paz cuando llega a la casa del Malmuerto, un momentito, solo eso.

Se encuentra el tintineo enloquecido de las lámparas, como si en el piso de arriba se estuviera celebrando un baile con mil invitados.

Se encuentra con las corrientes absurdas de aire.

Se encuentra con el pestazo a hierbabuena.

Se encuentra con el salón convertido en un quirófano.

—¿Qué le ha pasado?

—Un demente le clavó un cuchillo —responde Chacón mientras termina de vendar el torso de Rublos, que les da la espalda, como adormecido—. Ya está mejor, hemos conseguido detener la hemorragia.

Manchas de sangre en el sofá donde se encuentra el herido, en el suelo, en la ropa desechada en un rincón, en los restos de las sábanas con las que han improvisado los vendajes, en el cuchillo de cocina, que han dejado caer al suelo.

Juan Serrador, que acaba de lavarse las manos en una palangana, se seca con una toalla ya rojiza.

—Tienes que llevarlo a un hospital —dice Crisanta.

—La herida no ha afectado a ningún órgano, puede esperar a mañana; ya le hemos hecho la primera cura —repone Chacón Carter, algo avergonzado—. Además, Serrador y yo debemos marcharnos inmediatamente.

—¿Marcharos? ¿Y dejarlo así? ¿Aquí? —Levanta las manos para abarcar todo el entorno—. ¿Pero no te das cuenta de lo que está pasando en esta casa? —Los cristales chirrían para darle la razón.

—Debe de ser algún tipo de infección astral; nada me gustaría más que quedarme a investigarlo. —Se pasa las manos por la

cara—. Escucha, tenemos una información del paradero del turbador. Tenemos que ir a por él. Nadie más sabe lo que está haciendo. Nadie más sabe que existe. Si no lo paramos nosotros, no lo hará nadie.

Chacón calla.

Serrador otorga.

—¿Pero no ves en lo que te está convirtiendo? —La mujer se aleja un paso—. ¿No ves lo que todo esto ha hecho con tu vida?

Se oye un derrumbe de muebles en una habitación vacía y a ninguno parece extrañarle.

Chacón Carter avanza todo lo que hace falta para llegar a su lado.

—Te prometo que será el último intento: si no lo encontramos esta vez, lo dejamos; pero tenemos que intentarlo. —La agarra por el brazo—. Crisanta, tienes que hacerme un favor, tienes que cuidar de Rublos hasta que vuelva, serán solo unas horas.

Ella se suelta, se separa.

Niega con la cabeza.

En cuanto se callan, la casa parece que va a saltar en mil pedazos.

—Escúchame —exige Crisanta—. Mañana debo tomar un vuelo a primera hora de la mañana; tendré que salir de aquí antes de las cinco. Es mi última oportunidad. —De frente—. A esa hora me iré, hayas vuelto o no.

Rublos se incorpora lentamente en el sofá.

El exgobernador lleva solo unas horas de regreso en la cárcel provincial y ya ha perdido la capacidad de medir el tiempo; después de las semanas pasadas en el hospital de la Santa Caridad, volver a la colchoneta acartonada, al caldo rancio de la escudilla y al terror inmediato de la saca, que puede situarlo ante el pelotón en cualquier momento, le está costando más que nunca.

De ahí que los pasos en el pasillo y el sonido de la llave en la cerradura lo hagan ponerse en pie y pegarse a la pared.

Pero el que entra no es un carcelero, sino un cura octogenario con el capote y el sombrero de teja anegados de lluvia que lo saluda con una tímida sonrisa cuando cierran la puerta tras él.

—Usted dispensará que lo moleste a estas horas, pero hemos

pensado que un poco de lectura le ayudaría a sobrellevar estas largas horas. —Le alarga un libro que protegía en el interior de su ropaje.

—Muchas gracias. —Desconcertado, Varela recoge el ejemplar y lee el título: *El terror de 1824*—. Vaya, de Pérez Galdós. No lo he leído.

—Uno de sus Episodios Nacionales. —El cura habla con un suave acento vasco que Varela Rendueles reconoce con facilidad por sus años pasados en el norte—. Describe las represalias que llevó a cabo Fernando VII tras la restauración absolutista; no es una lectura muy animada, pero le ayudará a comprender que no es la primera vez que España pasa por un periodo de brutalidad como el actual y que siempre hemos sabido salir de ellos.

—Perdone, ¿es usted el párroco del penal?

—Oh, no, no lo quiera Dios —dice con una risilla—. Acabo de llegar a Sevilla, me envía la Orden para… ver cómo está usted. Aunque no esperaba encontrarlo aquí.

—¿La Orden?

—La Compañía de Jesús.

—Vaya…

—Usted no se acordará de mí, claro, pero nosotros no nos olvidamos de usted.

—Lo siento, pero no…

—Yo no era más que un humilde secretario en Guipúzcoa cuando a usted, como gobernador de aquella provincia, le correspondió aplicar el decreto de disolución de la Orden en aquella tierra.

—Recuerdo perfectamente aquel lamentable episodio.

—Un «episodio» en el que usted arbitró la incautación de todas las posesiones de los jesuitas. —Ahora habla con toda solemnidad—. Y, sin embargo, al contrario de otros, lo hizo con tal caballerosidad que en vez de interpretar el papel de nuestro enemigo, que es el que le había tocado, terminó siendo nuestro amigo.

—No hice más que cumplir con mi deber.

—Y nosotros no hacemos más que cumplir con el nuestro al cuidar de un viejo amigo. —Se levanta el cuello y se aproxima a la puerta—. Tenga la seguridad de que haremos lo indecible para que

comparezca usted ante un consejo de guerra en el que pueda defender su causa, y de que llegaremos todo lo alto que haga falta para velar por usted.

Las nubes se arrastran por el suelo.

Chacón Carter y Serrador ni siquiera sienten el temporal en aquel solar de Mateos Gago, observan la entrada de la caseta que acaban de forzar, aquellos escalones que descienden a la nada. No hablan. Comentar que se encuentran ante el pórtico del infierno sería una ocurrencia demasiado chusca, tal vez ni siquiera fuera una ocurrencia.

—Si nos matan ahí dentro, nunca nadie nos buscará —afirma Chacón.

—Pues vamos.

Entra en primer lugar el director de la Sociedad, que es el único que lleva linterna, y lo sigue el sacerdote con su equipo de arqueología, consistente en un atizador de chimenea y un candil que se ha traído de la casa del Malmuerto.

Un reguero de agua de lluvia baja a su mismo ritmo.

Es un corredor muy empinado en el que deben caminar en fila, enseguida dejan de contar los peldaños, tan resbaladizos que deben dedicarles toda su concentración para no perder el equilibrio. Cuando bajan el último, tienen la sensación de haber llegado a una superficie aún más inestable.

Están de pie sobre un arroyuelo, en un túnel estrecho y de techo bajo.

Serrador aprovecha para encender el farol.

Avanzan.

A los pocos pasos encuentran un recodo que deben pasar de perfil.

En cuanto lo superan, oyen los primeros gritos del niño.

Los dos se miran, como si le encontraran algún sentido. Chacón extrae el revólver. Tiran. Ni siquiera se dan cuenta de que la tosca veredilla sobre la que caminan ya no está encharcada.

Siguen en la misma dirección en la que los obreros atacaron el túnel, en algunos ensanches hay restos de la excavación, sobre todo fragmentos de la madera con la que han apuntalado la estructura.

Cuando una esquina los deja en lo que parece un almacén con

siglos de antigüedad, la amplitud del espacio les insufla una especie de alegría. Pero al momento los detiene un aliento, como si alguien les respirara en pleno rostro. La lejanía de techo y paredes ya no es un respiro, sino un vértigo.

Aceleran el paso y el final del almacén los deja en una encrucijada.

El grito del niño o los niños viene en su ayuda.

Tardan unos segundos en darse cuenta de que han elegido una de las galerías más antiguas y peor ventiladas, el polvo los obliga a toser.

Los muros se estrechan.

Se estrechan.

Deben caminar de lado y temen que llegue un momento en el que tengan que retroceder para no quedar atrapados o que todo aquello se derrumbe sobre sus cabezas.

Y unos metros más allá, todo cambia.

Sin nada que lo anuncie, se hallan en la cámara más espaciosa que han encontrado desde que bajaron al subterráneo.

A su derecha ven los restos de unas cimentaciones que hacen pensar en las gradas características de un teatro.

Siguen avanzando, removiendo cada sombra con la linterna y el candil.

Enfrente, una extensión cuadrangular que podría corresponder al cuerpo escénico.

Se adelantan algo más.

En el centro del escenario, el cadáver de Diosdada.

Rublos ve con los ojos cerrados.

Desde que ha despertado, de lo único que está seguro es de aquella sensación de ruptura.

El salón se balancea como un velero en el centro de la tempestad.

Con disimulo, vigila a Crisanta, que lanza repetidamente el péndulo, el cual siempre termina empalmando contra él. Rublos lo lee como una sentencia. Ella siempre ha estado en contacto con el otro lado, desde que era una cría. Y ahora ellos la van a utilizar para acabar con él.

El rasgar de telas no lo deja pensar, todo es hundimiento.

Furia.

Ya no le sirve mantener fija la mirada, los putos niños ya han saltado del rabillo del ojo y cruzan impunemente frente a él, se burlan, lo amenazan.

Crisanta lo mira con un odio inacabable.

Los asientos no aguantan.

Las luces de las bujías celebran un aquelarre.

Algo se apaga, algo se enciende y, de pronto, una explosión de sentimientos reconfortantes.

De pie junto al cuerpo de Diosdada, Chacón y Serrador tienen la impresión de que cientos de seres los espían desde las sombras de la oquedad.

—Nunca sabremos qué pretendía, cuál fue su verdadera historia, por qué ha terminado así —dice el director de la Sociedad.

—Claro que no. Nunca sabremos ni la mitad de la historia en la que nos hemos metido. Esto no es una de esas películas baratas en las que todo se explica al final.

—Si salimos de aquí, dejaremos las cosas como están; se acabaron las investigaciones, bastante tendremos con recomponer nuestra vida.

—Si salimos.

Y, sin embargo, el grito de un niño viene a borrar todos sus propósitos.

Solo hay una puerta en un lateral, y detrás otro túnel que, por el aspecto de los refuerzos en las paredes, puede pertenecer a la fase más antigua de la construcción. Metros y metros en los que resulta imposible orientarse.

El grito se repite a intervalos irregulares, ninguno de los dos se atreve a confesar sus sospechas de que quizás proceda de una realidad distinta, aunque después del tiempo que llevan allá abajo ya no están seguros de cuál es la suya.

Encuentran un viejo aljibe y a continuación la galería se estrecha otra vez hasta atenazarlos.

De pronto el grito les llega mucho más claro, se transforma en un hilo que tira de ellos, les impide pensar.

Y antes de darse cuenta, han llegado.

No es un niño.

Es una niña amarrada a una argolla de la pared. Una niña a la que se le ha pasado el efecto del Veronal y ha despertado en el purgatorio. Que no recuerda cómo se llama. Dentro de su cabeza solo resuena la palabra «Tralará».

La sueltan, le hablan en susurros, la van tranquilizando.

Están en una antigua bodega con algunos restos de enormes bocoyes que, a juzgar por la ropa, los libros y los comestibles abandonados, han estado usando como zona de residencia.

Antes de lo que preveían, la niña se va calmando, o, por lo menos, deja de gritar.

No tienen que recordarse que deben salir.

Precedido por revólver y linterna, Chacón se adentra dos o tres metros en el siguiente corredor hasta que sus pies comienzan a chapotear en un nuevo charco. No podría haber mejor descubrimiento. Si es agua de lluvia, es que hay una salida muy cerca.

Regresa y le hace un gesto a Serrador, que lo espera con la niña en brazos, para que lo siga. Más por superstición que por precaución, ninguno de ellos habla en voz alta.

La nueva galería se abre muy pronto.

Aumenta el nivel del agua.

Allí está.

Una nueva escalera y en lo más alto el aguacero.

—¿Podrá subir a la niña?

—Me estaba planteando dejarla aquí —dice el sacerdote.

Esta escalera está en mejor estado y la profundidad es menor, pero es, sobre todo, la desesperación la que los empuja a subir con rapidez.

Arriba, la reja de un husillo.

Pero Chacón apenas tiene que empujarla con el hombro para que ceda.

Ya se encuentran los tres en el exterior, respirando con ansia la llovizna.

—¿Dónde estamos? —pregunta Serrador.

Es algo así como un patio con varias puertas y una salida a una calle, naranjos, una fuente y varios retablos.

Chacón examina uno de ellos y se vuelve.

—Estamos en la plaza de la Escuela de Cristo, una de las más

desconocidas de Sevilla, en pleno barrio de Santa Cruz. Esa es la trasera de la parroquia de Santa Cruz y por ahí salimos a la calle Carlos Alonso Chaparro.

—Pues vámonos de aquí.

Por fin, de regreso.

El capitán Manuel Díaz Mayordomo se ha pasado la noche esquivando tascas, restaurantes, burdeles, cualquier sitio donde pudieran reconocerlo, su casa, la comisaría, cualquier sitio.

Para terminar en casa de su madre, vacía desde que murió unas semanas atrás, el lugar donde conoció a Crisanta.

En el salón helado, deja caer al suelo el tres cuartos de cuero, la chaqueta, la corbata, la camisa, el pantalón. De tanto caminar bajo la lluvia, la ropa se había convertido en una segunda piel.

Se dirige despacio hacia el dormitorio de su madre; se siente tan completamente agotado que ni siquiera necesita una copa para dormir.

No enciende las luces, le basta con el resplandor de una farola cercana que se cuela por las ventanas.

Solo quiere hundirse en lo más profundo de la cama, llegar a lo más hondo, allí donde se rompe el filamento de la memoria.

Los siente en cuanto entran en la habitación, cuatro figuras oscuras, apuntándole desde cada ángulo.

Dejan pasar unos segundos antes de disparar, le consienten un último deseo.

Y él intenta no pensar en Crisanta, borrar su último rastro.

Y perderla al fin entre aquellas nubes sin cielo.

Pero se acaban los segundos y ella sigue allí, como si quisiera decirle algo que hubiera recordado en el último momento.

Los reciben los alegres ladridos de Fox.

Si a Juan Serrador, que sigue con la niña en brazos, le quedara alguna capacidad de asombro, observaría atónito a Chacón arrodillarse para abrazar al perro, las caricias que intercambian, las preguntas.

A la media luz de la palmatoria que han encendido, el enorme vestíbulo de la casa del Malmuerto es por un momento algo

parecido a un hogar.

El harrier parece encontrarse en forma, fuerte y bien alimentado, pero algo o alguien ha sustituido su collar de cuero por una ancha banda de un metal parecido al oro; no se ve ninguna cerradura, como si fuera de una sola pieza. Lleva grabados una serie de signos que no se parecen a ninguno que Chacón haya visto en su larga vida de estudio.

Por primera vez, el director de la Sociedad Mediúmnica Sevillana se hace a la idea de que nunca descubrirá el misterio de la casa.

Algo más allá, en el suelo, ensangrentado, un tríptico que ha estado mordisqueando Fox hasta su llegada. Un tríptico. El tríptico.

Hasta aquel momento no reparan en que han desaparecido el olor a hierbabuena, las extrañas corrientes de aire, el rechinar de cristales, los pasos en el piso de arriba.

La calma ha vuelto.

Chacón y Serrador se miran y, tras dejar a la niña en un diván, se dirigen juntos hacia el salón.

Rublos, sentado en el suelo, muy tranquilo, con el cuchillo al alcance de la mano.

Lo siguiente es el péndulo, mudo, enrollado sobre sí mismo.

Y Crisanta, degollada, que ya no llegará a tiempo al avión que la libraría de todo aquello.

Chacón Carter se deja caer en el sofá y Rublos, apoyándose en manos y rodillas, se acerca hasta él hasta descansar en su regazo. Los dos se reencuentran en un llanto único.

Juan Serrador gira sobre sí mismo y sale de allí para siempre.

9 de noviembre de 1936

A mitad del pasillo ya ve que la puerta de la habitación que ocupa Leandra en el corral San Joaquín se encuentra entreabierta.

Serrador se asoma lo suficiente para corroborar que se han llevado los pocos muebles y su olor inconfundible.

—¿Busca algo? —pregunta una vecina joven o vieja, antipática o encantadora.

—Soy un amigo de la familia, ¿sabe dónde están?

—Se marcharon anteayer, cuando soltaron al padre. Se han ido a un pueblo de un familiar. Es lo único que sé.

—…

10 de noviembre de 1936

Está buena la mañana en la sierra para viajar por senderos poco transitados.

Con la ayuda de un burro que han robado, la gangarilla avanza con los hatos a cuestas, todas sus posesiones, todo su mundo.

Cierra la marcha Librado Cartagena, muy amartelado con el actor que encarna los papeles femeninos en la compañía, tanto que no se sabe si los versos de Diego Fernández de San Pedro que le está recitando son un cortejo o un ensayo:

> Y pues que ya mis porfías
> de enojo serán siniestras,
> ved ante el fin de mis días
> en las tristes quejas mías
> las tan malas obras vuestras.
> Ved su fuerza, que va llena
> de razón do no hay disculpa,
> y, visto cómo os condena,
> no podréis negar la pena
> que merece vuestra culpa.
>
> Porque por desesperarme,
> siendo yo vuestro cautivo,
> quisieron siempre aquejarme
> vuestras ganas de matarme
> y mis pocas de estar vivo.
> Y sufro este trago fuerte
> donde hay dolores tan fuertes,
> por ver si podrá mi suerte
> despedir con una muerte
> la muerte de tantas muertes.

11 de noviembre de 1936

Han pasado unos pocos minutos desde que el padre Juan Serrador ha vuelto a la pensión, el tiempo de recobrar su ropa de seglar y reintegrar la sotana al ropero.

Se asoma a la ventana y no ve nada.

Tiene sueño.

Le gustaría soñar con un pueblecito francés al que nunca irá con ella.

No está seguro de haber cerrado el ropero.

Agradecimientos

A mi querido Manuel Navarro, que no solo me ofreció su biblioteca sobre la Sevilla de 1936, sino que me permitió llevármela a casa para trabajar con ella.

A Sergio Fernández, amigo y legionario, que se tomó la enorme molestia de elaborar para mí un valiosísimo diccionario de terminología del Tercio que ha enriquecido y autentificado esta obra con un valor solo a él atribuible.

A Diego Fernández de San Pedro, que, desde el siglo XV, ha venido a prestarme sus estupendas coplillas para ponerlas en voz de uno de los personajes.

A todos los autores que han estudiado la ciudad de Sevilla y los espantosos años en los que se sitúa esta novela y que tanto han contribuido a reconstruirlos alrededor de esta historia: Antonio Bahamonde (algunos de cuyos testimonios directos recojo en el texto), Manuel Chaves Nogales, Francisco Espinosa, Rafael López Fernández, Ana Sánchez-Barriga, Rafael Abella, Nicolás Salas, Hugh Thomas, Juan Eslava Galán, María Jesús Torquemada, Ángel Vela, Jordi Fernández Cabrera, José Manuel García Bautista, Manuel González Salas, Rebeca Saavedra Arias, Paul Preston, Manuel Barrios…

A José María Varela Rendueles, gobernador depuesto por el golpe militar, al que me tomé la licencia de incluir como personaje en la novela, por su participación en la forja de la trama a través de su inestimable autobiografía.